

marqués de la Fávara por parte de su mujer; y como al marqués no le gustan tales parentescos, ha pretendido quitarse de en medio al primo.

—Repito que no os comprendo, dijo Inés.

—Sois demasiado inocente: voy á esplicarme más claro, aunque os escandaliceis: ese jóven herido es amante de la marquesa.

—¡Oh Dios mio! exclamó Inés.

—Sí, y porque es amante de la marquesa, le ha herido; y porque le han herido, la marquesa que le ama, no ha reparado en nada y ha ido á verle á una hosteria en alta hora, atropellando su decoro.

—¿Y por qué, dijo Inés, que no queria creer lo que la decia el duque, no hemos de creer que el señor Guillen es pariente de la marquesa?

—Esperad, esperad, hija mia; es necesario que seais completamente franca conmigo, que me digais la verdad entera, como si hablarais al confesor; os importa demasiado. Decidme cómo os llamais, quién sois, cómo habeis conocido á don Rodrigo Calderon, y sobre todo cómo y por qué habeis ido á la hosteria del Ciervo Azul.

Inés contó brevemente al duque quién era y lo que la habia sucedido aquella noche: pero respecto á Guillen solo le dijo, que habia subido á acompañarle, porque sabia que no habia en la hosteria ninguna mujer.

—¿Me habeis ocultado algo? dijo el duque, cuando hubo concluido Inés.

—No, no señor, contestó la jóven; nada os he ocultado.

—Sí, si por cierto; no me habeis dicho que os habeis enamorado del señor Guillen de Vargas Machuca, y que el señor Guillen de Vargas Machuca se ha enamorado de vos; no me lo habeis dicho, pero no ha habido necesidad de ello; me lo han dicho vuestros ojos y la turbacion y el calor con que hablais acerca de ese jóven; pues bien, lo mismo que he visto yo, ha visto la marquesa, y os ha sacado de la hosteria, no para salvaros de don Rodrigo Calderon, sino para perderos.

—¡Oh Dios mio! dijo Inés; yo no quiero creer eso; no puedo creerlo; eso seria una infamia horrible: ¿qué he hecho yo á la marquesa para que me trate así?

—Amar y ser amada del hombre á quien ella ama; ¡y ahí es nada; una mujer de treinta años, cortesana vieja, corazon podrido, enamorada de un hermoso jóven de veinte años!... la marquesa os aborrece de muerte, Inés.

—Me ha tratado con mucha dulzura, con mucha caridad.

—Sí, para confiaros, para vengarse mejor; pero no importa, yo os salvaré: no sé cómo, porque yo necesito salvarme á mí mismo. En fin, ganemos tiempo; á vos os ha ocultado la marquesa; ocultadme vos á mí: la marquesa os atenderá, os enviará viandas; vivamos de ellas los dos; yo esperaré á la noche venidera, saldré, andaré recatadamente por Madrid, me informaré como pueda del estado de mis asuntos y aun de los vuestros, y veremos. Nada tenemos que hablar más; estais cansada, dolorida, recojeos, y cuando os hayais recogido, yo entraré por la linterna; necesito reconocer esta casa; y sobre todo buscar á la persona que ha venido en la otra silla de manos.

Inés volvió á la cámara de donde habia salido, se acostó, y poco despues entró el duque, tomó la linterna y se fué á reconocer aquel destartalado casaron.

CAPÍTULO XXV.

De cómo en aquellos tiempos no habia persona alta ni baja que no estuviera predispuesta á la traicion.

Recorriendo el duque de Uceda el piso bajo de aquella casa, le sorprendieron al pasar por delante de una puerta unos tristísimos gemidos.

Aplicó el oido á la puerta y oyó estos gemidos.

—¿Pero qué he hecho yo, pobre y desdichado de mí, para que así me traten? ¿qué he hecho yo, ni en qué me he metido, ni qué culpa tengo de nada?

La voz calló; pero los gemidos continuaron.

Poco despues siguió la voz.

—Quien quiera que sea, hermano, dijo, que delante de esa puerta está con esa luz, tenga lástima de mí; abra y desátame por el amor de Dios, que los cordeles se me clavan en los brazos, y como estoy echado sobre este suelo tan húmedo, estoy temblando de frio.

—¿Quién es el que se queja? dijo el duque de Uceda.

—Yo soy, dijo el de adentro, el honrado Gil Diaz, el hostelero del Ciervo Azul.

—¡Ah! ¡pobre diablo! dijo Uceda para sí; ya sé por qué doña Teresa te ha quitado de enmedio; para que don Rodrigo no sepa por tí que ella se ha llevado de tu casa á esa jóven.

Y examinando el duque la puerta, halló que solo estaba cerrada

con un cerrojo, y le descorrió: empujó con fuerza la puerta, porque estaba demasiado sujeta á causa de la humedad, y entró.

Debajo del hueco de una escalera, y atado por los pies y por los brazos estaba Gil Diaz.

—¡Señor duque de Uceda! exclamó al verle, ¿vuecencia por aquí?

—Sí, hombre, sí, contestó el duque; por aquí mi excelencia, á causa de extrañas y singularísimas aventuras.

—¿Quiere vuecencia desatarme?

—No solamente quiero desatarte, sino que te voy á poner en libertad.

—¡Ah excelentísimo señor! puede vuecencia disponer de mi vida, dijo Gil Diaz mientras el duque le desataba.

A poco y ya de pié, estiraba los brazos y las piernas para desentumirse.

—Escucha, le dijo el duque; si no me juras guardarte de ir á tu casa y ponerte donde nadie te vea, no te suelto.

—Yo juro á vuecencia todo lo que vuecencia quiera que le jure, y con el firme propósito de cumplirlo.

—Bien; supón tú que has sido preso por la Inquisicion...

—¿Pues qué, señor excelentísimo, la señora marquesa de la Fávara es familiar ó alguacil del Santo Oficio? dijo aterrado Gil Diaz.

—La Inquisicion se vale de todos los medios posibles para servir á Dios y al rey, dijo el duque aprovechando aquella mala inteligencia de Gil Diaz.

—Pero me hubieran llevado á las cárceles del Santo Oficio, dijo el hostelero.

—¿Y te parece esta mala cárcel?

—Es verdad, señor; si vuecencia no viene y no tiene compasion de mí, aquí perezco de frio y de miedo: me han pasado sobre la cara ratas tan grandes como carneros, y aun creo que me han roído algo; pero ¿qué he hecho yo, señor, qué he hecho para que así me castiguen?

—¿Y qué se yo lo que tú habrás hecho? Vamos á lo que importa: ahora mismo vás á salir de aquí y vás á ir á mi casa.

—Iré, sí señor, dijo el hostelero, á donde quiera vuecencia.

—Pero no llegarás por la puerta principal, sino por el postigo que abrirás con esta llave.

Y el duque sacó de debajo de su ropilla la llave del postigo de su casa, de que siempre iba provisto por las noches, para que sus mismos criados no conociesen sus entradas y salidas.

No se había registrado al duque: se habían satisfecho con desarmarle.

—Oye bien, continuó el duque; cuando abras el postigo tienta las paredes; á la izquierda hay una estrecha puerta; pásala, sigue adelante, saldrás á un patinillo; en aquel patinillo hay unas escaleras; por aquellas escaleras llegarás á un corredor; á la primera puerta que encuentres á la izquierda llama diciendo: abrid, señor Pero Ponce, que me envia vuestro amo; pero dilo bajo que no pueda oirlo más que el que está dentro. El señor Pero Ponce abrirá: entonces le enseñas este pañuelo, y le dices: por estas señas vuestro amo os manda que os vengais conmigo adonde está, que es fuera de su casa y lejos. ¿Has comprendido bien?

—Sí, sí señor, que no soy yo torpe y tengo muy buena memoria.

—Veamos, pues, qué es lo que te he encargado.

Gil Diaz repitió palabra por palabra lo que el duque le había dicho poco antes.

—Perfectamente, dijo Uceda: ahora, y antes de sacarte de esta casa, te voy á hacer una pregunta: ¿crees tú que tengo yo poder bastante para hacerte pedazos, si no me obedeces, ó por otra parte, si soy bastante rico para premiarte si cumples bien conmigo?

—¡Ah, señor! dijo Gil Diaz, ¿quién piensa en engañar á vuestrencia?

—Peor para tí si me engañas; porque me hago hacer unas botas de tu pellejo.

—¡Ah, señor excelentísimo! ya he dicho á vuestrencia que mi vida es suya, que yo no miento.

—Pues vamos cuanto antes, á fin de que cuanto antes puedas probarme que me sirves bien.

Salieron de aquel mechinal, cuya puerta volvió á cerrar el duque, entraron en el jardín, y deteniéndose á su puerta Uceda, dijo á Gil Diaz:

—Hé aquí dónde me encontrarás cuando vengas con mi mayor-domo Pero Ponce.

—Muy bien, señor.

—Vamos ahora á buscar el lugar de la tapia por donde yo he entrado aquí.

Una vez en el jardín el duque, encontró con facilidad el lugar que buscaba.

—Creo que bien podrás saltar por ahí, Gil Diaz, dijo Uceda.

—¡Ya lo creo, señor! dijo el hostelero, ¡y aunque la tapia fuese más alta!

—Pues bien, vete y toma bien las señas del sitio por donde has saltado á fin de que entres por él cuando vuelvas con mi mayordomo.

—Descuide vucencia, señor.

—Vete.

Gil Diaz saltó con facilidad la tapia.

El duque se volvió y se puso á esperar en la puerta por donde comunicaba la casa con el jardin.

Esperó tres cuartos de hora largos: sonaron á lo lejos con alguna diferencia de tiempo, algunos relojes que marcaron las cinco de la mañana.

El duque se impacientaba; empezaba á creer que Gil Diaz le habia hecho traicion, faltando á su encargo, ó que por lo menos habia sobrevenido un accidente desgraciado.

Al fin, y cuando más impaciente estaba el duque, oyó un ruido sordo, como si desde la tapia alguna persona hubiese saltado al interior del jardin.

A poco sonó otro ruido semejante.

—¡Ah! ¡gracias á Dios! dijo el duque; ya están ahí.

A seguida dos bultos adelantaron, llegaron.

Eran Gil Diaz y el mayordomo del duque de Uceda.

—¡Ah, señor! ¿cómo es que vucencia está en esta casa? ¿le han traído aquí á vucencia los duendes?

—¿Qué es lo que estás diciendo? respondió Uceda.

—Lo que digo, es que como esta casa está hace tanto tiempo deshabitada, dicen que tiene duendes.

—Pues no me ha traído ningun duende, Pero Ponce, sino un diablo con faldas.

—¡Ah! dijo Pero Ponce abriendo enormemente la boca, mientras Gil Diaz temblaba por la sola idea de estar en una casa habitada por los duendes.

—Déjate de simplezas, dijo Uceda, y vuélvete á casa y traeme todo el dinero que puedas, antes de que amanezca: ¡ah! tráete tambien recado de escribir.

—¿Y nada más, señor?

—Nada mas; pero al momento: vamos, voy á alumbrarte para que saltes mejor.

Llegaron á la tapia y saltó Pero Ponce.

—¿Y yo, señor? dijo Gil Diaz.

—Tú te quedas conmigo.

—Pero entendámonos que yo me quedo muy cerca de vucencia.

—¿Y por qué eso? dijo Uceda.

—Porque si yo me quedase solo me moriría de miedo: ¿no ha oído vucencia que esta casa tiene duendes?

—Pues mejor, mucho mejor: así estaremos más seguros.

Tardó una media hora en volver Pero Ponce.

Traía mil doblones en oro, recado de escribir y lo que no le había encargado el duque; algunas provisiones.

Uceda escribió sobre sus rodillas la siguiente carta.

»Señor marqués de Siete Iglesias: me habeis hecho prender por el Santo Oficio, prevaleiéndoo de una ventaja: pero me ha favorecido la fortuna y he logrado escapar. Esta es una lucha de todo punto indispensable: habeis faltado á lo convenido entre vos, mi padre y yo. Comprendo que esto lo habeis hecho como por un medio para llegar hasta cierta dama, sin que yo pudiera avisarla, y valiéndoo del único poder, al que no me era dado oponer resistencia: si esto es así, manifestádmelo francamente, ó de no, lo que fuere, para que yo sepa lo que debo hacer. Recibireis esta carta por medio de una persona desconocida; contestadla vos si en algo teneis una buena inteligencia conmigo, segun habíamos convenido, enviando á mi mayordomo Pero Ponce una orden del inquisidor general, por la que se me declare libre y exento de toda accion por el Santo Oficio. Os advierto que tengo en mi poder cierta dama que puede interesaros, y que se llama doña Inés de Mendavia. Vuestro leal amigo EL DUQUE DE UCEDA.»

Cerró el duque esta carta, la selló, la sobreescribió con el título de don Rodrigo Calderon, y dijo á Pero Ponce, dándosela:

—Haz de manera que reciba hoy esta carta don Rodrigo Calderon por una mano segura, pero desconocida para él.

—Descuide vucencia.

—Vete, dijo Uceda.

Pero Ponce se fué.

—Carga con esa cesta y ven conmigo; dijo Uceda á Gil Diaz.

—¡Ah, señor! ¡y cuánto pesa esto! dijo este.

—Como que esa cesta contiene mil doblones de á ocho.

—¡Oh, y qué riqueza, señor! ¡si fuera mia!

—Desearias más; pero sigue, sigue.

—¿A dónde vamos? Mire vucencia que podemos tropezar con el duende.

—No, con los que vamos á tropezar es con los que te han traído aquí.

—¡Ah señor! mire vucencia que el marqués de la Fávara tiene diablos por criados, que cada uno es un leon, y lo vá vucencia á echar todo á perder.

—Sigue, sigue, que mejor querrán esos criados servirme á mí que al marqués de la Fávara.

—¡Ah! ¿y quién duda eso, señor?

—Pues adelante, y ya que vamos á encontrar leones no seas tú tan gallina.

Torcieron por un pasadizo, llegaron al patio, tomaron por la escalera principal, y á poco, dieron en una antecámara, en la que dormían á pierna suelta los dos lacayos que allí habia dejado la marquesa de la Fávara.

Uceda los despertó bruscamente uno tras otro.

—Buena manera está, les dijo, de guardar lo que se os ha confiado.

—Excelentísimo señor, exclamó Pedro, que era uno de los criados y que conocia demasiado al duque de Uceda; ¿vucencia aquí? ¿cómo ha entrado aquí vucencia?

—Por el aire; yo soy brujo, contestó Uceda.

—Su excelencia, dijo Martin, habrá venido... pues, yo creo que su excelencia habrá venido....

Y se detuvo.

—Si, ciertamente, he venido por lo que tú no sabes, ni te puedes explicar; pero la señora está durmiendo, y no es bien que la despertemos. Venios conmigo.

El duque echó delante; Gil Diaz iba alumbrando con la linterna; seguian Pedro y Martin disgustados y cuidadosos, porque no sabian qué era aquello.

Veian que el hombre que con tanto empeño les habia mandado guardar la marquesa, esto es, Gil Diaz, habia sido desatado y sacado de su encierro. ¿Qué podia ser aquello? El duque de Uceda era una gran persona; cuando estaba allí debia ser porque lo sabia la marquesa, y cuando habia soltado á Gil Diaz, razones habria tenido para ello.

Además, y por último, aunque Uceda no era su amo, le respetaban y le temian más, porque Uceda era más rico y más poderoso que el marqués y la marquesa cada uno de por sí y aun juntos.

Sabíase además, que si el marqués de la Fávara estaba preso,

era porque habia hecho una mudanza, pasándose del servicio del duque de Lerma al del duque de Uceda, ó por mejor decir, porque habia jugado á una doble carta.

El duque de Uceda era, pues, una omnipotencia, una cosa terrible para Pedro y Martin.

En los corredores, esto es, en la galeria superior del patio adonde se llegaba inmediatamente despues de salir de la antecámara, se detuvo el duque, y dijo á los dos lacayos:

—En la cámara donde está la señora que os han mandado guardar, hay un lecho.

—¿Cómo? dijo Martin: ¿pues qué vucencia sabe que en esa cámara hay un lecho y una señora?

—No os he dicho ya que soy brujo, contestó el duque de Uceda.

—Así debe ser, ó poco menos, perdoneme vucencia si lo digo, contestó Pedro; porque aunque vucencia me ha encontrado adormilado, estaba sobre aviso, y bien he visto que vucencia no salió de la cámara, sino que entró de afuera.

—Es decir que tú duermes con los ojos abiertos como las liebres ¿no es verdad?

—Sí señor.

—Vamos al caso: en la cámara de la señora hay un lecho, que se trajo para el marqués vuestro amo, en una ocasion en que anduvo huido y escondido: es natural que con él viniesen algunos criados para servirle, y leghos se traerian para ellos.

—Yo no sé nada de eso, dijo Pedro.

—Ni yo tampoco, añadió Martin.

—Veamos si por ahí se encuentran lechos en alguna habitacion.

Y el duque se metió por una puerta... que tenia á su derecha.

Encontró otra antecámara en que habia algunos muebles antiquísimos, entró en la cámara y halló tres lechos bastante cómodos.

—Sacad dos de esos á la antecámara, dijo el duque; á este pobre Gil Diaz no le vendrá mal algun tiempo de descanso despues de la mala noche que ha pasado: yo estoy mojado, asendereado, rendido; tomad mi capa y mi sombrero y ponedlos por ahí á que se oreen. Por ahora sois mis ayudas de cámara, y en vosotros consistirá el continuar siéndolo.

—¡Ah, señor! eso seria una gran fortuna, dijo Martin.

—Ya lo creo, exclamó Pedro.

—Como seria para mí un fortunon deshecho el que vucencia me tomara por cocinero, dijo Gil Diaz.

—Pues en vosotros consistirá, dijo el duque, que todo eso se realice.

—¿Y qué hemos de hacer? dijo Pedro, tomando la palabra por todos.

—No decir á nadie que yo estoy en esta casa; servirme ciegamente.

—¿Pues qué, dijo Martin, no sabe mi señora que vuecencia está aquí?

—No, y es de todo punto necesario que no lo sepa: y como yo sé que la mordaza que se os ponga, para que sea buena debe ser de oro, tomad.

Y Uceda se inclinó hasta la cesta, que habia dejado en tierra Gil Díaz para desembarazarse de su peso, encontró un talego, le abrió, metió la mano, contó veinte y cinco doblones de á ocho, los dió á Pedro, y despues otros tantos á cada uno, á Martin y á Gil Díaz.

La conquista estaba hecha.

Aquella parte de la servidumbre de la marquesa de la Fávara, se habia pasado con armas y bagajes al enemigo.

—¿Con que estamos? dijo Uceda; si sobreviene la señora ó algun otro criado, y me encontrare yo hablando con esa otra señora que está aquí, me avisais con tiempo y os guardais muy bien de decir que yo me encuentro en esta casa.

—Muy bien, señor, dijo Pedro; porque sabemos demasiado que estando á vuestro servicio, no tenemos que temer nada.

—¿Cómo os llamais? dijo el duque.

—Yo me llamo Martin.

—Y yo Pedro.

—Pues bien, Pedro, dijo el duque; hazme lo mejor que puedas aquel lecho, y pronto; y tú Martin y tú Gil Díaz, llevaos cuanto antes esos lechos de ahí.

Diez minutos despues, el duque completamente rebujado, dormia tan tranquilo, y casi con tanta comodidad como si hubiera estado en su casa.

Pero soñó con Inés de una manera pesada, vaga.

El duque, sin comprenderlo, habia recibido una fuerte impresion: su espíritu libre, dentro del sueño se volvía hácia la mujer que le habia impresionado.

La situacion de Inés se complicaba.

A las doce del día despertó el duque: tenia el corazon dolorido y la cabeza pesada.

El sol entraba por un gran balcon que correspondia al jardin. El dia estaba completamente despejado.

El duque llamó.

Se presentó Pedro.

—¿Ha habido alguna novedad? le preguntó.

—Ninguna, señor excelentísimo.

—¿Ha venido alguien?

—Sí señor; Juan, el pinche de cocina, con una gran cesta llena de viandas.

—¿Cuándo ha venido?

—A las diez del dia.

—¿Ha visto algo? ¿ha sospechado algo?

—Sí señor.

—¿Cómo? exclamó alarmado el duque; ¿por qué no me habeis avisado?

—Es que lo que ha sospechado Juan no tiene nada que ver, ni con la señora ni con vucencia.

—¿Pues y qué diablos ha sospechado entonces?

—¿Qué? que el señor marqués nuestro amo se ha escapado del castillo de Montanches donde estaba preso, se ha venido á Madrid, y se ha escondido aquí.

—Vamos, pues entonces poco importa. ¿Qué ha hecho la señora?

—Se ha levantado á las diez, ha llamado, nos ha preguntado si habiamos visto algo, si habiamos sentido algo: yo creo que la señora ha oido á vucencia.

—¿Y qué la habeis respondido?

—Que no ha acontecido nada. La hemos preguntado si queria almorzar, nos ha dicho que sí; la hemos servido un buen almuerzo, porque nuestra señora ha enviado unas esquisitas viandas, y ha comido muy poco: está muy pálida, muy triste, parece enferma; y es lástima, porque es muy hermosa.

—¿No es verdad que sí? dijo el duque, á quien ayudaba á vestir Pedro.

—Hermosísima, contestó Pedro, alentado por lo comunicativo que estaba Uceda; es lástima que la pobre esté tan flaca. ¡Oh! si estuviera tan de buen año como mi señora, seria cosa de morir al verla; seria una hermosura irresistible.

—Pues bien, se la engordará, amigo Pedro; me pareces tú bueno para cuidar mujeres.

—¡Ah, sí señor! yo soy muy servicial y muy cuidadoso, y sobre todo muy sufrido, que es lo que más se necesita ser cuando de mujeres se trata; porque por buenas que sean, siempre tienen alguna impertinencia inaguantable.

—Pues mira, Pedro, dijo el duque; es muy posible que esta noche nos vayamos de aquí con esa dama.

—¿Y mi señora? exclamó contrariado Pedro; ¿cómo se pondrá mi señora cuando sepa que esa jóven ha desaparecido?

—Eso debe importarte muy poco, porque cuando tu señora eche de menos á esa jóven, te echará de menos á tí.

—Pues mire vucencia, lo que vucencia quiera; y cuanto antes mejor; porque francamente, señor ¿á qué estamos? á prosperar lo que se pueda, á tener el mejor amo posible; porque el buen amo hace al buen criado.

—Oye, Pedro: ¿cuánto tiempo hace que sirves al marqués de la Fávara?

—Quince años largos; como que entré de paje en su casa.

—¿Y cuánto tiempo hace que se casó el marqués con doña Teresa?

—Doce años, señor.

—Y dime: ¿ha amado alguna vez doña Teresa al marqués?

—La misma noche en que se casaron mataron á un hombre junto á la casa, en el pasadizo de San Ginés, y dicen que le mataron porque le quería la marquesa.

—¡Diablo, diablo! ya sé que el marqués ha tenido que echar tierra, ó mejor dicho, oro y buenos oficios del duque de Lerma á algunos asesinatos. Pero ¿quién es ahora el que priva? Dicen que anoche malhirieron á un jóven en alta hora, delante de la casa del marqués...

—¡Ah, sí! el señor Guillen de Vargas Machuca.

—¡Hola, hola! ¿le conoces tú?

—Un hermosísimo mancebo, hermosísimo sin ofender á nadie, y rico y dadivoso que no hay más que pedir: ya vé vucencia, siempre que le llevaba yo una carta de la marquesa, me daba un doblon de á cuatro, con lo que yo engordaba; porque las cartas eran muchas; lo menos una por día: estaba loca por él la señora, y con razon.

—¿Pues qué, ya no lo está?

—No sé, no sé; porque desde que el estudiante vino de Alcalá hace unos dias, no le ha escrito ninguna carta la marquesa, ni se ha dejado ver de él; y eso que el pobre andaba que bebía los vientos:

y una de dos, señor; ó á la marquesa se le ha pasado el capricho y no le quiere, ó le quiere ahora más que nunca.

—Esplicáte, Pedro.

—Diré á vucencia, señor; cuando el señor marqués está en Madrid viviendo con la señora, está confiado; porque como ya le ha matado cuatro amantes, cree que la marquesa le tiene miedo, que se le figura que le adivina los pensamientos, y que no se atreve á mirar á un hombre; pero cuando está ausente es cuando hay peligro; porque el señor marqués espía y hace que acechen á la señora gentes que ella no conoce, y que vigilen la casa y le den cuenta de todo. La marquesa lo sabe, y cuando está ausente el señor marqués, es una santa: por eso digo que tal vez ha desdeñado mi ama al señor Guillen de Vargas Machuca, amándole con toda su alma; porque ya estaba preso mi amo en el castillo de Montanches cuando volvió el señor estudiante.

—¿Estudiante es?

—Sí señor, de la Universidad de Alcalá, licenciado en leyes, que continúa estudiando para graduarse; me lo ha dicho muchas veces: ¡y si viera vucencia qué ricamente tiene puesta la casa y qué carroza gasta, y qué caballos monta, y qué bien que esgrime! mire vucencia; un día, pasando yo por la plazuela de Santo Domingo, donde habia puesto su palestrilla el maestro Lanzuela, nadie se atrevió á entrar dentro de los cuatro caños, porque el maestro de escuela habia puesto un cartel que decia:

Se entiende que el que entre en la palestrilla juega contra el maestro Lanzuela lo que está á la vista, y á la primera estocada.

Lo que estaba á la vista sobre el cartel eran cuatro doblones de á ocho.

El maestro Lanzuela tenia puesto el guante y empuñaba una espada prieta que metia miedo.

Nadie se atrevia á entrar, porque ya sabe vucencia que el maestro Lanzuela mete en un dos por tres una estocada por el ojo de una aguja; pero ved ahí que cuando ya el maestro Lanzuela cansado, mandaba á sus aprendices recogiesen sus trastos para irse á otra parte, se presenta un jóven de veinte años, blanco, rubio, con hábitos de estudiante rico, que lee el cartel y dice:

—¡Hola, maese! sobradillo debeis estar de doblones, cuando así los tirais por la ventana; ¿con que á la primera estocada, eh? Pues mirad, no tomo yo la guardia por cuatro doblones de á ocho; ahí van doce, poned los ocho que faltan, y venga el guante y un estoque;

que os voy á poner de botonazos más negro que el terciopelo.

—¿A mí? exclamó Lanzuela todo corrido.—Y poneos visera, dijo el estudiante, no sea que se me ocurra saltaros un ojo.

—¿A mí? repitió Lanzuela, temblando de cólera: pues yo no tengo los ocho doblones más que pedís; pero aquí hay amigos míos que los jugarán por mí.

—Y aunque sean veinte y cinco, dijo un genovés muy aficionado á la esgrima, y muy confiado en la destreza de Lanzuela.

El estudiante sacó un bolsillo lleno de oro, echó diez y siete doblones más sobre el cartel, soltó el genovés veinte y cinco, quitóse el manto y el sombrero el señor Guillen, se puso el guante, cogió una espada prieta, tomó distancia, y al saludar á Lanzuela, al par que este le saludaba, le dijo antes de tomar la guardia:

—¿Cuánto tiempo quereis que os tenga, maese, sin que me podais tocar, y antes de que yo os toque?

—¡Bah! dijo Lanzuela; ni un mínimo de minuto tardo yo en haceros dar un traspie.

—Vamos, dijo el señor Guillen; la apuesta es á estocada, ¿no es verdad?

—Pues ya lo creo, dijo Lanzuela: los tajos y los reveses son cosa de poco más ó menos.

—Pues bien, ¿cuántos tajos y cuántos reveses quereis que os meta antes de tocaros con una estocada?

—En guardia, amigo, dijo Lanzuela; que se pasa la tarde, y sin tantas palabras ya hubiérais perdido.

Y tomó la guardia, empalmó con el estudiante y fué á colársele; pero el estudiante le recogió en círculo, y le dió un revés tal en una rodilla, que el maestro Lanzuela tuvo cinco minutos los ojos puestos en el cielo, la boca abierta y caído el brazo.

Debió dolerle mucho.

—¡Bah! dijo el estudiante; valeis menos de lo que yo creia: si os suelto otro lambreado, os descuaderno.

—Vamos, cuando se os pase el dolor veníos sobre mí, que os voy á enseñar cómo se repara.

Lanzuela tomó de nuevo la guardia, y acometió muy cautamente, porque ya estaba escarmentado, al estudiante. Y el estudiante, zás, zás, muy suavemente, como quien nada hace, se reparaba y cansaba á Lanzuela, á quien le corría el sudor por la frente como un río. Tuvo que descansar dos veces.

Los unos se reían de él, y los otros victoreaban al estudiante, que





Al ver entrar al duque de Uceda se la nubló el semblante,
y se puso de plé.

estaba tan sereno como si nada hubiera hecho. Por último, á la tercera vez el señor Guillen se tendió y alcanzó con tal botonazo en el costado derecho al maestro Lanzuela, que lo sentó en el escaño que tenia detrás.

—Cuando yo os decia, dijo el señor Guillen quitándose el guante y soltando el estoque, que tirábais el dinero por la ventana, ya sabia yo lo que me decia. Ea, que recojan esos cincuenta y ocho doblones los necesitados que estuvieren presentes, y para servir á vuestras mercedes, señores.

Y se fué dejando asombrado á todo el mundo tanto por su destreza, como por su liberalidad.

—¿Con que tan bravo y tan rico es ese mozo?

—Sí señor; muy bravo y muy rico.

—Lo que no ha impedido que anoche lo malhiriesen.

—Ya sabe vucencia que no vive el leal más que lo que quiere el traidor. El señor Guillen ha cometido la imprudencia de rondar la casa del marquês, y le han dado; si muere, será el quinto amante de que se cura mi amo.

—Pues mira, sabia que se murmuraba de la marquesa; pero no sabia tanto. Dame de almorzar.

Pedro sirvió el almuerzo, como pudo, á Uceda.

Este despues de almorzar se entró en la cámara donde estaba Inés.

La jóven estaba muy triste, muy pálida, sentada junto á un balcon que correspondia al jardin, tomando el sol que por el balcon penetraba, con esa especie de placer de los enfermos que sienten más frio en el alma que en el cuerpo.

Al ver entrar al duque de Uceda se la anubló el semblante y se puso de pié.

CAPITULO XXVI.

Que es tambien muy largo, porque en él se termina la historia de la madre de Inés.

—¿Os ha asustado mi presencia, señora? dijo el duque con suma galanteria, tomando uno de los viejos sillones y sentándose al sol junto á Inés, que tambien se habia sentado.

—Os equivocais, señor duque, dijo Inés; yo no me asusto de nada, porque me he hecho fuerte en el sufrimiento, porque estoy resuelta á todo.

—¡A todo! exclamó el duque.

—Sí; y cuando digo que estoy dispuesta á todo, es porque mediante la providencia de Dios, creo que lo peor que puede acontecerme es morir.

—¿Morir?

—Sí; yo he nacido destinada á la desgracia: la felicidad no existe para mí; pero creo que tampoco existe la deshonra. Ya me salvó anoche la providencia de Dios: ahora me salvais vos de la marquesa de la Fávara; mañana me salvará tambien la providencia de vos.

—¡De mí! ¿Pues qué podeis temer de mí?

—Todo; escuchadme, duque: soy muy franca y no sé decir más que lo que siento: voy á haceros una advertencia para que no os extrañe lo que voy á deciros; la advertencia es esta. A pesar de mi immaculada pureza defendida por mí, protegida por Dios, conozco la vida; lo sé todo: desde que vinimos á pobreza, mi padre me ha

traído de acá para allá; hemos vivido entre muy mala gente, he oído muy malas cosas y he comprendido cosas muy malas; os he dicho esto porque no estrañéis lo que os voy á contestar á la pregunta que me habeis hecho cuando he respondido que lo temo de vos todo, y que como me ha salvado de otros peligros, Dios me salvará del peligro que en vos me amenaza.

—Esplicaos, señora, porque no os comprendo, dijo el duque.

—Pues debiérais ya haberme comprendido. Cuando me hablabais anoche, aunque nada me dijo vuestra palabra, me dijeron demasiado vuestros ojos; me mirábais con codicia, os agradaba: es una desgracia para mí, que á pesar de mi estado de miseria, de enflaquecimiento, casi de enfermedad, los hombres me encuentren hermosa; me lo han dicho muchas veces, y generalmente de una manera desesperante, al verme sumida en una horrible miseria, hija de un hombre capaz de todo por obtener dinero para probar fortuna á los dados y para embriagarse, porque dice que embriagándose todo lo olvida; al contemplarme triste, pálida, enferma, han creído que yo era una fácil presa, que á causa de mi desesperacion podia ser obtenida á cambio de un poco de oro: yo he perdonado á esos insensatos, que no creen que puede haber virtud, dignidad, corazon, alma, conciencia bajo la más espantosa de las miserias; los he perdonado, porque creo en Dios y Dios me manda que perdone á mis enemigos: los he perdonado como os perdono á vos que habeis tenido y teneis para mí muy malos pensamientos.

—¡Ah señora! sois demasiado recelosa: respecto á vos no puede haber un hombre que aliente ideas villanas; fascinais, enloqueceis, hay en vos algo que me atrevo á llamar sobrenatural, que seduce, que atrae, que hace de vos un tesoro inestimable; yo no pensaba deciros nada, porque al mismo tiempo que inspirais pasion, inspirais respeto; pero mis ojos por lo visto han hablado sin licencia mia, puesto que vos habeis comprendido que os amo.

—Vuestro amor es una injuria.

—¿Una injuria, señora?

—Sí; porque sois casado, porque vos no podeis ni debeis amar á otra mujer que á la que Dios os ha dado por compañera; todo lo demás es indigno y vergonzoso.

—Pero no amamos, señora, porque queremos; el amor no es un acto de la voluntad, sino el efecto de una impresion; y es tan poderoso, tan irresistible, que no basta que la razon le diga: «muere, tú no debes existir, se oponen á ello el deber y la conciencia.» No;

contra el amor, señora, no hay ni conciencia ni precepto: es un señor tiránico, que ejerce su poderio absoluto con tanta más fuerza, con tanta violencia cuanto más se le resiste; el amor no es otra cosa que un envenenamiento del alma, contra el cual no hay antidoto.

—Sí; la reflexion, el deber y el sacrificio.

—Convenido, señora; pero los sacrificios son siempre sacrificios, dijo suspirando el duque; y cuando se hace el sacrificio de un amor tal como el que vos inspirais, el sacrificio se convierte en martirio; pero es un martirio horrible; pueden faltar las fuerzas, y es lo más comun que falten, porque nacen muy pocos hombres armados del heroico valor que se necesita para ser mártires; llega un momento en que la locura se apodera del que sufre, en que lo olvida todo, en que todo lo dá por un momento de felicidad desconocida, de felicidad de los cielos.

—Afortunadamente para mí, señor duque, vos no amais de ese modo, dijo suspirando Inés.

—¿Por qué suspirais cuando negais la grandeza á que puede llegar la aficion que me habeis inspirado?

—Suspiro porque ya os he dicho que soy muy frágil; suspiro porque amo de esa manera irresistible; porque siento en mí algo parecido á la locura; porque no puedo tener esperanza, y la esperanza y la desesperacion que me acomete es demasiado amarga, demasiado fria, demasiado desconsoladora.

—¿Amais así al herido?

—Sí, y con toda la violencia de un amor virgen, concentrado en mí sin objeto, soñado por mí sin esperanza: ayer era yo una especie de cadáver que veía, que hablaba, que se movía, que sentía un alma herida de muerte encerrada en un pobre cuerpo débil; hoy ya no soy un cadáver, no; mi alma no está herida, ha sido curada, está llena de gloria, porque ama, porque encuentra un placer inefable en su propio dolor, en su desesperacion: ¡ah! ambicionamos el amor sin comprenderle; no sabemos en qué consiste la inquietud, la ansiedad de nuestro espíritu; echábamos de menos algo que no sabíamos lo que era: lo comprendemos cuando amamos; ansiábamos gozar, devorar el amor, ser devorado por él, encenderle y arder en su fuego inextinguible: cuando amamos comprendemos la vida tal cual Dios ha querido que sea la vida de sus criaturas; comprendemos la caridad, la compasion, las lágrimas, porque todo está no es más que el amor; comprendemos que somos un sér incompleto hasta que nos unimos en el espíritu con otro sér semejan-

te á nosotros; y cómo se conocen dos criaturas que han nacido para vivir en un mismo deseo, en un mismo pensamiento, en una sola voluntad, en una sola vida! ¿Sabeis lo que es el amor? vivir á oscuras; sentir en torno vuestro de una manera misteriosa algo que quisiérais ver, oír, sentir, conocer de una manera completa; no sabeis por qué deseais esto, pero sufris deseando; no lo conoceis, pero ansiáis conocerlo; pretendéis buscar la razón de vuestro deseo, y os envolvéis en lo incomprendible de un misterio. La noche fría, oscura, insoportable, pesa sobre nosotros; pero de repente una luz clarísima, dulce, inefable, ilumina vuestros ojos ciegos; veis en torno vuestro un mundo encantador, un mundo semejante á un paraíso, un mundo en que todo es hermoso, hermosísimo sobre todas las hermosuras, casi divino; nuestra mirada se fija en un sol radiante que no la lastima, que la vivifica, que la hace sentir como no hay palabras para expresar; ese es el sol del amor, esa es la luz de los cielos que ha disipado la oscura, la pavorosa, la insoportable noche que envolvía nuestro espíritu; y ese sol de vida, ese sol de eternos y dulces resplandores, ese sol, que á pesar de su inmenso fulgor no deslumbra, brilla para nosotras las mujeres en la mirada de un hombre, porque asoma en ella su alma enamorada, y para los hombres en los ojos de una mujer: y cuando dos, una mujer y un hombre, son el uno para el otro, esa luz de vida y bienaventuranza... ¡oh! entonces no son dos seres; se convierten en un solo ser dichoso, en un ser tan divino, ó tan semejante á lo divino como puede serlo lo humano.

—¿Y amais vos de ese modo, señora? dijo con un acento y una mirada singulares, en que había mucho de envidia y de despecho y aun de grosera agresión, el duque.

—Sí, de ese modo; amo, y oidme: yo que antes era fuerte por dignidad y por deber, soy ahora fuertísima por amor.

—¿Y se puede amar así en un solo momento?

—¿Se necesita acaso más de un momento para que el sol disipe las tinieblas?

—Pero antes del día, señora, viene el crepúsculo; luego una leve claridad que vá creciendo, y antes de que aparezca el sol, es clarísimo el día.

—Para el amor no hay crepúsculo: yo no lo sabía; pero lo sé ahora; es el paso rápido, instantáneo de la mas densa tiniebla á la luz más diáfana. Oid, porque quiero continuar siendo completamente franca con vos, cómo me he enamorado yo.

—Escúcho con toda mi alma, señora.

Ines contó á Uceda cómo su padre con la villana intencion de venderla, la habia puesto al paso de don Rodrigo Calderon, y lo que habia acontecido hasta que sola en la hosteria, sabiendo que en ella habia un herido y ni una sola mujer para asistirle, fué á buscarle impulsada por la caridad.

—Me acerqué á él tranquila, continuó Inés, sin sentir otra cosa que una dulce compasion; le pregunté cómo se sentia, me miró y... un momento despues... un momento despues, duque, nos amábamos, nos amábamos con toda nuestra alma, con todo nuestro delirio, con toda nuestra fé, con todo nuestro deseo; éramos el uno del otro, no teniamos duda, eramos esposos.

—¡Esposos!

—Si, un alma sola, una sola luz, un solo dia, una sola existencia; no tuvimos que decirnos yo te amo; lo sabiamos; no teniamos que esplicarnos nada; nos comprendiamos; no teniamos que asegurarnos nada, confiábamos ciegamente el uno en el otro.

—Esa es una ilusion, y no más que una ilusion, dijo el duque; así no pueden amarse más que los ángeles.

—¿Qué es el amor más que un ángel partido en dos criaturas?

—¡Ah, no! os engañais, eso no puede ser, no es; si así fuera, no os habriais separado de él.

—¡Ah! ¿no haberme separado de él estando yo amenazada por don Rodrigo Calderon?

—¡Ah!.. exclamó el duque.

—Separándome de él le defendia y me defendia á mí misma; él postrado en un lecho no podia defenderse, ni defenderme; yo no conocia á la marquesa de la Fávara; parece buena, su voz conmueve, seduce, creia encontrar en ella una noble proteccion, y la seguí.

—¿Habeis mirado bien á la marquesa de la Fávara?

—Sí; es hermosa, encantadora.

—¿Y no sabeis que la marquesa de la Fávara y ese jóven son amantes?

—¿Y qué me importa? dijo Inés: Guillen no ha amado hasta que me ha amado á mí.

—Ved no os engañeis: ved no sea que ese amor que soñais en el estudiante no sea otra cosa que el amor que os ha inspirado.

—No, no puede dudarse del amor, como no puede dudarse de la verdad, no, no; puede parecer la mentira verdad; pero nunca, nunca puede la verdad dejar ni la más pequeña duda en el al-

ma, no; la verdad lleva consigo la persuasión, la certidumbre; es, en una palabra, la verdad, solo comparable á sí misma: me ama, me ama, me amará siempre, él es mi vida, yo soy su vida; si las aspiraciones de nuestras almas no se realizasen, moriríamos.

—Dios quiera que no os desengañéis alguna vez.

—¡Ah, no! eso no puede ser, no; eso seria la muerte; la sentiria yo dentro de mí, y nunca he vivido tanto, ni de una manera tan fácil; nunca he sido tan feliz; es mas, yo no sabia que existiese tanta felicidad.

—¿Y si no le volviéseis á ver, señora?

—Sentiria su amor en mi alma, como lo siento en este mismo instante, como lo sentiré siempre: creo, Dios me perdone, que aun en la otra vida, si Guillen dejara de amarme, aunque yo no le viera, aunque nos separara la inmensidad de los mares, sentiria yo la muerte de su amor, y moriria. ¡Ah, no, no! si vos no sabeis lo que es el amor, yo le siento dentro de mí, sí; yo vivo en él y con él, sí; nos amamos con toda nuestra existencia.

—¡Ah! vos estais loca, dijo en un impulso de impaciencia y de contrariedad el duque.

—No, no estoy loca, dijo Inés; creo que nunca he tenido más razon, que nunca he conocido mejor la vida.

—¿Pero no temeis las eventualidades?

—No, porque Dios no habrá querido que nos conozcamos para que seamos horriblemente desgraciados.

—¿Segun me habeis dicho, ese estudiante es noble y rico?

—Y bien ¿y qué?

—Es menor de edad.

—Bien, ¿y qué?

—Será muy posible que por noble y por rico no quiera unirse á vos.

—Aunque yo fuese una desdichada, hija de la impureza y del acaso, Guillen se uniria conmigo; pero por noble que sea Guillen, ¿le creeis más noble que yo?

—¡Vos! ¿que vos sois noble?

—Sangre de reyes corre por mis venas.

—¡Sangre de reyes!

—Sí; hace cien años mis abuelos eran emperadores de Méjico.

—¡Ah! exclamó el duque.

—El buen emperador Carlos V hizo nobles á mis padres, nobles al par que el noble más alto de sus reinos.

—Pero y entonces, ¿cómo habeis venido á tanta miseria?

—Sí; hablemos de eso; esta conversacion aunque me lastime, porque habré de recordar las desgracias de mi madre, me será menos enojosa que la que hasta ahora hemos tenido. Nací en Madrid en 1600; á los pocos meses de haber nacido nos trasladamos á Méjico, patria de mi madre, en donde tenia que recojer su inmensa herencia, una herencia tal, que parece imposible la haya disipado mi padre en tan pocos años.

El juego, la disipacion, los desórdenes, hé aqui la única causa á que puede atribuirse nuestra ruina.

Ya tenia yo razon bastante para juzgar de las cosas, cuando aun todavía éramos ricos.

Mi madre sufría mucho: la embriaguez era el estado comun de mi padre.

Muchas veces le habian traído á casa malherido: la última vez le habian acuchillado el rostro, de tal modo, que cuando curó apareció transformado, feo, repugnante, de hermoso que era.

Por último, hubimos de volvernos á España: huía mi padre de los acreedores y de algunos procesos que se le seguian en la audiencia de Méjico.

Apenas si nos quedó algun dinero, cuando desembarcamos en Cádiz; tenia yo entonces doce años, y era poco más ó menos, lo que soy ahora; tenia la misma estatura y estaba más gruesa; ya veía deseo en las miradas de los hombres; ya se me decian amores.

Mi madre se mantenía hermosísima; pero estaba pálida, flaca, gastada por el llanto y por el dolor; mi madre fué muy infeliz.

Nos vinimos á Madrid, donde mi padre pretendió en vano algunos meses.

Agotados nuestros recursos, mi padre tomó bandera y nos dijo:

—Voy á separarme de vosotras: nada nos queda, y es necesario buscar con que vivir: en la corte no se hace nada, no emplean más que al que tiene dinero para comprar un nombramiento, y los negocios andan malos: soy fuerte y bravo y me voy á Italia; allí á cada paso sobrevienen los saqueos, se hace dinero; dentro de un año volveré, si no me han matado.

Mi madre no hizo á mi padre objecion alguna, ni lloró, ni se afligió más de lo que ya lo estaba.

Mi padre se fué fria y secamente, sin abrazarnos, como quien huye, y mi madre me dijo, estrechándome contra su seno:—¡Nos hemos quedado solas en el mundo! ¡Dios tenga piedad de nosotras!

Vivíamos en una casa de vecindad, y hubiéramos perecido á no ser por la caridad de los vecinos.

Mi madre y yo que nunca habíamos trabajado, trabajamos: nos habian enseñado unas vecinas á hacer flores, porque nosotras no sabíamos hacer nada; yo empecé á aprender á coser para ganar algunos maravedises: trabajábamos desde antes de amanecer hasta muy entrada la noche.

La salud de mi madre se resentia; no tenia ya lágrimas: crecia su enflaquecimiento, la devoraba una profunda tristeza, no dormia: yo estaba aterrada: mi padre no habia escrito una sola carta, mi madre no le nombraba nunca.

Pasó un año y no volvió mi padre.

Poco tiempo despues, la debilidad de mi madre llegó hasta tal punto, que no pudo dejar el lecho.

Antes de cumplirse el año y medio, despues de la partida de mi padre, fué necesario trasladarla al hospital.

¡No sabeis, duque, lo que es dejar en el hospital á una madre á quien se adora! ¡no sabeis cuán amargas son las lágrimas que nos arrancan! es el dolor de los dolores; no sabeis cuán terrible es saber que la adorada madre que nos ha tenido en sus entrañas, nuestra compañera, nuestra amiga, nuestra hermana, está herida de muerte: y no poder estar á su lado, animarla, consolarla; no verla más que un breve espacio; un dia á la semana; el dia señalado para visitar á los enfermos; ir todos los dias á la puerta del hospital y preguntar por el número tantos; preguntar temblando, porque temeis os digan «ha muerto;» llorar, suplicar á aquellos hombres sin entrañas que os dejen verla, y escuchar que os dicen groseramente: «no seais importuna, no se puede entrar, venid el jueves:» y esto todos los dias; devorar una ansiedad horrible, esperar á que pase una larga noche de insomnio; que amanezca para correr al hospital y preguntar por vuestro número querido: ¡ah! ¡yo tengo aquí escrito con fuego en la parte interior de mi frente el número sesenta y cinco! él me ha protegido, él me ha hecho fuerte, él me ha hecho mártir, porque él me recuerda el martirio de los martirios sufrido por mi madre.

Habia yo vuelto á mi casa un dia más apesurada que nunca, oprimido el corazon por un funesto presentimiento: me habian dicho que el número sesenta y cinco estaba muy mal, muy mal; habia llorado, me habia desesperado porque no habian consentido que viera á mi madre; me habia desmayado y me habian hecho volver en mí; por entrar aseguré que estaba muy enferma, pero me dijeron: «no, no

teneis calentura, podeis volveros á vuestra casa:» y mentian, porque me devoraba la fiebre, porque apenas tuve fuerzas para llegar á mi miserable vivienda, y en cuanto llegué me vi obligada á meterme en el lecho.

Las buenas vecinas cuidaron de mí, y fueron crueles; se negaron á que fuese al hospital cuando yo habia deseado enfermar gravemente porque la enfermedad me acercase á mi madre.

—Una vez allí, decia yo suplicante á las vecinas, no serán tan crueles que no pongan mi lecho al lado del de la pobre madre mia.

—La afligiriais, me contestaban tristemente.

Y yo veia algo de siniestro, algo de espantoso, en la tristeza de aquellas pobres niñas. Dos de ellas habian ido al hospital y habian vuelto diciendo, que las habian asegurado que mi madre habia mejorado mucho.

Sin embargo, mi ansiedad se habia aumentado. Por bien que se mienta, por bien que se falsifique la verdad, la falsificacion no nos satisface: un instinto misterioso nos dice que nos engañan.

Pasé un dia horrible y una noche espantosa. Al amanecer quise levantarme para ir al hospital, y no pude; al poner el pié fuera de la cama me faltó la cabeza: una de las vecinas fué en mi lugar, y volvió diciéndome, que mi madre estaba mejor.

Pero yo no sé por qué adquirí la certidumbre de que mi madre habia muerto: me lo habia dicho de tal manera la pobre vecina, — La señora Maria está mejor; — que yo entendí claramente estas otras palabras: — Vuestra madre ha muerto: cuando fuisteis ayer al hospital habia muerto ya.

Grité, me desesperé, llamé desesperada á mi madre, insistí, y al cabo me lo confesaron.

Yo no sé lo que pasó por mí; estuve mucho tiempo sin conocimiento.

Al dia siguiente se me presentó un escribano.

—Siento el motivo que me trae, me dijo; pero vuestra madre ha dejado en el hospital esta alhaja.

Y sacó de su bolsillo, envuelto en un papel, un objeto que desenvolvió y me lo presentó.

Era un medallon de oro: por un lado tenia el retrato de mi madre, de los tiempos en que era muy joven; por el otro un rizo de cabellos mios. Aquella era la preciosa herencia, aunque pobre, que me habia dejado mi madre.

El escribano me dijo:

—Vuestra madre antes de espirar, apenas tuvo tiempo para decir:

—Que den esto á mi hija, que lo guarde, que lo oculte, esta es su fortuna, que vea...

Y no pudo decir más: la muerte le cortó la voz. Sin duda quiso revelar algo más, porque al faltarla la voz hizo un gesto de terrible desesperacion. Y gracias á que vos fuisteis seguida un dia por un practicante de vos enamorado: que de otro modo no hubiéramos sabido donde vivia la jóven que iba á preguntar cotidianamente por el número sesenta y cinco. Se han hecho informaciones, y por el registro de vuestra madre en el hospital y por las declaraciones de los vecinos de esta casa, se ha sacado en claro que vos sois hija legitima de doña Maria de Falces, y que por lo tanto os corresponde su herencia.

—¿Y no han cortado un rizo de la cabellera de mi madre? dije transida de dolor.

—En el hospital no se acuerdan de esas cosas, señora.

—¿Ni se sabe dónde han sepultado á mi madre?

—Fuera de la puerta de Toledo está el cementerio donde se sepultan los cadáveres que salen del hospital, me contestó el escribano.

Y despues de algunas buenas frases de consuelo, salió dejándome el medallon.

Estuve muchos dias gravemente enferma.

—¿Por qué no me llevan al hospital, decia yo, para que muera alli, donde ha muerto mi madre?

Pero los vecinos al verme sola en el mundo, sé habian hecho cargo de la pobre huérfana, y la hija adoptiva de la casa de vecindad no podia ir al hospital.

Me restablecí al fin; es decir, pude levantarme, pude andar, y mi primera excursion acompañada de una anciana vecina la hice al cementerio.

Encontré un espacio inmenso, cercado por una negra tapia, cubierto de yerbas viciosas, de malvas locas, de ortigas, de adormideras, entre las cuales habia sepulturas, cruces de madera, huesos y cráneos insepultos; en el centro una fea capilla, y delante de ella una gran cruz de piedra.

—¿Dónde se entierra á los muertos que vienen del hospital? pregunté á un hombre hediondo guardian, del cementerio.

—Allá, hácia la mitad de la tapia de la izquierda, en la hoyanca.

—Vamos, vamos allá, señora Blasa, dije á la anciana.

—¡Bah, bah, bah! dijo el guardian de los muertos: ¿á quién buskais, jóven? en la hoyanca se revuelve todo. ¿Cuándo murió el que buskais?

—Hace quince dias, dije.

—¡Quince dias! exclamó el sepulturero; ¡bah! de cuarenta á sesenta nos envian cada dia los hospitales de Madrid; nos dan mucho que hacer los hospitales, y sin provecho. Quince dias... vamos, venid acá, yo os diré sobre poco más ó menos dónde está vuestro difunto.

Y el sepulturero echó á andar.

Cruzamos por entre las crecidas yerbas, pisando tumbas y huesos repugnantes. Al fin, junto á la tapia, se detuvo aquel hombre junto á una gran zanja, llena en parte de tierra, removida aun: cerca de nosotros, cubierta de yerba: más allá, por el otro extremo, abierta, profunda, ancha, formídale, asquerosa, un muladar de restos humanos.

—Por aquí enterramos hace quince dias, dijo el guarda; aquí debe estar el vuestro con otros treinta ó cuarenta más.

—¿Y se puede poner aquí una cruz? dije.

—¿Por qué no? pero se necesita la licencia del vicario, y eso cuesta dinero.

—¿Y cuánto cuesta una misa en la capilla y un responso aquí?

—La misa dos reales sencillos, dos reales el responso, y un real de gratificacion para mí, si hay voluntad.

—¡Oh Dios mio! exclamé; tengo que trabajar á lo menos cuatro dias, y no puedo trabajar aun.

Y me arrodillé llorando, y recé.

La señora Blasa se arrodilló tambien y rezó conmigo.

Salimos del cementerio: volvimos á nuestra casa.

Al dia siguiente todas las jóvenes de la vecindad se me presentaron: una de ellas traia una corona de siempre vivas.

—¿Qué es eso? las pregunté.

—Nada, señora Inés, me dijeron; es que vamos con vos al cementerio, á que pongan una cruz, que ya está hecha, en la tumba de vuestra madre; sobre la cruz pondreis vos misma esta corona; luego se dirán por el alma de vuestra madre las tres *misas de la luz*, y se cantará un solemne responso junto á la fosa.

—Todo eso costará mucho dinero, dije; mucho dinero para nosotros que somos muy pobres.

—¡Bah! me contestó la que tenía la corona de siempre vivas; todos hemos puesto un poquito; ha habido bastante y aun ha sobrado para el refresco, porque ya sabeis que se refresca despues de los entierros; como que somos más de trescientos en la casa, hemos tocado á muy poco; no hay que apurarse por eso. Vamos, vestios y andando; la señora Blasa, la señora Francisca y la señora Petra, que son tres honradas mujeres y os quieren mucho, como todos nosotros, nos acompañarán.

Eran las treinta jóvenes desde quince á veinte años, y todas iban vestidas de blanco.

Nos trasladamos al cementerio.

No olvidaré nunca lo sombríamente terrible de aquel día.

Volvimos, y en el cuarto más capaz de la casa se sirvieron bizcochos, licores y refrescos; sencillo todo, todo pobre; pero todo inapreciable por la caridad y el amor que para mí representaba.

Desde aquel día se esforzaron por mí los vecinos; me procuraban trabajo; pero lo que mi insuficiente trabajo no podia sufragar, esto es, una mezquina subsistencia, lo sufragaban los vecinos. Conmigo, guardándome, asistiéndome, vivia una anciana viuda que como yo se habia quedado sola en el mundo; fué mi segunda madre y mi segundo dolor, no tan intenso ni con mucho como el primero: murió hace un año; pero no murió en el hospital, no se la enterró en la fosa comun; los vecinos, por amor á mí, se encargaron de todo.

El mismo día en que volvíamos del entierro de la señora Clara, al entrar en mi cuarto me encontré con un hombre sentado frente á la puerta.

No pude menos de reconocerle: era mi padre, vestido bizarramente de soldado.

Yo, en el momento en que me restablecí de la enfermedad que me habia causado el dolor por la muerte de mi madre, habia escrito al virey de Nápoles, rogándole mandase averiguar si existia en el ejército de Italia un soldado llamado Cristóbal de Mendavia, y que si existia se le hiciese sabedor de que su mujer habia muerto, y de que su hija habia quedado sola en el mundo.

Esta carta no tuvo contestacion, y yo supuse que no la habia tenido, porque no habian querido decirme que mi padre habia muerto.

Me sorprendí, pues, al verle tal como se habia ido, con la sola diferencia de estar algo más moreno y algo cambiado con los arreos militares.

—Abrázame, Inés, me dijo; estás hecha una buena moza, y espero que haremos fortuna.

Le abracé; pero os lo confieso, con una repulsion involuntaria; yo no le aborrecia, no podia aborrecerle, era mi padre. La naturaleza y la religion me mandaban amarle; pero yo no le amaba; solo sentia por él respeto, el respeto que todo hijo debe tener á su padre.

—Por allá se ha ganado muy poco, hija, continuó despues de haberme abrazado y besado con efusion; lo que se encuentra con mucha facilidad, todos los dias y á cada paso, es un coscorron; el dinero anda por las nubes: á mí me han dejado inválido, y gracias á que echando un guante entre los compañeros, he tenido para el viaje, y he entrado en Madrid con una docena de ducados. Ya sé que tu madre ha muerto, y esto me tiene de muy mal humor, porque yo la queria mucho: sé tambien que esta buena gente te ha amparado; se lo agradezco, y en prueba de ello me confieso muy su amigo, y me quedo á vivir en su vecindad: nos llevaremos muy bien.

Pero tan bien se llevaba con los vecinos que al mes de estar mi padre entre ellos, ya no nos saludaba nadie.

Continuaba con sus embriagueces; se le habia agriado el carácter; reñia por cualquier cosa, y se habia hecho un perdona-vidas insoportable.

Los vecinos cuando se iba murmuraban de él, sin cuidarse de si yo los escuchaba ó no.

—Que le han dejado inválido, decian con mucha frecuencia, y está fuerte como un roble: ¡bah! mentira: es que le han echado por sus vicios: y miren que ya es menester que sea vicioso y malo un soldado para que por esto le echen del servicio; porque al fin los soldados son lo peor de cada casa; con que hay que pensar que cuando han echado al señor Cristóbal de Mendavia, cosas habrá hecho, que no se habrán podido pasar ni con azúcar.

Las vecinas no me trataban ya como antes; apenas me hablaban: la antipatía que les habia inspirado mi padre, se habia estendido hasta mí.

Mi padre trasnochaba, venia casi siempre al amanecer, dormia de dia, le visitaba mala gente cuyo grosero trato me obligaba á sufrir: muchas veces me llevaba consigo, me hacia entrar en las tabernas y en las hosterías: no parecia, sino que se habia propuesto pervertirme.

Por último, sobrevino una miseria espantosa: los vecinos me ha-

bían completamente abandonado, y si no se nos habia arrojado de la casa, habia sido por miedo á mi padre, que en cuanto le hablaban de ponerle ante la justicia por los alquileres vencidos, echaba mano á la espada amenazando al cielo y á la tierra.

Yo, por temor de que mi padre se apercibiese de que tenia un medallon de oro, y me le arrebatare para venderle, por más que este medallon contuviese el retrato de mi madre, de su esposa, oculté este retrato bajo un ladrillo en nuestra pobre vivienda.

Aconteció por fin lo que ya os he referido al empezar mi historia. Mi padre me habló de amantes ricos, desgarró mi pudor, y por último me vendió á ese don Rodrigo Calderon, de quien yo me creí salvada por la marquesa de la Fávara.

—Pero ese hombre no puede ser vuestro padre, dijo el duque de Uceda; un padre así no se comprende, es un mónstruo.

—Dios lo permite todo en sus misterios, en sus incomprensibles juicios. No es muy raro encontrar un mal padre, como tampoco es muy raro encontrar un mal hijo; y si no, decidme: ¿qué sois el señor duque de Lerma y vos? El duque de Lerma os ha hecho prender por la Inquisicion, y segun dicen, vos seriais capaz de otro tanto y aun de más contra el duque de Lerma.

—¡Ah! es que entre nosotros se ha colocado ese maldito marqués de Siete Iglesias; es que mi padre se ha vuelto loco; que el rey es un estúpido; que se nos persigue: ¿pues qué mi padre no ha desterrado al conde de Lemos, marido de mi hermana doña Catalina? ¿no me ha hecho la guerra cuanto le ha sido posible á pesar de que soy su hijo? Y todo consiste en que hacemos sombra á don Rodrigo Calderon; porque como ya se vé, don Rodrigo es hijo suyo á trasmano, le ama más, mucho más que á los hijos que ha tenido legítimamente.

—¡Cómo! exclamó Inés; ¿no bastaba la enemistad del padre y del hijo, sino que se necesitaba tambien la enemistad de los hermanos?

—Vos no conocéis la vida de la corte, dijo Uceda; vos no sabeis lo que se ambiciona el favor de un rey; porque el favor de un rey hace rey al vasallo favorecido, y se sabe ya, y es muy viejo que los reyes no tienen hijos, ni padre, ni hermano, ni esposa, ni deudos, ni nada más que el amor á su dominio absoluto. Si vos hubierais vivido algun tiempo en la corte, como vivieris, no os asombrariais de esto.

—¡Ah! no quiero conocerlo, no quiero verlo; la corte es á un mismo tiempo una tentacion y un infierno; el alma por el cuerpo, la

conciencia por la vanidad: yo no sé por qué se echa á galeras á los malhechores, y se deja en paz á los cortesanos: ¡ah! sí, es verdad, matan sin puñal.

—¿Y quién os lo ha dicho? No conocéis entonces á don Rodrigo Calderon: ¿creeis que importa aun más el puñal que el veneno?

—Sí, se dice, y lo sé porque lo dice todo el mundo, que á don Rodrigo se le ha hecho marqués de Siete Iglesias en premio de siete asesinatos; pero en la corte la calumnia no reposa, y sin ser un santo don Rodrigo, es muy posible que no sea tan demonio como dicen.

—¿Y por qué pidió á su magestad cédula de liberacion de todos sus delitos y cohechos?

—Yo no defiendo á don Rodrigo, dijo Inés; ya sabeis que huyendo de él, es como he venido á dar en manos de la marquesa de la Fávara.

—Advertid que ya no estais en poder de esa señora.

—¿Cómo?

—No; porque me he apoderado yo de esta casa.

—¡Ah! habeis sobornado á los criados de la marquesa?

—No, los he tomado á mi servicio: y entre el marqués de la Fávara y yo, no hay un solo criado que no prefiera servirme á mí.

—Es decir, que estoy en vuestro poder.

—Sí, y no: sí, porque puedo prolongar vuestro encierro: no, porque me interesais demasiado; porque quiero que seais libre. Y á propósito; ¿no os dijeron cuando os entregaron el medallon que contenía el retrato de vuestra madre, que aquel medallon era vuestra fortuna?

—Sí.

—¿Y no sabeis á qué atribuir esto?

—No.

—Aquí hay un misterio que es necesario esclarecer. ¿Conservais ese retrato?

—Sí.

—¿No sabe nadie dónde está?

—¡Ah, sí! dijo Inés recordando; se lo he dicho á don Rodrigo Calderon.

—¿Y por qué se lo habeis dicho?

—¿Que sé yo?

—Esta noche, si no os oponéis á ello, saldremos de aquí.

—¿Y por qué he de oponerme yo? dijo Inés; ¿tengo acaso fuer-

zas para ello? En último caso, prefiero á estar en poder de la marquesa de la Fávara, que es mi enemiga, estar en poder vuestro, que no teneis motivo para serlo, y que espero me respetaréis.

—Si, os respetaré, os respeto; siento por vos un no sé qué incomprendible; os amo, pero de una manera dulce, como solo he amado á una mujer en este mundo.

—¿A qué mujer?

—A mi hermana doña Catalina.

—¡Ah! ¿me amais como á vuestra hermana?

—Y en prueba de ello, cuando salgamos de aquí os llevaré casa de mi hermana la condesa de Lemos.

—¡Ah! vos no sois tan malo como dicen.

—Yo no hago el mal por el solo gusto de hacerlo, dijo Uceda; acometo á mis enemigos y me defiendo como puedo; pero no he pensado nunca en el asesinato; si hubiera pensado en él, no existiría Calderon.

—¡Qué horror! exclamó Inés; ¡matar á un hermano!

—Ya os he dicho que ni los reyes ni los ambiciosos tienen hijos ni hermanos.

—Pero, ¿y Dios?

—Los ambiciosos no tienen más Dios que su ambicion. Pero hablando de otra cosa; ¿estais segura de que amais de una manera decidida á ese estudiante que está postrado en la hostería del Ciervo Azul?

—¡Oh, sí! le amo con toda mi alma.

—Debeis, pues, estar cuidadosa por él.

—Me estoy muriendo.

—Pues bien, señora; vamos á tener noticias suyas; esperad un momento.

El duque salió, llamó á Pedro y le dijo:

—Tú debes tener muchos conocimientos en Madrid.

—Malos ó buenos no me faltan, señor; contestó Pedro.

—Para lo que se necesita de ti, cualquier conocimiento es bueno.

—¿Y qué necesita vuestrencia, señor?

—Toma tu capa, encúbrete bien con ella, escúrrrete.

—¿Es decir que salga de esta casa?

—Sí, hombre, sí.

—¿Sabe vuestrencia que la marquesa de la Fávara me ha mandado que no salga de aquí?

—Vamos claros; ¿á quién obedeces tú, á la marquesa de la Fávara ó á mí?

—Esto no tiene duda, sirvo á vuestre señoría.

—Pues bien, no me gusta que mis criados me repliquen.

—Perdone vuestre señoría, señor.

—Rebózate en tu capa de manera que no puedan conocerte, busca á uno de tus amigos de confianza, y dile que vaya á la hostería del Ciervo Azul, y que se informe del estado en que se encuentra un tal señor Guillen de Vargas Machuca, que fué herido anoche.

Pedro salió, y una hora despues volvió con la contestacion siguiente:

—El herido está grave; pero no de manera que se tema todavía por su vida. Le han nombrado alférez de la guardia alemana, y le están asistiendo dos soldados de esta y algunos criados de don Rodrigo Calderon.

CAPITULO XXVII.

La familia del duque de Lerma.

Al mediar aquel mismo dia Juan de Juara se presentó á don Rodrigo Calderon.

Llevaba una carta en la mano.

—¿Qué es esto? le dijo Calderon.

—Un desconocido, contestó Juara, me acaba de dar esta carta para vos, y como el sobreescrito de ella dice: «del duque de Uceda» me he apresurado á traéroslo.

—¡Ah! dijo Calderon tomando la carta, ¡del duque de Uceda! ¡tiene miedo! ¡apela á nosotros! bien, perfectamente, le dictaremos condiciones, arreglaremos estos negocios que no van muy bien.

Don Rodrigo abrió la carta.

Como era breve la leyó en dos segundos.

—¡Ah! exclamó palideciendo de cólera; ¿con que se nos ha escapado el señor duque de Uceda? ¿con que se ha apoderado de mi hermana, y nos dicta condiciones?

Por decontado, don Rodrigo lo decia esto para sí.

—Oye Juara, añadió; vas á buscarme ahora mismo al teniente alguacil mayor de la inquisicion de Madrid, Agustin de Avila. Yo le diré á ese miserable si se puede burlar de mí. ¡Oh! con que no solamente me deja ir á un hombre tal como el duque, á quien yo le

he mandado prender, sino que tambien le busca, le encuentra y le entrega una mujer que á mí me interesa. Búscalo, Juara, búscalo y tráemelo sin admitir ningun pretesto y sin dilacion alguna. Vete; ya estás tardando.

Pero Juara no encontró en su casa, ni en ninguna parte á Agustín de Avila.

Esto consistia, en que el teniente alguacil del Santo Oficio de Madrid habia sabido que se le habia escapado el duque de Uceda, y se habia escondido para evitar el primer ímpetu de la cólera de don Rodrigo.

Cuando lo supo este, se quedó profundamente pensativo.

Agustín de Avila habia servido demasiado bien en algunas ocasiones á Calderon, y poseia graves secretos suyos, y aun papeles de importancia.

Don Rodrigo se aterrorizó por la que creia traicion de Agustín de Avila, lo temió todo, y dijo:

—Escucha, Juara, tú me tienes mucho cariño, ¿no es verdad?

—Sí señor; daria por vos mi vida, ya lo sabeis; os quiero como si fuérais una cosa mia.

—¿Y puedo contar con que hagas todo lo que yo te pida?

—Sí señor; si me dijérais: Juara, abre ese balcon y tirate por él, me tiraria.

—Pues bien, no te pido tanto: busca á Agustín de Avila y mátalos.

Ardió un relámpago de ferocidad en los ojos de Juara.

—¿Y no es más que eso lo que vuestra señoría quiere de mí?

—Nada más; pero es necesario que sea cuanto antes; hazlo de modo que puedas registrar el cadáver, porque necesito que te apoderes de unos papeles que en la situacion en que Agustín de Avila se encuentra, debe de llevar consigo: es necesario que me entregues esos papeles, sin leerlos, esta misma noche.

—Descuidad, que más vale astucia que fuerza, y esta misma noche morirá Agustín de Avila, y tendreis en vuestro poder esos papeles que necesitais.

—Toma esta carta, dijo don Rodrigo, dándole una que habia escrito, y que se la entreguen á Pero Ponce, mayordomo del duque de Uceda.

Juara tomó la carta, se fué, y como ya era por la tarde, don Rodrigo galanamente vestido se fué á casa de doña Ana de Contreras.

Esta le recibió sonriendo, á pesar de que estaba sombríamente celosa.

En cuanto á don Francisco de Contreras, ocultó su odio á don Rodrigo, y le hizo la más favorable acogida.

—Y bien, dijo don Rodrigo; ¿ha trascendido entre vuestros criados lo que sucedió anoche en vuestra casa?

—No, señor marqués, dijo Contreras; porque los criados duermen en el segundo piso muy retirados, lo que sucedió pasó muy silenciosamente, cuando volvimos de vuestra casa era muy temprano, y creyeron bien que habíamos ido á misa. Es cierto que han extrañado el encontrar la puerta no más que encajada; pero se ha atribuido á un descuido: y en verdad, en verdad, no han podido explicarse otra cosa.

—Por el alcázar, contestó don Rodrigo, la cosa ha pasado también en silencio; pero os aconsejo que renunciéis en nombre de vuestra hija su cargo de camarista de la princesa: esto levantará la reputación de doña Ana, porque todos sospecharán y acabarán por creer, siendo como es tan conocida y tan ponderada la hermosura de esta señora, que es debida la renuncia á un atrevimiento del príncipe.

—En lo cual no sospecharán más que la verdad, dijo Contreras; porque un atrevimiento de su alteza es el que ha causado la situación en que nos encontramos. Pero perdonad si os dejo: tenemos esta tarde consejo con el rey, y ya es la hora. No, no os levanteis, podeis permanecer, estais en vuestra casa, señor marqués.

Y despidiéndose, dejó solo á don Rodrigo con doña Ana.

Esta se mostró enamoradísima con don Rodrigo, hasta el punto de que este perdió el recelo de que doña Ana hubiese oído lo que había dicho el alférez Mendavia.

Don Rodrigo permaneció junto á doña Ana hasta muy entrada la noche, y salió de su casa loco por ella, enamorado, como nunca había estado enamorado de otra mujer.

Al cerrar la noche, Pero Ponce salió de la casa de su amo armado hasta los dientes; es decir con espada, daga, pistolete, y además de esto como arma defensiva y por lo que pudiera acontecer, con una coracina fuerte aunque muy ligera, bajo la ropilla.

Dió algunas vueltas por la calle hasta que se cercióró de que no era seguido, y entonces se encaminó á buen paso á la calle del Almendro en demanda de la vieja y deshabitada casa de Maqueda, en la que entró por la tapia sin ser visto de nadie, á punto que daban las nueve de la noche.

A poco que anduvo por el interior de la casa, provisto de su linterna, le dió en los ojos el reflejo de una luz que se veía á través de una puerta.

Adelantó y encontró al duque que se paseaba impaciente.

Al sentir los pasos de Pero Ponce el duque se detuvo, y se volvió hácia él.

—Te estoy esperando desde que oscureció, dijo.

—Y bien hubiera podido venir, señor; pero no lo he creído prudente.

—¿Me traes algo?

—Sí señor; este pliego.

El duque lo tomó, y leyó el sobreescrito que decía así:

«Al duque de Uceda, de orden del rey nuestro señor.—El marqués de Siete Iglesias.»

El duque rompió el sobre y encontró bajo él dos pliegos.

El uno decía así:

«Excelentísimo señor: Su magestad me ha llamado esta mañana y me manda comunicaros que, habiendo sabido que la noche anterior habíais sido preso por el Santo Oficio de la general Inquisicion del arzobispado de Toledo, y siéndole notoria vuestra fé católica, comprendiendo que esto no puede ser otra cosa que un error ó una denuncia malévola de vuestros enemigos, se ha dignado, contando siempre con el beneplácito de la Inquisicion, declararos libre, mandando que se suspenda toda actuacion por el Santo Oficio, hasta que se vea detenidamente si hay razon bastante para ello. Todo lo que me apresuro á manifestaros con gran complacencia mia para vuestra satisfaccion y efectos consiguientes. Dios guarde á vucencia muchos años. Madrid 18 de Diciembre de 1518.

El secretario de Estado y del despacho de su magestad, Marqués de Siete Iglesias.—Al excelentísimo señor duque de Uceda, mayor-domo mayor de su alteza serenísima el príncipe de Asturias.»

—¡Ah! ¿á qué se ha añadido esto del príncipe? Para hacerme creer que no se me destierra, ni se intenta nada contra mí: convenidos, señor marqués de Siete Iglesias. Y sin embargo, la real orden no me declara completamente libre, puesto que el rey se reserva autorizar ó no á la Inquisicion para procesarme segun la causa que hubiere. Esto quiere decir que se piensa en imponerme condiciones: veamos este otro pliego.

Era una carta de don Rodrigo al duque de Uceda, en que le decía lo siguiente:

«Excelentísimo señor: Habeis tenido bastante ingenio para romper la red en que yo os tenia preso, y os habeis apoderado, no sé como, de una mujer, mejor dicho, de una alta dama que me interesa tanto, que por ella soy capaz de ser vuestro amigo. Veámosnos y entendámonos: elegid un terreno neutral; yo creo que el más á propósito seria la casa de vuestra hermana la condesa de Lemos: iré á ella esta noche á las diez: si no soy recibido, será señal de que no quereis que en casa de vuestra hermana nos veamos, ó de que aun no habeis ido á ella: de todos modos escribidme, y decidme donde nos veremos con seguridad para ambos. Guardeos Dios. Quien desea poder llamarse vuestro amigo, el marqués de Siete Iglesias.»

—¿Qué hora es, Pero Ponce? dijo Uceda.

—Las nueve, señor.

—¿Cómo está la noche?

—Buena.

—De aquí á la Almudena hay poca distancia: espérame.

En la Almudena, en la misma casa que ahora se llama de los Consejos, vivia en una parte el duque de Lerma, y en la otra su hija doña Catalina con su marido don Fernando de Castro, conde de Lemos y á más sobrino de Lerma.

Uceda llamó á Gil Diaz, á Pedro y á Juan y les dijo:

—Salid y esperad en la puerta de la casa.

Los tres salieron.

Uceda entró en la cámara donde estaba Inés.

—Poneos vuestro manto, señora, y seguidme, la dijo.

—¿Adónde vamos? dijo Inés buscando su manto.

—Casa de mi hermana la condesa de Lemos.

Inés se puso el manto, se asió del brazo del duque de Uceda, y salió con él, no sin temor, de aquella casa que habia quedado abierta y abandonada.

Pero Ponce por orden del duque habia cargado con los mil doblones que habia llevado aquella mañana á su amo, menos los que este habia dado á Gil Diaz y á los dos criados de la marquesa de la Fávara.

Se llevó asimismo los cubiertos y la vagilla de plata que habian ido con la vianda.

La casa quedó abierta y abandonada.

Algunos rateros, que no tenian miedo á los duendes, se llevaron lo que pudieron, es decir, menos los muebles pesados y viejos.

La condesa de Lemos muy distante de la visita que iban á hacerla, se entretenía en leer unos romances de Quevedo; pero los romances de Quevedo, que hacían reír á todo el mundo, no la hacían reír á ella.

Tenia ojeriza al buen ingenio, porque como otras muchas, se había enamorado de él, sin que él se enamorase de ellas.

Doña Catalina, sin embargo, le amaba, y se consolaba de su amor leyendo las sátiras de Quevedo, porque así creía oírle; pero como este era un triste recurso, aquellas sátiras no hacían reír á la condesa.

Era morena, ojinegra, pelinegra, meditabunda y grave.

En otros tiempos, antes de conocer á Quevedo, y sobre todo, antes de casarse con su primo don Fernando de Castro, había sido viva, lijera, y aun pudiéramos decir que traviesa: era muy hermosa y muy simpática, y parecía contar de treinta y cuatro á treinta y cinco años.

Un paje la anunció una visita de su hermano el señor duque de Uceda.

La condesa frunció ligeramente el bello entrecejo. No estaba bien con su familia, ni podía estarlo, porque su familia la había sacrificado casándola con el conde de Lemos, que tenía muy poco de simpático, nada de espiritual.

—¿Y qué necesidad tiene de anunciarse mi hermano? dijo dando rienda á su mal humor; que pase en buen hora.

—Indudablemente, dijo entrando Uceda, ha estado hoy mucho tiempo á vuestro lado nuestro buen primo el conde de Lemos, porque estais de muy mal humor.

—¿Qué es esto? dijo la condesa viendo que su hermano traía del brazo una jóven harto pobremente vestida: ¿con qué mujer se me os venís?

Inés se puso roja de vergüenza: el acento de la de Lemos había sido acerbamente agresivo.

—No se trata de una mujer, hermana, dijo el duque, sino de una alta dama, á juzgar por esta carta que me ha escrito vuestro grandísimo amigo el marqués de Siete Iglesias.

—Sí, uno de esos amigos á quienes se detesta, dijo la condesa; pero veamos qué es esto.

Y tomó con desden la carta que la daba su hermano.

—Sentaos, doña Inés, sentaos, dijo el duque, ofreciéndola un sillón. Aunque mi buena hermana y yo no somos muy amigos, su

casa es mi casa, y como mi casa es vuestra, estais en vuestra casa: no extrañéis lo que ois: mi buena hermana es poco amiga de don Rodrigo Calderon, por más que le sufra, solamente porque don Francisco de Quevedo, cuyo nombre conoce todo el mundo, y que vos conocereis sin duda, es enemigo á muerte de don Rodrigo Calderon, al par que es un gran amigo de mi hermana, que es su mejor amiga.

—Y bien, dijo la condesa despues de haber leído la carta, devolviéndola á Uceda; de aquí resulta que habeis sido preso por la Inquisicion, que se os ha puesto en libertad, y que la prenda de vuestra libertad es esa señora; su traje, su belleza, su pobreza, su soledad con vos y el empeño de don Rodrigo Calderon por ella, componen un misterio que yo no puedo explicarme.

—Ni yo ni doña Inés nos lo explicamos, dijo el duque; pero como quiera que esta dama es una honrada doncella, pura como el ampo de la nieve, virtuosa y digna, y yo la pongo bajo vuestra proteccion porque estoy seguro de que cuando conozcais su historia la protegereis, y de que cuando la conozcais la amareis, hacedme la merced de llevárosela á vuestra recámara y vestirla convenientemente, que á lo que me parece, vuestras ropas han de venirla tan bien como si para ella hubiesen sido hechas.

En aquel momento un paje anunció al duque de Lerma, que entró sobre el anuncio.

Don Francisco de Sandoval y Rojas adelantó, y sin decir nada se detuvo junto á Inés, la contempló profundamente, y dijo á la condesa de Lemos:

—Hija mia, cerrad todas las puertas de modo que nadie pueda oirnos.

Asombrada doña Catalina, se levantó y cerró las dos puertas de la cámara.

Entonces el duque de Lerma asió de la mano á Inés, y adelantando hacia Uceda y doña Catalina, que estaban asombrados é impacientes por ver lo que era aquello, les dijo:

—Reconoced en esta desdichada jóven á vuestra hermana.

—¡Mi hermana! exclamaron á un tiempo doña Catalina y Uceda. Inés se habia puesto mortalmente pálida.

—Sí, vuestra hermana, porque es mi hija, añadió solemnemente el duque de Lerma.

—¡Vuestra hija! exclamó Inés rehaciéndose y en un arranque de dignidad en nombre de su madre; ¡no, yo, no soy vuestra hija! yo

soy hija legítima del alférez Cristóbal de Mendavia y de su esposa doña María de Falces.

—¡Un padre no vende á su hija, exclamó con indignacion el duque, como os ha vendido el miserable, el asesino, el infame Mendavia, á mi otro hijo don Rodrigo Calderon.

—¡Ah! ¿qué es esto? exclamó Inés: vos sois mi padre, don Rodrigo Calderon mi hermano, vuestro hijo, y estos señores son tambien hermanos míos... Esto es un sueño, un sueño horrible.

—Debeis saberlo todo, dijo Lerma, y estamos en familia. A más de esto; señora, ¿conoceis este retrato? añadió el duque sacando de debajo de su ropilla el medallon que contenia el retrato de la madre de Inés.

—¡Ah, sí, mi madre, mi pobre madre! exclamó la jóven; ¿pero cómo ha venido á vuestro poder este retrato?

—Vos revelásteis el lugar donde se encontraba á don Rodrigo, este ha ido á buscarle y me le ha entregado.

—¿Y por qué os le ha entregado el marqués de Siete Iglesias?

—Vos ignorais, dijo el duque, acercándose á las luces que arrian sobre la mesa en ricos candeleros de plata, que este medallon tenia un secreto.

—¡Un secreto!

—Sí, mirad, dijo Lerma tocando al resorte y abriendo el medallon.

—Aquí hay un papel, dijo Inés.

—Sí, ¿y recordais la escritura de vuestra madre? dijo el duque.

—¡Oh sí! exclamó leyendo el contenido del papel Inés; ¡esto lo ha escrito la adorada madre mia! «Entregad este medallon y este papel al excelentísimo señor duque de Lerma: vá en ello la felicidad de mi hija.» ¡Ah, sí, sí! añadió Inés; este era el secreto que se llevó mi desdichada madre á la tumba; el secreto que no pudo revelar, porque la faltó la voz en su agonía. Tal vez si yo hubiera estado á su lado...

—Pues qué ¿no murió en vuestros brazos vuestra madre? exclamó el duque.

—No, mi madre murió sola en el hospital; en el hospital no dejan estar al lado de los que mueren á sus parientes.

—¡Oh Dios mio! exclamó la condesa de Lemos atrayendo á sus brazos á Inés que se habia echado á llorar.

El duque de Lerma estaba aterrado; el de Uceda conmovido.

—¡En el hospital! exclamó Lerma, en voz cavernosa; ¡ha muerto en el hospital! ¿pero en qué hospital?

—En el general de Madrid, dijo Inés levantando la cabeza y fijando en el duque de Lerma una mirada candente, velada por sus lágrimas; si, en el hospital general de Madrid, mientras que vos, causante tal vez de todas sus desgracias, érais rey de España como lo sois ahora.

—¿Pero ¿por qué no me buscó esa desventurada?

—¡Ah! ¡por qué no os buscó!.. Es verdad; algunas veces, cuando en su vida, que ha sido una horrible miseria, hambrienta me estrechaba entre sus brazos, me decía llorando:—¡Oh! si hubiera virtud y honor en la tierra, no estarias hambrienta, hija mía; ¡pero no, no, yo no puedo acudir á él! no, ¡se levantaría de su sepultura una sombra roja! ¡ah! no, no!

El duque de Lerma se desplomó aterrado sobre un sillón.

—Yo, continuó Inés, cuando oía esas palabras pedí á mi madre me las explicase; pero mi madre me dijo:—No hablemos más de esto; es preferible la muerte á la infamia; te prohibo que me hagas ni una sola pregunta más.—Y yo que adoraba á mi madre, callé.

Sucedió á estas palabras de Inés un silencio profundo.

—¡Un crimen más! murmuró para sí la condesa de Lemos.

—¿Qué historia de mi padre será esta que yo no conozco? murmuró el duque de Uceda.

—¡Cuál será la sombra roja á que se refería mi madre cuando sin duda pensaba en ese hombre! murmuraba para sí Inés.

—No hablemos, no hablemos más de esto, dijo rehaciéndose el duque de Lerma, que estaba pálido como un cadáver; básteos con saber, á vos que sois mi hija, á vosotros que es vuestra hermana. No quiero dejarla espuesta á los sucesos de la vida sin un fuerte amparo, porque este secreto se sepulta entre nosotros. Sabed vos también, pero no se lo digais á nadie, añadió dirigiéndose á Inés, que el marqués de Siete Iglesias es vuestro hermano. La adorable providencia de Dios ha hecho que hayais ido á dar en sus manos, y que vos le reveleis dónde ocultábais el retrato de vuestra madre: quédese esto entre nosotros, tenedla en vuestra casa, doña Catalina, y valeos de cualquier pretexto para con el conde de Lemos, vuestro marido. Vos, Uceda, venid; don Rodrigo nos espera: es necesario que nos entendamos; es necesario que ya que Dios nos deja conocer su omnipotente justicia, seamos lo que debemos ser, padres, hijos, hermanos. Adios, hija mía, añadió dirigiéndose á Inés, pero sin

abrazarla; yo procuraré hacerme amar de vos. Adios, doña Catalina; sois noble y buena y no necesito deciros que ameis á vuestra hermana, porque la amais ya. Adios.

Y salió con Uceda.

—Sí, sí, dijo doña Catalina en cuanto se quedaron solas; yo os amo; perdonad la dureza con que os recibí; porque no sabia quién érais, y lo temo todo de mi familia. ¡Ah! yo estoy muy contenta: me encontraba sola en el mundo, sola y desesperada, y al menos ya no estaré sola, tendré quien me consuele.

Y se llevó consigo á Inés, que no acertaba á hablar.

CAPITULO XXVIII.

Una alta traicion.

Don Rodrigo Calderon esperaba en una cámara inmediata: se paseaba, estaba vivamente contrariado: habia contraido hácia Uceda, á pesar de que era su hermano, un odio á muerte, que no era mayor que el que Uceda le profesaba: el poder que protegía á Lerma y á Calderon, esto es, el rey, estaba en su ocaso: se acercaba la elevación al trono del príncipe don Felipe.

Habia subido este ya hasta el supremo gobierno asociado por su padre al mando, é influía gravemente en los consejos oponiéndose á todo lo que le aconsejaban se opusiese Uceda y su camarilla. La máquina del gobierno se habia entorpecido para Lerma y Calderon: sus enemigos estaban tan cerca que herian con los puñales; las intrigas se hacian cada dia más odiosas; el rey estaba cansado y el príncipe impaciente.

Felipe III adolecia de una inercia que habia llegado á convertirse ya en una enfermedad, se habia hecho misántropo, y sin duda por resultado del frio de su alma, se habia hecho físicamente tan sensible al frio, que aun á los principios del verano se le veia inclinado sobre un brasero absorbiendo con delicia su calor.

Esto influía gravemente en el estado físico y moral del rey.

El príncipe empezaba á dominarle, lo que es lo mismo que decir que el rey empezaba á ser influido por Uceda.

El rey no hubiera escuchado á este, porque sabia que era enemigo declarado de Lerma y estaba prevenido contra él; pero escuchaba al príncipe, que era lo mismo que escuchar á Uceda, porque el príncipe no decia al rey otra cosa que aquella que aprendia de memoria de la boca de Uceda.

El reino entretanto estaba, valiéndonos de una expresion vulgar, manga por hombro.

Se dejaba á los vireyes de las colonias ultramarinas, como al de Nápoles y como á los otros dependientes de España, desangrar á los sujetos á su dominacion, azotarlos, decapitarlos, usar de todo género de tiranías, con tal que enviasen dinero.

Portugal estaba azotado; las chancillerías, los capitanes generales, los corregidores, los alcaldes, la inquisicion, eran otros tantos poderes omnímodos, absolutos, insaciables.

Se recargaban las mil y una contribuciones, pechos, alcabalas, diezmos, primicias; se aprensaba, se estrujaba al pais para sacarle envuelto en sangre y lodo, un poco de oro. Se mantenía por lo tanto la inmoralidad, se vendía todo, por nada se ahorcaba al rico y por cualquier cosa al pobre.

Los frailes crecían en soberbia y en cogote, se lo comían todo, lo enlodaban todo, influían en todo, hasta en lo íntimo del hogar; tenían la enseñanza pública en las universidades, en los colegios, en las escuelas; proscribían la ciencia que ilustra, y no enseñaban más que lo que fanatiza, lo que embrutece.

Tenían en su mano por medio del confesonario la conciencia de todos; se hacían instituir por la mayor parte de los moribundos fanatizados, herederos universales, ó por lo menos les sacaban un legado considerable.

De aquí la inmensa masa de bienes muertos, en manos del clero regular.

Al mismo tiempo y por una dignidad quisquillosa, anómala, en completa inarmonía con todas las indignidades exteriores, se mantenían guerras y políticas onerosas, infecundas, que devoraban nuestra población y nuestro erario; se provocaba la saña de las potencias extranjeras y teníamos guerras en todas partes, en las cuales se triunfaba rara vez y jamás se obtenía ventajas positivas.

Los hombres ilustres, que eran muy pocos, estaban encarcelados, perseguidos ó recelosamente alejados de la metrópoli.

Se vendia, como ya lo hemos dicho, todo, incluso la justicia; se ennoblecia al rico que amayorazgaba sus bienes y titulaba, para lo cual no habia necesidad de buenos servicios, sino de aumentar el peso de las arcas de los que disponian de todo, empequeñeciéndolo al par á la monarquía y al monarca.

Es un hecho consignado en la historia de todos los tiempos que la suerte del monarca y de la monarquía vayan unidas: á rey grande gran pueblo; á gran pueblo gran rey: las libertades, la prosperidad y la dignidad públicas son la libertad, la prosperidad, la dignidad, la grandeza del trono: cuando los pueblos son esclavos y pobres, sus reyes son pobres y esclavos, porque en el hecho, y ateniéndonos á la experiencia, los pueblos y los reyes son una misma cosa.

Cuando favoritos ambiciosos y traidores desangran un país, el trono está desangrado; cuando una clase ambiciosa y fanática domina á los pueblos y los aterra, aterra y domina del mismo modo á los reyes. El pueblo es el cuerpo, el rey la cabeza.

Cuando la cabeza tiene tiña, el cuerpo está enfermo; la lepra de la corona se estiende al manto, y la lepra devora los pobres miembros. ¡Oh, si los reyes comprendieran que no son los pueblos sus enemigos, sino los enemigos de los pueblos; que la traicion no está en la base, sino en la cúspide!

Las revoluciones no son otra cosa que la reaccion necesaria de una larga, horrible, insoportable enfermedad: ¡oh, si los reyes comprendieran y comprendieran los pueblos que todo lo que existe entre ellos y los separa debe ser destruido con la espada de fuego del arcángel exterminador! ¡Oh, si un dia el trono popular y el pueblo monárquico se abrazan estrechamente y sofocan en su abrazo de titan todas las traiciones!.. ¡oh, si! si los enemigos del pueblo son los enemigos del trono, los enemigos del trono son por lo mismo los enemigos del pueblo. Todo lo que existe entre estos poderes, nacido el uno del otro, es infame, deletéreo y por consecuencia funesto.

En tiempo de Felipe III los traidores eran tantos que venian á constituir una costra de enormes piojos voraces que devoraban y mantenian débil y calenturiento al cuerpo; leprosa, imbécil é inútil á la cabeza. ¿Quién se atreverá á decir que no es vergonzosa para nosotros la historia de los tiempos de Felipe III, como es horrible, sombría, inconcebible, monstruosa, desesperante la época de Carlos II, en que solo se escuchaba sobre un pueblo inerte, abyecto, embrutecido, el irritado y sombrío salmo del Santo Oficio?

Pero vengamos á nuestro relato.

Don Rodrigo Calderon se paseaba, como hemos dicho, sombrío é irritado en una de las cámaras de la casa de su hermana doña Catalina de Sandoval y Rojas, condesa de Lemos.

Cuando entraron en ella Uceda y Lerma, recelosos y graves, don Rodrigo se volvió hácia la puerta, y dijo:

—¡Gran milagro! ¿cuánto tiempo hace que no entran juntos por una misma puerta el padre y el hijo, el rey y el príncipe?

—Tanto como el que ha transcurrido desde que un amañador sin corazon, un ambicioso sin ley, un intrigante sin valor se ha apoderado del grande, del sábio, del poderoso, del noble duque de Lerma, dijo el duque de Uceda.

—¿Para qué nos hemos reunido? dijo el duque de Lerma, sentándose en un sillón é invitando con un ademan á sus hijos á que se sentasen, como lo hicieron. ¿Para qué nos hemos reunido? ¿Para entregarnos á inútiles recriminaciones ó para establecer una alianza que ha debido existir siempre entre nosotros?

—Las recriminaciones son precisas, dijo el duque de Uceda, y debian esperarse: yo no vengo aquí por mi voluntad; yo no he provocado esta reunion, porque yo no necesito ningun género de alianza. He contado con mis medios y estoy satisfecho de ellos; se me ha hecho victima de un baja intriga.

—Que os ha sorprendido en una bajeza, contestó fria y acerdamente don Rodrigo Calderon, en el momento en que haciais antecámara al príncipe de Astúrias, vuestro amo, en la casa de una ilustre aventurera.

—Bajeza contra crimen, es preferible la bajeza, contestó Uceda: si yo he llevado á ese imbécil príncipe de Astúrias, que todo es carne y vicio, y sobre el cual no se puede influir, sino halagando sus pasiones, llevándole á los brazos de una mujer comprada, vos, marqués de Siete Iglesias, habeis puesto tósigo en el plato de la reina Margarita de Austria.

—¡Mentis! exclamó trémulo de cólera don Rodrigo, levantándose y poniendo mano á la espada.

El duque de Lerma, á pesar de sus años que le hacian torpe, se vió obligado á lanzarse entre los dos hermanos.

—Habeis matado al virtuoso confesor de la reina, fray Luis de Aliaga; sois peor que un tercero, porque sois un asesino.

—¡Callad! exclamó el duque de Lerma; ¡callad! sentaos vos, don Rodrigo, sentaos vos, don Francisco: yo me coloco en medio de vos-

otros; respetad las canas de vuestro padre, si veis en ellas todavía algo respetable.

Los dos se sentaron; pero continuaron de una manera airada. Lerma se había sentado en medio de ellos.

—Todo advenimiento es imposible, dijo Uceda; lo que se ha hecho conmigo esta pasada noche, no puede perdonarse ni olvidarse.

—No se trata de advenimiento, dijo don Rodrigo; ni vos podeis creer en mi buena fé respecto á vos, ni yo puedo creer en vuestra buena fé respecto á mí, respecto al señor duque de Lerma, que somos una misma persona: no; no se trata de advenimientos, se trata de condiciones.

—¡De condiciones! exclamó con voz rugiente Uceda.

—Sí, de condiciones: habeis cometido una torpeza, os he cogido en ella, y sois mio; es decir, sois nuestro si no os comprometéis decididamente con nosotros, ó las cosas siguen su curso natural.

—¿Y cuál es el curso natural de esas cosas, señor marqués de Siete Iglesias? dijo Uceda cargando el acento en el número de las iglesias del título de don Rodrigo Calderon.

—Recordad que en contestacion á una carta en que me anunciabais teniais en vuestro poder una jóven que nos interesaba tanto, como habeis podido conocer al saber que pertenece á nuestra familia, yo os envié el traslado de una real orden que os arrancaba del poder del Santo Oficio; pero condicionalmente.

—Es cierto; pero veamos las condiciones. ¿De qué puede acusárseme ante el respetable, ante el incontrastable tribunal de la inquisicion?

—De hechicero.

—¡De hechicero!

—Sí, vive Dios: de haber dado hechizos al príncipe don Felipe, para volverle contra su padre.

—¡Las pruebas!

—Vuestra prision casa de doña Ana de Contreras; la sorpresa en esta misma casa del príncipe don Felipe por su alteza la princesa de Asturias; la declaracion de doña Ana de Contreras, de que vos la habiais dado unos polvos para hacerlos tomar al príncipe, y que ella horrorizada de tal traicion me habia dado aviso de ello; el reconocimiento de unos polvos que entregará doña Ana al Santo Oficio, que dará por resultado la declaracion de que aquellos polvos debian hechizar á su alteza; vuestro trato con brujas y endemoniados, todo con objeto de apoderaros del ánimo de su alteza; por último, la

acusacion de alta traicion por atentado contra la vida de su majestad.

—Me estais dando una leccion preciosa, dijo sombríamente Uceda; me estais haciendo conocer el camino por donde puede llevarse á un hombre al patíbulo. Y decidme: ¿estais seguro de falsificar una prueba tal, que la Inquisicion, por resultado de ella, me queme á fuego lento, despues de haberme engarrotado la justicia ordinaria?

—La prueba tal y bastante para eso y mucho más, la habeis producido vos.

—¿Qué decís á esto, padre mio? dijo con sarcasmo el duque de Uceda.

—Digo que yo no tengo hijos; mis hijos son mis enemigos; que si les fuera posible matarian á su padre.

—¿Y estais seguros, mi buen padre, mi buen hermano, de que podeis matarme á mí?

—La casa está cercada por el Santo Oficio, dijo don Rodrigo; en vos consiste salir de aquí libre ó ir á parar desde aquí, no á vuestra casa, donde podeis desarmar, atar y amordazar á un imbécil alguacil, sino á un *olvido* de la cárcel del Santo Oficio de la general inquisicion.

—Me rindo sin condiciones; pero soy leal, Rodrigo; me has sorprendido, me has atado de pies y manos, me tienes puesto el puñal al pecho; pero guárdate, cuida de que yo no pueda romper mis ligaduras, porque el día en que las rompa, las anudaré para hacerte con ellas un dogal: cuida que yo no tendré compasion, que usaré de todas mis ventajas contra tí, como tú usas hoy contra mí de todas las tuyas.

—Yo no os mato, pudiendo, dijo con desden don Rodrigo.

—¡Ah! exclamó con un desprecio superior al desden de don Rodrigo el duque de Uceda; para llevarme á la hoguera, seria necesario mezclar en el proceso al príncipe de Astúrias, y esto es demasiado grave para que no procureis evitarlo por todos los medios: si yo me obstinara, no repararíais en nada, lo sé bien: no os agradezco el que respeteis mi vida; no podeis hacer otra cosa, porque la situacion en que os encontrais no es perfectamente desembarazada. Sabe Dios de qué modo tomaria su magestad el que se viese mezclado en un proceso el príncipe de Astúrias. Concluyamos en fin: ¿qué es lo que hay que hacer?

—Firmad aquí, dijo el duque de Lerma, dando un papel al de Uceda.

—¿Y qué es esto?

—Leedlo.

—¡Una traicion contra España! exclamó el duque de Uceda: ¡abrir el puerto de San Sebastian á los ingleses! ¡y el noble duque de Bukingam aprovecha tales infamias! ¡Ah! los eternos cartagineses; ¿y vosotros, vosotros, señores, sucumbís á esto? ¿y cuánto dinero nos dan por dejar desguarnecida é indefensa la rada de San Sebastian?

—Eso no sucederá, dijo el duque de Lerma; pero queremos teneros seguro; queremos que os unais á nosotros para defender nuestra cabeza.

El duque de Uceda firmó junto á las firmas de Lerma y Calderon.

Lo que habia firmado era lo siguiente:

«Milord duque de Bukingam: podeis tener la seguridad de que la armada inglesa encontrará desguarnecida y sin medios de resistencia la rada de San Sebastian en el improrogable plazo de quince dias, contados desde el en que recibais esta nuestra carta. Dios guarde á vucencia dilatados años.—El duque de Lerma.—El marqués de Siete Iglesias.—El duque de Uceda.»

Este último devolvió la carta á su padre.

—Hemos salvado al rey y á la monarquía, dijo el duque de Lerma, guardando cuidadosamente la carta; porque en el momento en que deis el menor paso que nos inspire recelo, yo presentaré á su magestad esta carta, yo le diré: mi firma y la del marqués de Siete Iglesias al pié de este infame escrito, no son otra cosa que una añagaza leal, para obtener una prueba de la traicion del duque de Uceda. Hay testimonió, señor, librado en forma por un secretario de vuestra magestad. Venid, Pelegrin, añadió el duque, abriendo una puerta tras la cual apareció su secretario Pelegrin Santos, que era al par secretario del rey y notario mayor del reino.—¿Habeis oido?

—Sí, señor excelentísimo.

—¿Os consta que el duque de Uceda está dispuesto á vender por un millon de libras esterlinas la rada de San Sebastian á los ingleses?

—Sí señor.

—Librad testimonió.

—¡Vive Dios! exclamó el duque de Uceda; aquel dia en que yo pueda tomar venganza de esta infame alevosia, no he de reparar en nada, no he de respetar nada. Supongo que puedo salir libremente, ¿no es verdad?

—Sí, respondió don Rodrigo.

El duque de Uceda salió violento, terrible, amenazador.

—¡Ah! dijo don Rodrigo; este es un tropezon en que te has roto un pié, y del cual darás en otro en que te romperás la cabeza.

—Pero esto es demasiado y sobre todo muy peligroso, dijo Pelegrin Santos.

—No nos ha sido posible otra cosa, dijo Lerma; el fuego nos daba ya en la cara y nos lo hemos quitado de encima como hemos podido.

CAPÍTULO XXIX.

De cómo el tener malas costumbres puede ser muy peligroso.

El teniente alguacil mayor del Santo Oficio en Madrid, Agustin de Avila, abusaba de su posicion: se permitia andar entretenido, y esto nada hubiera tenido de extraño, ni de punible, si el señor Agustin de Avila hubiera sido un solteron escueto, un hombre de poco más ó ménos, y no familiar, ni teniente alguacil mayor del Santo Oficio.

En primer lugar, Agustin de Avila tenia cincuenta años, edad en que la razon debe ejercer su imperio sobre las pasiones; era casado y no solo con hijos, sino con nietos; era hidalgo de los buenos, y sabia demasiado que el Santo Oficio perseguia los amancebamientos hasta el punto de encontrarse en la relacion de un auto de fé celebrado en Granada lo siguiente:

«Pedro Santillana, zapatero de viejo, por amancebamiento, doscientos azotes por las calles públicas, y ayuno á pan y agua durante un año todos los viernes.»

Agustin de Avila, pues, faltaba á lo que se debia á sí mismo como hombre casado, como hidalgo y como alguacil del Santo Oficio; y no un alguacil cualquiera, sino teniente alguacil mayor.

Entreteniale, ó mejor dicho, le engañaba una beata, hija de confesion de un reverendo fraile Gerónimo de los del Prado de Madrid, doctor *in utroque*, varon de muchas campanillas y de muchas libras.

Toleraba el teniente alguacil mayor al reverendo por lo de la

confesion, y toleraba el reverendo al teniente alguacil mayor, porque no podía creer que una tan hidalga persona y tan familiar y tan del Santo Oficio mantuviese otras relaciones que las más honestas y más lícitas con la beata.

Era esta quisquillosa y guardadora de su buena fama, hasta el punto de que Agustín de Avila la hacia rarísimas visitas de día claro y de manera que las gentes pudiesen verle; pero quedábanse para las diez de la noche las visitas cuotidianas y largas, entrando el teniente alguacil mayor por el postigo del huerto, y absteniéndose de la visita cuando la noche estaba esclarecida por la luna.

Habia, pues, decoró en estas relaciones, lo que no bastaba á disculparlas, por aquello de que engañaban de una parte á un fraile que creia ver muy clara la conciencia de una hija suya de confesion, y por otro á una esposa que creia tener un muy buen marido: lo único que podía disculpar esta aficion de Agustín de Avila, y sobre todo los ruinosos gastos á que esta aficion le condenaba, era el buen empaque de la beata, que aunque frisaba en los cuarenta, estaba tan conservada, tan fresca y tan entera que cualquier conocedor del buen género, la hubiera preferido á una muchacha de diez y ocho años.

No paraban en el fraile y en el teniente alguacil mayor las amistades de la hermana Brigida del Tránsito.

El fraile iba á tomar chocolate por la tarde y se marchaba al oscurecer. La hermana Brigida se iba con otras vecinas devotas á la iglesia donde habia disciplina ó ejercicios, y volvía á las ánimas á su casa, donde pasaba el tiempo hasta las diez leyendo en el *Flores Sanctorum* la vida del santo del día.

A las diez, si no hacia luna, quitadas las tocas para que luciese su rica cabellera, recibia al señor Agustín de Avila, con el cual rezaba el rosario.

A las once ú once y media ibase el teniente alguacil mayor, y á las doce se presentaba un marmiton grande, rubicundo, descarado, alegre, que servia en las cocinas del patriarca de las Indias, y que siempre llevaba en una cesta una botella y algunos ricos manjares de los que habian sobrado de la mesa de su excelencia.

Cenábase esto tranquilamente, rezábase la letanía, que duraba casi siempre hasta el amanecer, el marmiton se iba á las cocinas del patriarca, y la beata á misa de alba.

Esta señora, que tan bien empleaba su vida, vivia en una fementida y torcida calle, que aun continúa corcobada, que se llamaba entonces y se llama ahora, del Rollo.

Ahora bien; cuando don Rodrigo mandó á Francisco de Juara diese como le fuese posible pasaporte definitivo á Agustin de Avila, Francisco de Juara, que no sabía negar nada á su amo, tanto porque le pagaba bien, como porque le temia, conoció lo difícil que era dar fin de Agustin de Avila, que siempre andaba acompañado de esbirros; porque á causa de su oficio de teniente de alguacil mayor de la Inquisicion, se habia hecho muchos enemigos.

Agustin de Avila nunca iba solo, sino á la hora en que iba á ver á la hermana Brigida, y aun así muy encubierto.

Hacíasele durísimo á Francisco de Juara dar una puñalada á Agustin de Avila yendo este acompañado, y no habia medio de dársela cuando no lo fuese, porque Agustin de Avila nunca iba solo, á excepcion de aquella hora en que nadie sabia, ni podia sospechar que el teniente alguacil mayor fuese á citas con una mujer, por más que esta mujer fuese una beata.

Nadie se hubiera atrevido á sospechar esto del buen Agustin de Avila que tenia la reputacion de ser el hombre más severo del mundo.

Pero como Francisco de Juara era un tuno muy largo, dijo para sí:

—El señor Agustin de Avila á quien todos creen un santo, debe entenderse en alguna casa con el diablo; y como es tan hipócrita, debe ir á esa tal casa todo lo más solo que pueda; yo podria muy bien agazaparme cerca de su casa y observar á qué hora entraba ó salia, pero esto no conviene en negocios como este en que me he comprometido; debe irse á golpe seguro. Tunos hay en Madrid que lo saben todo, porque por todas partes andan y conocen á todo el mundo, y á todo el mundo lo sacan por el olor: yo los conozco, y bueno será informarme.

Francisco de Juara se fué al Rastro, á la Tela, á Maravillas, á todos los lugares en fin donde se reunia la truanesca, y nadie supo decirle nada de provecho, hasta que un estudiante sopista le dijo:

—¿Del señor Agustin de Avila necesitas saber tú? Pues dígotelo, hermano Juara, que quien puede darte noticia y relacion bastante de esa persona, es el nunca bien como se debe ponderado Sebastianillo Tragaluces, ilustre marmiton del señor patriarca de las Indias, que conoce mucho á una buena persona que es muy conocida del señor Agustin de Avila.

Dió Francisco de Juara las gracias y un real de plata al sopista, y fuése á casa del patriarca; bajóse á las cocinas, hizo seña al marmiton Sebastianillo Tragaluces para que se echase fuera, si era

posible, como lo fué, porque se quitó el mandil y el gorro y cogió la capilla y el chapeo y se plantó en la calle, donde en un rincón apartado Francisco Juara le dijo:

—¿Cuánto tiempo hace que no ves tú en tus manos un doblon de á ocho?

—Veinte y cinco años, contestó Sebastianillo.

—Pues míralo una vez al fin, dijo Francisco de Juara dándole un reluciente doblon de á ocho.

Sebastianillo le miró, le dió una vuelta y le sepultó rápidamente en un profundo bolsillo de sus gregüescos.

—¿Se os ocurre preguntarme otra cosa, señor Francisco de Juara? dijo.

—Sí; ¿conoces al teniente alguacil mayor de la Inquisicion Agustin de Avila?

—No señor, no le he visto en mi vida.

—¿Cómo que no le conocés? Yo sé que sí.

—Esperad, señor Francisco, y no os atraganteis: yo no le he visto nunca; pero le conoce una persona á quien yo estimo mucho, y que me estima más, á quien veo todos los dias, ó más bien todas las noches.

—¿Es una mujer esa persona?

—Sí señor, dijo, es una beata.

—¿Y la visita el señor Agustin de Avila?

—Sí señor; yo 'lo sé, aunque él no sabe que yo tambien la visito, porque la beata le engaña porque paga, y á mí nó me engaña porque cobro.

—Muy bien: ¿y á qué hora vá á ver el señor Agustin de Avila á esa virtuosa beata?

—A las diez de la noche.

—¿Todas las noches?

—Todas, menos la que hace luna.

—¿A qué hora sale?

—A las once ú once y media.

—¿Por dónde sale?

—Por el postigo de un huerto que dá á la calle del Rollo.

—Malas señas son esas.

—No hay otro postigo en la tapia en toda la calle.

—¿Hacia dónde tira el señor Agustin de Avila?

—Hacia la calle del Sacramento.

—Muchas gracias, y punto en boca, porque puede sucederte algo.

—¿Y á mí qué? Me importaría si no hubiera otro que mantuviese á la beata; pero hay á lo menos siete grandes personas esperando vez.

—Marmiton, á tu cocina, dijo Francisco de Juara.

—Caballero, á vuestras aventuras, y que Dios os saque bien de ellas, dijo Tragaluces.

Y se fué.

Parece una imprudencia que Francisco de Juara, pensando en cometer un asesinato, pidiese noticias á tanta gente acerca de la persona que debia ser asesinada; pero la gente á quien habia preguntado Francisco de Juara era completamente de fiar; secretariós todos de todo género de delitos, y que lo más que podian decir, si amanecia atasajado en una esquina el señor Agustin de Avila, era lo siguiente:

—Oye tú; ¿sabes tú?

— Sí, ya sé.

—Al señor Agustin de Avila le han dado.

—¿Y á mí qué?

—¿Sabes tú quién?

—Vaya, sí, deben haberle dado por dar.

—Ya lo creo; sí, le habrán dado; que buena pro le haga y que engorde.

Y como estas cosas no las decian los tunantes, ni á cien leguas de donde hubiese una oreja de alguacil, ni las dicen ahora donde les dá el más ligero olorcillo de policia, resultaba y resulta que los tunantes son secretarios mútuos que jamás se hacen traicion por aquello de hoy por tí y mañana por mí.

Francisco de Juara se fué aquella noche á ocultarse tras una esquina de la calle del Rollo, sin sacar de ella más que las narices y un ojo para mirar al único postigo en tapia que habia en la calle.

Dieron las once en el reló de la villa.

Por la calle, desde que esperaba Francisco de Juara, no habia pasado nadie, ni un perro.

Poco despues de haber sonado las once en el postigo, en el cual tenia puesto un ojo, ó por decirlo con más propiedad, media mirada Francisco de Juara, sonó el leve ruido de una llave, y luego el leve chasquido de un beso.

Salió un hombre, se rebozó, tiró de la espada, y tomó para arriba hácia la calle del Sacramento.

Se oyó otra vez el leve ruido de la llave, y Francisco de Juara se deslizó sin ruido, como una sombra, y espada en mano detrás del

hombre que por el postigo habia salido, y al llegar este á la esquina de la calle del Sacramento, Francisco de Juara le tiró una estocada tal por la espalda que salió la punta al pecho.

El herido solo tuvo tiempo para decir:

—¡Dios me valga!

Y cayó y permaneció inmóvil.

Pero Francisco de Juara tenia delante de sí otro hombre embozado.

No hay nada que más coarte á un asesino que el verse sorprendido en el momento de la consumacion del asesinato.

Francisco de Juara se aturdió y permaneció sin accion algunos segundos, dando tiempo al que le habia sorprendido á que se desenganchase un pistolete y se lo pusiese al pecho.

—Entrégate ó te mato, dijo aquel hombre á Francisco de Juara.

—¡Ah, vive Dios! exclamó Juara; vucencia es el señor duque de Uceda.

—Sí, dijo este; y tú eres Francisco de Juara.

—Así es, señor.

El duque retiró el pistolete.

Juara envainó su espada.

—¿Qué es esto? dijo el duque.

—Esto es un muerto, señor, contestó Juara.

—Ya lo veo, dijo el duque.

—Pues á mí aun me falta que ver.

—¿Y qué?

—Si el muerto lleva encima algo.

—¿Cómo? ¿robarle? dijo el duque; yo te creía asesino pagado tal vez por tu amo; pero ladron no.

—En fin, señor, dijo con impaciencia Juara; dejadme con mi negocio, y pasad.

—Me parece que te me insolentas, porque te importa quedarte con el muerto.

—Lo que á mí parece, contestó Juara, es que el infierno ha hecho que vucencia se me venga encima.

—Deja el bolsillo del muerto que yo te daré otro que pese más.

—Señor excelentísimo, estoy jugando mi vida en estos momentos.

—¡Hola! ¿amenazas?

—No, no señor, es que vucencia empieza á ver algo, y me veo obligado á decir á vucencia que no es ciertamente dinero lo



Entregate, ó te mato.

que yo necesito encontrar sobre el cadáver de Agustín de Avila.

—¡Ah! conquese este es Agustín de Avila; el que me prendió anoche; el que no supo guardarme; al que has asesinado tal vez por esto.

—En fin, señor, ¿me promete vucencia protegerme y pagarme bien?

—Te lo prometo.

—Pues bien, señor; lo que yo busco sobre este cadáver son unos papeles que tienen muy en temor á mi amo.

—¡Ah! necesito esos papeles: ¡un tesoro por ellos! dijo el duque.

—Bien; pero concluyamos cuanto antes; estamos cometiendo una imprudencia; puede sobrevenir una ronda.

—Estando conmigo no hay ronda á que temer; pero concluye.

La seguridad que el duque habia dado á Francisco de Juara, hablaba muy alto acerca de lo que era la justicia en aquellos tiempos. Todo contra los débiles, nada contra los fuertes.

Francisco de Juara volvió el cadáver que habia caído de boca, con la misma sangre fría con que lo hubiera vuelto un sepulturero, le abrió la ropilla, registró sus bolsillos interiores; y en uno de ellos encontró una cartera.

—Estoy á la disposicion de vucencia, dijo Francisco de Juara.

—Pues adelante, que viene gente de la parte de la Almudena.

Y el duque y Juara tomaron á buen paso hácia la plazuela del Cordon, doblaron la primera esquina, y se dejaron ir rápidamente hácia la calle de Segovia, en que se perdieron.

Entretanto los hombres que habia visto el duque de Uceda, algunos de los cuales traian linternas, se acercaban.

Eran los alguaciles del Santo Oficio que habian rodeado la casa del duque de Lerma, que se retiraban de órden de don Rodrigo.

Llegaron á la esquina donde estaba el cadáver de Agustín de Avila y uno de ellos tropezó con su cabeza.

—¡Válgame Dios! dijo un momento despues de haber inclinado su linterna para mirar el tropiezo; ¡un muerto!

Los alguaciles y el familiar que los acompañaba se abalanzaron como buitres.

—¡Es el señor Agustín de Avila! dijo el familiar con un acento fuera de tono, causado por aquella grave sorpresa: ¡y muerto! ¡sí, muerto, muertísimo!

—Pues debe hacer poco que le han matado, dijo uno de los alguaciles tocando el rostro del cadáver; porque aun está tibio.

—¿Y á qué venia por estos sitios el señor Agustin de Avila? exclamó el familiar.

—Sábelo Dios, dijo otro alguacil.

—Era hombre de muy buenas costumbres: luego venia por aquí á algun asunto de oficio.

—Sabráse si así fué, dijo otro alguacil.

—¿Y el asesino? ¿donde está el asesino? exclamó el familiar.

—De seguro que no está muy lejos, dijo otro de los alguaciles; pero serénese vuesa merced, señor Quincoces, que cosas que parecian menos averiguables se han averiguado.

—¿Y qué hacer, señor, qué hacer? dijo el familiar Quincoces todo apurado y todo aturdido.

—Lo que procede, dijo uno de los alguaciles, es buscar al alcalde del cuartel, que vive ahí en Puerta Cerrada; porque este no es asunto de la Inquisicion, sino de la justicia ordinaria.

—Pues id vos que sabeis donde el alcalde vive, y traéosle cuanto de prisa sea posible.

El alguacil partió.

—Permanezcamos nosotros aquí, añadió el familiar; porque suele acontecer que el remordimiento traiga al asesino donde ha quedado el asesinado.

—Pero, y si nos vé aquí, observó uno de los alguaciles, claro está que á pesar del remordimiento se guardará de acercarse.

—Decís bien, dijo el familiar; no se me habia ocurrido á mí eso; pero para todo hay remedio. Cerrad las linternas y ocultémosnos en la boca calle de enfrente.

Hizose así, y quedó la del Sacramento tan solitaria como si nada hubiera acontecido.

Pasó bien media hora larga hasta que sobrevinieron un alcalde de Casa y Corté y su secretario con el alguacil del Santo Oficio que les habia avisado y otros cuatro alguaciles de la justicia ordinaria.

A aquellos individuos habia tenido que ir á sacarlos de su casa el alguacil del Santo Oficio.

Afortunadamente para él vivian en la vecindad.

En la media hora que habia trascurrido, el remordimiento no habia cumplido con su deber, no habia traído al asesino.

El alcalde de Casa y Corte hubo de reducirse á hacer su fé de libores, esto es, á levantar el acta del encuentro del cadáver con expresion de la situacion en que se encontraba, y del reconocimiento del cadáver por los alguaciles del Santo Oficio, resultando ser el de

el señor Agustin de Avila, teniente alguacil mayor de la Inquisicion.

Algunos vecinos fueron molestados; pero declararon que nada habian visto ni oido, y lo mismo hubieran declarado aunque hubieran oido y visto.

El cadáver fué depositado en la cercana iglesia de San Justo y San Miguel, fuéronse á sus casas familiar, alcalde, escribano y alguaciles de ambos géneros, y solo quedó como testimonio del crimen ante la faz de los cielos, un charco de negra sangre en la esquina izquierda de la calle del Rollo á la del Sacramento.

CAPITULO XXX.

De cómo Uceda vió que si don Rodrigo Calderon le tenia cogido por los brazos, él tenia cogido á don Rodrigo por la cabeza.

Uceda y Juara atravesaron á gran paso el barranco ó calle de Segovia, subieron por la costanilla de San Andrés, y por la plazuela de la Paja y Puerta de Moros se entraron en la calle de don Pedro.

Poco despues el duque estaba encerrado en su cámara con Juara.

—Dame esa cartera, le dijo.

—Al dar á vucencia esta cartera, contestó Juara, le doy mi vida, y justo es que vucencia la pague.

—¿Quién te ha dicho que me dás la vida en esa cartera?

—Con tal encarecimiento me encargó mi amo me apoderase de los papeles que indudablemente tenia que llevar sobre si Agustin de Avila, que estos deben ser muy importantes; y como vucencia es enemigo de mi amo y es muy posible que estos papeles den á vucencia sobre mi amo grandísimas ventajas, claro está que, cuando mi amo vea por los resultados, que vucencia posee estos papeles, me cobre un odio mortal: y yo conozco bien á don Rodrigo; cuando odia á un hombre, le mata.

—Vete de España.

—Sabe Dios si tendré tiempo para escapar; porque puede ser que el peligro se me eche encima en el momento en que yo diga á mi amo, como tendré que decírselo, que no he encontrado nada sobre el muerto.

—¿Cuánto quieres, y concluyamos?

—¿Mire vucencia: yo no soy casado, pero tengo familia; una querida que me ha dado dos hijos: no me he casado, porque yo no me fio de las mujeres; pero como si fuera mi mujer la amo, y amo á mis hijos, porque lo son; por ellos he hecho más de dos cosas malas: si mis padres me hubieran dejado herencia, no seria yo lo que soy; que la pobreza es mala consejera, y yo no quiero que aconseje mal á mis hijos.

—Bien, bien, dijo el duque que miraba impaciente la cartera ensangrentada que tenia Juara en la mano: la cantidad.

—Voy á ser muy franco y muy leal con vucencia; si estos papeles no son importantes, se los lleva vucencia y nada tiene que darme, porque ningun peligro corro.

—Aunque eso sea, dijo el duque abriendo una papelera y sacando de un esportillo que en ella habia un puñado de oro; toma: veamos esos papeles; si son graves, si pueden servirme, te los pagaré á peso de diamante.

Juara entregó la cartera al duque.

Este la abrió y sacó de ella algunos papeles.

El primero que abrió era la orden del inquisidor general para prender á Uceda.

—Esto no me sirve, dijo este; puedes llevárselo á tu amo.

—Más vale algo que nada, contestó Juara, enterándose del contenido del papel y guardándolo.

—¡Ah! esto es otra cosa! dijo el duque; comprendo que Agustín de Avila se enriqueciera á costa de don Rodrigo. ¡Ah! añadió el duque que habia examinado otro papel; toma, Juara, toma.

Y le dió una gran sortija en que habia seis gruesos brillantes, y que se quitó de su mano izquierda.

—Esto vale un tesoro, señor, dijo Juara.

—Pero es poco aun: aquí están las pruebas del asesinato de la reina, del padre Aliaga y del padre Suarez.

—¡Oh, Dios mio! exclamó Juara; pero lo que vucencia me paga es la cabeza de don Rodrigo.

—Imbécil, exclamó don Rodrigo; ¿pues si no fuera así, te daría yo tanto por estos papeles? Toma, eso es poco aun.

Y puso sobre la mesa el esportillo que estaba en la papelería, en que había una gran cantidad de oro.

—Espera aun.

Y abrió un pequeño armario de ébano, colgado de la pared.

Buscó en él, sacó un estuche y lo mostró abierto á Juara.

Contenia una cadena de diamantes.

—Lo que te doy vale más de mil doblones, con lo cual son casi ricos tus hijos. Vete y calla.

—Adios, señor, y Dios quiera que nos volvamos á ver.

Juara salió.

El duque se sentó pálido, tembloroso, agitado de una manera terrible; se apoyó en la mesa, acercó á sí las bujías para ver mejor, y se puso á examinar los papeles.

El primero decia así, escrito de puño y letra de don Rodrigo:

«Estoy muriendo de impaciencia; se vá pasando la mejor ocasion del mundo: si aconteciera lo que es de desear, todos lo atribuirian al sobreparto: no has sabido hacerte con la gente; has cometido más de una imprudencia: se murmura, y estas murmuraciones pueden dar mucho que hacer. Procura que cuanto antes se lleve á efecto lo que tan pagado te tengo. Eres un ingrato: si yo hubiera sabido que valias tan poco, no me hubiera valido de tí.

Espero que antes de tres dias este asunto esté concluido: me sirves tan mal, que hasta me obligas á cometer la imprudencia de escribirte: huyes de mí, no te dejas ver, y no me escribes más que para pedirme dinero. En mal hora he sido tan necio, que valiéndome de tí, te he dado armas contra mí.

Esto es menester que concluya; pídemelo un tesoro, pero sirveme. Con el dador te envío un reloj ingles guarnecido de rubíes y perlas, tan gran alhaja, como que me la ha regalado un señor tan magnífico como milord duque de Bukingam: ya que nada tengas de bueno, ten algo de agradecido.

Te espero esta noche.»

Por bajo de este contestó, que no tenia fecha ni firma, se leia lo siguiente en distinta letra:

«Tengo motivos para creer que el marqués de Siete Iglesias pretende asesinar-me. Si esto acontece, es posible que este y otros papeles se encuentren sobre mi cadáver. El que los presente al rey, habrá hecho su fortuna. La que aquí se dice puede parecer muerta de sobreparto, ha muerto envenenada, y ha sido la reina doña Margarita de Austria: del mismo modo han muerto por tósigo, que yo he hecho se

les dé por órden de don Rodrigo Calderon marqués de Siete Iglesias, los padres maestros fray Luis Aliaga, confesor de la reina, y fray Cristobal Suarez de la compañía de Jesus. Mientras yo viva nadie verá estos papeles que llevaré siempre sobre mí; pero si soy asesinado, quiero que me venga la justicia; y para que esto pueda ser, firmo la anterior declaracion en Madrid á diez y seis de Julio de 1614.—Agustin de Avila.»

«*Post est scriptum*: para comprobar lo anteriormente declarado, tómese declaracion á Gabriel Cornejo, ropavejero del Rastro, para que diga la parte que ha tenido en la muerte de la reina, del padre Aliaga y del padre Suarez, y los cómplices que le han ayudado, y se tendrá una prueba completa.»

—Con este solo papel, dijo Uceda, basta para acabar redondamente con Calderon; pero es mi hermano, ¡mi hermano! y bien, ¿no ha querido él asesinarme? ¿no me ha entregado á la inquisicion de cuyas garras no me ha sacado, sino haciéndome firmar un documento infame, que pone en sus manos mi vida y mi honra? ¿Qué amor, qué lealtad, qué ley tengo que guardar con él ni con mi padre? No, ellos no tienen ni hijo, ni hermano, no tienen más que ambicion; á ella lo sacrifican todo, el cuerpo y el alma. Yo, es verdad, les hago la guerra, quiero ser como ellos, rey; pero nunca he recurrido al asesinato, nunca á las infames traiciones á que han recurrido ellos; ¡qué debo hacer! Por el momento estos papeles me son completamente inútiles; estoy cogido: si yo presentara estos papeles, ellos presentarían el documento que me han obligado á firmar, y todos caeríamos: el cadalso se levantaría para todos nosotros, de lo cual se alegrarían mucho nuestros enemigos. Es necesario obrar con prudencia, con cautela, doblegarse, humillarse, anularse, servirles... ¡ah! os serviré tanto, padre mío, hermano mío, que me creereis completamente vuestro. Esa doña Ana de Contreras, no sé por qué me parece que don Rodrigo está loco por ella: veremos, veremos: ahora no estoy en situacion de pensar con lucidez: luego, más tarde, á sangre fría. Examinemos estos otros papeles.

En ellos encontró el duque indicios bastantes que hacían recaer la culpabilidad de la muerte del padre Aliaga, del padre Suarez, y de algunas otras personas sobre don Rodrigo Calderon.

—Estos papeles no están seguros en mi poder, dijo el duque; Juara teme á don Rodrigo como á la ira de Dios, y es posible haya sido capaz de revelárselo todo. ¿Dónde ocultarlos? en mi casa no están bien, no; el príncipe... ¡oh, no! bastaría con que se le dijese,

guarde vuestra alteza, señor, este pliego sin abrirle, para que le abriese en cuanto se quedase solo. Estos papeles son un tesoro, que es necesario guardar muy bien. ¿Dónde? ¿cómo?

El duque quedó profundamente pensativo.

Luego se levantó de repente, fué á su estante, le abrió, tomó algunos infólios en pergamino, y uno por uno metió aquellos cuatro papeles doblados en el hueco de los lomos de los libros.

Luego señaló las portadas de aquellos cuatro libros con una cruz y su rúbrica.

Despues puso en su sitio los infólios, cerró el estante, guardó su llave en un bolsillo de su ropilla, y quemó á la luz de una bujia la cartera de seda ensangrentada que habia contenido aquellos papeles.

CAPITULO XXXI.

De cómo el alcalde de Casa y Corte don Bernabé Cienfuegos encontró al asesino de Agustín de Avila, sin necesidad de edictos.

Don Rodrigo Calderon completamente satisfecho porque habia sugetado, segun creia, al único hombre que podia perderle, y porque poseia á la única mujer que le habia dominado, salió de casa del duque de Lerma, ó de la condesa de Lemos, que como hemos dicho, era una misma casa, y se fué á la suya con el solo objeto de ponerse galan para ir á casa de doña Ana de Contreras.

Pero cuando acababa un ayuda de cámara de apretarle las agujetas de una riquísima ropilla de brocado de tres altos, un camarero apareció y le dijo:

—Señor, Francisco de Juara solicita ver á usía para un asunto, que dice ser muy importante.

Don Rodrigo, que no contaba con que tan pronto hubiese dado fin de Agustín de Avila, Francisco de Juara, respondió:

—Decid á ese que vuelva á otra hora más cómoda.

El camarero se fué; pero volvió á poco.

—Señor, dijo; Francisco de Juara insiste, y dice que si usía no le recibe es porque no puede figurarse usía la causa que le trae.

Esto era ya demasiado grave para que don Rodrigo se desentendiese.

—Tráeme aquí á Juara, dijo al camarero, que desapareció: y tú, añadió dirigiéndose al ayuda de cámara, vete; ya no me haces falta.

El ayuda de cámara salió.

A poco entró Francisco de Juara, y acercándose á don Rodrigo, le dijo dándole un papel:

—Hé aquí todo lo que he encontrado.

Don Rodrigo Calderon desdobló el papel, y dijo despues de haberle examinado:

—La órden de don Bernardo de Rojas para prender á Uceda. ¿Y no has encontrado más que esto?

—Nada más.

—¡Diablo! ¿y dónde tendria escondidos ese hombre ciertos papeles?

—Sobre sí no tenia más que ese, señor.

—¿Cuándo ha sido la cosa?

—Hace una hora.

—¿Dónde?

—En la calle del Rollo, esquina á la del Sacramento.

—¿Cómo?

—Una buena estocada por la espalda.

—¿Decisiva?

—Yo sé donde tienen los hombres el corazon.

—Eres un buen sérvidor Juara, dijo don Rodrigo, y tengo que agradecerte mucho; no sé cómo pagarte este último servicio; me has quitado de sobre el alma un peso insoportable: no basta que seas mi escudero, que te pague bien, que te favorezca con mi proteccion, hay servicios que no se recompensan con nada; el oro es poca cosa; pero, sin embargo, muy necesaria.

—¡Ah, señor! yo no lo he hecho porque usía me lo pague.

—Ya lo sé, ya lo sé, Juara; pero no importa, tienes hijos; toma, y cree que con esto no creo recompensados tus servicios.

Y abriendo un cajon puso por sí mismo en un bolsillo de Juara, cuatro puñados de oro.

—Con mi vida, dijo Francisco de Juara, no puedo pagar buena-mente los favores de usía.

—Vete, vete á dormir, y si quieres no estés esta noche en casa, vete á la tuya; no temas que uno de los maestros-salas me dé parte mañana de que has dormido fuera.

—Gracias, señor; pero tengo mucho sueño, me he sofocado

algo, porque por más que se diga, siempre molesta despachar á un prójimo, y me voy á dormir.

—Pues buenas noches, Juara.

—Buenas noches, señor.

Juara salió murmurando:

—Nada sospecha: y en verdad, en verdad, no tiene motivo para desconfiar de mí; le he servido siempre bien, y si no se hubiera cruzado ese maldito duque de Uceda, le hubiera servido en esta ocasion como siempre; no, no desconfia, tengo tiempo para ponerme en salvo. El duque de Uceda no usará tan pronto de esos papeles; puedo estar tranquilo; y luego que nada tiene que extrañar don Rodrigo en lo de que no llevase sobre sí Agustin de Avila unos papeles tan importantes.

Juara, pues, se fué á la habitacion que tenia casa de don Rodrigo y se acostó tranquilamente.

Este entretanto hizo que se armasen cuatro de sus criados, y que uno de ellos llevase una linterna.

Los criados de don Rodrigo estaban muy acostumbrados á estas escursiones nocturnas de su amo, que era muy dado á las mujeres, y que con mucha frecuencia les hacia pasar largas horas al sereno, guardándole las espaldas.

Don Rodrigo Calderon se fué en derechura á la calle de la Almodena, tomó por la del Sacramento, y al llegar á la esquina de la callè del Rollo, se detuvo de repente, y exclamó:

—¡Cuerpo del diablo! ¿qué es esto?

El criado que llevaba la linterna y que iba delante se volvió, inclinó la luz de la linterna á la tierra, y se dejó ver sobre el pavimento terrizo (entonces Madrid no estaba empedrado), un charco de negra sangre coagulada.

—Ya decia yo: he resbalado, dijo don Rodrigo; aquí han matado á un hombre, porque esa es sangre, y no es de suponer que se hayan venido aquí á degollar una res. ¿Pero dónde está el difunto? Porque quien ha echado así tanta sangre, difunto debe de haber sido. El crimen se ha ocultado, y yo como ministro de su magestad, no puedo permitir que quede impune un delito. Llamad á esa puerta; veamos si los vecinos han oido ó visto algo.

Uno de los criados llamó á una puerta inmediata de una manera estrepitosa.

Tan profundamente dormian en la casa, que el primer llamamiento no aprovechó: pero poco despues del segundo, más estrepiti-

tosos aun, se abrió una ventana, y dijo una irritada voz de hombre:

—¿Qué se les ofrece á estas horas? ¿Tendremos todavía más preguntas? Si han matado á un hombre, ¿qué culpa tenemos los vecinos?

—En nombre del rey ha llamado á vuestra puerta el marqués de Siete Iglesias, secretario de Estado del despacho de su magestad, dijo reventando de dominio y de soberbia, don Rodrigo.

—Perdone usia, dijo el de la ventana; pero ya nos ha preguntado á mí y á otros vecinos en nombre del rey, un señor alcalde de casa y córte. No sabemos nada, no hemos oído nada, pongo á Dios por testigo; los asesinos matan á oscuras y en silencio, y los vecinos de la calle en que esto sucede, no tienen nada que ver con ella.

—¿Y quién era el alcalde de casa y córte que os preguntó?

—Debió ser el de este cuartel, que yo no me metí en preguntárselo.

—¿Y dónde vive ese alcalde?

—En Puerta Cerrada, esquina á la calle de Latoneros.

—Buenas noches, y que Dios os guarde.

—Que él guarde muchos años á usia; mi casa y yo somos de usia.

—Gracias.

—No hay por qué, señor; buenas noches.

El de arriba cerró la ventana.

Don Rodrigo dijo al criado de la linterna:

—A Puerta Cerrada, esquina á la calle de Latoneros.

Seis minutos despues llamaban á la puerta.

Allí tardaron más en contestar. Se conocia que dentro vivia una autoridad llena de sí mismo, y que sus ínfulas se habian trasmitido á sus criados.

—¿Qué tripa se le ha roto al que llama tan de prisa y tan fuerte? dijo allá desde junto al tejado una voz insolente.

—¿Vive aquí un alcalde de casa y córte? dijo don Rodrigo.

—Sí señor, contestó el de arriba, que debia ser un alguacil; ¿y qué?

Y aquel ¿y qué? fué lo más insolente que podia ser.

—En nombre del rey nuestro señor, y de orden del marqués de Siete Iglesias, aquí presente, abrid cuanto antes os sea posible la puerta, vergante, ú os mando dar un trato de cuerda hasta que os ponga negro, dijo reventando de soberbia don Rodrigo.

Y no era para menos la desvergüenza de que habia usado el de la ventana.

—¡Válgame Dios, señor, exclamó humildemente, y quién lo hubiera sabido! pero sepa usía que nos tienen corcobados, á fuerza de aporrearnos la puerta para nada; perdone usía, ilustrísimo señor, allá voy, allá voy por el aire.

Tres minutos despues la puerta estaba abierta, y don Rodrigo entraba hasta la misma habitación en que dormia el alcalde de Casa y Corte don Bernabé Cienfuegos, que tenia don, no [por alcalde de Casa y Corte, á los cuales le bastaba con un señor, sino porque era graduado, esto es, doctor en leyes y derecho canónico.

—¡Qué bien duerme este hombre! dijo don Rodrigo.

Y le movió bruscamente.

El alcalde despertó azorado, y al ver delante de sí dos hombres, el uno de ellos con una linterna, se incorporó violentamente.

—¿Qué es esto? ¿qué quereis de mí? dijo mirándolos con ojos espantados, ¿á qué venís?

—A que os levanteis, os vistais y vengais á averiguar qué se ha hecho de un muerto, del cual solo queda la sangre en una esquina de la calle del Sacramento, dijo don Rodrigo.

—¿Quién sois, señor mio, para venirme á mí con esas hasta mi mismo lecho, como si no hubiera galeras para los que se atreven á tales desacatos?

—Sosiéguese el buen alcalde, dijo don Rodrigo, y restréguese los ojos para ver claro quien le habla, y quédese aquí esto, que no quiero enojarme.

—¿Y quién sois? dijo el alcalde poniéndose la mano sobre los ojos, á manera de visera.

—Yo soy el marqués de Siete Iglesias, dijo don Rodrigo en el lleno de toda su inflada autoridad.

—¡Ah! perdone usía, discúlpeme usía, exclamó humillándose el alcalde; yo ignoraba... ¡quién habia de pensar! ¡tanta honra por mi casa! ¿Se trata del muerto de la calle del Sacramento? pues eso ya está hecho: el cadáver ha sido recogido, y está depositado en la iglesia de San Justo y San Miguel. Pero ¿cómo ha sabido usía...?

A todo esto el alcalde se habia echado fuera de la cama, y para no aparecer indecente en paños menores ante un tal personaje como don Rodrigo, habia recogido al levantarse, con no sabemos cuánta habilidad, la cubierta de la cama, se habia envuelto en ella y se habia puesto de pié.

La cubierta era de damasco rojo con grandes floripones verdes y amarillos; fuera de ella no se veía más que el negro semblante del alcalde, coronado por un gorro de lana negro, cuya punta con su exigua borla habia quedado rabi-tiesa.

Desaparecia completamente bajo el ridículo la alcaldesa autoridad de don Bernabé.

Don Rodrigo no se rió, porque no estaba en situacion de reirse; pero no aconteció lo mismo respecto á su criado, que tenia la linterna.

Hubo de morderse la lengua y de hacer esfuerzos para que por un involuntario acceso no cayese sobre él toda la formidable cólera de don Rodrigo.

—Lo he sabido por un acaso, contestó don Rodrigo; iba yo á asuntos míos, cuando resbalé sobre una cosa pegajosa; era sangre, y en tanta abundancia, que habia que suponer que en aquel lugar habia sido muerto un hombre. Llamé á una casa, pregunté á un vecino, díjome que un alcalde habia recogido al muerto, díome las señas y aquí me teneis.

—Para mucha honra mia, contestó el alcalde.

—Mio es el contento de haberos conocido. ¿Está preso el asesino?

—¿Y dónde está el asesino? dijo el alcalde; encontramos solo al muerto, y como los muertos no hablan... pero mañana llamaré por edictos al asesino para que se presente, so pena de los perjuicios que le cause su rebeldia.

—Y decid, alcalde: ¿habeis sabido quién el muerto sea?

—Sí señor, porque estaban presentes algunos ministros del Santo Oficio, uno de los cuales vino á avisarme que conocian al difunto.

—¿Y quién era este?

—El teniente alguacil mayor del Santo Oficio de la general Inquisicion en Madrid, el señor Agustin de Avila.

—¡Ah! ¿Agustin de Avila era el muerto? Pues urge que os visitais y tomeis vuestras insignias, señor alcalde.

—Al momento, al momento, ilustrísimo señor, contestó don Bernabé.

—No tengais empacho por vestiros delante de mí, que las circunstancias lo disculpan todo, y abreviemos.

Soltó el alcalde la cubierta de la cama, y quedó en camisa, enseñando las piernas más enjutas, más negras y más bellotas que Dios ha permitido pueda tener un alto ministro de justicia; y tragando

saliva por un pudor violentado, echó á vestirse apresuradamente con unas ropas que tenia junto al lecho, en un sillón, encajándose unas calzas negras, sobre ellas unos gregüescos de belludo, por último una tambien de belludo ropilla y una gola cuadrada. Echóse sobre la frente los cabellos canos que le colgaban de las sienes, envainóse en su loba ó toga, que estaba sobre otra silla, y se echó á buscar sus zapatos, de que habia dispuesto un perro faldero, los cuales encontró no sin trabajo: tomó de un rincón su espada y su vara, de un clavijero la capa y el birrete, y encontróse ya dispuesto á seguir hasta el fin del mundo, y autos en blanco bajo el brazo, á don Rodrigo.

—Marchemos, dijo este.

—¿Y mi secretario? exclamó el alcalde.

—Para secretario me basto y me sobro yo, dijo don Rodrigo.

—¿Y quién lo duda? ¿quién lo duda? exclamó servilmente el alcalde; nunca me hubiera yo atrevido á esperar llegase un momento en que yo tuviese un tan gran secretario.

—Es que en el negocio á que vamos no soy yo secretario vuestro, ni puedo serlo, ni vos superior mio, ni por accidente; sino secretario de su magestad el rey nuestro señor.

Encogióse como un cangrejo que echan al fuego el buen don Bernabé; y tal fué su susto por las consecuencias que podria traerle su equivocacion, que no encontró voz ni para una disculpa.

Don Rodrigo tiró adelante, es decir, atravesó una cámara y una antecámara, ganó las escaleras, el patio y el zaguan, y se plantó en la calle, á donde le siguió todo aturdido don Bernabé.

Don Rodrigo tiró hácia la calle de Toledo á gran paso, llegó á la Plaza Mayor, metióse en la calle de la Amargura, y dijo al alcalde, deteniéndose junto á una puerta:

—Llamad.

Aquella era la casa de Agustín de Avila.

El alcalde llamó como acostumbraban á llamar los de su oficio; esto es, echando la puerta abajo con el enorme regatón de su vara de justicia.

Respondió una voz de niña desde una ventana:

—¿Sois vos, señor padre? dijo; ¡y qué tarde venís! mi madre y yo no nos hemos acostado.

Aquella voz pura é infantil causó un horrible escalofrío á don Rodrigo.

Al alcalde no le causó nada de esto.

—Abrid al rey nuestro señor, dijo.

—¡Dios mío! ¡el rey! ¡la justicia! exclamó una voz de mujer; ¿pues qué ha sucedido á mi marido?

Y se oyeron en el interior fuertes pisadas que descendían por una escalera, se abrió una puerta, y apareció una mujer como de treinta y seis años, pálida, azorada, temblorosa.

—¡Mi marido! ¿dónde está mi marido? exclamó estendiendo los brazos hácia el alcalde.

Este que como todos los de su oficio tenia mucho de la sensibilidad del cocodrilo, contestó:

—Vuestro marido ha sido asesinado, digo, si era vuestro marido el señor Agustin de Avila.

—¡Ah, misericordia de Dios! exclamó la pobre mujer; ¡Agustin de mi alma! ¡hijos de mis entrañas!

Y se desvaneció y se apoyó maquinalmente en el marco de la puerta para no caer.

Don Rodrigo adelantó lívido cómo un cadáver, y dijo á aquella pobre madre:

—Perdonad, señora, si se os ha dado esta mala noticia tan de improviso; no podemos volveros vuestro marido; pero el marqués de Siete Iglesias que os habla, adopta á vuestros hijos.

—¡El marqués de Siete Iglesias! contestó la viuda irguiéndose, rehaciéndose como por efecto de una corriente eléctrica, y fijando la mirada febril, terrible, de sus grandes ojos negros en don Rodrigo. Sí, ¡vos sois el marqués de Siete Iglesias, y mi marido ha sido asesinado!

—Dame esa linterna, Cuclillo, se apresuró á decir don Rodrigo; espérate en la calle con los otros: entrad, vos, señora; y vos, alcalde, seguidme.

Y empujó á la viuda, y apenas dentro el alcalde, se apresuró á cerrar la puerta.

—¡Vos sois don Rodrigo Calderon! repitió la viuda lúgubre, terrible, como una leona irritada; ¡y mi marido ha muerto! ¿qué habeis hecho del padre de mis hijos, don Rodrigo Calderon?

—Esta mujer está loca, dijo don Rodrigo.

Y tomó apresuradamente por las escaleras.

—¿Qué habeis hecho de mi marido? repitió la viuda, lanzándose tras él, asiéndose con las manos crispadas á su capa y sacudiéndole.

Don Rodrigo se detuvo un momento aterrado, dominado, como

si hubiera creído que Satanás le asía para llevársele: porque hay que advertir, que á pesar de su serenidad para el crimen, don Rodrigo era fanático, supersticioso, y oía misa todos los días y siempre que podía asistía al jubileo.

Así ha habido en otros tiempos muchos hombres, y así hay muchos ahora. Intransigentes en la forma, infames en el fondo: ¿qué idea tienen de Dios y de la religión estos malvados hipócritas? Siempre la moral en los lábios, siempre la infamia y el crimen en el corazón.

—¿Qué me preguntais á mí de vuestro marido, mujer? exclamó don Rodrigo aturdido, continuando el ascenso de la escalera, tirando siempre de la viuda de Avila, que tiraba de don Rodrigo, cada vez más furiosa.

—¡Oh! murmuraba el alcalde, que iba detras, pero en voz muy baja; ¡qué cosas, señor, qué cosas! ¡válgame Dios! ¡y que no pueda yo atar de pies y manos á ese hombre! ¡y que así esté de asendereada y escarnecida la justicia!

El alcalde se impuso silencio á sí mismo asustado de su pensamiento.

Don Rodrigo era invulnerable.

Llegados á los corredores, como la viuda viese la vara de justicia, la toga y el birrete del alcalde, se volvió á él, y le dijo:

—Prended, Señor, á este mal hombre; no le valga el ser rico, marqués, poderoso, ministro y gran privado del rey; porque ó la justicia no es justicia, ó todos deben ser medidos por igual por su vara. Este hombre es el asesino de mi marido.

El alcalde no contestó una palabra; se redujo á poner el gesto más avinagrado de mundo: sudaba aunque hacia frío, estaba malo, y le temblaban las piernas.

—El dolor os ha vuelto loca, doña Juana, dijo don Rodrigo, que habia dominado la situación: ¿por qué habia yo de matar á vuestro marido? ¿qué tenia, ni tengo que ver con él?

—¡Ah! ¿y por qué veniais aquí y os encerrabais con él, y teniais grandes disputas? ¿por qué veniais siempre de noche y encubierto? ¿por qué cuando os ibais, mi marido se quedaba alterado y me decia, este hombre, Juana, ha de perderme, si alguna vez me matan y no se sabe quién me ha matado, habrá sido este hombre?

—Vos no sabeis lo que os decís, contestó don Rodrigo, ó vuestro marido estaria loco. Yo no tenia interés ninguno en su muerte; ni aunque lo hubiera tenido, no hubiera ni aun pensado en ella, por-

que antes de todo soy cristiano y temeroso de Dios: por último, aquí venimos á ocupar los papeles de vuestro marido, porque contra él hay sospechas de traicion.

—¡De traicion, y mi marido era el hombre más honrado del mundo!

—Inútil es, señora, que pretendais impedir la accion de la justicia, dijo el alcalde, que habia encontrado una ocasion de meter baza; el marqués de Siete Iglesias dice que hay que registrar los papeles de vuestro esposo, y yo, alcalde de Casa y Corte por el rey nuestro señor, efectuaré ese registro mal que os pese, y si os oponeis, peor para vos, porque os prenderé y os parará el perjuicio que haya lugar.

Y sin que valieran las protestas de doña Juana, el alcalde y don Rodrigo penetraron en el despacho de Agustin de Avila y se apoderaron de sus papeles.

Toda la noche duró el registro.

Don Rodrigo no permitia al alcalde viese ningun papel, ni este se metia en ello.

Por último, despues de un registro infructuoso, don Rodrigo salió con el alcalde, dejando embargado hasta el aire en la enlutada casa de Agustin de Avila.

El alcalde al meterse en su casa exclamó:

—Mañana expediré mis edictos como si no supiese quién es el asesino de ese hombre: ¿qué hemos de hacerle? allá van leyes, do quier enredos; yo, obedeciendo á Dios y á mi conciencia, me iria á las secretarías de Estado y prenderia al ilustrísimo señor marqués de Siete Iglesias don Rodrigo Calderon. ¡Ah! pero no, seria lo mismo que decir: ilustrísimo señor, quitadme de en medio, os estorbo: nada, nada de eso; con palacio y con la Inquisicion, chiton.

Y el alcalde se rebujó en su cubierta de damasco rojo con flores amarillas y azules, y poco despues dormia tranquilamente con el mejor sueño del mundo.

CAPITULO XXXII.

De cómo es muy espuesto tener una querida hermosa, y de cómo por el dinero baila el perro.

Calderon apenas volvió á su casa llamó á su mayordomo.

—¿Qué entretenimiento tiene ese bribon de Francisco de Juara? dijo don Rodrigo.

—No tiene más que su querida, la cual le ha dado dos hijos, y para ir á ver á la que me pide licencia la mayor parte de las noches.

—¿Conoces tú á esa mujer?

—Sí señor, ha sido doncella de una cómica.

—De ellas nos libre Dios, dijo don Rodrigo. ¿Y es tal persona por su figura que pueda creer que yo me he enamorado de ella?

—¡Uf! ya lo creo, como que de ella está enamorado y de veras, y la paga y la mantiene el conde de Frias.

—¿Qué tal casa tiene?

—Muy decente.

—¿Y sabe el conde de Frias que tiene amores y aun hijos con Juara?

—Ya lo creo; como que ella, que quiere mucho á Juara, le ha puesto por condicion que tendria que sufrir su amancebamiento con Juara.

—A lo menos ha sido leal: ¿y dices tú que quiere mucho á Juara?

—Por lo menos le estima mucho.

—¿Hasta el punto de no querer hacerle daño?

—¡Quién sabe!

—¿Podrás conseguir que venga esa mujer á casa?

—Ya lo creo, en cuanto sepa que usía quiere verla y hablarla, la faltará tiempo para venir.

—Tráetela por el postigo del jardin á la sala baja; pero cuida que nada sepa Juara.

—Con emplearle hoy en la casa, naturalmente, como si nada se supiera, hemos concluido; en metiéndola dentro de una silla de manos no puede verla; verá la silla tal vez, pero no la mujer.

—Pero la habrán visto los lacayos que traigan la silla que deben conocerla.

—No la verán: en fin, déjelo usía á mi cargo y todo estará bien. ¿A qué hora quiere usía que venga?

—A las diez.

—A las diez estará aquí. ¿Tiene otra cosa que mandarme usía?

—No; vete.

—Que Dios dé á usía buenas noches.

El mayordomo se fué.

Don Rodrigo abrió un armario, sacó de él un cofrecillo de hierro incrustado, y con una pequeña llave, que junta con otras en un aro, estaba en un secreto de un cajon de su mesa, abrió el cofrecillo, en el cual habia algunos estuches, sacó el más largo de ellos, le abrió, y apareció una gargantilla de gruesas perlas, con broche y patena y cruz de diamantes: era una alhaja de reina. Cerró el estuche, le puso en el cajon, y luego el cofre cerrado tambien en el armario, que cerró á su vez.

Despues buscó en otro secreto del cajon y encontró una cajita de estaño.

Don Rodrigo no miró su contenido; la puso en el cajon junto al estuche, guardó las pequeñas llaves, cerró el cajon, llamó á sus ayudas de cámara que le desnudaron, y se acostó.

Apenas habia amanecido, Ruy Sarmiento, así se llamaba el mayordomo de confianza de don Rodrigo, se puso su chapeo, se lió en su capa, y con una enorme espada adjunta se plantó en la calle; y como hacia frio, se metió á refrigerarse con empanadillas de masa y aguardiente en una buñolería de la plazuela de Santo Domingo.

A poco oyó el toque de misa en Santo Domingo el Real.

—Ya sabia yo que me habia levantado á buena hora, dijo Ruy Sarmiento.

Y se apresuró á despachar las empanadillas y el aguar-diente que le quedaban.

Pagó, salióse y fué á colocarse junto á la puerta de la iglesia de las monjas de Santo Domingo el Real.

Entraban mujeres de todas clases y condiciones, pobres y ricas, feas y hermosas; pero no aparecia la que Ruy Sarmiento esperaba.

Al cabo y cuando ya sonaba el tercer toque para la misa, paró una silla de manos delante del átrio de la iglesia, y salió una mujer muy airosa, de muy buena estatura, de esas en las que todo el mundo repara, y Ruy Sarmiento se apresuró á meterse en la iglesia y á ponerse junto á la pila del agua bendita.

A poco llegó la mujer que era muy blanca y muy rubia, con los ojos muy negros, y como de treinta años.

Ofrecióla agua bendita Ruy Sarmiento, tomóla ella sonriendo, y le dijo:

—Muy galante estais hoy, pero no aprovecha: ó sois muy pobre ó muy tacaño, señor Ruy Sarmiento.

—No vengo hoy por mí, dijo suspirando el mayordomo; que ya hace tiempo que yo abandoné por inútiles mis pretensiones.

—¿Pues por quién venís?

—Por mi amo.

—¿Por el señor marqués de Siete Iglesias? dijo poniéndose pálida la jóven.

—Sí, señora Anastasia, sí; su señoría se aburre, le he hablado de vos, pensando en que podiais curar su aburrimiento, y tanto le he dicho, que quiere conoceros. Pero este no es sitio ni ocasión de hablar de esto; ya ha salido la misa y ante todo es Dios; oigámosla devotamente: luego podremos hablar cuanto sea menester casa de doña Práxedes, donde yo iré á esperaros.

—Pues en cuanto diga el padre el *ite misa est*, allá estoy yo.

Ruy Sarmiento no se esperó á oír la misa; marchóse, y en la calle del Meson de Paños se metió en una casa de mediana apariencia, donde encontró armada de tocas y camándula á una vieja magra y verdi-negra, que lo primero que hizo al ver á Ruy Sarmiento, fué decir á una asturianota que la servia:

—Un pocillo de chocolate para este buen hidalgo mi amigo.

—Aun no, aun no, dijo Ruy Sarmiento; dos pocillos serán necesarios.

—Por eso no quede, dijo doña Práxedes.

—Pero falta la persona que ha de tomar el otro pocillo.

—¿Y qué persona es esa? dijo doña Práxedes: idos, Mari-Pelá, que si como sois curiosa fuérais linda, ya se podría sacar de vos partido.

La asturianota, á quien la temblaban las carnes al andar, se fué gruñendo.

—La persona que ha de venir, dijo Ruy Sarmiento, es la buena Anastasia Picazo.

—Bien dicen que una gota de agua orada una piedra, dijo doña Práxedes.

—¡Ay, no! contestó Ruy Sarmiento; porque esa constante gota de agua habia de ser oro derretido para ablandar el pedernal de la hermosa Anastasia, y no tengo yo alientos para tanto: con mi amargor de boca quedaréme, y no habrá mejor remedio que tener paciencia.

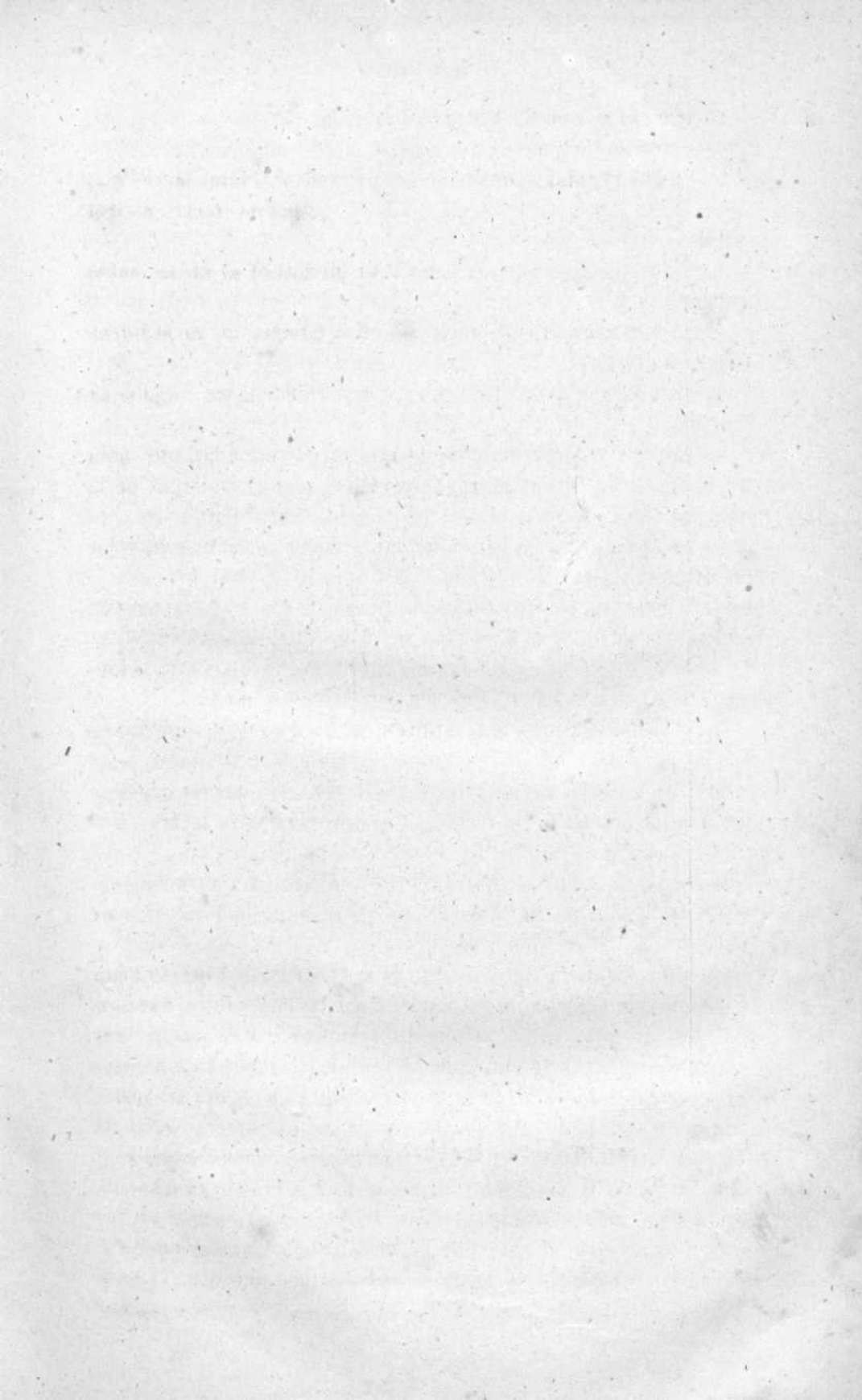
—Pues si por vos no viene la Anastasia, y ella no dá un paso en balde, ¿por quién viene á mi casa ese clavel disciplinado?

—Disciplinariame yo con las de puas hasta que me saltara la sangre, con tal de que por mí viniese; pero viene por mi amo.

—¡Válgame Dios, y qué acabais de decirme, que me habeis asustado, hombre! dijo doña Práxedes; pues á fé, á fé, que no tenia yo sino ansias porque el señor marqués de Siete Iglesias me mandase algo, porque este señor regala por lo que manda de tan bizarra manera, que con un regalo suyo hay holgadamente para un año.

—Pues habeis de saber, doña Práxedes, que mi amo se ha enamorado de la señora Anastasia, y no así como se quiera, sino de firme.

—¡Válgame Dios, y qué fortuna se le ha entrado á esa bribona por las puertás y tan sin merecérselo! Cuando digo yo que hay personas que nacen de piés y que todo les sale bien... y si no, no hay más que acordarse como andaba hace doce años, cuando vino de Santander, descalza de pié y pierna y desgrefñada y con el cántaro sobre la cadera sirviendo en una posada al tope de los arrieros; pero en cuanto yo la ví y le eché los ojos, y la calificué, empezó á ganar; y cuando á media palabra me la traje como una corderilla trás una obeja, y aquí en esta misma sala, que nos escucha la peiné, la fregué, la adobé y la compuse, moneda falsa la hice que por buena la tomaron y la cambiaron; y desde entonces no hay que decir, que la muchacha ha salido tan despierta, que fué creciendo como la espuma;





—Vamos, ya estoy aquí, señor Ruy Sarmiento.

y con meterse luego más que de criada, de compañera de la Calixta, la bailarina del coliseo de la Cruz, acabó de hacer su carrera, y, amigo mío, hace ya algunos años que es menester ver cómo se la habla para que no la plante á una un par de coces en los mismos morros, y no la deje á una sin aliento. ¡Bendito sea Dios y qué cosas hace su divina majestad! ¿Y sabe ella que el señor marqués de Siete Iglesias la pretende?

—Se lo he dicho en misa.

—Pues apuesto cualquier cosa á que no se acuerda de cuando es menester persignarse: vaya, vaya, ella estaba ya bien con ese tonto de conde de Frias, y con los buenos conocimientos de otros señores; pero ahora ni la reina: anda, anda, y á fé que don Rodrigo no es dadivoso; y como es tan soberbio, la vá á adorar y la vá á empedrar de diamantes.

Llamaron entonces de una manera impaciente á la puerta.

—Cuando yo decia, dijo doña Práxedes, que la Anastasia no acababa de oír la misa: y se ha venido sin silla de manos, añadió la vieja que se habia asomado á la ventana; de escapadilla, para que no sepan los mozos que ha venido aquí, y por manos de pecado se lo cuenten al señor Francisco de Juara, y la dé este una vuelta que la ponga azul. Oid, oid con qué brio sube por las escaleras.

Entró á poco la Anastasia con el manto echado atrás, luciendo su rica cabellera y su gruesa y hermosa garganta, y dijo sentándose cansada:

—Vamos, ya estoy aquí, señor Ruy Sarmiento; á ver si salimos ahora con una empanada: ¿os acordais de lo que me habeis dicho junto á la pila del agua bendita?

—¡Vaya si me acuerdo! que el señor marqués de Siete Iglesias sin conoceros y solo por lo que yo le he dicho, se decide por vos. Conque ved vos lo que pasará al marqués cuando os vea.

—Mari-Pelá, dijo doña Práxedes á la fregona, que sin duda estaba escuchando, porque apareció en el momento. Dos cuencos del rico de soconusco, tan grandes como los que se chupa el padre guardian.

—Que se los eche esa por el cogote, dijo la Anastasia; que lo que es yo no estoy ahora para chocolate.

—Acontécete á tí que estás asustada, hija, observó la vieja, y que te se han quitado las ganas porque no esperabas tú tan buena fortuna; pero ya te se abrirán, hija, y tanto que te vás á tragar media España; pero mira cómo andas y lo que haces, y déjate de locu-

ras, que la buena fortuna no se busca más que una vez en la vida, y si la recibimos mal, se ofendé y no vuelve; échale tú bien los ganchos al marqués de Siete Iglesias, y cuando se los tengas bien echados, no hagas que le suelte de ellos un desengaño: mira que don Rodrigo es malo para que de él se burlen, y que si te burlas de él, podrá ser muy bien que no puedas volver á burlarte de otro, que todo el mundo sabe hasta donde llega la soberbia de don Rodrigo: y déjate de los buenos ojos y de las buenas cosas de Juara, y envía á paseo al señor conde de Frias, que es un pobre espíritu, y á tu don Rodrigo agárrate, hasta que de tanto haberte agarrado le hayas dejado en los huesos: y creeme tú á mí que soy vieja y he corrido mucho y conozco todos los buenos y malos caminos; y no te digo más, porque con media palabra te basta.

—Pero lo que á mí me estraña, dijo la Anastasia, encarándose con Ruy Sarmiento y mirándole con los ojos entornados, es que siendo quien es tan principal caballero y tan poderoso don Rodrigo Calderon, os haya enviado á mí con las manos vacías.

—El echar por delante una alhaja ó un bolsillo, dijo Ruy Sarmiento, es cosa de gente de poco más ó menos, que para que se fien de ellos, necesitan hacer la muestra. A menos tendria mi amo empezar unos amores con un prefacio de perlas y diamantes; quitad allá, señora Anastasia, que con decir mi amo—esto quiero—basta para que cualquiera se alegre con la seguridad de la recompensa, que el marqués mi amo dará por haberle servido. Pero ha dicho bien doña Práxedes; lo que es mi amo no aguanta compañero, y mucho ménos siendo este ayuda de cámara suyo: eso ni pensarlo.

—¿Y sabe el marqués que yo estoy muy enredada, y muy metida y con familia con Francisco de Juara?

—Sábelo, y de eso será lo primero de que os hable mi amo.

—¿Y dónde y cuándo hemos de vernos?

—Empezad por volveros á vuestra casa, ataviaos con las buenas cosas y las buenas alhajas que teneis, aunque tengais que sacar el fondo del arca, que la persona á quien vais á ver, no requiere ménos. Luego os venis aquí, con tal de que esteis antes de las nueve y media, que yo traeré una silla de manos, y por la ventana podreis ver que los lacayos son de don Rodrigo Calderon, porque vos los conoceis á todos; y ellos no os verán porque yo meteré la silla en la sala baja, y entrareis en ella á oscuras, y con las cortinillas echadas sereis llevada á casa de don Rodrigo, donde entrareis por un postigo del jardín, saldreis luego como habeis entrado, y aqui paz y despues gloria.

—Pues quedaos con Dios, que voy á ataviarme, que ya son las ocho, y mientras me peino, y me calzo y me arreglo, bien se pasará una hora.

Y la Anastasia se fué sin saludar, como habia entrado.

—Ved, ved si ya se la conoce el flaco, dijo doña Práxedes.

—Vamos, esto es muy natural, contestó Ruy Sarmiento; una mujer que vale lo que ella, tiene razon para hincharse; pero adios, que tengo que prepararlo todo, y no hay que perder tiempo.

Y Ruy Sarmiento salió.

Poco despues de las nueve volvió la Anastasia á casa de doña Práxedes hecha un brazo de mar, ricamente vestida, admirablemente peinada, con arracadas de diamantes, gargantilla de perlas, y las manos cubiertas de cintillos. Estaba hermosísima, y aparecia más hermosa aun por su sobreescitacion violenta.

Para ella, la pretension de don Rodrigo era el mayor acontecimiento de su vida, el acontecimiento decisivo.

—¿Y el señor Ruy Sarmiento? dijo al entrar.

—Ya vendrá, mujer, ya vendrá, dijo doña Práxedes; y no tardará, porque á él le conviene tanto como á ti el servir al marqués de Siete Iglesias. Vamos, hija, estás en vilo y medio muriéndote; voy á traerte una vinagrada para que te sosiegues.

—Vamos, quitad allá, doña Práxedes, dijo con desden la Anastasia; que se os está saliendo la envidia por encima de la tapa de los sesos, y no sabeis qué hacer para provocarme. Si vos no aprovechásteis vuestras mocedades, que sabe Dios como serian ellas, dejadme á mí que aproveche las mias que son tan buenas, como que las pretende un tan gran señor como el marqués de Siete Iglesias, que á más de lo mucho que es, es muy buen mozo, y todo el mundo sabe que tiene muy buena estrella con las mujeres: como si yo tuviera la culpa de ser hermosa, y os quitara á vos algo, para que así querais clavarme las uñas en la carne; ea, dejaos de simplezas, y á ver lo que habeis hecho para que yo pueda entrar en esa silla de manos sin que me vean los lacayos.

—Vamos, hija, no te incomodes, que nunca he querido yo estar mal contigo, y ahora que te subes á los cuernos de la luna, mucho ménos; ensancha el pecho, que todo está ya prevenido para servirte: en cuanto llame á la puerta el señor Ruy Sarmiento, y antes de abrirle, te bajas tú á la sala baja que está á oscuras, entra el señor Ruy Sarmiento con la silla de manos en la sala baja, te metes tú en la silla, y andando. Pero en nombrando al ruin de Roma, al punto

asoma: ve ahí que han llamado, y no puede ser otro que el señor Ruy Sarmiento, porque mis amigos no vienen á mi casa tan temprano. Asómate, hija, asómate de candilejo que no te vean, á ver si son los que vienen lacayos de don Rodrigo, que tú por Juara los conoces á todos.

Asomóse á un resquicio de la ventana la Anastasia, y dijo:

—¡Vaya si son! Gilito y Pedroñera; un par de buenos mozos que estarán muy lejos de figurarse que van á cargar conmigo; ¡válgame Dios! pero vamos, madre, vamos, que se me está deshaciendo á mí el alma en el cuerpo, y estoy que no vivo.

—Pues hija, hay que tenerte envidia. Anda, anda, niña de mis ojos, y ya veremos si eres agradecida; que á quién debes tú esta buena suerte más que á mí que te saqué del meson del Cuco, como quien saca una perla de un muladar, y te puse en zancos.

Como todo lo hubiera dicho la vieja marchando seguida de la Anastasia, cuando acabó estaban á la puerta de la sala baja.

—Entra, cordera, entra, continuó doña Práxedes; que buena pro te haga.

La Anastasia entró y se encontró á oscuras.

Doña Práxedes abrió la puerta, pasó Ruy Sarmiento, y trás él los dos lacayos con la silla, que afortunadamente cupo por el vado de la puerta de la casa, y por el de la sala baja.

—Vamos adentro, reina, dijo entre la oscuridad Ruy Sarmiento.

Y tropezando á tientas con la mano de Anastasia, la metió en la silla de manos, y cerró la portezuela.

Al salir llevando trás sí la silla, Ruy Sarmiento dió un doblon de á ocho á doña Práxedes.

—¡Vaya un gaje! dijo esta con disgusto; antójaseme á mí que si en esto anda don Rodrigo Calderon, no es para mucho, segun se vé por los regalos.

Si Anastasia hubiera oído estas palabras, se hubiera alarmado; pero no podía oirlas.

Los criados llevaron muy deprisa la silla de manos, y antes de las diez, habiendo entrado casa de su amo por el postigo del jardín, metían la silla de manos en una sala que estaba completamente á oscuras.

Ruy Sarmiento los echó fuera, cerró la puerta, abrió la silla de manos, sacó de ella á la Anastasia, la llevó consigo, la hizo subir unas escaleras y la metió en una magnífica cámara; en la misma donde la

noche anterior habia estado algunas horas doña Ana de Contreras.

A seguida abrió la puerta de servicio que ponía en comunicacion aquella cámara con el despacho de don Rodrigo, y encontró á este levantado ya y galanamente ataviado.

Estaba don Rodrigo buen mozo, y como era muy dado á las mujeres y Ruy Sarmiento le habia hablado con mucho elogio de la hermosura de Anastasia, le dijo:

—He oído ruido en la cámara inmediata; ¿está ella ahí?

—Sí señor; y ansiosa por conocer á usía.

—Pues bien, vete; cierra la puerta del despacho y estate junto á ella atento para cuando yo te llame.

Ruy Sarmiento salió, cerró la puerta, y don Rodrigo abrió la de comunicacion y entró en la cámara.

CAPÍTULO XXXIII.

De cómo mezclaba el galanteo al crimen el marqués de Siete Iglesias.

Adelantó don Rodrigo hasta ponerse cerca de Anastasia, y la miró de alto á bajo.

Ella estaba dominada por la situación, encogida, pero no con el encogimiento del pudor, que no había para qué, ni ella le había conocido en su vida.

Coartábala lo que para ella representaba don Rodrigo, esto es, una gran fortuna.

Y como á ella no la había enamorado hasta entonces verdaderamente, más que el dinero, enamorábala don Rodrigo, porque este representaba para ella un río de oro.

Aunque don Rodrigo no hubiera sido todavía un buen mozo, sino viejo, feo y repugnante, la hubiera enamorado del mismo modo.

—¿De dónde ha salido esta perla? dijo don Rodrigo, mirando á Anastasia de la misma manera que hubiera podido mirarla un rufian acostumbrado al galanteo de este género de hembras; ¿dónde estaba escondida esta reina, que yo no la conocía?

—Pues bien de sobra ando yo por todas partes por donde anda la gente principal, dijo con descaro, á pesar de su encogimiento la moza; y menester es no estar en Madrid, para no conocer á la Anastasia Picazo. Pero como usía está siempre tan bien entretenido...

—En palacio, mujer, en palacio sirviendo al rey nuestro señor en la gobernacion del reino, que no me deja tiempo para nada.

—Y entonces, señor, ¿para qué ha querido conocerme usía?

—Me han hablado de tí maravillas, me han dicho que sobre ser muy hermosa, en lo cual no me han engañado, pues lo estoy viendo, cantas y tañes y bailas que es un primor.

—Como que he estado algun tiempo en el teatro, y aunque no he salido á las tablas, se me ha pegado algo: si usía quiere pedir una vigüela...

—No, no se trata de eso, ni quiero perder tiempo.

—Pues no le pierda usía.

Don Rodrigo salió á su despacho, abrió un cajon, tomó el estuche y la caja de estaño que habia puesto en él la noche anterior, y volvió junto á la Anastasia.

—Mira, le dijo abriendo el estuche.

—Pues en verdad, en verdad, contestó Anastasia, mirando con codicia la gargantilla, que emplea usía muy bien el tiempo: ¡qué ricas perlas, y qué ricos diamantes! mucho debe amarme usía, señor, cuando tal regalo me hace.

—Sí, mujer, sí; estoy loco por tí; pero es necesario que tú me ames como á tu alma.

—¡Ay, señor, contestó suspirando la Anastasia, que desde que vi á usía, lo estoy queriendo como no he querido nunca!

—Pruebās quiero, y no palabras.

—No digo yo pruebas, la sangre de mis venas daré á usía, si es menester para que usía crea que le quiero.

—No te pido yo tanto, ni mucho menos; pero soy muy celoso.

—¡Ay, señor! deje usía á otros el trabajo de tener celos, que usía no tiene por qué tenerlos.

—Poco á poco, muchacha, ¿no eres tú el amor del conde de Frias?

—¡Bravo vejestorio! dele usía por muerto.

—¡Por muerto! ¡por muerto!

—En cuanto llegue á mi casa le escribo que no vuelva á acordarse ni del santo de mi nombre.

—Eso es, dijo don Rodrigo; pero necesito otra prueba mayor.

—¿Cuál? dijo Anastasia.

—Creo que te voy á pedir demasiado.

—Si usía me pidiera mi alma, se la daria.

Y Anastasia continuaba mirando ébria de avaricia la gargantilla.

—Pues mira, algo que atañe al alma voy á pedirte.

—Pues pida usía sin miedo, que yo no le he de decir que no.

—Cuidado, Anastasia, cuidado.

—Digo que todo lo que usía quiera, eso mismo quiero yo.

—Espero que no me engañarás.

—No querré á ningun hombre más que á usía.

—No, no es eso; he querido decir que espero me contestarás la verdad á todo lo que te pregunte.

—Sí señor, sí.

—¿Tienes hijos?

—¡Ay, sí señor! dos querubines, una niña y un niño; y si no fuera por los pobrecitos... mire usía; por ellos, por dejarlos bien heredados, me atrevo yo á todo, porque yo sé lo que es ser pobre.

—Pues en tu mano está que tus hijos sean ricos.

—¡Ay, señor! ¿sería usía tan bueno? ¡ay! ¡si usía hiciera eso, yo adoraría á usía! aunque es verdad que ya le quiero bien, pero le querría yo no sé cómo, como á mi madre.

—Debes ser viuda, ¿no es verdad?

—¡Ay, no señor! usía es tan bueno que no quiero engañarle: el padre de mis hijos vive, y es criado de usía.

—¿Criado mio? dijo don Rodrigo con la misma estrañeza que si lo hubiera ignorado.

—Sí señor; es ayuda de cámara de usía; y por cierto que usía le quiere mucho, porque le hace muy buenos regalos, que él me trae porque el desdichado se muere por mí.

—¿Cómo se llama ese criado mio? dijo afectando un gran disgusto don Rodrigo.

—Se llama Francisco de Juara: y mire usía, yo no tengo la culpa; si á usía le desplace que haya yo tenido con él amores, no está en mí el remediarlo, porque lo que ya ha sucedido no tiene vuelta; pero mire usía, de hoy en adelante no le veré, no le oiré, acabaré de todo punto con él, porque primero es usía, porque primeros son mis hijos.

Y se la saltaron dos gruesas lágrimas á la Anastasia.

—Tú estás loca por ese hombre, dijo don Rodrigo.

—Lo he estado, si señor; pero ya no lo estoy, no; usía se convencerá; póngame usía quien me cele, quien me siga los pasos, y usía verá con cuánta lealtad vivo yo, y cuánto le quiero: porque mire usía; aunque no fuera más que por mis hijos... lo que el conde de Frias me dá, no vale la pena; todo se gasta en sedas y brocados,

en cuatro alhajillas, que todo cuesta muy caro, y cuando se vá á vender, no hay quien dé por ello diez maravedises. Francisco de Juara no puede hacer nada: ¿como quiere usía que yo no le quiera como á mi alma, si usía hará ricos á mis hijos, y mi pobre hija no tendrá que verse como yo me veo?

Disgustóle á don Rodrigo el encontrar algo de corazon, aunque solo fuese para sus hijos, en aquella mujer que habia creído completamente despreciable.

—Usía se ofende, bien lo veo, dijo la Anastasia notando el disgusto de don Rodrigo; pero ¿qué quiere usía? en hablándome de mis hijos, me ablando toda, no soy mujer: yo sé lo que es el mundo, lo sé por desgracia, y me dá miedo pensar en que mi hija que será muy hermosa, quedará pobre, necesitada y mal acostumbrada; porque como yo los quiero tanto, señor, los erio con tanto regalo como si fueran hijos de un duque.

—Cuando se ama tanto á los hijos, se ama mucho al padre; tú no abandonarás á ese hombre.

Y don Rodrigo cerró el estuche y le puso sobre una mesa.

—¡Por la Virgen Santísima, señor! dijo la Anastasia, á la que trás el estuche se le habian ido los ojos, y por los ojos el alma: ¡pidame usía la prueba que quiera y se convencerá!

—¿La prueba que yo quiera?

—Sí.

—¿Y si fuera muy grande?

—Mejor.

—Mira, la dijo don Rodrigo, sacando de un bolsillo una cajita de estaño, y mostrándosela; ¿ves esto?

—¿Y qué es eso? dijo con repugnancia la Anastasia, sin duda porque el estaño no la parecia tan bien como las perlas y los diamantes.

—¿No has oido tú hablar de bebedizos y de filtros que se dan á una persona para que ame con toda su alma á otra?

—¡Vaya si he oido, y vaya si lo sé! como que si el conde de Frias está loco por mí, es porque yo le di á beber de un vinillo que le gustaba mucho, y que me compuso una gitana. Si lo que hay en esa caja tiene esa virtud y usía quiere que yo lo tome para que me enamore como una loca de usía, venga acá, que yo me la tomaré de un trago.

—Guárdate bien de eso, dijo don Rodrigo, retirando vivamente la caja, á la que la Anastasia habia tendido la mano; no te quiero yo tan mal, hija.

—¿Pues qué es eso? dijo poniéndose pálida la Anastasia.

—Estos son unos polvos que tienen la virtud contraria de la que tú creías.

—¿Pues qué virtud tienen?

—La mujer ó el hombre que quiera que se olvide de ellos la persona que los ama, no tiene más que darla estos polvos en la comida ó en la bebida; con lo que puede tomarse con dos dedos, basta; la persona que tome los polvos se olvidará de la persona que se los haya dado como si no la hubiera visto en su vida.

—¿Y hay alguna persona en el mundo que desee que no la quieran?

—A veces el cariño es perjudicial, como en el caso presente. Supongamos que Francisco de Juara te quiere tanto que no pueda sufrir el que tú le despidas.

—¡Ay, sí señor, que me quiere mucho! y si sufre lo del conde de Frías, es porque yo le quiero á él, y él lo sabe; pero si yo le despidiera, como estoy dispuesta á hacerlo por usía, se volveria loco; y no sé yo, no sé yo lo que seria capaz de hacer, aunque supiera que por hacerlo le llevaban á la horca.

—Por lo mismo, Anastasia, y para que no haga ningun tan gran delito que por él puedan ahorcarle, dale á comer ó á beber algo en que hayas echado estos polvos; pero no comas tú de ello.

—¿Y qué mal hay en que yo me olvide tambien de Francisco de Juara?

—Es que esos polvos son para hombre, no para mujer; podrian hacerte daño y que fueras al otro mundo.

Anastasia se puso muy pálida; pero guardó la cajita de estaño en el seno.

—Y dígame usía, contestó con la voz trémula, aunque pretendia parecer serena. ¿Estos polvos no causarán á Francisco de Juara otro daño que el olvidarse de mí como si nunca me hubiera visto?

Y por segunda vez las lágrimas brotaron á los ojos de Anastasia.

—No, mujer, no, ningun daño le acontecerá, dijo don Rodrigo.

—¿Y no me dejará usía abandonada? preguntó con vehemencia Anastasia.

—Abandonada no; me habrás hecho un inmenso servicio; yo te protegeré; nada temas ni por tí, ni por tus hijos.

—¿Y Dios, Dios que todo lo vé y todo lo sabe? dijo Anastasia mirando á don Rodrigo de una manera que le puso espanto.

—Pero, ¿qué has creído tú? dijo don Rodrigo.

—¿Yo? ¿que qué he creído yo? Que quereis matarle; que necesitais matarle; ¡ah, sí, no os pongais pálido, porque le mataré, sí, le mataré; voy á ser franca con vos; si me hubiérais querido por manceba, yo hubiera procurado volveros loco por robaros, por sacaros dinero, mucho dinero para mis hijos; pero os hubiera engañado, hubiera seguido amando á Juara, como le amaré siempre: y le mataré, sí, pondré estos polvos en su vaso, ¿lo oís? ¿y sabeis por qué? porque amo más á mis hijos que á Juara, ¿lo entendéis? porque Juara me ha dicho lo que vos sois; que cuando tomáis á una criatura de Dios entre las cejas, aquella criatura muere: vos me habeis buscado para que le mate; si yo no le mato, aunque yo le avise, aunque se vaya á la fin del mundo, le matará otro á quien vos habreis pagado, y yo me quedaré sin él, y sin el precio de su muerte. ¡Mis hijos, mis hijos antes que todo! vos pagareis bien ese asesinato, ¿no es verdad? Pues bien: dadme el precio.

Don Rodrigo que estaba acostumbrado á tratar con asesinos, y que á más de esto, conocia demasiado el corazon humano hasta en sus monstruosidades, vió claro que Anastasia no amaba á Francisco de Juara con ese amor del alma que hace que todo se sacrifique á la persona amada, sino con el amor de los sentidos, al cual sobreponia Anastasia su amor de madre, ese amor que, salvo rarísimas excepciones, es la vida, el alma entera de la mujer.

—Te daré esa gargantilla, dijo don Rodrigo, señalando con una mirada el estuche que estaba sobre la mesa.

—Es poco, dijo Anastasia.

—Esa gargantilla con los diamantes que tiene, vale diez mil ducados.

—Ese es poco dote para mi hija, contestó Anastasia; sin contar con que su hermano es tambien hijo mio.

—Bien, lo que quieras, dijo don Rodrigo.

—¿Lo que yo quiera?

—Sí.

—Pues bien: un papel en que me mandeis matar á Juara.

Retrocedió don Rodrigo.

—¿Os parece mucho? dijo Anastasia; pues voy á pedirlos más.

—¿Qué?

—Hombre por hombre.

—No te entiendo.

—Mato por vos mi amor; sed mi amor.

Anastasia no daba ya tratamiento á don Rodrigo. Habia notado que este, como hombre, se habia impresionado por ella, lo que nada tenia de extraño en don Rodrigo, porque le impresionaban fuertemente todas las mujeres hermosas, y Anastasia lo era, y mucho.

—¿Qué te dé yo amor? dijo don Rodrigo, ¿y qué te importa mi amor?

—Muerto Francisco de Juara, no encuentro un hombre más á propósito para que yo le ame que vos: yo haré que vos me ameis, como me ama el conde de Frias, como me han amado todos los que yo he querido que me amen. Pero dadme ese papel, es mi seguridad: así sabré que nada tengo que temer por la muerte de Juara; así podré vengarme de vos, si siendo vos mi amante me abandonais por otra.

Sintió don Rodrigo una fascinacion, una embriaguez extraña. Aquella despreciable mujer habia acabado por dominarle, por agrandarse á sus ojos; habia encontrado en ella algo de satánicamente malvado, de horriblemente encantador.

En un momento de esa embriaguez, de ese estado que pudiera llamarse de sonambulismo, que acomete á los criminales en las grandes situaciones, don Rodrigo entró en su despacho, y escribió en un papel lo siguiente:

«Anastasia Picazo, dá tósigo á tu amante Francisco de Juara. El marqués de Siete Iglesias.»

En la puerta de comunicacion estaba de pié, inmóvil, Anastasia viéndole escribir.

—Toma, le dijo don Rodrigo; toma; el darte yo esto significa que confio en tí, y que acepto tu amor, enamorado de tu alma y de tu hermosura.

—Gracias, gracias, señor mio, dijo Anastasia; es lástima que no nos hayamos conocido antes, porque nos vamos á amar mucho; los dos somos hijos de loba y devoramos porque gozamos en devorar.

—Voy á hacer que salgas de aquí como has entrado, dijo don Rodrigo.

—¿Y hasta cuándo? contestó Anastasia.

—Convida hoy á comer á Francisco de Juara, y espérame esta noche á las doce.

—Pues hasta las doce, amado mio, dijo Anastasia, dando la mano á don Rodrigo, y estrechándosela de una manera ardorosa.

—Adios, dijo don Rodrigo: creo que me voy á enamorar locamente de tí.

Y se volvió á su despacho, cerró la puerta de comunicacion, fué á la otra, la abrió y dijo á su mayordomo Ruy Sarmiento, que junto á la puerta esperaba:

—Llévate á esa mujer como la has traído. Luego dá licencia á Francisco de Juara para que se vaya á donde quiera.

Ruy Sarmiento se llevó á Anastasia con las mismas precauciones que la habia traído, á la casa de doña Práxedes, donde la dejó, y desde la cual Anastasia se fué á su casa.

Cuando volvian con la silla, el señor Ruy Sarmiento dijo á Francisco de Juara, á quien encontró en el zaguan disputando muy de mal humor con el portero:

—Vamos, Francisco de Juara, para que se os pase la mosca, idos á donde queráis.

—Tanto me dá, contestó de muy mal humor Francisco de Juara.

El mayordomo subió las escaleras, y los lacayos que conducian la silla de manos echaron hácia el patio.

Juara extrañó lo echado de las cortinillas de aquella silla, y como á más de la natural curiosidad de criado, tenia las ínfulas de que su amo no le ocultase sus aventuras, dolióle el no conocer aquella.

—Antolin, dijo á uno de los dos lacayos, metiéndose en el patio; ¿de dónde diablos venís tan cargados? apuesto á que habeis traído de acá para allá alguna buena moza.

—Y tan buena que lo menos, lo menos pesaba seis arrobas, contestó Antolin.

—¿Y de dónde la habeis traído?

—Nosotros no la hemos traído, sino que la hemos llevado.

—¿Y de dónde la habeis llevado?

—De la sala baja del jardin.

—¿Y no la habeis visto?

—No la vimos, dijo el otro lacayo; porque la sala estaba oscura; pero la oímos.

—¿Y á qué olía? dijo maquinalmente Francisco de Juara.

—Pues si señor, olía á ámbar, dijo Antolin.

Púsose pálido Francisco de Juara.

El ámbar era un perfume en aquellos tiempos de que hacia mucho uso Anastasia: cierto es que el ámbar estaba muy de moda, y que no se vendia solo para Anastasia; pero la idea de que podia ser ella, la traída y llevada en la silla de manos, acometió rudamente á la imaginacion de Juara. A más de eso, y con esa rapidez

peculiar del recelo, Francisco de Juara recordó que se le habia nombrado de servicio cuando no le correspondia, y que cuando volvia la silla de manos que habia traido á una mujer á la casa de su amo, se le habia dicho que podía irse á donde quisiese.

—Decidme, dijo á los lacayos Francisco de Juara, ¿á dónde habeis llevado á esa mujer?

—A la calle del Meson de Paños, contestó Antolin; á una casa donde la dejamos en una sala baja que estaba tambien á oscuras.

Ennegreciéronse las sospechas de Juara al saber que la silla habia ido á parar con su carga á casa de doña Práxedes, á quien conocia mucho Anastasia.

—Bien, dijo disimulando; alguna gran señora, que ha venido á ver á nuestro amo. Quedaos con Dios; me voy á tomar el sol, que hace un hermoso dia.

—Para vos es el mundo, señor Francisco de Juara, dijo Antolin: ¡quién fuera ayuda de cámara!

Francisco de Juara subió á su cuarto, tomó su capa, su sombrero, su espada y su daga y un par de pistoletas, que nunca iba menos armado porque era uno de los buenos matones de entonces, y se fué en derechura á la calle de la Inquisicion, hoy de Torija, donde vivia en una muy buena casa Anastasia.

CAPITULO XXXIV.

Un horrible amor de madre.

Francisco de Juara se había hecho un lógico razonamiento, cuyos términos eran los siguientes:

—Los lacayos se han vuelto á casa en el momento de dejar á la mujer que llevaban en la silla casa de esa bribona de doña Práxedes. Habrán venido de prisa por soltar pronto el armatoste; si era Anastasia la mujer que ha venido á ver á mi amo, doña Práxedes la habrá entretenido más de cinco minutos y más de diez haciéndola preguntas, porque es muy curiosa y muy pesada: es posible que si era Anastasia no haya tenido tiempo aun de volver á su casa, y si ha vuelto la encontraré desnudándose de sus galas; porque se habrá engalanado para ir á ver á mi amo. Mi amo, además, no la habrá dejado salir con las manos vacías; yo sé cuántas alhajas y cuánto dinero tiene Anastasia; ¡desgraciada de ella si la encuentro vestida de gala con un doblon más ó con una alhaja más!

A este tiempo llegaba Juara á la puerta de la casa de Anastasia, y llamaba con fuerza á ella.

Veamos lo que habia hecho Anastasia.

En el momento en que salieron los lacayos con la silla, y apenas

habian tenido tiempo de andar cincuenta pasos, se envolvió en su manto, salió, arrollando á doña Práxedes, que la esperaba ansiosa de saciar su curiosidad, y completamente cubierta dió á correr hácia su casa, á la que, como no estaba lejos, llegó en pocos minutos.

En cuanto entró se arrancó, más bien que se quitó, los vestidos, se fué á la chimenea, y en la parte interior de su cañon, habiendo entretenido á la criada para que no estuviese en la cocina, puso el estuche y la caja de estaño, y dentro del estuche el papel escrito por don Rodrigo.

Luego dijo á la criada:

—Desgraciada de tí si te pregunta el señor Francisco, y le dices que he salido esta mañana.

—¿No le diré que habeis ido á misa?

—Tampoco: lo que le dirás será, que he amanecido mala.

—Muy bien, señora.

La criada estaba acostumbrada á engañar á Francisco de Juara encubriendo á la Anastasia.

Esta se metió en la cama.

Adivinaba á Juara, ó mejor dicho, se prevenia.

Los que son extremadamente celosos, cuando dan con una mujer experimentada, solo consiguen que esta mujer esté siempre en guardia, y es lo más difícil del mundo sorprender á una mujer prevenida.

Así es, que cuando Francisco de Juara entró, se encontró no solo con que Anastasia estaba en la cama, sino pálida, densamente pálida y con los ojos algo inyectados.

Se le quitó todo recelo á pesar de que Anastasia olía á ámbar. ¿Qué tenia esto de extraño? Todas las damas por aquellos dias usaban tal perfume, y Anastasia vivia á lo dama.

—¿Qué es eso? la dijo Juara; estás muy pálida y muy triste; tienes los ojos como de haber llorado.

—He pasado muy mala noche, hijo mio; he tenido un mal sueño, un sueño que me ha puesto mala.

—¿Y qué has soñado, luz de mis ojos?

—Por tí ha sido mi mal sueño.

—¿Cómo? exclamó Juara; ¿un mal sueño por mí?

—Figurate tú, dijo Anastasia, que yo iba por la calle, por no sé qué calle, por una calle que yo no he visto nunca.

—Bien, soñamos con sitios nuevos, con gente que no hemos visto, ni podemos ver; eso le pasa á todo el mundo.

—Espera, espera: por aquella calle no pasaba nadie, había yerba en ella, como si nadie hubiera pasado en mucho tiempo; todas las puertas, todas las ventanas estaban cerradas; pero en cada ventana, en cada balcon, había colgado en cual un repostero, en cual un tapiz, pero todos negros: no se oía nada, nada, más que el ruido de una campanilla cascada, y tan medroso que hacía levantar los cabellos y dar diente con diente. Al fin apareció un hombre muy alto y muy seco, cubierto de los piés á la cabeza con un balandran negro, cuyo extremo arrastraba por el suelo: sus manos, una de las cuales llevaba un cepillo de hoja de lata y la otra una campanilla, eran de muerto, sin piel, sin carne, no más que huesos: á medida que adelantaba, se abría en cada casa una ventana á derecha é izquierda, y asomaba un esqueleto que arrojaba una moneda sobre el cepillo, con tal acierto, que la moneda entraba por la raja como si la hubieran puesto con la mano: el hombre del cepillo y de la campanilla cantaba con voz ronca, espantosa, que parecía salir de una caverna:

—Hagan bien, para hacer bien por el alma de un hombre que vá á morir.

—Verdaderamente que es espantoso tu sueño, dijo Francisco de Juara, impresionado por el fantástico relato de Anastasia.

—Deja, deja, que aun no se ha acabado. El muerto de la campanilla pasó junto á mí, me miró, y me dijo:

—Dad acá lo que lleveis, que á nadie más que á vos importa el bien del alma del que vá á morir.

Dióme frio hasta en los huesos, Francisco; puse en el cepillo una moneda, y dije más muerta que viva á aquel maldito esqueleto:

—¿Y quién vá á morir?

—Esperad aquí, que por aquí ha de pasar.

Y apenas dijo esto, se escuchó allá, á lo último de la calle, el lento doblar de un tambor, y una voz que clamaba:

—Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor, y en su nombre la sala de señores alcaldes de Casa y Corte, en este mal hombre, porque asesinó á otro sin temor de Dios ni del rey: quien tal hace, que tal pague.

—¿Y quién era el asesino? exclamó trémulo y pálido Francisco de Juara.

—Deja, deja, respondió Anastasia: yo me abalancé á donde el tambor y el pregon sonaban; ví dos largas filas de alguaciles á caballo con sus varas negras en las manos; pero esqueletos eran los

alguaciles, y esqueletos tambien los caballos; el del tambor, el pregonero, el escribano que leia el pregon, el verdugo que tiraba de un burro, todos ellos, y el burro, eran esqueletos; y sobre el burro iba un hombre en carne y hueso, y aquel hombre eras tú.

Yo al verte di un grito que se me salió de las entrañas, y oia que todos los esqueletos que estaban en las ventanas y los alguaciles, y todos, todos aquellos espectros se reian con una carcajada infernal.

Desperté horrorizada, y del horror que no ha pasado aun, me he puesto mala.

No en vano Anastasia habia estado algunos años en el teatro sirviendo á una cómica, y habia visto infinidad de comedias de Lope de Vega, de Torres Naharro y otros, y gran número de pasillos fantásticos, cuya protagonista era la muerte.

La buena imaginacion de Anastasia se habia cultivado, y en cuanto á lo de representar la verdad en una ficcion, era una actriz de primer orden.

Francisco de Juara temblaba, y se le fué de todo punto la sospecha de que Anastasia fuese la mujer que habia ido á visitar en su casa á don Rodrigo.

El lugar del recelo le habia llenado el miedo: no veía, no sentia otra cosa que á Agustín de Avila cayendo muerto delante de él sin poder pronunciar ni aun siquiera un Dios me valga.

—¿Será ese sueño tuyo un aviso de Dios, Anastasia? exclamó con acento lúgubre.

—Pues no faltaba ahora sino que quisieses meterte fraile, dijo cambiando de tono Anastasia; dímelo y me meteré yo monja; solo que entonces no sé yo lo que habia de ser de nuestros hijos. No te creia yo tan poco hombre, Francisco: ¿quién hace caso de los sueños? los sueños, sueños son.

—Y á veces avisos proféticos: tú no sabes, Anastasia; tú no sabes... ¿A qué hora soñaste eso?

—Era la media noche, porque poco tiempo despues de despertar, oí que en el reló del alcazar daban las doce.

—Entonces mataba yo á un hombre, exclamó Juara con los cabellos erizados.

—¡Tú! ¿que matabas tú á un hombre, mientras yo soñaba que te llevaban á ahorcar los muertos?

—Sí.

—¿Y qué hombre era ese?

—Agustín de Avila.

—¿Y por qué le mataste?

—Porque me lo mandó matar don Rodrigo Calderon.

—¡Ah! exclamó de una manera indefinible Anastasia, que comprendió entonces por qué don Rodrigo queria deshacerse de Francisco de Juara.

—¿Y sabes tú, dijo, por qué te mandó matar á Agustin de Avila tu amo?

—No lo sé, dijo Francisco de Juara, que no se atrevió á decir á Anastasia lo de los papeles.

—Pues si te mandó matarle, dijo Anastasia, no fuiste tú quien le mató: y si te pagó bien la muerte, hiciste bien; porque si tú no lo hubieras hecho, lo hubiera hecho otro, y no hubieras tomado el precio. Y te habrá dado mucho don Rodrigo, porque don Rodrigo paga bien estas cosas.

—A mí me tiene bien pagado, contestó Juara.

—Si yo no te pido dinero, hijo mio, porque sé que seria lo mismo que pedir peras al olmo; porque estás acostumbrado no á dar, sino á tomar: pero como esto acabará porque nos casemos, me importa poco, porque lo que tú tengas y lo que yo tenga, será para nuestros hijos.

—¡Pobres hijos míos! exclamó Francisco de Juara. ¿Dónde están? quiero verlos: cuando me sucede una de estas cosas, me parece que me los van á quitar.

—Están en la escuela aprendiendo á servir á Dios; es menester criarlos bien, y yo no soy mala madre: por ellos seria capaz de arrojarme al fuego; y si te quiero tanto, Francisco mio, por ellos es. Pero dime, ¿se puede averiguar por algun indicio que tú has hecho esa muerte?

—No, Anastasia, no; ni el muerto lo sabe: lo saben solo Dios, don Rodrigo y tú.

—Pues por acá abajo como si no lo supiera nadie.

—Pero por allá arriba...

—Vamos, los hombres que piensan en eso no debian meterse en nada.

—Tienes razon; nos olvidamos mucho de Dios; como si Dios no lo viera todo, como si pudiéramos engañarle, como si Dios dejara sin castigo los malos hechos.

—Mira, mira, para no temerlo, no hacerlo. Me voy á vestir, vámonos al campo, á las huertas de Atocha, á ver si con el sol y con el aire te se quita á tí tu humor negro, y á mí mi negra tristeza.

Anastasia se vistió, y salió engalanada y hermosa, pero pálida, con Francisco de Juara, que iba muy galán; porque los criados de don Rodrigo vestían muy bien, y mucho más los altos criados; pero también muy pálido.

Hasta las dos de la tarde estuvieron paseando, dando envidia él á los hombres, ella á las mujeres; porque Francisco de Juara era muy buen mozo.

—Tengo el día libre, la había dicho Francisco de Juara; comeremos juntos.

Este deseo de Juara había dispensado de una invitación á la Anastasia.

—¿Y dónde quieres que comamos? dijo Anastasia.

—En casa se come mucho mejor que en estos merenderos: son unos ladrones, y meten al más pintado gato por liebre.

—Ay, yo no te esperaba, y será menester añadir algo á la comida.

—Pues se añadirá: en cuanto te deje en casa, me voy á la hostería de los Tudescos y traigo acabadita de sacar del horno, una buena empanada de perdiz, que tanto gusta á los niños: mi Catalina se vá á volver loca de alegría; comerá empanada de perdiz, y la comerá al lado de su padre.

Se volvieron á la casa, y desde la puerta Francisco de Juara se fué á la hostería de los Tudescos, que estaba en la cercana plazuela de Santo Domingo.

Anastasia envió á la criada por los niños, que aun estaban en la escuela, desesperándose porque no habían ido por ellos á las doce.

Anastasia se quedó sola.

Fué al hueco de la chimenea, tomó la caja de estaño y puso en una botella de vino los polvos que la caja contenía.

Los puso sin vacilar: se había decidido antes de que Juara fuese á verla.

Lo que la había decidido era este pensamiento:

—¡Mis hijos! si no le mato, le matará otro. Don Rodrigo es demasiado poderoso para que podamos defendernos de él: tal vez, porque yo no pueda acusarle de la muerte de Francisco, me haga matar. Y mis hijos... mis pobres hijos, ¿qué sería de ellos entonces? Además, ser la amante de don Rodrigo, enriquecerme, dejar á mis hijos una grande hacienda: hoy la mujer que tiene un riquísimo dote, casa muy bien, aunque sea hija del verdugo: sí, yo no amo

á ese hombre; me agrada, me enloquece; pero no le tengo en el corazón, no, no; muchas veces me espanta; es un infame, ha matado, ha matado por oro: ese hombre muriendo como ha matado, no es otra cosa que un castigado por Dios: sí, sí, mis hijos antes que todo: con don Rodrigo seré rica, riquísima, sí: don Rodrigo me amará, le aturdo, le enamoro; si no le enamorara, no me hubiera dado ese papel con el cual estoy libre de todo peligro. ¡Oh! don Rodrigo me defenderá, si por desgracia se descubre que yo he matado á Juara.

Estos pensamientos que habian agitado á Anastasia, antes de la llegada de Juara, eran los que la habian puesto pálida, los que la habian servido para pasar por enferma, para engañar á Juara y confiarle.

Juara volvió con el pastel de perdiz al mismo tiempo que volvian sus hijos de la escuela.

Los encontró en el zaguan de la casa, y los besó y abrazó conmovido.

Dió la empanada á la doméstica, y tomó en brazos á Catalina, que solo tenia seis años.

Francisco, el mayor, que solo contaba siete, iba agarrado á la capa de su padre, consolado porque le habia visto, del tiempo que le habian tenido de más en la escuela.

La niña, que era un hechicero ángel rubio, sonreía á su padre, charlaba, y le tiraba con las pequeñas manecitas de los bigotes.

—Por tí, por tí y por tu hermano lo hace todo vuestro padre, dijo Francisco de Juara.

—¿Y qué haceis, señor padre? dijo Catalina; querernos mucho ¿no es verdad?

—Sí, quereros demasiado, dijo Francisco de Juara.

En aquel momento entraba este con su hija en brazos y con su hijo asido á su capa en la sala donde estaba servida la mesa, sobre la cual ponía Anastasia una botella llena de vino tinto de Valdepeñas.

Detrás de Juara iba la criada llevando un enorme y dorado pastel.

—¡Todo por ellos! murmuró Anastasia, viendo entrar á Juara con sus hijos.

Juara se quitó la capa y el sombrero, la espada, la daga y los pistoletes, y puso estos últimos sobre una mesa, á la cual no podian alcanzar sus hijos.

Empezó la comida, y Juara, como de costumbre, llenó la copa de Anastasia y la suya.

Bebió hasta apurar su copa y volvió á llenarla.

No reparó en que Anastasia que era muy buena bebedora, no habia bebido. Distraíale la charla de sus pequeños.

Bebió otra copa, y cuando la llenó, fué por costumbre á llenar la de Anastasia, y la encontró llena.

—¿No has bebido? dijo naturalmente.

—No, me duele mucho la cabeza, y temo que si bebo me duela más.

—Es verdad; comes muy poco, mujer, observó Juara.

—Estoy mala, muy mala.

—¡Bah! no tanto; eso pasará.

Y se sirvió un enorme plato de manos de cerdo, y bebió su tercera copa.

Anastasia empezaba á descomponerse: su palidez se iba haciendo livida.

Juara no reparó en ello.

Un incidente demasiado natural en el estado de terror, de arrepentimiento, en que se encontraba la Anastasia, vinieron á determinar una situación horrible.

—Yo quiero vino, señor padre, dijo Catalina.

—Y yo tambien, dijo Francisco.

—No, los niños no beben vino, les hace daño, exclamó vivamente Anastasia.

Pronunció aquellas palabras de una manera tan extraña, tan nerviosa, tan áspera, tan desentonada, tan trémula, que Francisco de Juara no pudo menos de mirar profundamente á Anastasia.

Estaba desencajada, azul, se estraviaban sus ojos, miraban con terror á Francisco de Juara.

—¿Y por qué no pueden beber vino mis hijos? dijo con voz ronca y amenazadora. Toma, Catalina, hija mia.

—¡No, y mil veces no! exclamó Anastasia, lanzándose sobre la copa que Juara tenia en la mano, vertiendo su vino, y tirando rápidamente la botella al suelo.

—¡Petra! ¡Petra! gritó Francisco de Juara.

Apareció la criada en la puerta.

Llevaos á los niños.

Petra obedeció, y los inocentes, aterrados por lo que veian en su padre, se dejaron conducir.

Juara cerró la puerta, se fué á la mesa donde habia dejado los pistoletes, amartilló uno, y dijo apuntando con él á Anastasia:

—Si no quieres morir, respóndeme la verdad.

—¡Mátame! exclamó Anastasia, cayendo de rodillas, ¡mátame!

—¿Y por qué he de matarte? ¿Por qué no has querido que beban vino mis hijos?

—Porque soy su madre, porque los adoro, porque no quiero que mueran.

—¡Ah! ¡con que si hubieran bebido, hubieran muerto! ¿Por qué me has matado, Anastasia, á mí, que te amo tanto; á mí, que todo lo he sufrido por tí? los celos más horribles, el verte con galas que yo no podía comprarte; el saber que otro hombre... sí, sí; has hecho bien en matarme, porque el sufrimiento, porque los celos, porque la rabia se me hacian insoportables; y luego, luego, el que mata debe morir.

Y arrojó la pistola, se sentó en una silla, se cubrió el rostro con las manos, y rompió á llorar como un niño.

Anastasia estaba sentada sobre sus rodillas, con las manos cruzadas, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—¿Quién te ha pagado mi muerte? dímelo: preguntó de una manera espantosa Juara.

Hay preguntas á las que no puede contestarse más que la verdad.

—Don Rodrigo Calderon, contestó Anastasia.

—¿Has estado esta mañana en su casa?

—Sí.

—¿Y te ha dado él el veneno que has puesto en el vino?

—Sí.

—Entonces no hay remedio; no hay que llamar á nadie, no; esto durará dos, tres horas á lo más; sí, arsénico; empiezo á sentir náuseas, angustia, dolor.

—¡Oh, Francisco de mi alma! exclamó Anastasia estendiendo hácia él los brazos: ¡hasta ahora no he conocido yo lo que te amaba! ¡Mátame! ¡yo no puedo vivir sin tí!

—¿Y por qué, por qué me has matado?

—Por nuestros hijos. Don Rodrigo me ofreció por mi amor y por tu muerte tesoros: yo no sabía, te lo repito, créeme, lo que te amaba; temía por la muerte de nuestros hijos; un demonio me inspiró la tentación á que no pude resistir... ¡mátame, Francisco, mátame, porque si tú no me matas, me mataré yo!

—Yo no puedo matarte; yo no quiero matarte; recuerda lo que tantas veces te he dicho en los momentos en que devorado por los

celos, me he quejado de mi suerte: te amo tanto, que todo lo sufro; y si me matases, tanto y tanto te amo, que te lo perdonaria, que lo ocultaria, si me era posible, para que no te castigasen.

—¡Ah! exclamó Anastasia, mesándose los cabellos; ¡y yo, yo he hecho esto!

Y se levantó fuera de sí, se fué rápidamente á la puerta de la sala, la abrió, y salió.

Francisco de Juara, aterrado por lo que temia pudiese hacer Anastasia desesperada contra si misma, se puso de pié; pero le faltaron las fuerzas, y volvió á caer sobre la silla.

Anastasia volvió á poco, cerró la puerta, se acercó á Juara, y abrió el estuche que traia en la mano.

—Mira, mira lo que me ha dado ese demonio: diez mil ducados, mis hijos... mi locura...

—¿Qué papel es este? exclamó Juara.

—Ese papel es tu venganza.

—¡Ah! ese hombre se ha vuelto loco: tú has enamorado á ese hombre; de otro modo, si tú no le hubieras enloquecido, no hubiera escrito este papel.

—Yo le presentaré al rey.

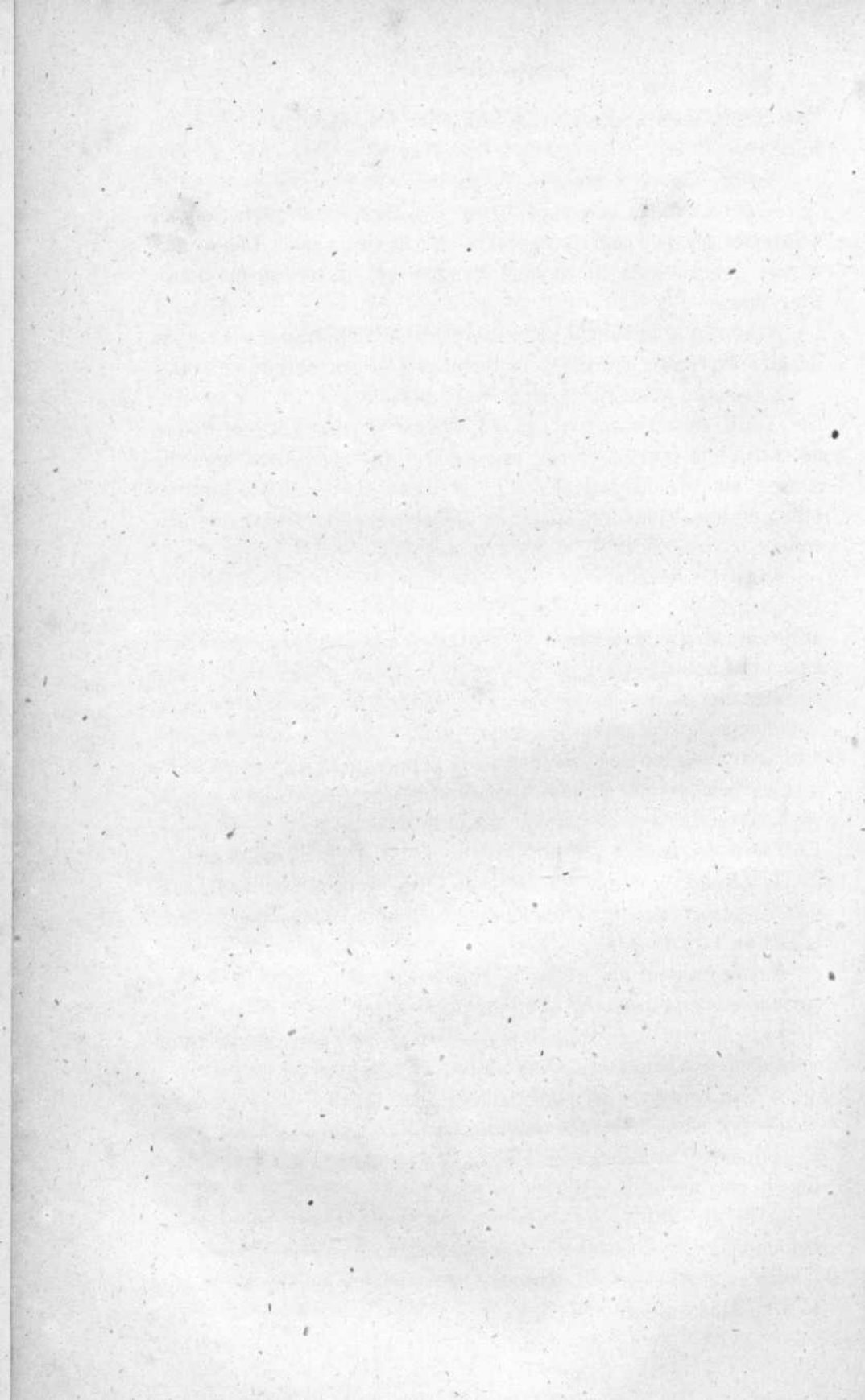
—¡Ah, no, Anastasia, no! don Rodrigo quedaria impune y sobre tí caeria todo. Mira, guarda este papel, guárdalo como un tesoro, sé amante de don Rodrigo, embriágale, atúrdele, róbase: sí, sí, nuestros hijos... y oye: cuando don Rodrigo te abandone, ó muera el rey y pierda su poder ó caiga ante una acusacion del duque de Uceda, vete á buscar al duque, hazle conoter ese papel; el duque de Uceda te dará por él un tesoro; sí, sí, nuestros hijos; que sean ricos nuestros hijos: vive tú para ellos; ¿qué seria de ellos sin tí? engaña á don Rodrigo y véndele despues para hacerlos ricos. Oye, oye; cuando hayas vendido ese papel al duque de Uceda, vete con lo que tengas y con nuestros hijos á Francia ó á Inglaterra, allí donde no alcance la justicia del rey de España: no te olvides de esto; y ya que al matarme has conocido que me amabas, continúa amándome; ámame en mis hijos, yo muero amándote.

Anastasia se dejó caer casi sin sentido entre los brazos de Juara.

—Recóbrate, ten valor, como yo le tengo, dijo este; es necesario que yo salga de aquí, no quiero morir aquí, podrian sospechar: que vaya Petra á casa de don Rodrigo, que diga que me he puesto muy malo, que no puedo ir: vendrán por mí; tal vez traerán para



...ese papel es tu venganza.



llevarme la misma silla en que tú has ido esta mañana á ver á ese hombre.

—¡Oh, Dios mio! exclamó Anastasia.

—Anda, anda, que vaya Petra al instante; mi angustia y mi dolor crecen; muriendo en casa de don Rodrigo nada tienes que temer, don Rodrigo cubrirá mi muerte; vé, no tardes, me pongo muy malo.

Anastasia salió y envió á Petra á casa de don Rodrigo con la noticia de que Francisco de Juara se habia puesto gravemente enfermo.

Entretanto Juara habia dicho á Anastasia:

—Allí en mi cuarto tengo yo algunas alhajas y algun oro; es necesario que vayas á verme; es necesario que recojas esa herencia mia; es mucho, vale muchos miles de ducados: cria bien á nuestros hijos, no los abandones, apártalos del mal: mira tú á lo que el mal trae.

Anastasia lloraba.

Francisco de Juara con un valor infinito, dominando el dolor, la ansiedad, el miedo, escribió lo siguiente, que entregó á Anastasia cuando lo hubo escrito:

«He matado anoche, de orden de don Rodrigo Calderon mi amo, al teniente alguacil mayor del Santo Oficio Agustin de Avila, de una estocada por la espalda, en la esquina izquierda de la calle del Rollo á la del Sacramento; lo que confieso en descargo de mi alma cuando voy á morir envenenado por mi amo el marqués de Siete Iglesias.—
Francisco de Juara.»

Estuvo amonestando y consolando á Anastasia hasta que llegó la silla de manos, que no tardó un cuarto de hora, desde que salió la criada de casa de Anastasia.

Ruy Sarmiento venia con la silla y los mismos dos lacayos á quienes habia preguntado por la mañana Juara.

—¿Qué diablos es esto, Francisco? dijo Ruy Sarmiento entrando en la sala, y viendo á Anastasia desconsolada y llorosa.

—Que Francisco se muere, dijo Anastasia.

—¡Eh! contestó Ruy Sarmiento; los pícaros no se mueren nunca hasta que los mata un rayo: Juara tenemos para tiempo; habrá bebido más de lo justo, y esto es todo.

—Si, dijo Juara; he bebido más que lo que era menester hubiese bebido; pero en fin, señor Ruy Sarmiento, no lo echéis á burla, que la cosa es grave; que si nos entretenemos mucho me voy por la posta y no quiero morir aquí.

—¡Diablo, diablo! dijo Ruy Sarmiento; esto ya es sério.

—Y tan sério, dijo Anastasia, que se vestia apresuradamente como para salir á la calle.

—¿Pero vos qué vais á hacer?

—¿Que qué voy á hacer? dijo Anastasia: ¿pues qué, hay quien me separe á mí de mi esposo en el trance en que se halla?

—¡Su esposo! exclamó Juara; ¡ah, sí, es verdad! ¡mis hijos! no me habia yo acordado con mi turbacion; sí, sí; vamos, señor Ruy Sarmiento; que suban los muchachos y me ayuden, que yo no puedo valerme; que vaya esta con mis hijos, que avisen á don Rodrigo, quiero que sea padrino de nuestra boda.

—¡Diablo, diablo, y qué sério es esto! repitió Ruy Sarmiento.

Lo que era sério para el mayordomo, no era que se muriese Francisco de Juara, á quien tenia una más que regular ojeriza, sino que pretendiese casarse *in articulo mortis*, y que fuese su padrino don Rodrigo, porque no sabia cómo don Rodrigo tomara esto.

—En fin, allá veremos, dijo Ruy Sarmiento; que venga en buen hora la señora Anastasia con los muchachos. ¡Hola! ¡Antolin, Santiago! ¡subid, bribones!

Poco despues entraron en la sala los dos lacayos, asieron á Francisco de Juara, y casi en brazos le sacaron de la casa y le metieron en la silla, cargando despues con ella en direccion á la casa de su amo.

Anastasia iba detrás vestida de negro, y envuelta en un manto, llevando á sus hijos de la mano.

El señor Ruy Sarmiento habia llevado su galanteria hasta el punto de cargar con Catalina, que era muy delicada y no podia seguir el rápido paso de los lacayos, que instintivamente habian comprendido que el señor Francisco de Juara necesitaba aprovechar el tiempo.

Aquella extraña familia enlazada y rota por la impureza y el crimen, entró en casa de don Rodrigo.

Los lacayos subieron á Francisco de Juara á su cuarto, á donde les siguió Anastasia con sus hijos, y donde se quedó sola con él, porque el mayordomo habia ido á avisar de lo acontecido á su amo.

Juara habia sido puesto en el lecho.

Continuaba conteniendo con una fortaleza digna de un héroe, los quejidos que debía arrancarle el agudo dolor de un envenenamiento por arsénico: no queria comprometer á Anastasia.

—Busca, busca aquí dentro en los bolsillos de mi ropilla, dijo á Anastasia.

Anastasia buscó y encontró una llave.

—Pronto, Anastasia, añadió Juara; abre aquel armario; en él hay una caja, toma lo que hay dentro.

Anastasia abrió el armario, vió sobre una de sus tablas una caja de carton, la abrió, y envueltas en papeles encontró algunas alhajas: dos de ellas eran el cintillo y la cadena de diamantes que la noche anterior habia dado Uceda á Juara.

Anastasia guardó en el seno aquellas alhajas con una avaricia innoble.

Juara entretanto besaba á sus hijos.

Encontró además Anastasia, un mediano talego lleno de dinero.

Le abrió y vió que contenia oro, doblones de á dos, de á cuatro, de á ocho.

Aquel oro brotaba sangre.

Anastasia se lo metió á puñados en la faltriquera que llevaba bajo la falda.

—¿Tienes más que las alhajas que habia en la caja y el dinero que habia en el talego? preguntó.

—No, contestó Juara; pero bien puedo contar que todo eso monta á cuarenta mil ducados.

Anastasia lloraba, no sabemos si de remordimiento ó de miedo.

Entretanto el mayordomo decia á don Rodrigo, que acababa de tener una grave entrevista con el marqués de la Fávara:

—Señor, sucede algo que es un poco fastidioso.

—¿Y qué es ello? dijo don Rodrigo que estaba de muy mal humor.

—Qué ha de ser, sino que Francisco de Juara quiere casarse.

—¡Bah! pues que se case, dijo don Rodrigo.

—Es el caso que necesita casarse al momento.

—¿Y por qué? dijo don Rodrigo.

—¿Por qué? porque se muere.

—¡Ah! que se muere Francisco de Juara! exclamó don Rodrigo poniéndose levemente pálido. ¿Y cómo es que se muere?

—Qué se yo, qué se yo, señor; pero á mí se me figura que le han dado algo; por lo menos ha pillado un cólico de esos que envian á un cristiano á la eternidad.

—¿Ha comido en casa Juara?

—No señor; ha comido en casa de su querida; al menos cuando

yo fui, llevando una silla de manos, porque me habian avisado de que Juara se habia puesto muy malo y que no podia volver por su pié, encontré la mesa servida, como de haber comido, y la estera manchada de vino, y una copa y una botella rotas, y junto á la botella, un pistolete amartillado; por cierto que le levanté y le desarmé no fuese que se le pisase y saliese el tiro.

—¿Y dices que Francisco de Juara quiere casarse?

—Sí señor; y para este efecto se ha venido con él su querida con sus hijos, y arriba están en su cuarto.

—¿Se ha llamado al médico?

—No señor, no me he atrevido á disponer nada sin conocimiento de usía.

—Que llamen al instante al doctor Angulo; que avisen á mi capellan y que los case.

—Es el caso, señor, que esos dos pícaros quieren que usía sea su padrino.

—¡Bah! pues bien; Juara me ha servido lealmente y merece que yo le complazca satisfaciendo su última voluntad; digo, esto essi se muere; que puede ser que todo ello no sea más que ruido y alaraca.

—Me parece, señor, que esta noche duerme Juara en la eternidad.

—Pues entonces vamos allá, Sarmiento: ¿qué hemos de hacerle? No se ha de abandonar en tales trances á los buenos servidores.

Don Rodrigo subió al aposento de Juara.

—¿Qué es esto, Francisco? le dijo: ¿qué es lo que me ha contado Sarmiento de que te mueres y deseas casarte?

—¡Ah, señor! he comido casa de esta, que es mi manceba, y he cogido un cólico que me mata. Tengo hijos, usía lo vé; dos pequeños que amo con mis entrañas, porque al fin son mis hijos: tambien la amo mucho á ella, señor, y quiero dejarla con honra, y con padre, aunque muerto, á mis hijos; que en el mundo no se estima ni se respeta á los hijos de maldicion. Todo esto quiero, y he querido ademas que usía sea el padrino de mis tristes bodas, porque con tal padrino mis hijos están asegurados de desdicha.

—¿Y quién sabe si morirás, Juara? exclamó imperturbable don Rodrigo, que se habia dominado.

En aquel momento, como si lo hubieran llamado por campanilla, entró un hombre pequeño, gordo y viejo, vestido de negro.

Era un médico; aquel médico se llamaba el doctor Angulo, y conocia más de un lúgubre secreto de don Rodrigo.

—¿Sabeis lo que sucede, doctor? dijo al médico.

—Veo á un hombre, que no me gusta mucho, dijo Angulo; paréceme que será necesario disponerle al momento.

—Pues en las circunstancias en que el criado mio se encuentra, lo primero es casarle con esta dama, para que pueda legitimar sus hijos, que son estos niños.

—¡Válgame Dios, qué desgracia! dijo el doctor Angulo afectando conmiseracion, y sin importarle gran cosa el estado de Juara, á pesar de que veia claro el envenenamiento; pues cuanto antes, cuanto antes, porque tenemos encima un cólico muy malo.

Los niños estaban graves, tristes, miraban á su padre, á su madre, al médico, al mayordomo, á don Rodrigo y no entendian aquello.

Se llamó á escape al capellan, que acudió.

Acudieron como testigos dos de la alta servidumbre de don Rodrigo, y este á fuer de buen padrino, dotó á la desposada en veinte mil ducados.

—¡Ah, señor, gracias! dijo Francisco de Juara, cuando casado ya, oyó esto; si yo en vez de tener que pedir perdon á usía, por no haberle servido tan bien como usía merece, tuviera que perdonarle, le perdonaria.

—Siempre has sido bueno y leal para conmigo, Juara, y lo que hago por tu mujer y por tus hijos, no es todo lo que tengo que hacer.

—¿Quiere concederme usía el favor de que hable con él á solas? dijo humildemente á don Rodrigo, Juara.

Don Rodrigo hizo salir á todos los que allí estaban.

Apenas se quedaron solos, Juara dijo:

—Habeis hecho muy mal en matarme, porque me necesitareis un dia.

—¿Y quién te ha dicho que te mato yo? ¿te lo ha dicho ella?

—No, no señor, yo nada le he preguntado, porque la amo mucho, mucho, de una manera insensata, y no he querido que la justicia tenga que ver con ella: ademas de eso, no he querido dejar huérfanos á mis hijos.

—Me ha dicho Ruy Sarmiento que casa de esa mujer ha visto rota una botella, la estera manchada de vino y un pistoleta arrojado por el suelo y amortillado.

—He tenido con ella una recia disputa, á propósito de ese conde de Frias.

—No me engañes, Juara; mira que vas á comparecer ante Dios.

—Me habeis matado por recelo; pero os habeis mostrado generoso conmigo, y os perdono.

—¿No tiene esa mujer prueba alguna contra mí?

—Ninguna, señor.

—Pues bien, muere tranquilo; no soy yo quien te mata, es mi destino, Juara; todo cuanto hay á mi lado, parece que está maldecido por Dios. Yo cuidaré de tu mujer y de tus hijos; pero te lo repito, no me engañes.

—Os juro, señor, que nada teneis que temer de Anastasia; porque nada sabe.

—Y dime, Juara: ¿no tenia papel ninguno sobre sí Agustín de Avila?

—Ninguno, señor, más que el que di á usia.

—Júrame la verdad de lo que dices, por tu alma.

—Lo juro, señor.

Francisco de Juara daba su alma por su venganza.

—¡Ah! mi recelo! exclamó don Rodrigo; es imposible, imposible salvarte.

—Dejad, dejad eso, señor; que si vos me prometeis mirar por mi mujer y por mis hijos, muero contento.

—Te lo prometo; te lo juro.

—Pues bien, señor, que venga un sacerdote, que me auxilie, que me consuele, y adios: vuestra mano, señor; yo os he amado y os amo aun, á pesar de que me habeis sacrificado.

Y don Rodrigo dió la mano á Juara, y le pareció que aquella mano tiraba de él hácia la eternidad, emplazándole ante Dios.

Don Rodrigo salió.

Poco despues entró Anastasia.

—Si te pregunta don Rodrigo, le dijo rápidamente Juara, por qué habia una botella rota, y un pistolete amartillado en el suelo cuando entró Sarmiento, dile que habiamos tenido un disgusto por celos míos, á causa del conde de Frias; que nada te he dicho yo de si estoy ó no envenenado: acabemos: trae mis hijos, que yo los vea por la última vez, y adios: dejadme luego solo con el sacerdote.

Una hora despues, Anastasia salia llorando de casa de don Rodrigo, llevando sus hijos de la mano.

A las doce de la noche, don Rodrigo, guiado por Ruy Sarmiento, fué á casa de Anastasia.

Esperaba encontrarla de luto; pero se equivocó: aquella mujer le dió miedo: estaba ricamente vestida; tenia puesta la gargantilla que don Rodrigo le habia regalado en pago de la muerte de Juara, y salió al encuentro de don Rodrigo sonriendo.

—¡Ah! exclamó, ¡tuya, y no más que tuya!

CAPÍTULO XXXV.

De cómo el marqués de la Fávara no supo por qué le habían puesto en libertad.

Jugaba á los cientos el marqués de la Fávara con el alcaide del castillo de Montanches en una fea cámara habilitada en un viejo torreón, cuando el sota-alcaide se presentó á la puerta y dijo:

—Acaba de llegar un teniente de la guardia alemana con una escolta, y trae esta orden para vuesamerced.

Y dió un pliego cerrado al alcaide.

—Con permiso de vuecencia, dijo este al marqués de la Fávara.

Y abrió el pliego, que decia asi:

«El rey:—Luego, luego, luego que recibais esta nuestra real orden, entregareis la persona del marqués de la Fávara al teniente de nuestra real guardia alemana don Juan de Mazarredo. Dado en nuestro alcázar de Madrid á 19 de Diciembre de 1618.—El rey.—Refrendada:—El secretario de Estado del despacho universal de su majestad, Duque de Lerma.—Al alcaide del castillo de Montanches.»

—Sea enhorabuena, excelentísimo señor.

—¿De qué, Alvareda? dijo de una manera impertinente el marqués de la Fávara.

—¿De qué, señor marqués? de que el rey nuestro señor me manda, como vereis, entregue á vuecencia á un teniente de la guardia alemana, como vuecencia verá por esta real orden.

Y la dió al marqués.

Leyóla este y dijo con muy mal humor:

—Pues no admito la enhorabuena, señor Alvareda: por el contrario, estoy de pésame. Lo que quiere decir esta orden, es que su majestad, ó mejor dicho, el duque de Lerma no encuentran bastante para guardarme ni á vos, ni á este castillo, y me envían al alcázar de Segovia ó al de Toledo, si no es que me plantan en el de Bellver en las Baleares ó en el de Monjuich; y ha andado acertado el duque de Lerma, porque ya que no importa nada decirlo, sabedlo; lo tenía preparado todo para escaparme.

—Pues me alegro mucho, excelentísimo señor, dijo vivamente el alcaide, de que el señor duque de Lerma haya sabido ó haya adivinado los proyectos de evasion de vucencia; y por si acaso vucencia se me escapa antes de que le entregue á ese teniente, voy á hacer al momento la entrega. ¡Hola! ¡Socapa! añadió el alcaide dirigiéndose al sota-alcaide, que aun estaba presente; haced entrar aquí á ese señor teniente de la guardia alemana.

Retiróse el sota-alcaide Socapa, y á poco entró don Juan de Mazarredo con su bruñido almete, su reluciente coraza, con la cruz de Santiago, sus gregüescos encarnados acuchillados de amarillo, sus calzas de grana, sus botas altas de gamuza con grandes espuelas cinzeladas con rodaja de tres púas, ancha espada, larga daga, la mano izquierda en la cadera y la derecha tendida á lo largo del cuerpo, respirando poder y más bravo que Roldan.

Sobre la coraza, formando con ella un rico contraste, cruzaba del hombro derecho á la cadera izquierda, terminando en un lazo cuyos extremos tenían flecos de oro, una ancha banda de tafetan rojo.

—¿Sois vos, señor teniente, el que ha traído este pliego de Madrid?

—Yo soy, contestó breve y secamente Mazarredo.

—Aquí se me manda entregaros la persona del excelentísimo señor marqués de la Fávara.

—Ya lo sé, contestó con la misma impertinencia Mazarredo.

—Pues este cahallero, dijo el alcaide, es el excelentísimo señor marqués de la Fávara.

—Tambien lo sé, dijo Mazarredo.

—¿Y si lo sabeis, exclamó irritado el marqués, por qué no os habeis quitado el morrion?

—Porque no, contestó Mazarredo.

—¿Ignorais que soy un grande de España? dijo el marqués,

mientras el alcaide escribía de pié en una mesa que había en la cámara, sobre un papel moreno y grueso.

—Sé sobradamente quién es vucencia y los respetos que se le deben, contestó sin apearse de su impertinencia el teniente.

—Y entonces, continuó el marqués, creciendo en cólera, ¿por qué no os habeis descubierto al verme?

—Los soldados del rey de España, ni los de ningún rey de ninguna parte, se quitan el capacete cuando están de facción sirviendo al rey, ni ante el rey ni ante Dios, y ni vucencia es Dios ni rey.

—Nos veremos, dijo el marqués llegando al colmo de su irritación.

—Yo no sé si nos veremos ó no, porque no sé si vucencia podrá verme; pero sea como quiera, yo cumplo con mi obligación, y sin faltar al respeto á vucencia, ni me quito el almete, ni desde ahora pierdo de vista á vucencia, ni le suelto hasta que me manden soltarle: y como se me ha mandado que no pierda á vucencia de vista, y que á la primera señal de fuga de vucencia, sobre vucencia haga fuego, me he colgado al cinto dos pistoletas, resuelto á cortar el vuelo á vucencia si pretende volar; se entiende, todo esto sin faltar al respeto que se debe á vucencia como grande de España que es.

—Os estais burlando de mí, amigo, dijo el marqués de la Fávara.

—Pues creo, excelentísimo señor, que hablo muy sério.

—¿Quereis hacerme la merced, caballero, de firmar este recibo? dijo el alcaide.

El teniente se acercó á la mesa y leyó:

«Yo el teniente de la real guardia alemana de su majestad el rey nuestro señor, Don Juan de Mazarredo, del hábito de Santiago, confieso haber recibido de Lucas Alvareda, alcaide por el dicho rey nuestro señor, de la Real fortaleza de Montanches, la persona del excelentísimo señor marqués de la Fávara, sana y salva, en buen estado de salud, sin herida, ni lesión alguna; que me ha sido entregada por el dicho alcaide, en virtud de una real orden en que así se le manda. Y para descargo del susodicho Lucas Alvareda, firmo la presente en la Real fortaleza de Montanches á 21 de Diciembre de 1618.»

—Coriente, dijo Mazarredo.

Y garrapateó al pié del recibo su firma, no sin echar dos borrones.

El alcaide guardó cuidadosamente la orden.

—Ahora bien, dijo Mazarredo; haced subir al sargento Pereda: él responderá cuando le llameis; abajo está en la plaza de armas.

—Id, dijo el alcaide al sota-alcaide, que partió.

—Item, como no he comido desde ayer y necesito comer, porque tripas llevan á hombre, y no hombre á tripas, y como desde ahora no puedo ni debo quitar ojo de su excelencia, haced que me suban de la cantina y por cuenta mia, de lo mejor que para comer hubiese; y además, que me pongan ahí en cualquier rincon algo blando en que yo me eche, porque sin dormir no se puede vigilar; el sueño es malo y le hacen á uno relampaguzas los ojos: á más de esto, entregadme la llave de esta cámara.

—¿Y nada más? dijo el alcaide un poco amostazado, porque el teniente era un mucho socarron.

—Nada más; pero descuidad, que si más se ocurre, más se os pedirá.

—¡Ya, ya, y qué fueros gastais los de la guardia alemana, hijo! contestó el alcaide, dando una gruesa llave al teniente.

—¿Qué es eso de hijo? exclamó este, más socarron y más tieso que nunca; paréceme que os entrometeis en familiarizaros conmigo, y eso no puede ser; porque vos sois un alferecillo de infantes, alcaide de un castillejo que se está cayendo, cansado de esperar á que le echen abajo, y yo soy vuestro superior, como militar; como hombre, os llevo, lo menos, lo menos, la cabeza; como calidad todo este hábito de Santiago, y como corazon no hay que decir, ni como servicios tampoco; porque yo tengo tres campañas y vos creo que no habeis olido la pólvora, como no haya sido en alguna cohetada: con que dejémonos de familiaridades y haced lo que se os manda, y no deis lugar á que yo os meta preso, y dé parte de vos á quien corresponda, y deje aquí de alcaide al sargento Pereda, que sirve para el caso mucho más que vos.

—A la órden, mi teniente, dijo á la puerta un tremendo coracero que valia por dos.

El alcaide salió refunfuñando:

—Si pillara, á ese matasiete ahí detrás en los juncales, yo le diria lo que vale el llevarle la cabeza al alferez Alvareda.

—Sargento Pereda, dijo Mazarredo; ese caballero que veis es el excelentísimo señor marqués de la Fávara, grande de España de primera clase, á quien como tal es inútil deciros se le debe tratar con el más profundo respeto. Pero como quiera que yo le guardo y vos le guardais, y cada cual de los soldados del rey nuestro señor que

conmigo vienen, y respondemos con nuestras vidas y haciendas de su persona, y como yo en comiendo un bocado me echo á dormir, vos mientras yo duermo, no quitareis ojo de su excelencia, y si su excelencia hace cualquier movimiento por el que se conozca que quiere escapar, haceis fuego sobre él, que para eso teneis al cinto pistoletes y buen ojo y mano segura: es cuanto tengo que deciros. Arriba y abajo.

El sargento se puso á pasear por delante de la puerta lo mismo que un autómatas sin dejar de mirar al marqués de la Fávara, que estaba que reventaba de cólera.

El teniente se puso á pasear tambien; pero de una manera inversa, respecto al paseo del sargento.

Le crispaba los nervios al marqués el ruido de las sonoras espuelas de los dos ginetes.

A poco entraron dos infantes de la guarnicion del castillo trayendo una mesa servida con algunos alimentos groseros en platos ordinarios, un pan moreno y vino en un jarro vidriado.

Otros dos infantes armaron en un rincon un mal lecho que traian.

—Con permiso de vuecencia, dijo el teniente; y no ofrezco á vuecencia esta traidora vianda que me han traído, por no faltar á un tiempo á vuecencia y á su estómago.

Y se puso á comer de pié.

Durante algun tiempo nada se oyó más que el ruido de las mandíbulas del teniente y el de las espuelas del sargento.

Los soldados del castillo, apenas acabado de hacer el lecho, se fueron.

—¿Cuánto se debe por esta apariencia de comida y por este rejalgar, que no vino, que me habeis traído? dijo el teniente.

—Dos reales de plata, segun nos ha dicho la cantinera, contestó uno de los soldados.

El alferez se metió la mano en los gregüescos, sacó una flaca bolsa de seda verde, de ella dos reales y unos cuartos, los dió á los soldados, y les dijo:

—Lo que sobra para que os regaleis á mi salud.

—Muchas gracias, mi teniente, dijo uno de los blanquillos.

Y los dos salieron.

El marqués continuó con su silencio de irritacion.

Al fin no pudo contenerse, y dijo:

—¿Quién os ha dado la órden de venir por mí?

—El rey, contestó el teniente.

—Sí, sí; ya sé que la orden es del rey; pero ¿por qué conducto habeis recibido esa orden?

—Por un conducto bastante para que yo obedezca.

—Pero, el nombre de esa persona...

—No lo sé.

Guardó silencio el marqués contrariado.

Al cabo de algunos minutos dijo:

—¿A dónde me llevais?

—Ya lo vereis, contestó el teniente.

Volvió á guardar silencio el marqués.

El teniente acabó de comer, y dijo al marqués:

—Con vuestra licencia, señor excelentísimo, voy á dormir un poco.

—¿Cuándo partiremos? dijo el marqués.

—Cuando mi gente haya descansado y comido; que no es justo que se les prive de alimento y de descanso. ¡Hola! ¡sargento Pereda!

—Mi teniente.

—Lo dicho, hijo mio; si se os escapa, os rajo desde la cabeza hasta la horcajadura: ya sabeis vos quién es el teniente Mazarredo.

—Sí, sí señor, ya lo sabemos, mi teniente.

—Pues bien; no hay que ponerme á prueba. Tomad esa llave y cerrad esa puerta. Con permiso de vuecencia, excelentísimo señor, añadió el teniente echándose en el lecho. ¿Habeis cerrado ya, Pereda?

—Sí señor, mi teniente.

—Dadme acá la llave.

—Tomad, mi teniente.

—Oid: cuando hayan pasado dos horas, aunque esté dormido como un liron, me despertais.

—Muy bien, mi teniente.

—Buenas noches, excelentísimo señor.

A poco el teniente roncaba de una manera estrepitosa.

El sargento se paseaba impasible, flemático, sin quitar ojo del marqués, que se sentia enfermo de cólera.

Al fin el marqués acabó por pasearse como el centinela, y si no le habló, fué porque creyó que un grande de España hacia demasiado honor á un sargento en dirigirle la palabra.

Pasaron dos horas, que para el marqués fueron mortales, anunciadas por la mezquina campana del reloj del inmediato pueblecito de Montanches.

El sargento se acercó al teniente, acercó la boca á su oreja, hasta el punto de tocarle con los bigotes, y dijo con una voz capaz de hacer despertar á un muerto:

—Mi teniente.

—¿Qué hay, sargento Pereda? dijo el teniente poniéndose en pié de un salto; ¿se escapa su excelencia?

—No señor, mi teniente; á mí no se me escapa nadie. Es que ya han pasado las dos horas.

—¿Sí? pues me alegro: idos á comer y á dormir; que coman y duerman tambien esos buenos mozos; despertad dentro de dos horas, y mandad tocar botasillas.

—Muy bien, mi teniente.

—Idos.

El sargento no se movió.

—¡Cuerpo de Cristo! dijo el teniente; ¿no habeis oido que os vais?

—¿Y por dónde, mi teniente? dijo el sargento; como no me vaya por entre los hierros de esa reja ó por el ojo de la cerradura...

—Es verdad, está cerrada la puerta.

El teniente la abrió.

—Ea, salid y que no tenga yo que llamaros, porque si dentro de dos horas no oigo tocar botasillas, os encierro quince dias en cuanto lleguemos á Madrid.

El sargento salió.

—¡Ah! ¿conque vamos á Madrid? dijo el marqués.

—Lo que es el sargento y yo, Dios mediante, á Madrid volveremos; vucencia irá ó no irá; y en fin, yo sé donde tengo que llevar á vucencia, y no se ofenda vucencia porque no conteste á sus preguntas, porque traigo órden de no hablar con vucencia y de no dejar á vucencia hablar con nadie. Pero eso es ya mucho, y á mí me parece que basta con no decir á vucencia nada de lo que quiera saber; de lo que resultará que vucencia se cansará y vendrá al silencio sin que yo se lo haya impuesto.

—Hablemos de cualquier cosa.

—¡Ah! bueno, en hablando del tiempo, ó de Mariquilla la Pelona ó de cualquiera cosa que nada tenga que ver con la prision de vucencia, yo no me opongo, y tendré mucho gusto en entretener á vucencia.

—¿Qué edad teneis, teniente?

—No lo sé muy de fijo, porque yo me cuido muy poco de esas tonterias; pero debo tener cuarenta y dos años.

—Pues no habeis medrado mucho que digamos.

—¡Eh, diablo! excelentísimo señor, en la guardia alemana se sube muy poco á poco, y ser teniente de la guardia alemana, ó de la flamenca, ó de la española, ó de la italiana, vale tanto como ser coronel de infantería ó capitán de caballos. ¿Por qué llevamos banda y baston, que yo me lo he dejado allá porque me estorbaba, sino porque somos mirados como coroneles? Y de los tenientes de las cuatro guardias, yo soy el más jóven; todos los otros peinan canas; lo que no quiere decir que hayan servido más que yo, porque yo, para que vucencia lo sepa, estoy sirviendo desde los diez y seis años y tengo ya encima tres campañas: dos en Italia y una en Flandes; y si no fuera por la falta de maravedises...

—Os tendré presente para estimaros siempre, dijo el marqués.

—Hareis bien, porque en los tiempos que alcanzamos hay muy pocos hombres que no vendan su honra por cualquier cosa, y cuanto más altos y más caballeros y más obligados por su cuna y por el favor del rey, peor. ¡buena anda España! si Dios no lo remedia, esto vá á dar un estallido. ¡Dios de Dios! ¡cuando uno piensa que tal anda el mundo, que todos se creen que un hombre honrado vá á faltar á su honra por cualquier cosa!... vamos, no lo digo por vucencia; yo sé el respeto que se debe guardar á un grande de España; pero vucencia tiene que tener tambien en cuenta que se debe respetar mucho la honra de un caballero, que tal vez es pobre porque no ha querido deshonrarse.

—Me estais enamorando, señor Mazarredo, porque yo perezco por los hombres como vos.

—Pues no lo he dicho yo porque vucencia se enamore de mí, sino porque no sé decir otra cosa.

—Adelantamientos tendreis, mal que os pese.

—Si buenamente me vienen por vucencia, yo se lo agradeceré: porque eso sí, yo soy muy agradecido; pero no quiero que mi honra pague mi agradecimiento; y desengañese vucencia, esto vá á ser el cuento de nunca acabar; como soy ahora, seré siempre, y vucencia solo habrá adelantado gastar tiempo y palabras. Lo mejor que puede hacer vucencia es mandar que le preparen la maleta, ó lo que aquí tuviere, que dos horas se pasan pronto, y dentro de dos horas irremisiblemente marchamós: ya vé vucencia, ahora son las once de

la mañana; al acabar la tarde hemos de haber llegado á donde tenemos que ir.

—Entonces vamos á Madrid.

—¿Quién sabe adónde vamos?

Dos horas despues como lo habia anunciado el teniente, el marqués de la Fávara entraba en una litera que se habia buscado en la villa: una vieja y malísima litera con duro asiento de baqueta.

El equipaje del marqués iba en dos mulas que se habian embargado.

El marqués no tuvo ocasion de hablar con nadie durante seis horas mortales andadas á buen paso. No habia visto, ni aun el camino; porque aunque la litera era abierta, se la habia convertido en cerrada, clavándola unas tablas por fuera de los ventanillos de las portezuelas.

El marqués, á pesar de que iba envuelto en un ferreruero forrado de pieles y con una gran gorra de pieles, calada hasta las orejas y envueltos los pies y las piernas en una gran manta de lana, temblaba de frio.

Por último abrieron la litera, y el marqués se encontró al pié de unas magníficas escaleras de piedra.

—¡Ah! ¡la casa del marqués de Siete Iglesias! exclamó.

—Sí, si señor, dijo el teniente: ya lo puedo decir á vuecencia sin inconveniente ninguno, porque hemos llegado. ¡Eh! lacayos, aquí.

Acudieron cuatro ó cinco lacayos al llamamiento del teniente.

—Decid á vuestro señor, les dijo este, que aquí está traído por el teniente de su compañía don Juan de Mazarredo, el excelentísimo señor marqués de la Fávara.

—Pase, pase vuecencia, se apresuró á decir un enorme y gordo portero; tengo orden del señor marqués, mi amo, de invitar á vuecencia á que pase en el momento que llegue.

El marqués subió terriblemente violentado las escaleras, y adjunto á él, como cosido, sin quitarle ojo de encima, subió el teniente Mazarredo.

Cuando llegaron á la cámara donde esperaba don Rodrigo, al ver este que Mazarredo entraba adjunto al marqués de la Fávara, le dijo:

—Idos al cuartel á descansar, teniente.

—He dado recibo de su excelencia, dijo Mazarredo.

—Pues bien, teneis mi orden de volveros dejando aquí á su excelencia.

Mazarredo saludó militarmente á don Rodrigo, y salió.

—Marqués, dijo don Rodrigo; si quereis permanecer aqui, permaneced; será lo mismo que si me hiciérais una visita; si no, podeis volveros á vuestra casa.

—Pero ¿qué es esto? dijo el marqués de la Fávara; no basta el haberseme preso sin causa, sino que ahora se me insulta.

—¿A insulto tomáis el que se os ponga en libertad?

—No, lo que tomé á insulto es que no se me diga por qué se me ha puesto preso.

—Indudablemente porque se podia, marqués.

—No se puede lo que no se debe.

—Eso no es exacto; se puede lo que se puede, marqués, y no más que lo que se puede: se os pudo prender y se os prendió; se ha podido soltaros y se os ha soltado. Ayer tal vez se os hubiera dicho algo, hoy no se os dice nada.

—De lo que resulta que el duque de Lerma y vos os burlais de mí.

—Hareis muy mal en creerlo, marqués; pero si os empeñais en ello, creed lo que mejor os parezca.

—Es que un caballero que se vé burlado, tiene un buen medio de satisfacerse de la burla.

—Creedme, marqués, dijo don Rodrigo; estais ya viejo y no podeis, ni debeis pensar en las tapias de san Gerónimo del Prado: idos, idos á vuestra casa, y dad un buen día á vuestra bella esposa, que os ama con toda su alma.

—Bien, dijo el marqués de la Fávara: ¿y qué posicion he de ocupar en la corte?

—La que teniais; la de montero mayor del príncipe de Asturias.

—Y entonces ¿por qué se me ha preso? dijo el marqués, poniéndose de repente de buen humor.

—¿Por qué? ¿por qué? por prenderos.

—Ya se vé, por eso no daba yo con la causa: yo me decia: ¿en qué he ofendido yo á mis buenos amigos el duque de Lerma y el marqués de Siete Iglesias?

—En nada, marqués, en nada; y la prueba de ello es que se os deja en el mismo puesto que ocupábais: en una palabra; ha sido una broma.

—Una durisima broma que ha durado un mes.

—Y hubiera durado más, á no ser porque la bella marquesa

vuestra esposa, necesita mucho de vuestros cuidados. Nada me ha dicho, porque doña Teresa es muy altiva; pero basta con que haya sabido yo que haceis mucha falta en vuestra casa, para que haya pedido al rey os suelte de la prision.

—¡Ah! ¡con que hago falta en mi casa! dijo el marqués de la Fávara; ya se vé, don Rodrigo, vos no quereis ser franco; no me atrevo á preguntaros por qué hago yo falta en mi casa.

—Ayer la haciais más que hoy.

—¿Y por qué ayer más que hoy?

—Porque hoy ya no hareis falta, sino que sobrareis.

—¿Sobrar?

—He querido decir, que bastareis; más aun, que ireis á quitar malos pensamientos á la marquesa.

—¿Malos pensamientos?

—Sí, los malos pensamientos de ponernos guerra porque no os soltábamos.

—¡Ah, sí! ¿con que tal sentimiento ha mostrado por mi prision mi esposa?

—Ya lo vereis por vos mismo; la encontrareis pálida, llorosa: es mucho, mucho lo que desde vuestra prision la habeis hecho sufrir.

—Pues mirad, don Rodrigo; yo he sufrido más que ella por lo que á ella la he hecho sufrir; pero en fin, hay cosas que no está en el poder de los hombres evitarlas. Siento mucho haberla afligido, pero no ha sido mia la culpa. Adios, marqués; estoy impaciente por ver á mi doña Teresa: siento, siento en verdad que no seais más explícito en cuanto á la causa de mi prision: será necesario contentarse con saber que ha sido una broma; pero os suplico que no me deis otra broma de este género, porque por poco, por poco, convierto la broma en veras escapándome de Montanches.

—¡Ah! ¡con que esas teníamos! dijo riendo don Rodrigo.

—Sí, habia preparado perfectamente mi evasion.

—Nos hubiéramos reído mucho de vuestro miedo; yo os hubiera escrito llamándoos y deshaciendo la broma, y lo único que hubiérais adelantado hubiera sido andar á salto de mata algunos dias. ¡Diablo, diablo! á haberlo sabido, casi, casi, estoy por volveros á enviar á Montanches para que os escapeis.

—No por Dios, dijo palideciendo el marqués de la Fávara; que se vive muy mal, y para que todo sea peor, el alcaide es tonto, y no se puede tener con él una conversacion de dos minutos, sin impa-

cientarse. Pero adios por último, sino es que todavía estoy preso.

—No, marqués, no: idos á vuestra casa, y esta noche presentaos en la cámara de su alteza, que os recibirá. ¡Ah! me olvidaba: frente á vuestra casa, en la hostería del Ciervo Azul, está mal herido el alferez de mi compañía: por cierto que le hirieron antes de anoche, á traicion, muy tarde, cerca de las dos de la madrugada delante de vuestra casa.

—¡Ah! ¿han herido delante de mi casa al alferez de vuestra compañía?

—Y de tal modo, dijo don Rodrigo, que si no muere, temo mucho pueda llevar la bandera; porque nuestra bandera es muy pesada, y es posible que el alferez quede muy delicado. Ya se vé, atravesado por una bala... ¡pobre Guillen!

—¿Guillen se llama vuestro alferez?

—Sí, un hermoso jóven, un muchacho de veinte años, bravo como un leon; de la montaña de Santander, y tan hidalgo, como que se llama Vargas Machuca.

—¡Ah! ¿pero no le han matado?

—No, por fortuna, su muerte hubiera causado amargas lágrimas á quien bien le ama, á una hermosa jóven por quien yo me intereso tanto como si fuera mi hermana, y con la cual habrá de casarse si mediante Dios se salva. Por lo mismo, marqués, os encargo que si los criados míos que le están asistiendo necesitasen algo tan perentoriamente, que acudieran á vuestra casa por estar más cerca que la mía, hagais lo que por mí hariais; porque me interesa mucho, mucho, mucho, la vida de ese jóven.

Y don Rodrigo dió una marcadísima expresion á sus últimas palabras.

—Descuidad, don Rodrigo, descuidad, dijo el marqués, dando tambien á su acento una marcada intencion; porque interesándoos tanto por esa persona, la habeis hecho para mí sagrada.

—Lo creo, marqués, lo creo; con que adios, hasta la vista.

—Hasta la vista, don Rodrigo.

Y el marqués de la Fávara salió.

Al pié de las escaleras un lacayo de don Rodrigo le dijo:

—Espera una carroza á vucencia.

La carroza estaba delante de la puerta, y era magnífica.

Un lacayo corrió á abrir la portezuela.

—Mandad á los conductores de esas acémilas que lleven mi equipaje á mi casa calle del Arenal.

—Sí, sí, ya sé, señor, dijo respetuosamente el lacayo; frente al Ciervo Azul.

El marqués que estaba azul de cólera, se crispó todo al oír la palabra Ciervo, y se entró ceji-junto y airado en la carroza, que estaba forrada de terciopelo blanco con pasamanería de oro.

—A casa, dijo.

—De qué mal humor pone á estos señores el haber estado presos, murmuró para su librea el lacayo.

Y al saltar á la zaga dijo á los acemileros:

—Seguid tras la carroza.

Esta partió.

Cuando llegó á su casa el marqués de la Fávara, encontró á doña Teresa al pié de las escaleras tan pálida, que parecía una desenterrada.

—¡Cuánto habeis sufrido, amiga mia! la dijo; y todo por mi causa. ¡Ah! descuidad, descuidad; no volveré á daros otro disgusto.

—Sí, sí, amigo mio, dijo la marquesa; me alegraré mucho de que no deis lugar otra vez á que os prendan y os abran un mal proceso.

Subian asidos de las manos las escaleras sonriendo el uno al otro.

—¿Y qué os ha dicho don Rodrigo? preguntó la marquesa.

—¡Cómo! ¿sabeis que yo he estado en casa de don Rodrigo?

—Sí, he sido avisada; así he podido estaros esperando en un balcon y bajar á recibiros; pero sepamos en fin, ¿por qué os han puesto en libertad?

—Lo más extraño, continuó el marqués llegando al primer piso, y pasando con su mujer por una puerta, cuya mampara habia abierto un criado, no es que me hayan soltado, sino que me dejen mi cargo de montero mayor del príncipe.

Acababan de entrar en la cámara principal de la casa.

Estaban solos.

—Venid, venid aquí, dijo la marquesa llevando á su marido á un gran canapé; sentaos y explicadme.

—¿Qué he de explicaros, si yo no entiendo de todo esto una sola palabra? dijo el marqués; suponed que cuando yo creia que la causa de mi prision era haberme pasado al partido de Uceda, me encuentro con que don Rodrigo me dice que mi prision ha sido una broma, y que continúo en el cargo de mantero mayor de su alteza.

—¿Y no os ha dicho más don Rodrigo?

—Sí por cierto; me ha hecho un extraño encargo.

—¿Y qué encargo, si gustais?

—Parece que antes de anoche fué mal herido delante de nuestra casa un alferez de la compañía alemana.

—¿Un alferez? dijo doña Teresa.

—Sí, en alta hora; un tal Guillen de Vargas Machuca, que atravesado de un tiro fué metido en la vecina hosteria.

—¿Y á propósito de qué os ha hablado don Rodrigo de eso?

—A propósito de que cuidemos como buenos vecinos del jóven alferez.

—¿Y qué importa eso á don Rodrigo?

—¡Oh! le importa mucho; como que ese alferez es amante de una hermosa jóven que le ama, y con quien don Rodrigo pretende casarle.

El marqués pronunció estas palabras con una verdadera complacencia.

Doña Teresa se habia puesto pálida, y contenia á duras penas su turbacion.

—Esto es muy raro, dijo la marquesa; don Rodrigo está acostumbrado á abusar de nosotros.

—¿Y qué hemos de hacer, amiga mia? Cuando no hay otro medio hay que resignarse, no solo á que se use de nosotros, sino á que se abuse. Per lo mismo, ya que sabeis que no estoy cansado, voy á ponerme á las órdenes de ese jóven.

—No falta, pues, más, sino que exijais de mí que yo le sirva de enfermera.

—Ya sabeis, amiga mia, que yo nunca os exijo nada; pero voy al momento á ver á ese jóven: me importa mucho estar bien con Calderon.

El marqués salió.

—Eso es, dijo la marquesa, que le han sacado de Montanches para que yo no pueda moverme; pero ¿por qué han hecho esto? Don Rodrigo debe amar mucho á esa Inés cuando de tal manera la protege: es inútil luchar con don Rodrigo, todos le sirven; él debe haber sido quien ha hecho desaparecer á Inés de la casa de Maqueda; él quien ha sobornado á mis criados; como que tiene tesoros y poder; pero lucharemos, don Rodrigo, lucharemos, yo os lo aseguro; y veremos quién vence á quién.

CAPITULO XXXVI.

El marido y el amante.

Don Alvaro de Arévalo, marqués de la Fávara, se fué á su cuarto, y llamó á uno de sus ayudas de cámara.

Era cabalmente uno de los que habian pasado al servicio del duque de Uceda.

—Pedro Perez y Martin Soto, dijo el mayordomo á quien se habia dirigido el marqués, no amanecieron ayer en casa, ni han parecido todavía.

—Bien, dijo el marqués; pues que los reemplacen. Entretanto que vengan otros á vestirme: es necesario, sin embargo, averiguar á donde se han ido esos tunos.

—Se averiguará, señor.

—Que vengan, que vengan otros al momento.

Otros dos criados vistieron al marqués, poniéndole en vez de su traje de viaje, un ostentoso traje de corte.

Era ya por la tarde y queria ir á presentarse al príncipe por la noche.

Por lo mismo se habia hecho vestir de corte.

Le pusieron una carroza, y aunque la hostería estaba frente á su casa, entró á la carroza para ir á ella, lo que quiere decir, que como la calle era estrecha, la atravesó pasando por la carroza.

Preguntóle á uno de los criados:

—¿Se puede ver á vuestro amo?

—Mi amo no está aquí, contestó el criado que estaba en la puerta.

—¿Cómo que no está ahí vuestro amo? dijo el marqués, ¿pues no estaba gravemente herido? ¿cómo es que le han trasladado?

—¡Ah!... gracias á Dios, mi amo no está herido, porque mi amo es don Rodrigo Calderon. Si quiere vuecencia ver á ese caballero herido, pase, que yo llamaré á uno de sus criados para que le anuncie.

Y asomándose á las escaleras, exclamó:

—¡Antunez, hola, Antunez!

Acudió un criado muy singular, un criado con bayetas; es decir, con sotana y manteo; no menos que un bachiller.

—¿Qué se le ofrece á quien llama? dijo con voz de fagot Antunez desde lo alto de las escaleras.

—Aquí está el señor marqués de la Fávara que quiere ver á vuestro amo, dijo el de abajo.

—Que tenga á bien esperar un poco el señor marqués de la Fávara, dijo el bachiller Antunez, que allá voy yo á reconocerle. ¡Maldito si me gusta á mí esta visita! allá voy, allá voy.

Y se oyeron unos pesados pasos que bajaban por las escaleras, que eran torcidas.

Lo primero que se vió fueron dos enormes piés, ó por mejor decir, dos tremendos zapatos, segun que eran de grandes y gruesos: despues el principio de una pierna monstruosa; por último, un estudiante de seis pies, grueso en consonancia, como de veinte y cinco años, de mirada audaz y enérgica, crecida la barba por desaseo, y absoluta carencia de camisa, ó á lo menos de cuello de camisa que asomara por el collarin de la sotana. Por lo demás, las bayetas y el bonete, como asimismo las medias y los zapatos, estaban en buen estado, limpios, sin manchas ni roturas.

El bachiller Antunez era un buen mozo y tenia los cabellos largos, negros y ensortijados, una hermosa cabellera; pero la boca acometia, se insolentaba, amenazaba, preguntaba y se burlaba aun sin hablar: era mucha la contraccion especial de aquella boca estudiantil.

Inclinó el bachiller Antunez su mirada sobre el marqués, porque este apenas le llegaba á la mitad del pecho, y le dijo:

—Es extraño, muy extraño que vuecencia venga á ver á mi amo: si por lo uno, sois marido: si por lo otro, está herido mi amo. Esperaos un mes y entonces entenderé que le busqueis.

—Sois un impertinente, dijo el marqués; vos no teneis que hacer otra cosa que anunciarme á vuestro amo.

—Poco á poco; si yo le llamo mi amo, es porque he estudiado junto con él, y su padre me ha costeadó los estudios, y me ha tenido como un señor junto á su hijo, ¿eh? y dígoselo, porque criados de su casa son mis padres, ¿eh? ¿lo entendéis? Pero el año que viene me gradúo, soy doctor y tengo don, y soy tan caballero como vos, ¿eh? y luego que os llevo dos palmos de estatura, y yo no tolero que vos me habléis á mí con sobrecejo, y de mala manera, ¿eh? y tengamos la fiesta en paz.

—Me parece que no sabeis con quien habláis, dijo el marqués de la Fávara, que se iba poniendo azul de cólera.

—Sí, estoy hablando con un hombrecillo.

—Pues este hombrecillo, bergante, es grande de España: ya os han dicho que os llamaba el marqués de la Fávara y debíais haber empezado por quitaros el bonete y darme tratamiento.

—Déosle quien os necesite y os busque, y tenga obligacion de respetaros, que lo que es yo ni os busco, ni os necesito, ni os respeto; antes por el contrario, si yo os cogiera por ahí en descampado donde no pudiera acudir nadie, paréceme á mí que os hacia más chico de lo que sois.

El marqués de la Fávara hubiera llamado á sus criados para poner en órden á aquel insolente; pero se acordó de don Rodrigo Calderon, de que era su esclavo, y dijo al estudiante:

—Vos debeis haber comido mucho y bebido mejor, porque no sabeis lo que os decis, y yo no quiero incómodarme, porque al fin sois criado, ó compañero ó familiar de una persona que se me ha recomendado mucho por otra persona á quien estimo demasiado.

—Hablárais y os dejarais de soberbia y nos hubiéramos entendido. Yo extraño, porque es de extrañar que siendo vos quien sois, vengais á ver á mi amo; pero en fin, ¿qué quereis?

—Anunciadle que está aquí el marqués de la Fávara, que viene á visitarle por recomendacion del marqués de Siete Iglesias.

—Subid conmigo.

El marqués subió al piso principal, y se encontró con que por delante de su puerta y á guisa de centinela se paseaba con almete, coraza y mosquete un soldado de la guardia alemana.

Más allá, en el corredor, otros tres soldados y tres criados se calentaban en un enorme brasero.

Una figura negra con calzas y gorro azules y ropilla y gregüescos pardos habia salido de otra puerta.

Era el hostelero Gil Diaz, que al ver al marqués se quitó apresuradamente su gorro, se le metió en el bolsillo de los gregüescos, se inclinó, y dijo:

—¡Ah, señor excelentísimo! ¡tanta honra por mi casa!

—Vos sois, creo, dijo el marqués con un tanto de afabilidad, mi vecino el hostelero Gil Diaz.

—Sí, señor excelentísimo; yo era el hostelero del Ciervo Azul; pero ahora no soy nada, me han dejado aquí en un rincón, me han invadido la casa, y si no fuera porque quien me la ha invadido y me ha hecho enojar mis parroquianos, privándoles de mis buenos manjares, de buenas bebidas, es el señor marqués de Siete Iglesias, que me satisfará con usura mis perjuicios, arruinado estaria á estas horas.

—Contad con que yo os protejo tambien.

—¡Ah, señor excelentísimo, y qué fortuna la mia!

—Adios, adios, dijo el marqués, y nada temais.

Y adelantó hácia el aposento donde estaba Guillen, y á cuya puerta habia dicho poco antes Antunez:

—El señor marqués de la Fávara puede pasar cuando guste, se le recibe. Dejad pasar al señor marqués, amigo soldado.

El centinela que por ser de la guardia alemana, conocia á todos los grandes de España, saludó al pasar el marqués, dando un golpe sobre el suelo con la culata de su mosquete.

El marqués entró y se detuvo en medio del cuarto.

La cama se habia cambiado: era una magnífica cama de caoba esculpada, con dosel y colgaduras de damasco rojo; las malas sillas del cuarto se habian convertido en sillones; habia una gran mesa de serpentina con piés de bronce, y sobre ella medicamentos y dos candelabros de plata con bujías encendidas, porque el cuarto era muy oscuro y ya adelantaba la tarde.

Junto á la mesa habia con librea de casa noble un criado anciano, que estaba muy triste.

Era el mayordomo, el factotum de Guillen, que le habia visto nacer.

Junto á la cama, de pié tambien, habia un hombre de mediana edad y vestido de negro.

Era un cirujano.

—Salid, dijo Guillen á los que estaban con él.

Todos salieron.

—Acercaos, dijo Guillen con acento severo al marqués de la Fávara. ¿Qué quereis? le preguntó; ¿no os han dicho el estado en que me encuentro á causa de una infame traicion?

—Que deploro, y para castigar la que, interpondré toda mi influencia si es que se descubre al asesino.

—¡Cómo! ¿no sabeis vos quién es el miserable que disparó de repente sobre mí?

—¿Cómo quereis que yo lo sepa? contestó con una gran serenidad el marqués. Antes de anoche no estaba yo en mi casa, me tenían detenido, á causa de una graciosa broma de corte en el castillo de Montanches, y aunque vuestra desgracia ha pasado cerca de mi casa, no he podido saberlo, hasta que cansados de broma, me han soltado de donde me habian metido.

—Y decidme, marqués, ¿quién os ha contado mi suceso? ha sido acaso vuestra esposa, que no se encontraba como vos en Montanches?

—No, amigo mio, no, dijo el imperturbable marqués: me lo ha contado don Rodrigo Calderon.

—¿Y os ha dicho don Rodrigo que vengaís á verme?

—No por cierto; pero yo he comprendido que don Rodrigo os estima mucho, y como yo estimo mucho, muchísimo, á don Rodrigo, estando vos maltratado en mi vecindad, he venido á ponerme á vuestras órdenes con todo lo que soy, puedo y valgo.

—Pues me hubiérais hecho una gran merced en no venir hasta que yo estuviese restablecido y fuerte.

—¡Bah! yo no he querido esperar á tanto: he querido que sepais antes de vuestro restablecimiento la mucha estima en que os tengo.

—¿Quereis hacerme la merced de tomar una de esas bujías y traerla? dijo Guillen con acento seco.

El marqués fué á la mesa, tomó una bujía, y se acercó con ella al lecho.

—Alumbraos el semblante, marqués, dijo Guillen.

—¿Y para qué, amigo mio? contestó sonriendo el marqués.

—Quiero ver cómo tienen la cara los hombres sin pudor, dijo con un profundo desprecio Guillen.

—¿Qué decis? dijo el marqués un tanto desconcertado.

—Digo, que no teneis vergüenza; que no solo afrentais el título que llevais, sino que ni aun mereceis ser hombre.

—No creo haber dado motivo para que me trateis así, dijo confu-

so y aturdido el marqués de la Fávara, que no habia creído se atreviese á tanto Guillen.

—¿No sois marido de doña Teresa Perez de Alborno?z

—Sí, esposo soy de doña Teresa.

—¿Y no os consta que yo he sido su amante, puesto que por ello habeis mandado que me maten?

—Calumnia, intrigas de córte, se apresuró á decir el marqués: mis enemigos que no perdonan medio: yo no tenia para qué mandaros matar, ni creo lo de que hayais sido amante de mi mujer; vos lo decís irritado, porque os han hecho creer que yo me habia propuesto mataros; lo comprendo, os habrán dicho: el marqués de la Fávara es muy celoso, tiene rodeada de espías su casa para observar á su mujer, mientras él está preso en Montanches: os han visto rondando y en altas horas la casa del marqués y os han herido; y vos que lo habeis creído, vos que os habeis visto tan alevemente tratado, me decís para vengaros de mí: yo he sido amante de vuestra mujer. Pero esto es inútil, caballero; yo conozco, no solo la gran virtud de mi esposa, sino que tengo hartas pruebas del ciego amor que me profesa.

—Lo repito, sois el hombre más sin vergüenza habido y por haber.

—Veo, dijo don Alvaro sin alterarse en lo más mínimo, porque le habia tranquilizado la manera con que hablaba de su mujer Guillen, lo que demostraba claro que habia prescindido de ella; veo que estais tan mal prevenido en contra mia con lo que os han dicho, que es necesario escuchar todo lo que digais como si no lo dijerais; porque el que habla sujeto á error, es como si no hablara. Vos me provocais, ya os lo he dicho, por saña; vos quereis amargarme el corazón haciéndome creer en una alevosía de lo único que adoro, después de Dios, por pura venganza: inútil es todo lo que me digais.

—¿Sí? ¿y si veis?

—Estoy seguro de no ver.

—¿Sí? ¡hola, Baltasar! dijo Guillen.

Entró el anciano criado del jóven de que ya hemos hablado.

—Oye, Baltasar, le dijo el novel, pero tremendo alferez de la compañía alemana; por ahí debe de andar mi ropilla: dentro de ella, á la derecha, sobre el pecho, en un bolsillo, hay una pequeña llave dorada: es la de la papelera de ébano embutida de nácar y marfil: ábrela, y en el primer cajon de la derecha, empezando por lo alto, encontrarás atadas con una cinta de raso verde unas cartas; tráelas: en el último cajon de la derecha tambien encontrarás un estuche de terciopelo encarnado, en el que hay tres hilos de perlas con broche

esmaltado y cruz de diamantes; traélo tambien. Al momento, al momento: vete.

Baltasar salió.

—Mi casa está muy cerca y mi mayordomo volverá pronto: ya veis si está cerca: como que dá á la calle Mayor, y su jardin solo está separado del de vuestra casa por una tapia muy baja. Muchas veces, y por medio de una escalera portátil, vuestra mujer ha salvado esa tapia y ha llegado hasta mi aposento; pero generalmente yo era quien saltaba la tapia y por un balcon de los que dán á vuestro jardin entraba en la cámara particular de vuestra mujer.

—No lo creo, dijo el marqués.

—¿Por qué no me decís que miento? exclamó irritado por la fria y cobarde impasibilidad del marqués, Guillen.

—Porque eso seria un insulto, y yo no quiero insultaros.

—Pues yo sí, quiero insultaros, provocaros, azotaros el rostro de la única manera que me es posible; diciendo que vuestra esposa es una mujer despreciable, tan despreciable como vos; porque á tal punto de degradacion habeis llegado los dos, que no podeis ser ni más ni menos despreciable el uno que el otro: sí, quiero estrujaros, morderos, rasgaros la poca parte de corazon que haya podido quedaros, irritaros, para que cuando yo me restablezca necesiteis cambiar conmigo una estocada.

—No la cambiaremos, porque yo no puedo irritarme por la justa cólera de un caballero que se cree victima de una traicion mia; y porque acabareis por saber, sin que os quede la menor duda de ello, que os han engañado; estoy seguro de que un dia me direis, no muy tarde: perdonadme las durisimas, las gravemente injuriosas palabras que os he hecho oir.

—¿Y si os convenzó por pruebas indudables de que vuestra mujer ha sido mi manceba, que estaba loca por mí, que os despreciaba y os desprecia?

—No puedo contestaros bajo ese supuesto, porque ese supuesto es falso.

—¿Pero y si os lo pruebo?

—No pasais de una suposicion.

—¿Y si os presento cartas escritas por vuestra mujer?

—No me las presentareis.

—¿Que no? Ya debe venir para acá de vuelta Baltasar, porque está muy cerca mi casa; y porque sabe que á mi me gusta que me sirvan con mucha prontitud.

—No os canseis, amigo mio; nada podreis probarme contra la honra de mi mujer, y contra el profundo amor que me profesa.

—Vos sois quien más conoceis á vuestra mujer. ¿Creeis que no sé yo que la habeis matado cuatro amantes, y que yo soy la quinta víctima que se ha salvado por milagro? Todo me lo ha contado ella, recomendándome la mayor prudencia; porque me decia: mi marido me adora, tanto como yo le aborrezco: nada hará contra mí; pero no me diria lo mismo respecto á tí; no te buscaria frente á frente, porque es cobarde; pero pagaria á un asesino como ha pagado otros para cuatro infelices que no habian cometido otra falta que rondar mis balcones.

—Eso no puede ser.

—Pues mirad, marqués, no direis eso dentro de un segundo, porque siento ya las pisadas de Baltasar, que se acerca.

En efecto, un momento despues se abrió la puerta y entró Baltasar.

—Tomad, señor, dijo dándole un paquete de cartas, y un estuche de terciopelo encarnado.

—Vete, le dijo Guillen.

Baltasar salió.

—Tomad y ved esa alhaja, dijo Guillen; es un collar de vuestra esposa, que me regaló, exigiéndome le llevase puesto siempre en memoria suya. No podreis dudar, debeis conocer la alhaja: además de esto, tiene esmaltado en el broche el escudo de vuestras armas.

—Nada tiene de extraño, dijo el marqués; este collar puede haber sido robado á mi esposa, puede haberse mandado esmaltar este escudo en esta alhaja, que es muy posible no conozca mi mujer; un collar nada prueba.

—Segun ella me dijo, se lo regalásteis vos con gran encarecimiento, porque las perlas son muy limpias, muy iguales y bastante gruesas, y los diamantes de mucho valor: yo que no recibo nada de las mujeres sin corresponder con otro regalo mayor, hice tasar esta alhaja, la apreciaron en trescientos doblones, y yo mandé hacer unas arracadas de valor de cuatrocientos: deben estar entre las joyas de vuestra mujer: entre el arco de la arracada, hay un pequeño Cupido de oro, que se pone el dedo en los labios sonriendo.

—Tampoco prueba esto nada; podeis saber que mi esposa posee una alhaja semejante, sin que por esto hayamos de creer que se la habeis regalado vos.

—Por lo que veo nada prueba para vos nada: capaz sereis de

decir cuando veais esas cartas, que las ha escrito un brujo auxiliado por el diablo, y que por esto parecen escritas por vuestra mujer.

—Estoy seguro de que mi mujer no os ha escrito carta alguna.

—Y decidme; si cuando abrais esas cartas encontráis la letra de vuestra mujer, ¿lo creereis?

—Sí.

—Pues examinadlas.

El marqués con su irritante sangre fría desenvolvió de la cinta de raso verde unas cartas, que estaban perfumadas, y abrió una de ellas.

—Ya lo decia yo, exclamó con alegría; me habíais hecho vacilar, caballero: yo me sostenia á duras penas, y os juro que si estas cartas estuviesen escritas por mi mujer, mi venganza seria terrible.

—¡Cómo! exclamó Guillen, ¿os atreveis á decir que esas cartas no son de la marquesa de la Fávara?

—No solo me atrevo á decirlo, sino que voy á deciros quién las ha escrito.

—¿Quién sino vuestra mujer?

—Verdaderamente es una hermosísima mujer la que ha escrito estas cartas: una mujer á quien yo por mi capricho he solicitado, y que me contestó por escrito poniendo su carta debajo de mis almohadas, porque así se lo habia prevenido yo, para evitar que la marquesa, que me adora, nos viese hablando y se dejase arrastrar por los celos á alguna cosa terrible. Calixta desdenó mi solicitud; ya se vé, si estaba enamorada de vos, lo comprendo: la miserable para valer más á vuestros ojos se os ha vendido como la marquesa de la Fávara, os ha recibido por un balcon de la cámara particular de mi mujer, lo comprendo; Calixta duerme en un camarín inmediato porque es la doncella de confianza de mi esposa.

—Es hasta donde puede llegar la impudencia: ¿es decir que Calixta me ha engañado, que me ha hecho creer que es la marquesa de la Fávara, que ha robado á la marquesa ese collar para regalármelo á mí, en una palabra, que es falsaria y ladrona? pues no os vale; conozco demasiado á Calixta; como que me llevaba algunas veces cartas de la marquesa, y muchas veces ella era la que me avisaba de que podia pasar de mi jardín al vuestro, cantando alguna cancion.

—Os habeis propuesto tener un motivo para batiros conmigo, lo veo bien; pero vamos á salir de dudas. Hacedme la merced de mandar que llamen á uno de mis criados.

Guillen llamó á Baltasar y le envió á casa del marqués.

Entre tanto el marqués se puso á pasear por el cuarto, como quien estando á punto de presentar una prueba decisiva que debe cortar una disputa nada tiene que decir, y Guillen guardó silencio por hastío.

Algunos minutos despues de la salida de Baltasar, volvió con uno de los criados del marqués.

—Beltran, le dijo este; vuélvete á casa, y tráete sin excusa ni dilacion alguna á Calixta.

Beltran se fué.

Baltasar desapareció.

El marqués continuó paseándose.

Guillen guardó silencio.

Un cuarto de hora despues entró Calixta pálida y azorada.

Al ver á Guillen ahogó un grito.

—¡Ah! ¿le conoces? dijo el marqués.

—No, no señor, yo no conozco á ese caballero, exclamó Calixta saliendo de cualquier manera del apuro.

—¿Cómo que no me conoces? exclamó Guillen; pues qué ¿no has sido tú la intermediaria de mis amores con tu señora la marquesa de la Fávara?

—¡Jesus mil veces! exclamó Calixta; ¡ese señor está loco! ¿amores con nadie mi señora, que es una santa? ¿intermediaria yo de amores que soy una doncella honrada? pues no fataba más, ¡y que se atreven á mí á decirme eso!

—No te alborotes, Calixta, no te alborotes, dijo el marqués; yo te aseguro que ningun mal ha de sucederte. Siéntate, y escribe.

Calixta se sentó aturdida junto á la mesa de serpentina que estaba en el centro del cuarto.

Sobre ella, y para estender las recetas los facultativos, habia recado de escribir.

El marqués puso delante de Calixta un pliego de papel.

—¿Y qué voy á escribir? dijo Calixta cada vez más aturdida.

—Cualquier cosa: el Padre Nuestro.

Calixta escribió.

Cuando hubo concluido, el marqués tomó el papel y una bujía, y acercándose á Guillen, le dijo mostrándole el Padre Nuestro que habia escrito Calixta:

—Ved ahí quién ha escrito las cartas que poseeis.

—¡Ah! exclamó Guillen; ¡no me he engañado cuando he llamado

despreciable á esa mujer! desconfiaba de mi honra, temia que yo mostrase sus cartas, y se las hacia escribir á su doncella de confianza.

—La señora no me ha mandado escribir ninguna carta, se apresuró á decir Calixta.

—Pues mira, mira, dijo el marqués aprovechando la indignacion que habia enmudecido á Guillen; lee esa carta: niega que está escrita por tí.

—Sí, sí señor, dijo Calixta; pero esto consiste en que... si... yo conocia al señor Guillen de Vargas Machuca... me vió un dia en el jardin desde el suyo... me llamó marquesa... y yo... yo...

Calixta no pudo continuar; se habia desvanecido y cayó en tierra sin conocimiento.

—¿Lo veis? dijo el marqués con aire de triunfo; si no podia ser; si estaba yo segurísimo del amor y de la dignidad de mi esposa.

—Socorred á esa infeliz, infame, dijo Guillen; pero no, no la socorrais, idos: cuando yo me restablezca os buscaré, os abofetearé delante de todo el mundo: ¡asesino, infame, miserable, instrumento de traidores, idos, ó vive Dios llamo á esos buenos soldados que me asisten y os mando arrojar!

El marqués salió doblegado, aterrado por Guillen.

—¡Ah! no serás tú el que me abofetee: donde no alcanza el puñal alcanza el veneno, murmuró atravesando los corredores.

Y bajó lentamente las escaleras.

CAPITULO XXXVII.

En qué se prosigue la materia empezada al final del anterior.

—Baltasar, dijo Guillen.

Entró el mayordomo, y al ver por tierra y sin sentido á Calixta, exclamó:

—Pero señor ¿qué es esto? ¿qué ha sucedido aquí?

—Ante todo que entre el doctor que estaba aquí cuando vino ese bribon de marqués, y que se la socorra.

Entró el médico, acudió á Calixta, la levantaron, y merced á un botecillo de sales, que estaba sobre la mesa á prevencion, por si se desvanecia á causa de la pérdida de sangre Guillen, la jóven volvió en sí.

—¿Qué es esto, Dios mio, qué es esto? exclamó: ¿qué desventura es la que á mi me sucede? Pero bien merecido lo tengo: si yo no la hubiera querido tanto...

—Acércate, Calixta, acércate, dijo Guillen; vos, doctor, hacedme la merced de retiraros; tú, Baltasar, vete.

El doctor y el mayordomo salieron asombrados, porque no acertaban con lo que aquello era.

—¿Por qué has dicho que yo te habia tomado á ti por la marquesa de la Fávara?

—¡Ah, señor Guillen, señor Guillen, era necesario salvar á mi señora!

—Tu señora es una miserable.

—¡Ah! no, no, exclamó Calixta; la señora está loca por vos: no hace otra cosa que llorar, desesperarse, rezar; desde que estais herido hemos ido tres veces á la iglesia de nuestra Señora de Atocha; ha ofrecido á la virgen un cáliz de oro de valor de quinientos doblones, si os salvais.

—¡Miserable! exclamó Guillen.

—¡Ah! bien dice la señora: «¡ya no me ama, me ha olvidado por otra;» ¡y yo, Dios mío!... ¿cómo voy yo á salir de esto? ¡el marqués me vá á matar! ¡el marqués es muy malo! ¡desdichada de mí!

—No te matará, yo te lo aseguro, dijo Guillen; no te matará, porque protegiéndote yo, y á más quien á mí me protege, el marqués no se atreverá á matarte.

—Sí, mirad cómo os ha puesto á vos.

—Te aseguro que no te matará. Es necesario que vuelvas á la casa del marqués.

—Yo no.

—Vuelve sin miedo: el marqués está muy obligado á don Rodrigo Calderon.

—¡Ah! si don Rodrigo me protegiera, nada tendria que temer.

—El señor marqués de Siete Iglesias, dijo á la puerta Baltasar anunciando.

Al mismo tiempo y sin esperar la vénia de Guillen, entró don Rodrigo, que venia á ver á su herido.

Ya sabemos que don Rodrigo á causa de su hermana Inés se interesaba demasiado vivamente por Guillen.

Antes de ir á verle habia estado casa de su hermana la condesa de Lemos y habia hablado con Inés.

—Yo os traia una buena noticia, dijo don Rodrigo, que se habia detenido al ver á Calixta; pero os encuentro tan bien acompañado, que no sé si la noticia podrá pareceros buena.

—Dadme, dadme esa buena noticia, dijo Guillen, porque si es de ella, nada hay aquí que pueda hacer que me parezca enojoso un recuerdo suyo.

—Pues bien, dijo don Rodrigo; esperad esta noche una visita de dos damas.

—¿Quiénes?

—Una de ellas, doña Catalina de Sandoval y Rojas, condesa de Lemos.

—¿Y para qué viene á visitarme esa señora á quien no conozco?

—¿Y de qué manera podía venir, sino bien autorizada, una próxima parienta suya, que os ama mucho?

—¿Que me ama una parienta muy próxima de la condesa de Lemos?

—Sí, ciertamente; la bella doña Inés de Mendavia.

—¡Cómo! exclamó Guillen: ¡Inés de Mendavia parienta próxima de la condesa de Lemos?

—Sí, ya lo vereis. Pero ¿qué hace aquí esta jóven? ¿quién es?

—La doncella de confianza de la marquesa de la Fávara.

—¡Ah! pues eso es peor, y de seguro no agraderá mucho á doña Inés.

—Os equivocais, señor marqués; esta jóven está muy comprometida y muy temerosa; teme que la mate el marqués de la Fávara, y necesita de toda vuestra proteccion.

—¡Ah! pues no veo, ni turbio, ni claro.

—Oid, dijo Guillen.

Y contó á don Rodrigo, con cuanta brevedad le fué posible, que el marqués de la Fávara habia ido á visitarle, y lo que habia resultado de la visita.

—Ese hombre es inapreciable, dijo don Rodrigo riendo, y tú, muchacha, eres una honrada bribonzuela que mereces bien en pago de tus culpas el susto que estás pasando. ¡Bah, bah! espera; nos estorbas y es necesario que te vayas sin miedo á casa de tu señora. Don Rodrigo se sentó y escribió debajo del Padre Nuestro que habia escrito Calixta.

Cuando hubo escrito, llamó á la Calixta y la dijo:

—Lee.

Calixta leyó lo siguiente:

«Amigo libertado de Montanches: os anuncio que me intereso vivamente por la persona que ha escrito antes que yo en este papel: que quiero que continúe empleada en lo que se empleaba, y que si un dia desapareciese sin que yo sepa la causa, ó se muere aunque sea de tabardillo, haré con vos tal cosa que os habrá de pesar. Tened paciencia por lo que os sucede, que la culpa es toda vuestra. Espero que no dareis ocasion á que yo me enoje con vos. De la hostería del Ciervo Azul á 22 de Diciembre de 1618.—El marqués de Siete Iglesias.»

—¿Te atreves ahora á ir casa de tu señor? dijo don Rodrigo.

—¡Oh! sí, sí señor, me atrevo: y dormiré en ella muy tranquila.

—Pues vete, dijo don Rodrigo; porque aunque eres linda como un oro, nos estorbas.

—Adios, mis buenos señores, dijo Calixta.

—Espera, no te vayas con las manos vacías, dijo Guillen.

—¿Y qué he de llevarme?

—Ese estuche y esas cartas que están sobre la mesa; es un regalo mio.

—¡Ah, señor! ¿y qué voy á hacer con eso?

—Vendes el collar, que vale trescientos doblones, y quemas las cartas.

—Bien, señor, dijo Calixta, tomando el estuche y las cartas. Adios, muchas gracias señor marqués; que os restablezcáis pronto, señor Guillen.

Y Calixta salió tranquila.

—Cuando la condesa de Lemos sepa esto vá á perecer de risa, dijo don Rodrigo. ¡Pobre marquesa!

—Que se la lleve el diablo, dijo Guillen; es una infame.

—Pero su castigo es mayor que su culpa: como si lo viera; esa muchacha en cuanto se quede sola con ella, la entrega el collar y las cartas. Os advierto que Inés y vos teneis una muy mala enemiga; pero descuidad; la desterraremos con cualquier pretesto; la pondremos fuera de combate; pero lo endiablado es que tiene obligada á la princesa de Astúrias.

—Habladme, habladme de Inés: ¿cómo se ha salvado del poder de la marquesa?

—Esa es otra historia muy divertida, que nadie os podia contar mejor que el señor duque de Uceda; pero ya que quereis que nos ocupemos de Inés, veamos si podeis recibir su visita, porque yo soy una especie de embajador.

—Señor marqués, dijo Guillen, no sé cómo en tan poco tiempo he podido amarla tanto; pero os aseguro que es mi deseo, mi felicidad, mi vida, mi esperanza; que me parece que ella y yo no somos más que un solo sér.

—Así se ama á la mujer que anhelamos hacer nuestra esposa.

—¡Oh! sí, señor marqués; yo no deseo para ser feliz más que tener legitimamente mia á Inés.

—Podrá suceder que sobrevengan dificultades.

—¿Dificultades por parte de su familia? Me habeis dicho que es parienta muy próxima de la condesa de Lemos.

—Tan próxima como que es su hermana.

—¿Su hermana?

—Sí; como que es hija natural...

Y don Rodrigo recargó el acento en esta palabra.

—Del duque de Lerma, padre de la condesa de Lemos, continuó don Rodrigo.

—Y bien, señor marqués...

—¿No tendreis vos inconveniente en casaros con una hija á trasmano?

—Inés para mí no tiene padres; le basta con que sea como es; me caso con ella.

—Ved que aparece hija legítima de un miserable.

—¿Y por qué han de caer las culpas de los padres sobre los hijos?

—No parece justo, y sin embargo lo es, y no puede ponerlo en duda ningun cristiano, porque las palabras de Dios pronunciadas por medio de las Sagradas Escrituras lo dicen. «Yo soy el señor tu Dios fuerte, celoso, que visito la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generacion de aquellos que me aborrecen.»

—Es verdad, dijo Guillen, que como estudiante de los más aventajados de la sábia universidad de Alcalá, conocia aquel texto del Exodo; pero esa es una fatalidad horrible.

—¿Y qué hemos de hacerle? La fé nos manda creer en todo lo que se consigna en las Sagradas Escrituras: si ese terrible pasaje establece una fatalidad horrenda, creerle y respetarle debemos, sopena de no ser cristianos. Y el caso es que esa fatalidad está confirmada por los hechos, añadió suspirando don Rodrigo.

—¿Pero cómo, cómo una hija natural del duque de Lerma puede aparecer como hija legítima de Mendavia?

—Esa es una historia muy seria, muy triste, muy grave, que nadie puede contaros mejor que el duque de Lerma, don Guillen: os aconsejo que no querais conocerla. Inés seguirá pasando por hija legítima del alférez Mendavia, que afortunadamente es hidalgo y de los buenos, y que todavia no ha cometido ningun crimen por el que la justicia haya de pedirle cuenta; es decir, si le ha cometido no consta. Lo único que consta es que ha sido pobre y que ha vivido como ha podido á la manera de los soldados viejos, á quienes falta prest. Además, esto lo sabe la pobre gente con quien su pobreza le ha obligado á vivir en la corte. Os he dicho todo esto, porque el duque de Lerma, que ama mucho á doña Inés, ha querido que esta sepa que es su padre, y quiere que el que sea su marido sepa que es hija suya, aunque lo ignore el mundo; esto no pasará de ser un secreto de familia, don Guillen.

—Todo eso me importa á mí muy poco, por lo mucho que Inés me importa. Y puesto que es hija aparente de un hidalgo con limpia ejecutoria, mis padres no tendrán nada que decir; y si por pobre no vivió como debiera el padre de Inés, cuando por mí sea rico, vivirá como convenga.

—Rico además por su hija aparente; porque habeis de saber, que el duque de Lerma dá á su hija en dote un millon de ducados. Y yo, porque me he encontrado metido en este negocio, y puede decirse que he sido la causa de que os hayais conocido Inés y vos, y de que el duque de Lerma haya encontrado á esa su hija perdida, á quien tanto amaba, me encargo de su pedrería y de sus galas de boda que no bajarán de cien mil ducados.

—No debíerais haberme dicho eso, dijo Guillen; porque más de un millon de ducados y más de dos tengo yo para Inés, y porque aunque fuese tan pobre como ella, la aceptaría: es más, buscaría á todo mi poder el ser su esposo, aunque no trajese un solo maravedí.

—Estamos hablando formalmente de un casamiento y debeis saberlo todo, don Guillen.

—¿Por qué me llamais don Guillen? yo no tengo don.

—Le teneis, porque ese tratamiento le dá y le quita el rey; un noble que no ha llegado á ser caballero, ó doctor ó alto dignatario de la corona, no puede usar el don; pero vos sois caballero de hábito.

—¿Yo? exclamó con sorpresa Guillen.

—Del hábito de Santiago.

—¿Y qué he hecho yo para que se me conceda la gran merced del hábito de la Orden de caballería de Santiago?

—Haber os hecho amar de una hija del duque de Lerma, que vá á ser vuestra esposa.

—¿Y qué tiene que ver con eso la Orden de Santiago?

—Su Capitulo no se meterá á preguntar al rey por qué os ha hecho merced del hábito, como el rey no se ha metido en preguntar al duque de Lerma por qué pedia esa merced para vos.

—Pues hay una gran dificultad, señor marqués.

—¿Cuál?

—Que para que yo sea caballero del hábito de Santiago, no basta que el rey, ó mejor dicho, el duque de Lerma, me lo haya concedido: es necesario que yo acepte, y le renuncie.

—Ved que renunciáis á Inés.

—¡Ah! ¿que renuncio á Inés?

—Sí, porque el duque de Lerma no os dará su hija si no aceptais el hábito.

—Me la dará con toda su alma el alférez Mendavia, que como decís aparece padre legítimo de Inés.

—¿Y dónde está el alférez Mendavia? Solo el duque de Lerma tiene en su poder á su hija: temíamos esto, ó mejor dicho, lo temía yo, porque he conocido vuestra altivez, y hé aqui por qué me he hecho mediador de esta boda. Tened entendido que si no aceptais el hábito, no volveis á ver á Inés.

—Acepto, dijo Guillen, porque lo aceptaria todo, hasta la deshonra por ella; pero esta es una tiranía que se ejerce sobre mí.

—Y de la cual quisieran todos ser víctimas.

—Sí, señor marqués; pero yo no me parezco á todos.

—Por lo mismo, el duque de Lerma os dá con placer su hija.

—Y por esto le perdono la injuria que me hace, creyendo que necesita dotar á su hija, y que para ser digno de ella necesito un hábito en que yo no habia pensado, ni me hacia falta; porque tantos hombres deshonorados gozan hoy el tratamiento del don, que casi, casi es una honra no llevarle: y en cuanto al hábito, encubre tantas hediondeces, que hay que tenerle miedo no sea que esté contagiado.

—Cosas de estos tiempos, don Guillen, dijo el marqués; pero creedme, es necesario ir con la corriente para no ahogarse.

—Lo acepto todo, dijo impaciente don Guillen, á quien llamaremos así desde ahora, puesto que habia aceptado el hábito de Santiago.

—Pues entonces dentro de dos horas es vuestra esposa doña Inés de Mendavia.

—¿Cómo?

—Sí, yo estoy seguro, segurísimo de que curareis mucho más pronto, si ella es vuestra enfermera; y como no puede estar decentemente á vuestro lado sin ser vuestra esposa, os casaremos esta noche.

—Pero faltan las formalidades prescritas en el Santo Concilio de Trento, y la licencia de nuestros padres; los dos somos menores de edad.

—Os casaremos *in articulo mortis*; porque aunque gracias á Dios no estais en peligro, se hará que aparezca que lo estais: y en cuanto á lo de ser menores de edad, el rey os dará la licencia; más

aun, el rey será el padrino de vuestras bodas, representado por mí, y la madrina la condesa de Lemos.

—Sea como vos queráis, dijo don Guillen.

—Será como debe ser, amigo mío, y no hablemos más de esto: yo voy por la desposada, por la madrina, y sobre todo por la real licencia. Los dos tenientes de vuestra compañía, Mazarredo y Vergara, que son dos bravos mozos, dos buenos caballeros, también del hábito de Santiago, vendrán como testigos: dentro de poco llegará un notario, que estenderá el contrato; no os metáis en hacer observaciones; el notario recibirá la minuta: con que hasta dentro de dos horas, mi buen alférez: os ruego que no os impacientéis.

—Teneis razon; estas dos horas van á ser para mí dos siglos.

—Adios, adios, y mucha calma, no se empeore vuestra herida.

Y Calderon salió.

Don Guillen empezó á sufrir el tormento de la impaciencia.

Media hora despues llegó el notario mayor de los reinos, escribano de cámara, persona de campanillas, armado con una enorme cruz de Calatrava, grave y sério, con el cual venian dos amanuenses de alto coturno, mejor dicho, dos sub-secretarios.

Saludó ceremoniosamente á don Guillen, le preguntó friamente, y por mera fórmula, acerca del estado de su salud, le pidió vénia para hacer estender el contrato matrimonial, mandó sentar á uno de los sub-secretarios, y al otro que dictase la minuta.

Aquel señor no hacia, propiamente dicho, nada; le bastaba con firmar un testimonio; pertenecia á la aristocracia de la curia, era una especie de gran curial; como que era nada menos que don Francisco de Contreras, consejero de Castilla y padre de doña Ana, la querida del corazon del marqués de Siete Iglesias, consejero de Estado y no sabemos cuántas otras cosas.

Don Francisco se sentó grave, sério y tieso, junto á la mesa, y no dijo una palabra mientras duró la extension en limpio del contrato, que era muy largo por sí mismo, y estaba además prolongado por el pesado fárrago y la insoportable fórmula forense.

Tanto duró aquello, que dió tiempo para que llegasen la condesa de Lemos, Inés, don Rodrigo, los dos tenientes Mazarredo y Vergara, y una nube de doncellas y criados de gran librea, pertenecientes á los señores que tomaban parte en la boda.

Porque hay que advertir, que aunque los tenientes Mazarredo y Vergara, resollaban, hablaban y obraban á lo soldadote, vivian á lo noble, aunque para ello tuviesen que contraer deudas.





DA INÉS.

Ya hemos dicho que el marqués de Siete Iglesias tuvo que dar dinero á Mazarredo para los gastos de viaje, cuando le envió á Montanches por el marqués de la Fávara.

Lo mismo ha acontecido siempre á los guardias de la real persona: mucha nobleza y muchas galas, y muy poco dinero; porque aunque fuesen ricos, se comian á su familia por el pié, y los dados, las apuestas y las mujeres se lo llevaban todo y más que hubiera. No hay que dudarlo, siempre han sido unos reales mozos los guardias de la real persona, aunque en sus últimos tiempos vinieron á tal decadencia por efecto de la revolución, que todo lo destrozó, que los llamaron *los chocolateros*. Esto consistia en que nunca comian mejor, que cuando estando de servicio, tomaban *el real chocolate*.

Dejando esto aparte, don Guillen creyó morir cuando vió á Inés.

Estaba flaca como en el momento en que el estudiante se enamoró de ella; pero la miseria de su traje habia sido reemplazada por un lujo imponderable.

Llevaba un ancho y magnífico traje de brocado y brocatel blanco; sus magníficos cabellos admirablemente peinados estaban entrelazados de perlas, y deslumbraba de pedrería.

Don Guillen se desmayó, le parecía aquello un sueño.

Inés á su vez se vió obligada á apoyarse en su hermana; esto es, en la bella y graciosa condesa de Lemos.

—¡Ah! no importa, no importa, dijo esta; así acontece casi siempre cuando se casan dos enamorados.

Y continuó como para sí mismo:

—Nada de esto nos sucedió al conde de Lemos y á mí cuando nos casamos.

Acudieron los doctores, pasó aquello, y apenas pasó, cuando sobrevino un capellan de honor, acompañado de su acólito con su libro y correspondiente caldereta de plata con hisopo y agua bendita.

Don Rodrigo entretanto habia leído el contrato.

—Creo, señores, dijo, que debemos proceder á la ceremonia; pero como al leer el contrato aparecerá que el novio es caballero del hábito de Santiago, por merced especial del rey nuestro señor, en recompensa de los grandes servicios prestados por su familia, no solo al rey nuestro señor, sino á los gloriosos reyes sus antepasados, oid el contesto de la Real cédula.

Y don Rodrigo leyó de la misma manera que hubiera podido leer en el seno del consejo de Estado la real cédula de concesion del hábito.

Después continuó:

«Y como por hallarse don Guillen de Vargas Machuca en peligro de muerte, no puede ser investido de las insignias del hábito en capítulo de la Orden por el rey nuestro señor su gran maestre, su magestad se ha dignado investirme de las facultades necesarias, y como comendador de la misma Orden, para que yo la confiera en su nombre á don Guillén de Vargas Machuca, con arreglo á esta otra real cédula.»

Y leyó otro documento Siete Iglesias.

—De esto, dijo don Rodrigo, se levantará acta por su señoría aquí presente, don Francisco de Contreras, del hábito de Calatrava, notario mayor de los reinos, secretario de cámara de su magestad, y consejero de Estado.

A seguida don Rodrigo rogó al capellan de honor se acercase con los Santos Evangelios, y sobre ellos tomó á don Guillen todos los juramentos prescritos por las constituciones de la Orden de caballeria de Santiago, en las investiduras de sus caballeros.

Cuando todo estuvo hecho, don Rodrigo Calderon puso sobre un manto en que se habia envuelto don Guillen, porque no podia ponerse otra cosa, una magnífica cruz de Santiago, formada por rubies.

A seguida se procedió á la lectura del contrato; firmaron los contrayentes, y el capellan de honor los bendijo.

La cosa estaba terminada.

Don Rodrigo se llevó al capellan, á don Francisco de Contreras y á los dos testigos á su casa, donde estaba preparado el refresco de boda.

Al salir se encontró al hostelero Gil Diaz hecho un espárrago, junto á las escaleras y gorra en mano.

—¡Ah, sí, es verdad! dijo don Rodrigo adivinándole; no nos acordábamos de tí, y tú te haces presente.

Y sacando de su bolsillo un reló, le dió al hostelero.

—¡Ah, excelentísimo señor! dijo este exagerando el tratamiento de Siete Iglesias.

Este pasó, seguido de las personas que ya hemos indicado y de gran parte de la servidumbre.

Con la condesa de Lemos habian quedado cuatro criados y seis doncellas, á quienes se servia de órden de la condesa en otra habitacion de la hosteria un abundante refresco.

La condesa de Lemos permanecié allí dos horas, y se retiró dejando dos criados y dos doncellas á las órdenes de Inés.

Alfin los dos amantes convertidos en esposos se encontraban solos.

CAPITULO XXXVIII.

En que se continúan relatando los sucesos de esta verídica historia.

El marqués de la Fávara entró en su casa de muy mal humor y se fué á ver su esposa.

—Por esta vez, señora, la dijo, el fuego me ha dado en las narices.

—¿Qué decís? exclamó doña Teresa; ¿qué habláis de narices y de fuego?

—Digo que ese estudiante se me ha venido á las barbas, contestó el marqués, que no se atrevia á ser más explicito con su mujer.

—La culpa es vuestra, dijo doña Teresa; si no hubiérais ido á verle, os hubiérais escusado de lo que os haya sucedido.

—Yo no puedo dejar de atender al marqués de Siete Iglesias, y este me ha encargado con demasiado interés el cuidado de ese jóven.

—Y bien, ¿qué tengo yo que ver en eso? dijo doña Teresa, que queria cortar la conversacion.

—Nada absolutamente, señora; pero es el caso que me veo en un conflicto: ese hombre me ha insultado.

—Esperad á que se cure y daos con él de estocadas.

—Eso no puede ser, le protege don Rodrigo.

—Pues si le protege don Rodrigo y si no os atreveis con don Rodrigo, tened paciencia.

—Pero no hay paciencia que baste; figuraos que ese hombre me ha dicho que habeis sido su amante, y que por esta razon he mandado que le maten.

—Es posible que todo eso sea verdad, marqués.

—Vamos, la indignacion os hace decir cosas imposibles; pero no debeis dar importancia á esto: ese hombre afirma tales calumnias, porque cree que yo por celos de él, mandé matarle, y pretende vengarse de mí hiriéndome en lo más profundo del corazón, en lo más querido para mí, en vuestro honor, de que yo no puedo dudar: es posible, muy posible que estando yo en Montanches me hayan avisado de que cierto estudiante rico y buen mozo os seguía á todas partes y rondaba de noche nuestra casa; que hayan añadido que vos guardando como debíais mi honra, desdeñábais al tal enamorado, y que yo por la mucho que os amo y queriendo evitaros molestias, haya mandado que le matasen: todo esto es muy posible, repito, porque yo os adoro con toda mi alma.

—No es necesario que afirméis, dijo la marquesa, que habeis buscado y encontrado un asesino para matar villanamente á un hombre leal.

—Sí, muy leal; pero que codiciaba la mujer de su prójimo.

—Ese hombre no tiene la culpa, marqués; la culpa es mia.

—¿Vuestra?

—Sí, mia; ¿no os ha presentado ninguna prueba de la verdad de lo que ha dicho ese caballero?

—Me ha presentado unas cartas, que decia que habíais escrito vos, y una alhaja que afirmaba haberle vos regalado; pero resulta que todo ha sido un engaño de ese señor, y una miserable artimaña de Calixta, vuestra querida doncella, á quien aconsejo que despidais.

—¿Y por qué? ¡pobre muchacha! ¿porque me ha servido bien?

—Sí, tomando vuestro nombre para unos amorios suyos, escribiendo en vuestro nombre, y robándoos una rica alhaja que yo os regalé cuando nos casamos, para aparentar mejor que era la marquesa de la Fávara, y no vuestra doncella: estoy casi seguro de que esa miserable ha usado hasta de vuestros vestidos.

—¿Y no os ha dicho ese estudiante que correspondió al regalo del collar con un regalo de mucho más valor, como hace todo hombre bien nacido? de seguro os lo ha dicho, y os habrá dado las se-

ñas de ese regalo. ¿Qué os parece de estas arracadas que tengo puestas, señor marquès?

—Vos habeis tambien perdido el seso, señora, y no entiendo por qué habeis de culparos de lo que yo no os culpo.

—Concluyamos de una vez, dijo la marquesa; la posicion en que nos encontramos es insostenible y pide una separacion formal; fuera de hipocresias y de niñerías; yo no os he amado nunca, no podia amaros, no mereceis ser amado: vos os casásteis conmigo por mi dote, y yo me casé con vos porque estaba cansada de conventos; esto no ha sido otra cosa que un contrato vergonzoso; no habeis sabido haceros, no ya amar, sino ni aun estimar: habeis matado á cuatro infelices porque me galanteaban, y no me habeis matado á mí porque sin pretenderlo ejerzo sobre vos una fascinacion que os hace mi esclavo: por último, habeis malamente herido á un hombre á quien amo: ¿lo entendeis? á quien amo.

—Pues no, no os comprendo, señora, ni sé cómo podeis amar á un hombre que vá á casarse con otra.

—A quien ha encontrado á causa de haber sido herido por orden vuestra; lo cual ha aumentado el odio que os tenia.

—Soy verdaderamente desgraciado con vos, señora: ¿qué he hecho yo para que me trateis así?

—Ser mi marido; haberse prestado á todos los bajos oficios posibles; haber aparecido á mis ojos cada vez más miserable; por último, esta cuestion es demasiado enojosa, demasiado repugnante y debemos terminarla: nuestra separacion es precisa, porque yo lo quiero, y será: no insistais, porque nada conseguireis: si no convenís en ello, se os mandará; y si os negais, volveréis á Montanches ó á otra prision más segura.

—Mucho confiais, marquesa, en el amor que os tengo.

—Confio en mí misma, y no digo que en Dios, porque no puedo pensar en Dios, tratándose de estas indignidades: pero como Dios no puede dejar de castigar á los asesinos, el mayor castigo que podia imponeros por la doble razon de la vanidad y del amor, sería nuestra separacion; creo que Dios la realizará solo por castigaros.

—Esto no puede ser, esto no será, dijo el marquès.

—Si yo fuera tan villana, tan miserable como vos, dijo la marquesa, nuestra separacion sería completa. Creo que el mismo asesino que ha herido á ese pobre jóven, no vacilaría en heriros á vos, si se le pagase bien.

—¡Ah! miserable Belludo! exclamó el marqués: ¡y que hasta ahora no le haya temblado nunca la mano!

—¿Qué quereis? le ha protegido mi amor.

—Sí, amadle, amadle en buen hora, á un hombre que se ha atrevido á decirme lo que no se dice á ningun esposo por ningun amante; como no hay mujer que se atreva á decir á su marido lo que me habeis dicho.

En aquel momento, para cortar aquella inconcebible, aquella repugnante, aquella monstruosa conversacion, entró Calixta con un pliego en la mano.

—¿Qué es esto? ¿á qué venís? exclamó el marqués con enojo; ¿cómo os atreveis á entrar sin que se os llame donde están vuestros señores?

—Traigo para vucencia un pliego urgente del señor marqués de Siete Iglesias, dijo con audacia Calixta.

—Dadme acá, y marchaos.

Calixta se inclinó y salió.

El marqués abrió con precipitacion el pliego.

—¡Ah! exclamó el duque cuando hubo leído; mirad, mirad señora en qué situacion me han puesto vuestros antojos.

Y dió el pliego á doña Teresa, que dijo depues de haberle leído con calma, devolviéndole al marqués:

—Y bien, don Rodrigo ha comprendido que la muchacha no tiene culpa alguna, es hermosa y la protege: esto no pasa de ser una orden de vuestro amo: ved si os conviene respetarla ó no.

El marqués por toda contestacion sacó un magnífico reló de oro, le miró y dijo:

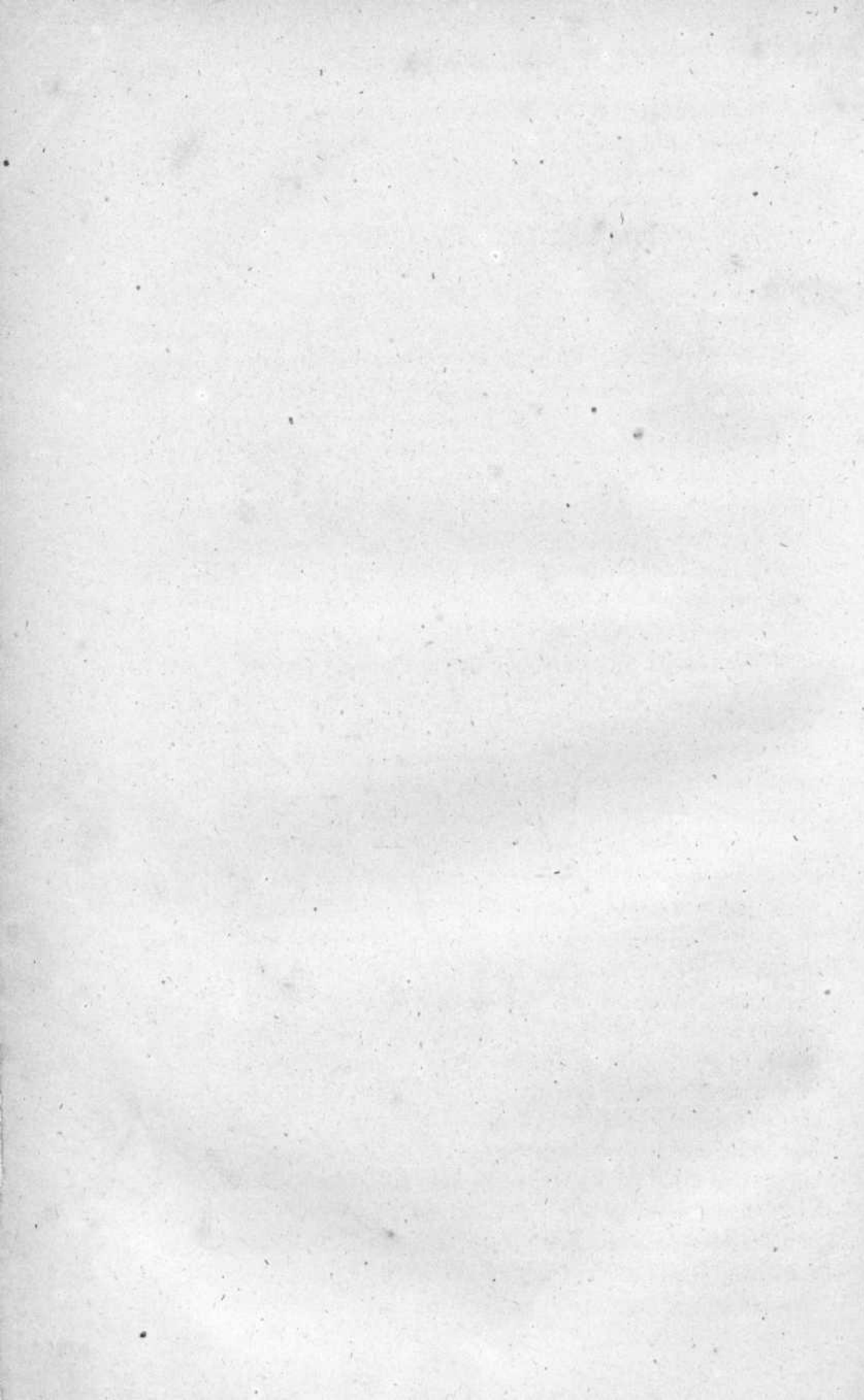
—Las ocho: ya es hora de que yo me presente á su alteza el príncipe de Astúrias.

Y salió.

—¡Oh! merece por miserable más de lo que le ha sucedido, exclamó la marquesa; él no puede vengarse, está completamente cogido; pero yo no lo estoy, no; suceda lo que quiera, yo me vengaré, y veremos si don Rodrigo puede conmigo lo que puede con el marqués. ¡Ah! ¡casarse con otra, y le amo yo, es mi primer amor, mi amor del corazon, mi amor del alma! ¡ah! no, no, ya que no pueda atraerle á mí, ya que me veo reducida á lo que no creia posible, al tormento de los celos, yo le sentenciaré al dolor del alma, á la desesperacion: ¡oh, Satanás, Satanás, que la ame tanto como yo deseo ser amada por él para que mi venganza sea más terrible! ¡Hola! ¡Calixta! ¡Calixta!



Què es esto?



La doncella entró.

—¿Dónde te ha dado don Rodrigo el pliego que has traído al marqués? la preguntó doña Teresa.

—En la hostería del Ciervo Azul.

—¿En el cuarto donde está Guillen herido?

—Sí señora.

—Ante todo, ¿cómo te ha parecido que está Guillen?

—Muy pálido, señora: es natural, debe haber perdido mucha sangre; pero está muy animado, habla con mucho calor y á mí me parece que por esta vez no se muere.

—Hágalo Dios; porque si se muriera, yo no sé lo que sería de mí.

—Vucencia debe olvidarse de ese hombre; es indigno del amor de vucencia; me ha dado, como quien desprecia lo que le dan, un hermoso collar que vucencia le habia regalado, y las cartas de vucencia escritas por mi mano, para que las quemé. Aquí tiene vucencia el collar y las cartas.

La marquesa estaba pálida como una muerta, y no alargó la mano para tomar los objetos que Calixta le presentaba.

—¿Y qué te ha dicho al entregarte ese collar y esas cartas? dijo con la voz trémula.

—Perdonad si os lo digo, señora; no debia decíroslo; pero yo no puedo mentir cuando vucencia me pregunta: dijo que no queria tener nada de vucencia, y que si pudiera arrancarse de la memoria el recuerdo de haber conocido á vucencia, se le arrancaria.

—¡Ah, yo, yo tengo la culpa de todo! gritó desesperada la marquesa; yo le desesperé, porque tenia miedo de ser observada; miedo de que le matasen: si yo no le hubiera desesperado, no hubiera conocido á esa mujer, por quien el amor que me tenia se ha convertido en aborrecimiento. ¿Y por qué, por qué ama tanto á esa mujer? ¿qué ha encontrado en ella que no vea en mí? ¡Ah! es hermosa, es pura! ¿pero no vé ese insensato que don Rodrigo la protege, que esa pureza que aparece en sus ojos puede ser muy bien un infame fingimiento? ¡Ah! el amor es ciego y loco: ¡y yo que se lo he sacrificado todo, abandonada, despreciada, escarnecida!.. ¡devolverme ese collar que me habia jurado loco de amor llevar siempre en su garganta! devolvérmelo, no; peor aun; regalártelo á tí, darte con él mis cartas para que las quemes, es decir, que no quiere tener nada mio, ni aun el recuerdo. Pues bien, yo tampoco quiero tener nada suyo, nada que me lo recuerde.

Y la marquesa se quitó con la mano temblorosa, airada, impaciente las arracadas, las puso sobre la mesa, y tomó el estuche que contenia el collar y las cartas, que quemó una á una á la luz de una bujía.

Cuando hubo volado la última pavesa, dijo á Calixta:

—Te ha regalado ese collar, tuyo es; pero como por tu condicion no puedes usar una tan rica alhaja sin que padezca tu honra, yo haré que la vendan, y su precio te servirá de dote para que encuentres un buen marido: los hombres no se casan más que por lo que el casarse les vale: tal vez Guillen no se ha casado por otra cosa, sino por obtener la proteccion del marqués de Siete Iglesias. Guillen es rico, pero la riqueza sin honores, sin dignidades, es como un cuerpo sin alma: sí, sí, tal vez no la ama; tal vez se casa con ella solo por ambicion: sí, le he oido decir muchas veces: «Compraré una vara de alcalde, despues un puesto como oidor en una chancillería, luego una silla en el consejo de Estado: Siete Iglesias y Lerma no valen más que yo: han esforzado su ingenio, yo tambien le esforzaré.» Sí, sí, es verdad, se ha casado por ambicion, pensando en su engrandecimiento, obteniendo el favor de Siete Iglesias por un bajo servicio: ¡buscar hoy nobleza, desinterés, hidalguia en los hombres! ¡mentira! son unos villanos, unos infames que todo lo sacrifican á su engrandecimiento; ¿pero qué digo? ¿qué dignidad, ni qué honra puede sacrificar quien no ha conocido nunca ni la honra, ni la dignidad? ¡Ah! yo soy una insensata, yo debo sobreponerme á todo; ese miserable no merece que yo le ame, que yo sufra, que yo me desespere por él. Oye, Calixta; vé á la hostería y llévale esas arracadas: dile que yo tampoco quiero tener nada suyo.

—Me las regalará, señora.

—Bien, habrá sabido que han salido de mí poder, y tú habrás aumentado tu dote; ve, Calixta, ve.

Calixta, que protegida por don Rodrigo Calderon y poseedora de un grave secreto de la marquesa, no temia nada, y se reia á todo, salió.

En cuanto la marquesa se quedó sola, se desplomó de todo lo alto de su irritacion, se puso soberbia, y rompió á llorar desesperada.

—¡Ah! exclamó, ¡estoy sola en el mundo, soy la más desventurada de las mujeres!

Luego tomó el collar que estaba sobre otra mesa, y le besó delirante, solo porque habia ceñido algun tiempo la garganta de Guillen.

—¡Ah! exclamó; no le separaré de mí mientras viva; él me recordará siempre su perdido amor; él mantendrá siempre vivos mis celos y escitará mi venganza; diré que le han vendido, daré su valor á Calixta; me ha servido bien, y merece un buen dote: luego... en la corte estamos, señor Guillen: si vos teneis á don Rodrigo, yo tengo á la princesa. ¡Ah! yo manejaré de tal modo la intriga y me valdré de tal modo de todos mis recursos, que nos veremos, señor marqués de Siete Iglesias, nos veremos; y no es difícil que llegue un día, en que en vez de tener poder para proteger, necesiteis ser protegido. ¡Ah! ¡con que me casais á mí Guillen con una aventurera, que sin duda os enamora!.. nunca habeis sido ni más soberbio, ni más imprudente que cuando me habeis probado: para lograr mi deseo necesito encubrirme, finjir, evitar luchas que puedan distraerme de mi principal objeto: mataros, señor marqués de Siete Iglesias, para que no podais proteger á nadie: es necesario que yo cubra de nuevo las apariencias con mi marido; hago de él lo que quiero: si se pareciera á Guillen, yo seria la mujer más feliz de la tierra; en vez de luchar con él, de irritarle, me serviré de él: sí, sí, para algo ha de servir un marido á quien se aborrece; para algo más que para aborrecerle.

Y doña Teresa se puso el collar, le cubrió con la alta gola de su traje, y quedó profundamente pensativa dando vueltas á sus proyectos de venganza.

De tiempo en tiempo se estremecía, crecía su palidez y murmuraba roncadas palabras inarticuladas. Escuchaba impaciente esperando oír los pasos de la Calixta, que tardaba demasiado.

Al cabo de una hora, Calixta entró.

—No me he atrevido á esperar más, la dijo; por ahora es imposible ver al señor Guillen.

—¿Y por qué es imposible? dijo la marquesa.

—Porque la hostería está llena de gente.

—¿Pues qué sucede en la hostería? exclamó vivamente y con una gran ansiedad la marquesa. ¿Es acaso el viático? no he oído las campanillas.

—No, no señora, no se trata de viáticos ni de entierro, sino de una cosa muy distinta; lo que sucede en la hostería huele á bodas.

—¡A bodas! exclamó la marquesa, saltando del canapé, como si la hubiera despedido de él un muelle de acero. ¡A bodas! Has debido enterarte; no, eso seria terrible, eso querria decir que Guillen no dá espera, y que don Rodrigo se apresura á casarle con

su querida para que su querida quede honrada. ¡Ah! no, no; tú debes haberte equivocado, Calixta; no deben haber ido á una boda las personas que están en la hostería.

—¿Pero á qué ha ido con una carroza á esa casa la señora condesa de Lemos, con la jóven que estuvo antes de anoche?

—¿Pero estás segura de ello, Calixta?

—Segurísima; como que estaba en el zaguan de la hostería, de donde no me habian dejado pasar, y habia allí muchos pajes de la señora condesa de Lemos y del señor marqués de Siete Iglesias, alumbrando con tantas hachas de cera, que parecia de dia, y la señora condesa de Lemos pasó junto á mí, llevando de la mano á la hermosa jóven que estuvo aquí; ¡pero cuán diferente! antes de anoche traía un manto raído y un hábito viejo de estameña: esta noche, ¡ah! esta noche daba envidia verla; llevaba un riquísimo traje de brocatel blanco; perlas, diamantes; iba como una reina; pero eso sí, pálida y flaca como antes de anoche, porque á cualquiera mujer puede engalanársela cuanto se quiera; pero para que eche carnes y colores es necesario esperar y darla buena vida.

—¿La condesa de Lemos ha llevado de la mano y con galas de novia noble y rica á esa mujer? ¡ah, eso es distinto! ¿quién es esa mujer? Doña Catalina de Sandoval y Rojas, la altiva, la soberbia, no se prestaría á servir una indignidad de don Rodrigo; es necesario, de todo punto necesario que yo averigue para obrar con conocimiento de causa. Y dime, Calixta, ¿quién más acompañaba á esa jóven?

—El señor marqués de Siete Iglesias, dos tenientes de la guardia del rey, un capellan con un acólito, y doncellas y pajes y lacayos.

—Dame mi manto, Calixta.

—¿Pero qué vá á hacer vucencia, señora?

—¿Qué?irme á la puerta de la calle y esperar allí cuando salgan, para ver bien, que acaso pueda estar oculta.

—Sí, sí señora: como han visto carrozas, y pajes y lacayos de gran librea con luces, han acudido por curiosidad muchos vecinos.

—Pues bien, dijo la marquesa; yo tambien soy vecina y acudo... por curiosidad. Dame mi manto y busca al momento la llave del postigo del jardin.

—¡Ah! ¿vamos á salir por el jardin?

—Necesariamente: la puerta principal está demasiado cerca de la hostería, y podrian reparar.

Poco despues, aquella extraña boda de nobles, á juzgar por el aparato, celebrada en la hostería, habia llamado á su puerta la con-

currencia, que se aumentaba con dos mujeres completamente envueltas en largos mantos.

Aquellas dos mujeres llegaron hasta el mismo dintel de la puerta; donde estaba aumentando la vigilancia un guardia tudesco ó alemán, lo que es lo mismo, con coraza, almete y un mosqueton á guisa de centinela.

—Dejadnos pasar al zaguan, dijo al centinela con voz afable una de las dos cubiertas, para que veamos bien á la novia cuando salga, y tomad para beber.

Y dió un real de á ocho al centinela, que, ó porque no tenia muy severa la consigna ó porque le obligó la dádiva, dejó pasar á las dos tapadas, que se replegaron á un rincon del zaguan, donde habia algunos lacayos con hachas encendidas.

Esperaron aun en silencio más de media hora.

Al fin se oyó ruido como de muchas personas que se ponian en movimiento, apareció reflejo de luces en las escaleras, se vieron por último algunos pages con hachas, luego la condesa de Lemos, llevada de la mano por el marqués de Siete Iglesias, y junto á ellos á don Francisco de Contreras, grave y sério, y á todas luces contrariado.

La marquesa de la Fávara, que era una de las que habian penetrado en el zaguan, no esperó á ver más, y dijo á Calixta, que era la otra tapada:

—Yo me voy: quédate tú y procura ver al señor Guillen y entrégale las arracadas.

La marquesa no esperó más.

Habian salido ya la condesa de Lemos y don Rodrigo, y á la sazón salia don Francisco de Contreras.

Tras este se fué la marquesa de la Fávara.

El consejero de Estado, secretario de cámara, etc., etc., se dirigió á su carroza despues de haber saludado ceremoniosamente al marqués de Siete Iglesias.

Tenian abierta la portezuela, y por la direccion que habia tomado don Francisco de Contreras, la marquesa de la Fávara comprendió que aquella carroza era la suya, adelantó á don Francisco, y se metió en ella.

—¿Qué es esto, Gilillo? exclamó irritado el consejero dirigiendo la palabra al lacayo; ¿asi dejas entrar en la carroza á la primera buscona desvergonzada?

—Yo no lo he podido remediar, señor, dijo Gilillo; se ha metido en la carroza mientras yo estaba entretenido.

—No seais tan asustadizo, caballero, dijo la marquesa á Contreras, que conocia demasiado su voz; nadie pretende robaros, ni estais en años ni en ocasion de ello.

El consejero se apresuró á entrar en la carroza, y Gilillo cerró la portezuela.

—Pues señor, si es buscona la conoce mi amo, dijo el lacayo: echa á andar, añadió dirigiéndose al cochero.

—¿A dónde, á casa?

—Nada me ha dicho el señor, pero me parece que no; echa á andar por donde quieras, que ya te avisarán; hay huéspedes.

—¡Ah, ya! dijo el cochero.

Entretanto habian salido de la hosteria todos los que habian ido á causa del casamiento.

La hostería habia quedado silenciosa y tranquila, sin más luces que tres faroles agonizantes, uno en el zaguan, otro en lo alto de las escaleras, y otro en el corredor á que correspondia el cuarto donde estaba el recién casado don Guillen, con su esposa.

Gil Diaz el hostelero, que estaba hecho un avanto, atortolado por tanta cosa extraordinaria como sucedia en su casa, y no con disgusto suyo, porque cada uno de aquellos sucesos extraordinarios le producía una cantidad razonable, sintió que le llamaban desde abajo:

—Allá voy, allá voy, se apresuró á decir con la expectativa de otra cosa extraordinaria, ó lo que es lo mismo, con la expectativa de otra razonable cantidad.

Y se dejó ir escaleras abajo.

Al pié de ellas encontró á una tapada; es decir, á Calixta, disputando con un guardia tudesco.

—Esta doncella, segun ella dice, se empeña en subir á hablar con el señor alferez Vargas Machuca, y dice que la envia el señor marqués de Siete Iglesias.

—Pues como sea así, dijo el hostelero, no hay más que dejarla pasar: venid conmigo, doncella.

Calixta subió tras Gil Diaz al corredor donde con el bonete echado atrás paseaba sus bayetas el bachiller Antunez, soplándose los dedos porque hacia frio, y prescindia de calentarse por no mezclarse al rededor del brasero con los lacayos y los soldados.

No tenia tampoco la orden para recogerse.

Se paseaba, pues, por recurso.

—Señor bachiller, dijo Gil Diaz: vos que habeis quedado cuidando de vuestro amo, pasadle recado de que hay aquí una doncella

que necesita hablarle de parte del señor marqués de Siete Iglesias.

Miró de alto á bajo el bachiller á Calixta, y esta le pareció de tan buen empaque, que aunque no le habia visto la cara, se la propinó, suponiendo siempre que ella accediese á la demanda.

—Esta es la mejor de las que han venido, murmuró en voz inteligible.

Y añadió á seguida en voz alta:

—¿Con que traéis recado del señor Marqués de Siete Iglesias?

—Sí señor, del señor marqués de Siete Iglesias.

—Pues si como teneis la voz teneis la cara, debeis ser un ángel.

—Eso no viene ahora á cuento, dijo Calixta.

—Dadme el recado.

—No es para participarle: tengo que darlo yo misma, y ahora mismo.

—¿Pero estais loca? ¿cómo quereis entrar en el cuarto de dos recién casados?

—Ved vos cómo ha de ser, porque es muy grave.

—Si supiérais el mal genio que tiene don Guillen, me agradeceriais el que os sirviese.

—Por agradecido, galan.

Sonaron tan bien al bachiller estas palabras, por la manera con que habian sido pronunciadas, que como suele decirse, cerró los ojos, y arrostrando por todas las consecuencias, llegó á la puerta, llamó con los nudillos y dijo:

—¿Me ois, señor?

A poco se abrió la puerta y apareció Inés.

Poco antes se encontraba en la misma situacion en que la habia visto la marquesa de la Fávara por el ojo de la cerradura, mirando arrobada y de hito en hito á don Guillen, y enlazando una de sus manos con otra del joven.

—¿Qué quereis? dijo con voz dulce Inés: ¿sucede algo?

—Si señora, dijo el bachiller; sucede que está aquí una doncella, que dice que tiene que hablar con don Guillen de un asunto urgente, de parte del señor marqués de Siete Iglesias.

—Que entre, que entre la doncella, dijo Inés.

—Pasad, dijo el bachiller á Calixta, que esperaba detras de él.

Don Guillen no habia oído el corto diálogo que se habia sostenido entre Inés y el bachiller: de otro modo se hubiera negado á recibir aquel mensaje.

—¿Qué es esto? dijo al ver adelantar hácia su lecho á una mujer cubierta con un manto.

—Es un recado de don Rodrigo Calderon, dijo Inés.

—¡Calixta! exclamó don Guillen reconociendo á esta que se habia echado el manto atrás.

—Tomad, dijo aturdida Calixta, porque se habia esforzado para cumplir el encargo de su señora, con más desenvoltura que la que tenia; esto me ha dado mi señora para vos.

—¡Vuestra señora! exclamó Inés con acento severo y altivo; ¿y quién es vuestra señora?

—La marquesa de la Fávara, contestó Calixta, cuya turbacion habia crecido.

—¿Y qué os ha dado esa señora para mi esposo? dijo de una manera tranquila Inés, que habia dejado de mostrarse alarmada en el momento en que habia oido el nombre de la marquesa de la Fávara, como si aquel nombre hubiese estado enlazado á una historia de todo punto concluida.

Esto desconcertó más y más á Calixta.

Guillen callaba: parecia como que habia abandonado aquello á Inés.

—Yo no tengo la culpa, dijo Calixta balbuceando; á mí me han mandado; yo soy una criada.

—Pero bien, bien, ¿qué quereis? dijo Inés.

—Nada por último, señora, dijo Calixta volviéndose para tomar la puerta.

—No, dijo Inés interponiéndose: vos habeis venido de parte de esa señora y para algo: ¿qué es ello?

—Nada, contestó Calixta.

—Hablad, dijo con firmeza Inés, ó no salís de aquí: quiero saber, por curiosidad, solo por curiosidad de qué se tratá.

—Pues bien, señora, dijo Calixta; mi ama me ha dado estas arracadas, que en otro tiempo la regaló don Guillen, para que se las devuelva, porque habiéndose don Guillen casado, cree mi señora que no debe conservar ninguna prenda suya.

—¡Ah! dijo Inés sin tomar las arracadas: la señora marquesa de la Fávara obra como debe; se hace respetable por su dignidad: yo estimo esto en mucho: devolved esas arracadas á vuestra señora, y decidla que las conserve, si no en memoria de mi esposo, en memoria mia: id, y para que vos os acordeis tambien de mí, tomad.

Y la dió una riquísima sortija, tan rica como que formaba parte

de la pedrería que había regalado á Inés don Rodrigo Calderon, que era muy ostentoso.

—Sin esto, señora, que estimo y os agradezco, yo me acordaría siempre de vos para respetaros. ¿Me permitis que salga?

—Sí, id con Dios.

Calixta salió.

—¡Oh! bendita sea la hora en que te conocí, Inés: eres un ángel, dijo Guillen.

—No, no soy más que una mujer que te ama, que ha nacido para vivir por tí y para tí.

—¿Y no tienes celos, luz de mis ojos? la preguntó con acento apasionado Guillen.

—¿Celos? no; cuando una mujer hace lo que ha hecho la marquesa de la Fávara, es porque está desesperada: lo siento; no quisiera que nadie estuviera desesperado en el mundo; pero en fin, entre estar desesperada ella ó estar desesperada yo, más vale que ella lo esté. Y ya que hemos hablado de celos, ¿no los tienes tú, Guillen?

—¿Celos? ¿y de qué? se apresuró á decir el jóven.

—En la precipitacion con que me has respondido, en tu acento, en la expresion de tu semblante, comprendo que no los celos, su su sombra, anublan tu alma.

—Explicate, explicate, no te comprendo.

—Tú lo sacrificas todo á un amor inmenso, que yo he tenido la fortuna de inspirarte; pero tu alma no está tranquila: recuerdo que si nos conocimos, fué á causa de haberme traído mi padre con el marqués de Siete Iglesias á esta hostería: despues esa mujer, esa marquesa de la Fávara, me engañó, se fingió mi protectora, se apoderó de mí; luego he aparecido protegida por don Rodrigo Calderón, cubierta de galas y de pedrería que él me ha regalado, acompañada por la altiva condesa de Lemos, que delante de tí, delante de todo el mundo, me ha tratado como si fuera mi hermana: todo esto ha debido parecerte demasiado extraño, y sin embargo, no me has dicho acerca de ello ni una sola palabra.

—Sé, dijo don Guillen, que eres hija natural del duque de Lerma; hermana por lo tanto de la condesa de Lemos, que lo sabe tambien: no ha podido pues extrañarme el cariño con que te trata doña Catalina; no puede tampoco extrañarme la esplendidez de los regalos que te ha hecho don Rodrigo, porque está muy obligado á Lerma, ni el que nos haya apadrinado en nombre del rey.

—Bien, veo que don Rodrigo te ha hablado franca y lealmente; pero no te ha dicho más?

—No, ¿y qué más ha podido decirme?

—Los sagrados lazos que le unen conmigo.

—¿Y qué lazos son esos? dijo con alguna inquietud don Guillen.

—Es mi hermano.

—¡Tu hermano!

—Sí, porque como yo, es hijo natural del duque de Lerma; porque como yo, ha sido legitimado por un hombre comprado por Lerma.

—¡Ah! me has quitado un peso enorme de sobre el corazón, dijo Guillen; pero tenias razón, no desconfiaba de tí, y sin embargo, una sombra de celos anublaba mi alma: ahora soy feliz, completamente feliz: pero esto es terrible; por lo que me has revelado se comprende que esos dos encarnizados enemigos, el duque de Uceda y el marqués de Siete Iglesias, son hermanos: ¡Cain y Abel! ó por mejor decir, dos Caines resucitados.

—Sí, exclamó tristemente Inés; parece que una maldición pesa sobre el duque de Lerma, y que esta maldición ha recaído sobre su familia.

—¿Y sabe el duque de Uceda que don Rodrigo es su hermano?

—Sí, lo saben todos, él, don Rodrigo, doña Catalina: delante de mí han hablado como hermanos, como padre, como hijos; pero al mismo tiempo como enemigos irreconciliables: se me ha encargado el secreto acerca de don Rodrigo; pero yo no puedo, no debo tener secretos para mi esposo; Dios no me lo perdonaría; no me lo perdonaría yo misma, ni tú debias perdonármelo; pero guarda el secreto, Guillen, como caballero, y satisfécete con la tranquilidad de tu alma, con la seguridad de la pureza de tu esposa.

—¡Oh, ángel mío! exclamó don Guillen.

—Tranquilízate, es necesario que ya que tu herida no es peligrosa, cures de ella cuanto antes.

—¡Bendito sea el infame asesino que me hirió, porque sin su infamia, yo no te hubiera conocido!

—¡Oh! ¡siempre la Providencia de Dios! dijo Inés: cuando yo me creía perdida, cuando yo huía de tí, que eras mi vida, porque temía la deshonra, Dios me salvaba inspirando celos á esa mujer, sin cuyas acechanzas tampoco hubiera llegado á ser tu esposa: ¡oh! esa mujer me ha hecho mucho bien: en vez de aborrecerla la estimo.

Y se sentó junto al lecho, asió la mano de su marido y le miró enamorada.

Los dos esposos siguieron hablando largo espacio acerca de cosas que no atañen al interés ni á la inteligencia de esta verídica historia.

CAPÍTULO XXXIX.

CAPÍTULO XXXIX.

De lo que sobrevino á consecuencia de haberse metido la marquesa de la Fávara en la carroza del consejero de Estado.

Don Francisco de Contreras sintió una turbacion extraña cuando se encontró al lado de una mujer que siempre le habia aturdido por su hermosura y por su talento para la intriga.

El consejero que no tenia antecedente alguno, se maravilló, se asombró, se anonadó: le sucedieron no sabemos cuántas cosas, al ver que tan sin prévio aviso y de una manera tan extraña se le habia metido en el coche una tan buena moza, una tremenda mujer física y moralmente considerada.

Acometióle tambien una especie de miedo, porque sabia cómo las gastaba el marqués de la Fávara, y que si el marqués de la Fávara sabia por acaso que su adorada esposa habia estado metida con él algun tiempo y á solas en su enorme coche, podia suceder que al marqués de la Fávara se le ocurriese le metiesen al consejero algo que le dejase sin resuello. Esta idea predominó á todas las demás en el consejero de Estado, secretario de cámara de su magestad, porque la debilidad mayor de las no pocas debilidades de este señor, era la cobardia.

—¡Qué imprudencia, señora, qué imprudencia! dijo al fin obedeciendo á su miedo; me habeis comprometido y me estais comprometiendo, no así como quiera, sino gravisimamente; y no digo

que os comprometéis vos, porque de tal manera habeis domesticado al señor marqués de la Fávara, que para vos es más manso que un cordero, pero no así para con los demás: basta, señora, con que vuestro celoso marido crea que habeis favorecido á un pródigo, para que el marqués dé con aquel pródigo contra una esquina, al pié de la cual le encuentran al otro día no más propósito que para enterrarle.

—Si yo estuviera de humor de reirme, don Francisco, me reiría, dijo la marquesa, que á pesar del miedo del consejero comprendió que era necesario ponerle á raya: no ya celoso, sino loco y dejado de la mano de Dios sería el marqués si incurriese en el grado de pecado de sospechar nada que le fuese adverso, por el solo hecho, de haber estado yo encerrada con vos en vuestra carroza poco ó mucho tiempo; adoleceis del feo vicio del amor propio, don Francisco; ó no teneis espejos en vuestra casa, ó vuestros espejos son de magia.

—¿Quién os ha irritado, señora, dijo don Francisco, para que así os revolvais contra este pobre amigo que tanto os estima?

—A propósito de lo de revolverse, dijo la marquesa; me parece que cuando yo entré en vuestra carroza, las mulas miraban hácia la Puerta del Sol, y no he notado que el carruaje se haya revuelto; antes de anoche viviais en la Bajada de los Angeles; ¿os habeis mudado á la otra parte de Madrid, don Francisco?

—Estebanejo es un estúpido, dijo el consejero; yo creía que íbamos hácia mi casa.

—Y bajando el cristal de una portezuela, sacó la cabeza y dijo:

—¡Eh! ¡Estebanejo, Estebanejo! ¿á dónde vés, bruto?

—A andar, dijo Estebanejo.

—¡A andar! ¿y por dónde? exclamó amostazado don Francisco.

—Como usía no está solo y no me ha mandado que le lleve á casa... yo he dicho: andemos, Estebanejo, que ya te mandarán parar.

—¿Y dónde estamos, bruto y mal nacido que tú eres? exclamó Contreras.

—En la Carrera de San Gerónimo, señor, junto al buen Suceso: ¿á dónde vamos ahora?

—Espera, dijo el consejero volviéndose para adentro.

—¡Ah! no quieren andar por la calle, dijo Estebanejo.

—¿A dónde vamos, señora? preguntó don Francisco á la marquesa.

—¿A dónde hemos de ir más que á vuestra casa? contestó esta.

—¡Ah! ¡á mi casa!

—Sí, á vuestra casa, porque supongo que en ella debe estar vuestra hija.

—Esto es lo probable contestó el consejero; pero están sucediendo desde antes de anoche cosas tan extrañas, que no me atrevería á asegurarlo.

—Pues bien, vamos á ver si está en vuestra casa ó no lo está; pero dad pronto la orden, que entra por ese cristal que habeis bajado un frio desagradable.

—A casa, Estebanejo, dijo Contreras.

Y retiró la cabeza y subió el cristal.

—Estas son torpezas de esos brutos de criados, dijo sentándose de nuevo, pero no al lado de la marquesa como antes, sino en el testero.

—Si vos no tuviérais mala conducta, vuestros criados no incurrirían en estas equivocaciones, dijo la marquesa.

—Verdaderamente estais terrible conmigo, señora, exclamó de muy mal humor Contreras.

—Os impongo silencio; nada tengo que hablar con vos; á quien yo busco es á vuestra hija.

Con tal acento dijo la marquesa estas palabras, que don Francisco de Contreras no se atrevió á faltar al silencio que le habia impuesto doña Teresa.

La pesada carroza tardó más de media hora en llegar desde la Carrera de San Gerónimo á la Bajada de los Angeles, y delante de la casa del consejero, cuya puerta se abrió inmediatamente.

El consejero bajó y dió la mano á la marquesa para ayudarla á bajar.

La marquesa continuaba completamente envuelta en su manto.

Don Francisco la dió el brazo, subió con ella por las escaleras, torció por una galería, y dijo deteniéndose delante de una mampara y en voz muy baja, para que no le oyese el criado que les alumbraba, no porque no hubiese luz en las escaleras, sino para que tuviesen más,

—Yo no sé si mi hija podrá recibiros... si estará enferma... ó si acaso estará en casa: porque desde antes de anoche pasan cosas que yo no comprendo bien.

—Pasad, pasad don Francisco, dijo la marquesa; yo estoy segura de que cuando vuestra hija sepa que yo estoy aquí, aunque esté enferma me recibirá.

Don Francisco abrió la mampara y pasó como quien obedece una orden.

El criado no pasó de la puerta.

La antecámara donde habían entrado la marquesa y el consejero, estaba alumbrada por una lámpara, pendiente del artesonado.

La cámara, cuya puerta estaba entreabierta, dejaba ver también luz.

Entraron.

Nadie había en la cámara.

Por la puerta del retrete, que estaba en su fondo, se veía también luz.

—Podeis retiraros, don Francisco, dijo la marquesa; yo misma me anunciaré á vuestra hija.

El consejero hizo una respetuosa reverencia á la marquesa, y se retiró.

La marquesa adelantó, y miró á través de la entreabierta puerta del retrete.

Era el mismo en que dos noches antes había recibido doña Ana al príncipe de Asturias.

La chimenea estaba encendida.

Sentada junto á ella estaba doña Ana, con el traje en un encantador desaliño, escribiendo en una mesita muy baja que tenía delante.

La marquesa permaneció algunos minutos observando á doña Ana, que de cuando en cuando levantaba la vista de sobre el papel, quedaba en actitud meditabunda, volvía á escribir, rayaba lo que había escrito, y volvía á meditar.

—Esa mujer es capaz de una gran pasión, dijo la marquesa; sus ojos son ardientes; su palidez revela el fuego del corazón; es hermosísima; Dios ha hecho estas mujeres para los grandes amores; es posible que adore á Calderon; si así es, me ayudará.

La marquesa tosió ligeramente.

Doña Ana, que en aquel momento meditaba, fijó la intensa mirada de sus hermosos ojos negros en el punto donde había resonado aquella ligera tos, y vió la sombra de la marquesa.

Entonces se puso lentamente de pié, y esperó.

—Esa mujer tiene una gran firmeza de carácter, dijo para sí la marquesa.

Y empujando la puerta, entró, desprendiéndose el manto, y recogiendo en el brazo izquierdo.

—¡Ah, señora! dijo doña Ana tranquilamente; ¿sois vos?

Y adelantó hasta ella, la tomó el manto, lo puso sobre un sillón, y ofreció otro á la marquesa.

—Siento, dijo esta, haberos interrumpido; porque por lo que veo escribáis.

—Sí, me habia empeñado en hacer versos por entretenerme en algo; pero mi empeño ha sido inútil, las musas no me conocen, y por más que las he llamado no han acudido á mi llamamiento.

—Pues el hacer versos no debe ser tan difícil, porque hoy los hace todo el mundo; y vos debeis ser querida de las musas, si es que ya no sois otra musa, porque cuando yo os ví, ardía en vuestros ojos la inspiración.

—Pues juzgad, señora marquesa, dijo doña Ana.

Y sentándose, tomó el papel, que estaba lleno de tachaduras, y leyó lo siguiente:

«Dardo es amor intencionado y fiero
Que el corazón desgarrar despiadado
Y de celos y rabia acompañado...»

—Seguid, dijo la marquesa, viendo que doña Ana se habia detenido.

—Es que no hay más, dijo doña Ana, y por más que me he devanado los sesos no he podido pasar adelante: decididamente yo no he nacido para la poesía.

Y arrojó el papel á la chimenea.

Después guardó silencio y quedó mirando á la marquesa en una actitud interrogadora.

—Debeis conocer el amor y los celos, dijo la marquesa, puesto que de amor y celos escribáis.

—No sé, dijo doña Ana; porque soy nueva en el amor.

—Pues yo he venido á veros, dijo la marquesa, porque os creia enamorada y celosa.

—Pues no comprendo, señora; ¿jamais á algun hombre á quien podeis creer de mi enamorado, ó amado por mí?

—No ciertamente; yo no amo, porque no puedo amar: es decir, amo á mi marido, lo cual hoy puede parecer ridículo; porque generalmente los maridos, si son amados, no lo son ciertamente de sus mujeres; y si no, ahí teneis á mi ilustre amigo el marqués de Siete Iglesias, cuya esposa se está muy tranquilamente en Valladolid años tras años, sin echarle de menos.

—Pues, entonces, señora, si no amais á ningun hombre que

podeis creer amado por mí, no sé por qué me habeis dicho que venis á buscarme creyéndome enamorada y celosa.

—Oid: Antes de anoche llegué yo en una litera al jardin de la Priora, siguiendo otra litera en que iba su alteza la princesa de Astúrias. Nos detuvieron, hubo cuchilladas, sobrevino don Rodrigo Calderon, y entre otras cosas, me dijo no sé qué de amor ó de celos que sentia por vos, lo cual yo no extrañé; porque sin don Rodrigo Calderon, son muchos y buenos los apasionados que teneis en la corte, siendo uno de ellos, segun se dice, su alteza el príncipe de Astúrias.

—Comprendo que venis para algo grave, señora, dijo doña Ana, y os suplico que me habéis con lisura. Si vos me habeis buscado creyéndome enamorada y celosa, segura estoy de que vos al buscarme, obedecéis al impulso del amor y de los celos: sed franca, entendámonos. Sin disputa, el hombre á quien amais y por cuya causa estais celosa, no es don Rodrigo Calderon.

—¡Ah, no! en otro tiempo don Rodrigo me galanteó, porque galantea á todas las mujeres; pero yo fui bastante prudente para no tomar en cuenta sus galanteos, y somos amigos, buenamente amigos, de tal modo que yo no sé hasta qué punto llegaria mi amistad por don Rodrigo; creo que casi á tanto como podria llegar vuestro amor.

—¿Por don Rodrigo?

—Cabalmente, él es la persona de quien yo me ocupaba.

—¿Creeis que yo amo á don Rodrigo?

—Creo que le estais esperando: y me atrevo á añadir que inútilmente.

—¿Inútilmente? dijo con vehemencia doña Ana.

—Comprendo que en vuestra casa os engañan, ó que por lo menos os ocultan lo que no debian ocultaros.

—No os comprendo, dijo doña Ana, que estaba vivamente inquieta.

—¿Sabeis á donde ha ido esta noche vuestro respetable padre?

—Ha ido al consejo de Estado.

—No; el rey nuestro señor no reúne nunca el consejo por la noche: vos que sois del alcázar sabeis que el rey cena al oscurecer, que despues reza con su confesor, habla con él de materias místicas, y á las diez se recoje; no no, vuestro padre habrá sido llamado al alcázar; pero no para asistir al consejo de Estado, sino para recibir un encargo de don Rodrigo Calderon. Encargo que ya ha desempeñado, aunque muy á su despecho, porque pensando en vos

y como buen padre no debia parecerle muy bien el encargo.

—¿Pero qué encargo era ese?

—El contrato de bodas de cierta dama, que ha aparecido de repente en la corte, que de repente ha sido elevada desde la posicion más humilde y más precaria á una alta posicion: ya veis; don Rodrigo habia encontrado á aquella mujer antes de anoche pidiendo limosna; se la habia vendido su padre, un infame, un alferez inválido, un tal Cristóbal Mendavia.

—¿Qué decis? ¿don Rodrigo Calderon ha casado esta noche á esa mujer?

—Sí, con un estudiante que está herido en la hostería del Ciervo Azul; un estudiante á quien hirieron antes de anoche, porque sin duda creyeron que rondaba mis balcones, y creyendo complacer á mi buen esposo, que me ama tanto, que hace matar al desdichado que se atreve á pasear con marcada intencion de rondar por delante de nuestra casa.

—Es decir, que vos amais á ese estudiante herido, y estais irritada contra don Rodrigo, autor de esa boda.

—Sí, eso es; como vos debeis estar irritada; porque se vé claro que si don Rodrigo ha casado á esa mujer con ese estudiante, ha sido porque la ama tanto, que ha pretendido honrarla buscando un buen encubridor de sus amores con ella: no ha pensado en otro tanto respecto á vos.

—Cuando llegásteis escribia yo de amor y de celos; ¿no es verdad?

—Sí, dijo la marquesa.

—¿Vos estais enamorada y celosa?

—Sí.

—¿Venis, pues, á aliaros conmigo?

—Eso es; entrambas necesitamos vengarnos; á más de eso, vos no os debeis sacrificar por un hombre que de tal manera os desprecia. Su alteza el príncipe de Astúrias os ama, el rey está cada dia más enfermo, de un momento á otro puede morir; ¿quereis que yo os ayude en vuestros amores con el príncipe don Felipe? Yo mejor que nadie puedo servir á su alteza, porque la princesa doña Isabel confia ciegamente en mí, y no vé más que por mis ojos.

—Y bien, ¿á cambio de qué me ofreceis vuestros servicios, señora?

—A cambio de mi venganza: venganza que no puedo tomar mientras viva don Rodrigo Calderon, y yo quiero sobrevivir á mi venganza.

—Bien, dijo doña Ana; don Rodrigo me ha fascinado, es cierto; pero me ha hecho traicion ó he creído que me la había hecho, y la fascinación ha pasado: para que vuelva, será necesario que yo me convenza de que me es leal don Rodrigo. Le espero esta noche: si no viene, creeré que me ha engañado, y me vengaré.

—No vendrá, creedlo, dijo la marquesa, que creía, extraviada por sus celos, que don Rodrigo no había casado á Inés sino porque estaba ciegamente enamorado de ella.

—¡Oh! pues si no viene, dijo doña Ana, contad conmigo.

—Bien, cuento ya de antemano; y como os he dicho cuanto tenía que deciros, tened la bondad de avisar á vuestro padre para que me acompañe á mi casa.

Poco despues la marquesa salía de casa de don Francisco de Contreras, asida al brazo de este y encubierta.

Doña Ana esperó en vano hasta una hora muy avanzada de la noche.

Don Rodrigo había encontrado una tentadora novedad en la viuda de Francisco de Juara: ignoraba que con su desastrada conducta, creándose por todas partes enemigos, se abría un abismo que un día debía tragarle.

En tres dias se había hecho con bastantes enemistades para que le perdiesen, en el momento en que muerto el rey, le faltase el apoyo real.

CAPITULO XL.

De cómo el marqués de la Fávara no ganaba para sustos.

El marqués de la Fávara en el momento en que dejó harto contrariado y harto humillado á su buena esposa, se vistió convenientemente y se fué en carroza al alcázar.

Habia visto todo el acompañamiento de pajes y lacayos, que habian quedado en la calle delante de la hosteria del Ciervo Azul, las carrozas de don Rodrigo, de la condesa de Lemos, de don Francisco de Contreras; habia preguntado antes de subir á la carroza á uno de sus criados, por qué habia allí tanta gente, y el criado le habia dicho, que era que se casaba *in articulo mortis* un estudiante, al que habian malherido dos noches antes, no se sabia quién.

—¡Ah! pues ya sabemos, dijo para sí el marqués, por qué está tan de mal humor, tan dada al diablo mi buena esposa. Pero en fin, si se muere ese quidam, la marquesa habrá de conformarse como se conformó cuando murieron los otros: es mucha, mucha mujer la mia. Yo creo que Dios la ha hecho para castigar todos mis pecados; ¡diablo, diablo! lo que está sucediendo es muy raro; se me prende porque me vuelvo hácia el duque de Uceda, y se me pone en libertad, diciéndome que todo ha sido una broma, que nada he perdido y que me presente á su alteza que se alegrará mucho de verme; vuelvo á casa y encuentro á mi mujer enferma, desesperada, irritada; sé que

nuestro estudiante está mal herido, protegido por don Rodrigo; voy á verle, porque no puedo pasar por otro punto, y este hombre me dice con un descaro inaudito lo que nunca ha escuchado ningun marido; sobreviene Calixta, la infame sirvienta encubridora de mi esposa, y nada puedo hacer contra ella, porque sin saber á qué atribuirlo, la protege don Rodrigo: esto es para aturdirse, para no saber dónde se está, para tener más miedo que nunca: hay que abrir mucho los ojos, que observar mucho y andar con piés de plomo.

A todo esto la carroza tirada por cuatro fuertes mulas se encaminaba al alcázar.

—Estos grandes señores sueñan, continuó meditando el marqués (le llamaba gran señor á Uceda en quien pensaba, aunque no era ni más ni ménos que él, grande de España, porque gozaba del favor del príncipe), sueñan y comprometen con sus sueños á los que en ellos creen. Segun el duque de Uceda, el de Lerma y don Rodrigo empezaban á estar en desgracia con el rey. Los asuntos de Holanda, de Saboya, de Inglaterra y de Portugal, tenian muy disgustado á su magestad; y el príncipe, enemigo á muerte de Lerma y de Calderon, estaba á punto, influyendo en el ánimo de su augusto padre, de dar al traste con Lerma y con Calderon. ¡ilusiones! me ha bastado con ver el semblante á don Rodrigo, á quien tanto conozco, para convencerme de que se cree más seguro que nunca en el favor del rey; y el marqués de Siete Iglesias no se hace ilusiones; ¡ah! he dado un golpe en vago; pero lo que yo no puedo comprender por más que le dé vueltas, es que don Rodrigo me haya dado la libertad tan sin condiciones, me haya dicho que todo ha sido una broma y me permita continuar sirviendo en el cuarto del príncipe de Astúrias: ni yo comprendo esto, ni lo comprenderia nadie. Esperemos: es posible, muy posible que las condiciones vengan despues.

A este punto paraba la carroza delante de la puerta del alcázar llamada de las Meninas.

El marqués bajó, entró, tomó por el patio la vuelta de la larga escalera principal, subió y se encaminó en derechura al cuarto del príncipe.

Se hizo anunciar, y le introdujeron en la cámara de su alteza.

El príncipe estaba sentado en un sillón, echado sobre su respaldo, estendidas las piernas sobre la tarima de un brasero, con los ojos cerrados, dictando lentamente á un caballero como de treinta años, de fisonomía grave, de grandes é inteligentes ojos pardos, de

nariz grande y algo aplastada, gran cabellera castaña y gran bigote, que cubria á medias una boca de labios gruesos, y en la cual se notaban á la par las expresiones de la astucia, de la fuerza y del dominio.

Vestia sencilla, pero noblemente, ropilla y gregüescos de terciopelo negro, calzas de grana y zapatos altos negros.

Tenia ceñida una espada de córte.

Sobre la mesa se veía un sombrerito de riquísimo castor con toca ó cinta de oro y una pequeña pluma de cisne teñida de rojo.

Su capa negra y finísima cubria el respaldo del sillón en que estaba sentado.

Este hombre era don Gaspar de Guzman, conde de Olivares, sobrino de don Baltasar de Zúñiga y esposo de su prima hermana, hija de don Baltasar y de doña Inés.

Era desde 1610 gentil hombre de cámara del príncipe de Asturias y gran privado, y aun pudiera decirse grande amigo suyo, lo que causaba grandes celos al duque de Uceda, que pretendia no menos que ser árbitro de las acciones y aun de los pensamientos del príncipe don Felipe.

Olivares, hábil cortesano, profundo conocedor de los hombres y de las cosas, procuraba al par que hacerse necesario al príncipe, no despertar de una manera grave los recelos de Uceda, que ejercía gran influencia en la córte, y debia desembarazarse á todo trance de don Gaspar de Guzman en el momento en que este se le hiciese temible.

Olivares, pues, obraba con gran prudencia y si se entrometia en la política, era de suerte que el duque de Uceda no podia apercibirse de ello.

Estimábase el príncipe sobremanera, porque habia entrado Olivares á su servicio cuando era niño, y habia sabido captarse tan hábilmente su afecto, que ya lo hemos dicho, el príncipe le consideraba más como amigo que como súbdito.

El conde de Olivares era modesto en todo sin pecar en ruin. No era grande de España, sino simple título de Castilla; pero tenia una renta bastante, y además su mujer era bastante rica, para haber podido ostentar un gran boato.

Felipe III que habia heredado del terrible Felipe II la afición á los hombres modestos en la vida, en la conversacion y en el trato, estimaba mucho á Olivares, que con esta discreta conducta se iba abriendo paso lentamente pero de una manera segura, hácia una gran privanza.

Era muy aficionado á la poesía, aunque no hacia versos; estimaba mucho á los poetas, y esto le hacia recomendabilísimo al príncipe don Felipe, que era poeta, aunque mediano, y tenia una decidida vocacion á la literatura.

Ateniéndose á esto, que todo el mundo conocia, el marqués de la Fávara, al ver dictar al príncipe y escribir á Olivares, dijo para sí:

—Su alteza hace versos, llego en mala ocasion: Dios quiera que yo no pague la pena de algun rebelde consonante, que desespere á su alteza.

—Leedme, Olivares, dijo el príncipe, poco despues de haber entrado en la cámara el marqués de la Fávara.

Olivares leyó:

« Á UN CONTRATIEMPO AMOROSO.

SONETO.

No culpeis á la ardiente pasion fiera
Que por vos me ha tornado el Mongibelo.»

—No me gusta este Mongibelo, Olivares, dijo el príncipe; es posible que aquella para quien el soneto se escribe, no sepa que Mongibelo es un volcan.

—Pues diga lisa y llanamente vuestra alteza, dijo respetuosamente Olivares.

—Entonces tenemos que cambiar los consonantes cielo, velo, anhelo de las dos estancias.

Olivares no contestó.

—Dejémoslo, dijo el príncipe; estoy de muy mal humor: no haré nada de provecho.

—Lo que yo decia, murmuró el marqués de la Fávara; á su alteza le ha puesto de muy mal humor Mongibelo.

—¡Ah! ¿estais vos ahí? dijo el príncipe reparando en el marqués.

—Sí, serenísimo señor, contestó el marqués inclinándose profundamente.

—Y dime: ¿donde habeis estado, que no os he visto en todo un mes? me parece haber oido decir que su magestad os habia enviado preso no sé donde.

—Al castillo de Montanches, monseñor.

—¿Y qué tal lo habeis pasado?

—Tan bien como puede pasarlo quien se vé privado de la honra de servir á vuestra alteza, y se encuentra preso, sin saber por qué.

—¡Ah! ¿no sabíais por qué habíais sido preso?

—No señor; pero lo he sabido despues de haber sido sacado de la prision.

—¿Y por qué? yo os creo inofensivo.

—Y lo soy en efecto, señor; segun me ha dicho el marqués de Siete Iglesias, he sido preso por una broma.

—¿Eh? ¿qué? cuidado con lo que decís; porque siendo vos grande de España, y de mi alta servidumbre, no podeis haber sido preso más que de orden del rey, y su magestad no puede mandar prender por broma.

—La broma, señor, consiste en haber informado mal de mí á su magestad.

—Aun así, yo no creo que ni Lerma, ni Calderon, aunque á tanto se atreven, se atrevan á abusar de tal modo de la potestad real.

Se echó á sudar el marqués.

Para salir del apuro en que se encontraba, necesitaba hacer la guerra á Calderon, estaba delante Olivares, de quien no se fiaba, y no podia vacilar en la respuesta.

—Despues de todo, señor, dijo, yo creo que el marqués de Siete Iglesias me ha dicho que yo habia sido preso por broma, por no decirme que lo habia sido por una equivocacion ó por una calumnia; porque el marqués de Siete Iglesias, aunque se equivoque, no confiesa jamás que se ha equivocado.

Olivares que se habia puesto de pié, miraba de una manera profunda, de una manera singular al marqués.

—¿Sabeis vos, Olivares, dijo el príncipe, á qué se ha atribuido en la corte la prision del marqués?

—¡Ah, señor! dijo Olivares; siento mucho verme obligado por mi respeto á vuestra alteza á contestar delante del marqués á la pregunta que vuestra alteza acaba de hacerme. Por de contado, yo creo que todo lo que se ha dicho acerca de esta prision no tiene otro carácter que el de hablillas.

—¿Pero qué se ha dicho? replicó el príncipe con impaciencia.

—Se ha dicho, contestó Olivares, que el marqués se habia pasado del partido de Lerma y de Siete Iglesias al partido de Uceda, y que por más que habia pretendido encubrir sus servicios á este últi-

mo, habíanlo sabido Lerma y Siete Iglesias, de lo que provenia la prision del marqués.

—¡Ah! pues no sois tan inofensivo como decís, observó el príncipe, dirigiéndose al marqués.

—Calumnias de mis enemigos, señor, ó cuando menos mentiras de pobres gentes, á quienes se hace enfadoso el no poder hablar de todo, como si todo lo supieran: ya vé vuestra alteza que no debe ser esto, porque don Rodrigo Calderon me ha dicho que el rey me vuelve al oficio que desempeñaba en el cuarto de vuestra alteza; y que me presente á vuestra alteza para ponerme á sus órdenes, como lo hago humildemente.

—¡Ah, sí! es cierto; hemos recibido una comunicacion de su magestad en que se nos habla de este asunto: ¿y sabeis, marqués, que vuestra esposa debe haber sentido mucho que os hayan soltado?

—¡Cómo, señor! mi esposa me ama de tal manera, que se ha puesto enferma de gozo al encontrarme delante de sí y libre, cuando menos lo esperaba.

—Sin embargo, tengo noticias de que vuestra esposa ha andado muy tarde de noche en cierta aventura. Cerrad la puerta, Olivares, y acercaos vos, marqués.

El conde de Olivares fué á la puerta de la cámara y la cerró.

El marqués se acercó al príncipe.

—Acercaos, acercaos más, dijo este; quiero que me oigais bien, aunque hable en voz muy baja.

El marqués se acercó y bajó su cabeza, hasta el punto de poner su oído á un palmo de distancia de la boca del príncipe.

—Es necesario, dijo este, que yo tenga una entrevista con vuestra esposa.

El marqués que ignoraba la aventura de dos noches antes, en que tanta parte habia tomado la marquesa de la Fávara, se estremeció y creyó que el príncipe, cuya loca inclinacion á las mujeres conocia todo el mundo, le hacia corre vé y dile respecto á la marquesa.

Ardió en su corazon toda la rabiosa cólera de sus celos, y como no podia ni aun pensar en matar al príncipe, se estremeció todo en un temblor convulsivo, resultado de su rabia.

—Sí, dijo el príncipe; me importa mucho hablar con vuestra esposa. ¿No pudiérais traerla por las comunicaciones de servicio? .

Se aumentó el temblor del marqués, lo que es lo mismo que decir que se aumentó su cólera, hasta el punto de que el príncipe lo notó.

—Pues ya sé, ya sé por qué os han preso, dijo el príncipe riendo; os han preso por pobre hombre.

—Es muy posible, señor, dijo el marqués de la Fávara, cuyo temblor no cesaba.

—Y dígolo, añadió el príncipe, porque Dios me perdone, me parece que os ha entrado una comezon de celos, por lo de la entrevista que deseo con la bella marquesa de la Fávara. No seais tan sencillo, marqués; para eso no me valdria yo nunca de vos, sino de Olivares ó de Uceda: de Uceda no: le prenden, le asustan: ¡diablo diablo! no sabemos á qué atenernos: suceden cosas muy raras, cuando se trata de las mujeres: el que más mira, menos vé. Os lo repito, Fávara, necesito hablar inmediatamente con vuestra esposa.

—Las órdenes de vuestra alteza, señor, son sagradas para mí, contestó el marqués, cuyo temblor no disminuía: le parecia aquello una broma demasiado pesada.

—Supongo, continuó el príncipe, que vuestra bella esposa no estará tan enferma que no pueda complacerme.

—Tal es nuestra lealtad y nuestra ciega obediencia á vuestra alteza y nuestro ardiente deseo por servirle, contestó el marqués, que mi esposa así como yo, nos haríamos conducir moribundos al alcázar.

—Pues bien, marqués; contando con que la alegría de veros no ha podido poner moribunda á vuestra esposa, id por ella. Venid acá, Olivares: llevad al marqués por la comunicacion de servicio al postigo de los Infantes y esperad allí á que el marqués vuelva. Id, id, Fávara; espero con impaciencia; me importa mucho que vuestra esposa diga por qué razon ha estado de servicio hoy en palacio cierta persona.

—Voy á cumplir las órdenes de vuestra alteza, dijo el marqués, saliendo detrás de Olivares, que despues de haber tomado su capa y su sombrero, se habia dirigido á una pequeña puerta de servicio.

—¿Querreis decirme, don Gaspar, preguntó el marqués al conde cuando hubieron atravesado dos habitaciones mal alumbradas y entraban en un pasadizo peor alumbrado aun, qué significa esto?

—Si me preguntais en general qué significa lo que pasa en la corte, dijo Olivares, solo podré contestaros que el diablo está en Cantillana.

—No, no es eso lo que yo quiero saber, sino la razon de que su alteza quiera tener una entrevista con mi esposa.

—¡Ah! yo no sabia eso; su alteza ha hablado en voz muy baja.

—Don Gaspar, en mi corazon y en mi honra ha resonado muy alto la voz de su alteza.

—Creo que en este momento estais siendo la persona de una comedia, don Alvaro.

—Si, de una comedia de figuron, en que el figuron soy yo.

—No lo he dicho por tanto, contestó Olivares; nada teneis que temer por vuestra esposa; aquí hay un enredo.

—¿Y qué enredo, don Gaspar?

—En el alcázar no pueden darse dos pasos sin que haya quien los cuente; se dice que antes de anoche salieron del alcázar el principe con el duque de Uceda, la princesa con la marquesa de la Fávara; se cuenta que aquella misma noche hubo cuchilladas en el jardin de la Priora, cerca del postigo del jardin del consejero don Francisco de Contreras.

—¡Ah! exclamó el marqués respirando fuerte; la hermosa doña Ana de Contreras, camarista de su alteza la princesa de Astúrias, era muy mirada, muy remirada, y muy suspirada por su alteza el principe de Astúrias.

—Dícese que el marqués de Siete Iglesias anduvo en las cuchilladas del jardin de la Priora: aun se dice que despues de las cuchilladas, don Rodrigo estuvo en conversacion con dos damas que iban en dos sillas de manos: dícese que la una de las damas, que se parecia mucho en el andar á su alteza la princesa de Astúrias, entró en el jardin de don Francisco de Contreras asida del brazo de Siete Iglesias: dícese que antes habia entrado en el mismo jardin el teniente alguacil mayor del Santo Oficio Agustin de Avila: dícese que Agustin de Avila salió poco despues llevando preso á un hombre que se parecia por detrás al duque de Uceda: añádese que habiendo sido llevado el duque de Uceda preso á su casa, se escapó por un balcon, despues de haber atado y amordazado á un alguacil del Santo Oficio que le habian puesto de centinela en la sala: dícese tambien que gran rato despues de haber entrado la dama que se parecia en el andar á la princesa de Astúrias, volvió á salir con don Rodrigo Calderon, y se trasladó con la otra dama que se parecia á vuestra esposa, al alcázar. Anoche mataron en la calle del Sacramento, sin que se conozca al asesino, al teniente alguacil mayor del Santo Oficio Agustin de Avila: esta tarde ha muerto casi de repente, casa de don Rodrigo, su ayuda de cámara Francisco de Juara; pero en contra de todos estos rumores, se ha visto hoy en la cámara del rey y en la del principe, como si nada le hubiera acontecido, al duque de Uceda,

y en la antecámara de su alteza la princesa de Astúrias, á su camarista doña Ana de Contreras. Los rumores han nacido de la gente de palacio, que estuvo en la Priora, de los alguaciles del Santo Oficio, de los golillas y de los criados de don Rodrigo Calderon.

—Pues mirad, dijo el marqués; algo debe haber de cierto en todos esos rumores, porque el príncipe me ha dicho que necesita hablar con mi esposa para informarse de por qué estaba hoy de servicio en el alcázar cierta persona; esta persona es sin disputa doña Ana de Contreras.

—Puede ser, puede ser, dijo Olivares; pero salid, y volved cuanto antes, puesto que tengo que esperaros aquí y hace mucho frio.

En esto abrió el postigo, que solo estaba cerrado con cerrojos, Olivares; salió el consejero, y tomando por una calleja inmediata para dar un rodeo, á fin de que no le viesen los criados que estaban con su carroza en la puerta de las Meninas del alcázar, siguió el jardin de la Priora, ganó los Caños del Peral, la calle del Arenal y dió consigo en la puerta de su casa, á la que llamó rotundamente, haciendo caer tres veces el enorme llamador de hierro representando una sirena, sobre la cabeza de tigre que la servia de apoyo.

Nadie llamaba así en la casa del marqués, más que el marqués, y acudieron desalados á abrir el portero y dos ó tres lacayos.

Don Alvaro, sin decirles una palabra, cruzó rápidamente el zaguán, salvó de dos en dos los peldaños de la escalera, torció por la galería, y atravesando un recibimiento, una antecámara y una cámara, dió en el retrete donde suponía á su mujer.

En efecto, una mujer sentada en un sillón, replegada y cabizbaja, estaba junto al brasero.

—Señora, dijo el marqués, poneos al momento el manto y seguidme.

—La señora marquesa no está en casa, dijo levantando la cabeza Calixta, que ella era la que el marqués habia visto replegada en un sillón.

—¡Ah! ¿eres tú? dijo el marqués; tú, mediadora de intrigas, que escapas salva de mis manos gracias á la mediacion de un gran personaje, á quien no puedo negar nada, porque le debo mucho.

—De lo que yo me alegro muchísimo, señor, porque de otro modo solo Dios sabe lo que hubiera sido de mí.

—Empecemos por lo principal, dijo el marqués, tomando un sillón, acercándose al brasero, revolviendo el fuego y amagando despues con la badila las frescas mejillas de Calixta.

—Si vucencia no se está quieto, dijo la doncella con esa dignidad grosera de que se revisten las domésticas ante una licencia, ó mejor dicho un *lapsus* de sus amos, me levanto y me voy.

—Virtud salvaje, exclamó el marqués; pero no eres tú lo principal á que yo me refiero; lo principal es esto: que la marquesa no esté en casa.

—No señor, dijo con descaro Calixta, á quien hacia insolente de una parte la proteccion de don Rodrigo, de otra las libertades que respecto á ella se permitia el marqués.

—¿Con quién ha salido la marquesa?

—Conmigo.

—¿Y por qué has vuelto tú y no ha vuelto la marquesa?

—Porque la señora se ha metido en la carroza de don Francisco de Contreras y se ha ido con él.

—¿Que se ha ido la marquesa y en carroza y sola con ese vejatorio de don Francisco de Contreras? dijo el marqués, volviendo su celoso y enconado pensamiento al consejero de Estado.

—Sí señor, respondió Calixta.

—¿Y por qué se ha metido la marquesa en la carroza de don Francisco?

—No lo sé.

—Tú sabes todo lo que piensa tu señora.

—Ni sé eso, ni lo que hace, contestó creciendo en descaro Calixta.

—¿Y no ha vuelto la señora?

—No señor.

—¿Y no sabes dónde está?

—No señor.

—¿Y dónde te quedaste tú?

—En la hosteria del Ciervo Azul.

Crispáronsele los nervios á don Alvaro, y exclamó:

—¿Y qué tenias tú que hacer en esa hosteria?

El marqués quitaba la palabra ciervo.

—Necesitaba ver de parte de mi señora á don Guillen de Vargas Machuca.

—¡Hum! ¡don Guillen! ¿y para qué tenias tú que ver á don Guillen de parte de la marquesa?

—Para devolverle unas arracadas.

—¡Hum! ¡las arracadas! Pero ese hombre se está muriendo; ¿no es verdad?

—Yo no soy médica; pero segun habla, á mi me parece que no se muere.

—¿Qué sabes tú de eso? con mucha frecuencia los hombres se mueren charlando como los loros: todo consiste en que tienen el tragadero y la lengua en buen estado.

—El, despues de haberse casado con aquella divinidad, dijo con acento de zumba Calixta, porque aunque la señora esposa de don Guillen está flaca y pálida, segun es de hermosa, se la puede llamar una divinidad, ¡y qué buena señora que es! me habló con mucha dulzura, y habló ella sola, porque don Guillen apenas si me dijo dos palabras, y me dejó las arracadas, y además para que yo tuviese mejor memoria de ella, me dió este cintillo: ya vé vucencia que el diamante es gordo como un garbanzo de los mayores.

—Pero señor, exclamó el marqués, examinando ávidamente la sortija; una mujer que dá para memoria á la primera criada que se le presenta una alhaja así, es millonaria: este diamante vale por lo menos mil ducados.

—¡Oh, y qué alegría, señor! con esto y con lo otro ya tendré buena persona que se case conmigo.

—Decididamente, dijo el marqués; ese hombre no se muere, porque le favorece demasiado la suerte. Pero dime tú, Calixta, ¿por qué no me sirves bien?

—Siempre he servido bien á vucencia.

—Sí, sirviendo á mi esposa.

—¿Y qué habia yo de hacer? A más de eso; ¿en qué he servido yo á la señora en perjuicio de vucencia? -

—¡Hum! dijo el marqués; ¿con que no es un deservicio mio el recibir por un balcon del jardin á un hombre?

—Mire vucencia; la marquesa gustaba de hablar con don Guillen, porque don Guillen tiene muy buena conversacion y hace versos, y en fin, porque don Guillen...

—Don Guillen, don Guillen, ¿por qué le han de llamar don Guillen, cuando no es más que licenciado?

—¿Qué está diciendo vucencia? pues si cuando yo entré á llevarle las arracadas, estaba envuelto en un manto, y sobre el manto habia una cruz de Santiago de media vara.

—¡Ah! le han hecho merced del hábito para casarle sin duda: pero señor, ¿quién es ese hombre? ó más bien, ¿quien es esa mujer?

—Ya sabe vucencia que don Rodrigo Calderon...

—Por personas como tú, se dice siempre el titulo, y no el nom-

bre: tú no debes decir don fulano de tal, tratándose de un titulado, porque esto es una falta de respeto, sino el señor duque de tal, el señor marqués de cual, ó el señor conde.

—Pues bien, dijo Calixta, á quien se le dió muy poco de la correccion del marqués; ya sabe vucencia que el marqués de Siete Iglesias es tan poderoso que puede más que el rey de España.

—Sí, sí, lo sé por desgracia; pero esto no puede durar: ese hombre el dia menos pensado dá un tronido.

—Pues entre si lo dá ó no lo dá, hace lo que quiere, y la persona á quien él ampara, puede decir que está más segura que el cielo de ladrones.

—Como tú, por ejemplo, ¿no es verdad? Pues estás en un error, Calixta; tú crees que estás segura porque don Rodrigo te ampara. ¡Bah! ya encontraria yo medio de hacerte pagar lo que me debes, sin que don Rodrigo se incomodase por eso.

—Demasiado que lo sé yo, dijo poniéndose seria Calixta, porque la habian causado miedo las palabras del marqués.

—¿Crees tú, continuó este, que dos tan grandes señores como don Rodrigo y yo, habiamos de indisponernos por una criada? ¡Bah! has cogido á don Rodrigo en un momento de buen humor y te ha dado esa carta y te ha puesto tan orgullosa; pero no confies mucho, porque si estás segura de todo mal, no es porque te proteja don Rodrigo, sino porque te protejo yo; y como obras son amores y no buenas razones, toma; quiero que tengas un buen recuerdo mio, y que sepas puntualmente la hora cuando tengas que acudir á algun cita con don Rodrigo.

Y el marqués sacó un enorme reló esférico, algo parecido á una caldera, con gruesa caja de oro esmaltado, guarnecido de pedrería, y con una cadena corta en que habia rubíes y esmeraldas: una verdadera joya de grande.

—Muchas gracias, señor, dijo Calixta; con esto tengo lo menos diez mil ducados más de dote; pero esto no me servirá para saber la hora á que tengo que acudir á una cita con el señor marqués de Siete Iglesias, porque yo no tengo que citarme con ese señor para nada.

—Pues bien, mujer; que te sirva para tus citas conmigo.

—Eso es otra cosa, señor, dijo sonriendo Calixta.

—Oros son triunfos, contestó el marqués; siempre me has enamorado, pero por lo visto yo no he hecho lo que debia.

—Vamos, señor, no diga vucencia esas cosas, que yo no lo he dicho por tanto.

—Sí, sí, ya sé que eres una virtud digna de pelar; pero todas las citas que una mujer puede tener con un hombre no han de atribuirse á mala cosa: ¿quieres servirme, Calixta?

—Yo, si señor: francamente, ¿á qué estamos los pobres? yo no quiero engañar á vucencia: yo servia á la marquesa, porque me pagaba bien; he servido á don Rodrigo Calderon en lo que me ha mandado, porque me ha pagado mejor; y serviré á vucencia mejor que á la marquesa y mejor que á don Rodrigo, si vucencia me paga mejor que los dos.

—Pues cuenta con ello y empieza á servirme.

—¿De qué manera, señor?

—Díme lo que te ha mandado don Rodrigo.

—Don Rodrigo me ha mandado que me fuera del cuarto de don Guillen, y que le trajera á la señora marquesa un collar y unas cartas.

—Ya sé que lo has hecho; ¿y qué te ha mandado la marquesa?

—Que lleve unas arracadas á don Guillen.

—¿Y tú qué has hecho?

—Las he llevado, las ha tomado la esposa de don Guillen, se ha quedado con ellas, me ha dado este cintillo, y me ha dicho que diga á la marquesa, que ella se ha quedado con las arracadas en memoria suya.

—¿Y tú qué has hecho?

—No he podido cumplir el encargo de la esposa de don Guillen, porque todavia la señora marquesa no ha vuelto á casa; pero la estoy esperando para ello, á no ser que vucencia me mande otra cosa.

—No, no, dijo el marqués: di á tu señora lo que esa otra señora te ha mandado que la digas, y despues me avisas de lo que la señora marquesa haya hecho ó dicho ó te haya mandado.

—Muy bien, señor.

—A más de eso me avisarás de todo lo que sepas: ¿estamos?

—Sí señor.

—A más harás todo lo que yo te mande, sea lo que fuere.

—Sí señor.

—Y yo me encargo de ponerte rica, y de buscarte un buen marido.

—Pues entonces, señor, puede vucencia contar completamente conmigo.

—Bien, veremos qué tal cumples tu promesa. Entretanto, adios

no quiero que sobrevenga la marquesa y nos vea juntos. Hasta otro rato, Calixta; cuando llegue la marquesa, que me avises.

Y el marqués salió.

—¿Y á quién sirvo yo? dijo Calixta; todos me pagan y todos me piden; pues bien, los serviremos á todos y ya haremos de modo que no se ofenda ninguno. Necesito ser rica y lo seré: lo menos, lo menos me caso yo con un hidalgo: dice bien el marqués;oros son triunfos: venga oro, mucho oro, y despues lo que Dios quiera.

CAPITULO XLI.

De cómo la marquesa de la Fávara no ganaba para irritaciones.

No habia pasado un cuarto de hora desde la salida del marqués del camarín de su mujer, cuando entró esta pálida é irritada.

Calixta, como su fortuna se la presentaba tan próspera, se habia adormecido al calor del brasero.

—Y bien, dijo la marquesa, despertándola bruscamente; ¿qué has hecho, Calixta?

—¡Ah, señora! exclamó Calixta; he hecho lo que he podido.

—¿Has entregado las arracadas á Guillen?

—No señora, porque don Guillen...

—¿Por qué le llamas don Guillen?

—Porque le han hecho merced del hábito de Santiago.

—Bien se conoce que en esto anda don Rodrigo, dijo la marquesa; pero en fin, ¿le has dado las arracadas?

—No señora, porque las ha tomado su esposa.

—¿Cómo? exclamó la marquesa; ¿la esposa de Guillen ha tomado las arracadas?

—Sí, sí señora; y me ha dicho que diga á vuecencia que lo estima tanto, que conservará siempre las arracadas en memoria de vuecencia.

—¿Eso te ha dicho esa mujer?

—Sí, sí señora: 'yo quise replicar, pero don Guillen me ha

echado con cajas destempladas, y si no me voy pronto, me parece que llama á alguien para que me eche.

La marquesa permaneció durante algun tiempo muda y sombría.

—¡Ah! dijo: ¡con que ha conservado en memoria mia mis arracadas! Esa mujer está loca, esa mujer no sabe quién soy yo. Desnúdame, Calixta; quiero recogerme, estoy enferma.

—Me parece, señora, que el señor marqués necesita hablar con vucencia.

—¿Sí? dijo la marquesa.

—Sí, sí señora; ha estado aquí y me ha dicho que cuando llegase vucencia le avisase.

—Pues bien, dijo, doña Teresa: vé y avisale de que he venido. Calixta salió.

—¿Qué nueva cosa será esta? dijo la marquesa; me parece que se preparan grandes acontecimientos, que para alguno han de ser muy funestos. Y bien, suceda lo que quiera; yo no puedo estar más desesperada: el rey empeora de dia en dia; el principe se impacienta; los ambiciosos se hacen una guerra á muerte; se usa de todas las armas, hasta del puñal: pues bien, procuremos sacar nuestra parte del gran botin de las botellas: sobrevenga lo que sobreviniere, estoy dispuesta, y sobre todo necesito vengarme.

En este punto entró el marqués de la Fávora.

—Y bien ¿para qué me quereis? le dijo la marquesa; ¿no hemos hablado ya todo cuanto teníamos que hablar?

—No soy yo quien quiere, señora, sino su alteza el principe de Astúrias.

—¿Y qué quiere su alteza?

—Quiere tener una entrevista con vos.

—¿Dónde?

—En palacio.

—¿Y se vale de vos el principe para pedirme una entrevista?

—Lo que prueba, señora, que nada deshonroso hay para vos, ni para mí, en esta peticion de su alteza; porque ciertamente, si en algo pudiera ser para mí ofensiva esa entrevista, no se hubiera valido de mí su alteza para pediros la.

—¿Sabeis, don Alvaro, dijo la marquesa, que desde hace algun tiempo nos están sucediendo cosas muy singulares?

—Singularísimas; pero de muchas de cuyas singularidades tenéis vos la culpa.

—Dejémonos, dejémonos de recriminaciones; la culpa consiste

en que vos hayais venido al mundo tal como Dios os ha hecho: ¿lo entendeis? y nada teneis que reprocharme ni echarme en cara. Pero concluyamos: decid al príncipe, que si quiere, puede venir á mi casa, que no conozco ninguna persona bastante alta para que yo vaya á buscarla.

—¿Pero estais loca, doña Teresa, estais loca? ¿No sabeis que de un momento á otro puede morir el rey, que está cada dia más melancólico, más enfermo, y que puede considerarse ya casi, casi como rey á su alteza?

—Al grande emperador Carlos V le hubiera yo hecho venir á mi casa, si pretendia una entrevista conmigo, y aun así le hubiera creído muy honrado.

—¿Pero no veis que con esa exigencia podemos caer en desgracia de su alteza y pagar muy caro vuestra vanidad?

—Sucedá lo que quiera, dijo la marquesa; estoy ya cansada de humillaciones, y no me humillaré más.

—Acabareis por quitarme la vida, señora.

—Váyase por las que vos habeis quitado á otros.

—Vos habeis tenido la culpa.

—Os repito que toda la culpa es vuestra.

—En fin, señora, ¿estais perfectamente decidida á no acompañarme al alcázar?

—Decidida de todo punto; yo no voy al alcázar sino cuando me llama la noble princesa de Astúrias, ó para entrar de servicio en su cámara: ¿lo entendeis? Nado tengo que ver fuera de la princesa ni con el príncipe, ni con el rey, ni con nadie.

—Ved lo que haceis, señora.

—Ya está visto.

—Me estais precipitando á un desacierto.

—Y vos vais aumentando hasta el aborrecimiento el hastío que desde que os conozco he sentido por vos.

—Vá á suceder entre nosotros algo terrible.

—Pues mirad, dijo la marquesa; vos tendreis la culpa de todo lo que suceda; yo, sabedlo, habia llegado á tener lástima de vos; habia acabado por creer que todo lo que habiais hecho, consistia en un amor loco, terrible que sentiais por mí.

—¿Y habeis podido dudarle, señora? dijo el marqués maravillado de aquella salida de su mujer, y profundamente conmovido: ¿pues qué he hecho yo más que desesperarme por vuestro desamor?

—Habeis nacido con mal sino, don Alvaro; cuando yo, despues

del grave disgusto que hemos tenido esta noche, despues de haberos dicho que me queria separar de vos, al veros triste, aterrado, desconcertado, habia sentido lástima por vos, y me habia propuesto consolaros, se me os venis con esta nueva exigencia irritante: ¡ah! no mereceis que se os ame, y toda la compasion que por vos habia sentido, se ha convertido en desprecio.

—¿Pero qué quereis que haga, señora? ¿qué hombre se ha visto jamás en una situacion como la mia? ¿por quién me he hecho yo palaciego é intrigante, sino por vos? ¿por quién, sino por vos he servido yo en todo y por todo á Lerma y á Calderon? ¿por quién he hecho traicion á Siete Iglesias y á Lerma, para pasarme al servicio de Uceda, sino por vos, señora, ganándome por esto un angustioso mes de prision en ese maldito castillo de Montanches, donde segun don Rodrigo me han tenido encerrado por una broma? Todas las bromas que sobre mí recaen, son por causa vuestra, y demasiado duras. ¡Ah, doña Teresa, doña Teresa! acabareis por dar lugar á que me lleve el diablo, y nunca, nunca, señora, me habeis hecho sufrir tanto como en este momento. ¿Con que estabais decidida á admitirme en vuestra gracia y os habeis arrepentido de ello? no debíais habérmelo dicho, porque esto es demasiado, señora, esto es terrible; acabad de una vez, matadme de una vez, porque os aseguro que yo no puedo ni quiero vivir así.

—Acumulais indignidad sobre indignidad, señor mio, dijo la marquesa; habeis debido rechazar esa humillante proposicion del príncipe.

—Pero señora, si el príncipe solo quiere hablaros para que le espliqueis por qué razon estaba hoy de servicio cierta persona en el alcázar.

—¿Y quién es esa persona? dijo doña Teresa.

—Ya se vé, como yo, por haber estado un mes secuestrado, no estoy en autos acerca de lo que pasa en la corte, pregunté al conde de Olivares, y me ha dicho que no podia ser otra que la hermosa doña Ana de Contreras.

—Cabalmente vengo yo ahora de hablar con doña Ana.

—¡Ah, doña Teresa, doña Teresa! exclamó el marqués; acabais de quitarme un terrible peso de sobre el corazon: ¿ha sido para que os llevase á ver á su hija, para lo que os habeis metido en la carroza de don Francisco de Contreras?

—¿Pues para qué habia yo de haber entrado en la tal carroza, dijo la marquesa, sino porque necesitaba un introductor? Yo podia

muy bien haber dicho á doña Ana: «venid á verme,» como el príncipe de Astúrias os ha dicho «traed al alcázar á vuestra mujer;» pero yo sé muy bien que el que necesita debe buscar, y no llamar al que necesita.

—¿Y creéis que su alteza os necesite hasta tal punto que venga á veros?

—¡Oh! yo lo creo; me parece adivinar lo que quiere el príncipe.

—Pero meditad, señora, que el príncipe de Astúrias, aunque es débil y se olvida con facilidad de los buenos servicios, no se olvida nunca de las violencias que se le imponen, y que cuando puede se venga.

—Sea como quiera: si el príncipe me necesita, que me busque; yo no iré.

—Olivares que me está esperando yerto de frío en el postigo, Olivares que priva con su alteza, como que le ayuda á hacer versos, se irritará: ¿que digo? estará ya irritado, por la larga é incómoda espera que se le hace sufrir. Meditadlo bien, señora; meditadlo bien.

—Estoy perfectamente decidida: id por su alteza, y si su alteza no quiere venir, mejor; así nos ahorraremos complicaciones.

—Pues bien, señora; antes de que pase más el tiempo, y se irriten más por su larga espera, y cada cual por su parte, Olivares y el príncipe, voy á palacio: haceis lo que quereis de mí; no hay en el mundo dos maridos como yo.

El marqués salió.

—¡Que quiere verme el príncipe! dijo la marquesa. ¡Oh! sí, adivino para lo que el príncipe quiere verme: pues bien, ganaremos una nueva ventaja sobre Calderon.

Después la marquesa volvió á su idea fija.

—¡Que conserva mis arracadas para tener una memoria mia! exclamó; ¡ah! no fieis mucho en vuestra fortuna, doña Inés; no, no fieis mucho, porque os habeis hecho en mí una enemiga terrible.

Y doña Teresa para recibir dignamente al príncipe y ejercer sobre él más influencia, se hizo ataviar ricamente por sus doncellas, y esperó.

CAPITULO XLII.

De cómo el príncipe de Asturias y la marquesa de la Fávara pasaron una mala noche para producir unas malas apariencias.

El marqués de la Fávara encontró del peor humor posible al conde de Olivares.

—¿Sabeis, don Alvaro, le dijo, que hace aquí en este maldito pasillo un frio que hiela?

—Perdonad, perdonad, don Gaspar, dijo el marqués; cuando hay mujeres de por medio se nos debe dispensar todo.

—¿Pero dónde os habeis dejado á vuestra mujer? dijo Olivares.

—Pues ese es el caso, más que el caso, el compromiso en que me hallo; mi mujer no quiere venir.

—¡Cómo!

—Dice con toda la resolución de que es capaz; y ya sabeis que mi mujer es lo más resuelta del mundo, que si su alteza la necesita que vaya á verla, que ella por nada del mundo vendrá á ver á su alteza al alcázar.

—¡Diablo, diablo! dijo Olivares; os doy la enhorabuena, amigo marqués.

—¿Y por qué? dijo con una extraña salida de tono el marqués de la Fávara, porque adivinaba la intencion de la enhorabuena del conde de Olivares.

—Porque va á crecer vuestra privanza, amigo mio.

—Pues no veo la razon.

—El príncipe se va derecho allí donde encuentra dificultad; hasta ahora, por lo que se vé, doña Teresa ha pasado para él como una persona á quien está viendo desde hace un siglo: me parece, marqués, que su alteza va á aprender el camino de vuestra casa: es cosa de teneros envidia.

—Pues entonces, dijo todo osco y desconcertado el marqués de la Fávara, ¿por qué no le enseñais vos el camino de la vuestra?

—¡Bah, bah! por ese camino no puedo yo hacer fortuna: doña Inés de Zúñiga es una santa, amigo mío; no sirve para la intriga. Pero vamos llegando ya á la cámara, y es necesario que penseis lo que habeis de decir á su alteza.

—¡Su alteza! ¿y qué he de decir yo á su alteza?

—Vos lo vereis, hermano, dijo don Gaspar; por mi parte me alegro, porque saliendo el príncipe no tendré que estar de espera en el postigo; os aseguro que me habeis hecho pasar un frío infernal.

—Por el cual creo habeis pretendido vengaros.

—Puede ser, puede ser; porque vos mereceis todo lo que se os haga rabiarse: pero no hagais esperar más al príncipe, debe estar furioso.

—Pero decidme por Dios lo que debo hacer.

—¿Quereis creerme? pues decidle la verdad. Vamos, entrad.

Y empujó dentro de la cámara al marqués.

Este se encontró delante del príncipe, que borroneaba sobre un papel.

—¡Ah! dijo el príncipe sacando el reloj y consultándolo; habeis tardado, marqués, dos horas y treinta y cinco minutos.

—No encontré en casa á mi mujer, señor, contestó el marqués.

—No, no es eso, dijo el príncipe; es que no la habeis querido traer.

—No, no señor, dijo el marqués tragando saliva y atreviéndose á todo: es que mi mujer no ha querido venir.

—¿Qué dices, qué dices de esto, Olivares? exclamó el príncipe. La marquesa de la Fávara no ha querido venir.

—Ya, ya lo he oído, señor.

—¿Y qué piensas, qué piensas de esto?

—Pienso que no quiere venir la marquesa de la Fávara.

—Páreceme á mí, dijo el príncipe, que la marquesa no ha contestado eso; que esa contestacion es vuestra, marqués.

—¡Ah, señor! esa contestacion es de mi esposa; y si vuestra alteza quiere convencerse, de boca de mi misma esposa lo oirá.

—¿Y cómo he de oirlo, si la marquesa no quiere venir á mi cámara?

—La marquesa me ha dicho terminantemente que si vuestra alteza quiere verla puede ir á mi casa á buscarla.

Sudaba y trasudaba el misero marqués, porque le parecia un desacato la contestacion que en nombre de su mujer habia dado al príncipe.

Pero con gran asombro suyo, este no se irritó.

—¡Ah! dijo: la bellísima marquesa de la Fávara acaba de darnos una buena leccion. En efecto, Olivares, no es una dama de las prendas de la marquesa la que debe venir á vernos, por más que seamos príncipes, sino nosotros los que debemos ir á verla á ella.

—Sí, sí, eso es: las leyes de la galantería alcanzan á todos, hasta á los reyes.

—Dadme, dadme mi capotillo de pieles, Olivares; debe estar por ahí: mi espada, mi sombrero: ¿llueve? ¡hace frio!

—Si vuestra alteza quiere servirse de mi carroza, dijo el marqués, á la puerta está de las Meninas.

—¡Oh! perfectamente: podeis retiraros, Olivares, y hasta mañana.

—Adios, señor, dijo el conde.

Y despues de una profunda reverencia, salió.

—Pues señor, dijo el marqués; me he quedado solo con el mochuelo; esto vá de malo á peor: bien dicen, que con las mujeres... mejor es no meneallo. ¡Pero quién diablos habia de figurarse!... en fin, hay que tener paciencia: ¿quién mata al príncipe, ni quién la mata á ella?

—Vamos, vamos, marqués, dijo el príncipe acabándose de arreglar su abrigo: vuestra esposa debe estar impaciente; porque es muy fastidioso, fastidiosísimo esperar; yo os lo aseguro.

El marqués no supo qué contestar. Su adulacion encontraba un limite en sus celos, que á cada momento se hacian más terribles.

El príncipe salió á una galería por una puerta de servicio, y de ella á unas escaleras.

—Rebocémonos bien, dijo; no hay necesidad de que nadie sepa que salimos á esta hora de palacio.

El marqués se rebozó.

El príncipe se habia subido su capotillo hasta las narices, y se habia calado el sombrero hasta los ojos.

Sin embargo, le conoció en cuanto le vió el portero.

—¿A dónde irá á estas horas, dijo, con el marqués de la Fávara su alteza?

El príncipe entró en la carroza acompañado del marqués.

Poco despues entraba casa de este y en la cámara de doña Teresa.

—Avisad á vuestra esposa de que estoy aquí, dijo el príncipe, y esperad á que os llame: vos no podeis oir lo que yo tengo que decir á vuestra esposa: esto es un secreto que atañe tambien á otras damas.

—Bien, bien, señor.

—Pero no quiero que tengais celos, marqués; yo nada busco, yo nada espero, particularmente de vuestra esposa; y sin embargo me es necesario, muy necesario verla.

—¡Mal rayo parta los principes tontos! dijo para sí el marqués inclinándose respetuosamente.

—Pero id, id y avisad á vuestra esposa de que yo espero, dijo el príncipe.

—Voy, señor, contestó el marqués; pero si mi esposa tarda, no me eche vuestra alteza la culpa, será cosa de mi mujer.

Y el marqués se apresuró á salir.

—¡Vive Dios, exclamó el príncipe reparando en el mueblaje y en el adorno de la cámara, que el marqués de la Fávara tiene mejor alhajada la casa que el príncipe de Astúrias! Aquí hay Ticianos que no tenemos en el alcázar; verdaderas obras maestras: ¡bah, bah! nuestros grandes son más grandes que nosotros; y á costa nuestra, esta es la verdad: les damos demasiadas alas; los acostumbramos á que se den más magestad que nosotros: esto es necesario que concluya de todo punto, y concluirá, sí, concluirá en el momento en que yo sea rey.

Don Felipe tuvo tiempo de decir muy despacio todas estas palabras y otras tantas y más que hubiera querido, antes de que apareciese la marquesa de la Fávara.

Esta estaba vestida y dispuesta para recibir al príncipe; pero se daba importancia haciéndole esperar.

Al fin, cuando el príncipe estaba más que gravemente impacientado, se abrió una puerta y apareció doña Teresa hecha una diosa; peinada, pintada, adobada, ricamente vestida, encantadora.

Don Felipe retrocedió.

—¡Ah, señora! dijo; vos sois una musa, y como las musas, no acudís cuando se os llama, sino cuando quereis acudir. ¡Ah mar-

quesa, marquesa, sois una divinidad! ¿pero dónde he tenido yo los ojos hasta ahora, que hasta ahora no os he visto?

—¡Ah! dijo riendo la marquesa, y qué adulator venis esta noche, príncipe mio.

—¿Adulacion llamais á la verdad?

—¿Y qué verdad hay en lo que acabais de decir acerca de mi hermosura? en primer lugar soy ya vieja, tengo treinta años.

—La grande edad de la mujer, la edad de las grandes pasiones.

—Pero ¿qué entendeis vos de pasiones, señor, dijo la marquesa, si apenas teneis catorce años?

—Un príncipe á los catorce años es ya viejo, contestó con énfasis don Felipe; desde lo alto de los tronos se vé mucho, mucho, muchísimo.

—Indudablemente, señor; pero tambien desde los tronos se adula.

—¡Ah! la hermosura tiene el privilegio de dominarlo todo.

—Sí, pero los príncipes suelen ser muy cortos de vista: por ejemplo: mis treinta años os parecen diez y ocho, y mía la frescura de mi tez y sus bellos colores, que son pintados.

—Eso está en uso, señora, y no sé por qué, no sé por qué sino por este mal uso hayan de pintarse mujeres tan encantadoras como vos y que como vos tan poca necesidad tienen del artificio.

—¡Oh, señor! el que vive en la corte sin artificio, muere pronto ó le matan; en la corte lo primero que aprovecha es el engaño, y yo que engaño poco, estoy á punto de ser muerta.

—¡Ah! ¿conque estais á punto de morir, encantadora marquesa?

—Sí, si señor, de morir, si vuestra alteza no me protege.

—¡Pues ved ahí! ¡y yo que venia á ser protegido por vos!

—¿Necesita vuestra alteza de mi proteccion?

—Sí, de todo punto.

—Pues protejámonos mutuamente, señor.

—¡Oh! ¿sabeis, marquesa, que entrambos á dos nos encontramos en una situacion muy extraña? esta es una alianza.

—Indudablemente.

—¿Y por qué no hacer que esta sea una dulce alianza?

—¿Cómo, señor? ¿aun no habeis escarmentado? ¿os trata mal doña Ana de Contreras, y me buskais á mí para que yo os trate mal tambien?

—¿Sabeis, señora, que teneis una sinceridad que espanta?

—¿Y por qué no ser sincera con vos que sois un niño?

—No tanto, no tanto, marquesa.

—Dejad, dejad, señor, que hartó pronto os encontrareis viejo.

—Sois encantadora, doña Teresa; debeis ser hija de una sirena.

—Por Dios, señor; me vais á hacer que adolezca de soberbia, dijo la marquesa que empezaba á fastidiarse.

—Creo que os disgusto, dijo con altivez el príncipe.

—Sí, si señor, contestó doña Teresa; me disgusta el que me trateis como á una mujer cualquiera: han debido informaros muy mal de mí.

—Pues mirad, marquesa, no he pedido á nadie informes de vos: me bastaba para lo que necesitaba de vos antes de venir á vuestra casa, con saber que sois la dama de honor en quien más confía su alteza la princesa de Astúrias.

—En efecto, señor, su alteza me honra con su confianza.

—Pues bien, favorecedme vos con la vuestra, doña Teresa.

—Contad con ella, señor.

—¿Dónde estuvisteis antes de anoche, tarde, muy tarde?

—Estuve en el alcázar.

—¿En la cámara de su alteza?

—Sí señor.

—¿Y luego?

—Luego salí con su alteza en una silla de manos.

—¿Y á dónde acompañásteis á su alteza?

—Al jardín de la Priora.

—Creo que allí hubo cuchilladas.

—Sí señor: estaban tomadas las avenidas del postigo del jardín de don Francisco de Contreras.

—¿Y á qué salía del alcázar á esa hora su alteza?

—La llevaban los celos, señor.

—¿Los celos?

—Sí, si señor, porque su alteza os ama con toda su alma.

—Bien, bien, pero ¿de quién tenía celos su alteza?

—De una mujer hermosísima, de una mujer que vale bien el empeño de un príncipe.

—¡Ah! ¿con que su alteza cree que yo ando enamorado?

—Así se lo han dicho, señor, y por desgracia el dicho ha salido cierto.

—¿Y quién le ha dicho eso á la princesa?

—Don Rodrigo Calderon.

—¡Ah, don Rodrigo! dijo poniéndose pálido con la palidez de la cólera, don Felipe: creo, Dios me perdone, que ese don Rodrigo se atreve á todo.

—Don Rodrigo tenia celos.

—¿Celos, de quién? exclamó el príncipe con vehemencia.

—Celos de vuestra alteza.

—Con que es decir, que doña Ana de Contreras y el marqués de Siete Iglesias se aman.

—Yo no sé decir á vuestra alteza si doña Ana ama á don Rodrigo; lo que sí puedo asegurar, es que don Rodrigo está enamorado como un loco de doña Ana.

—¿Y sabia don Rodrigo que yo habia de ir antes de anoche á casa de doña Ana de Contreras?

—Don Rodrigo está muy bien servido, lo sabe todo; ha cogido cartas, y ha podido avisar á su alteza la princesa, llevar consigo á la inquisicion, prender al duque de Uceda, y poner á vuestra alteza en el peligro eminente de que le hubiera sorprendido casa de doña Ana, la señora princesa.

—¡Ah! ¡con que nada respeta ese hombre! ¡con que llega en su audacia hasta atreverse al augusto príncipe heredero de la corona! ¡con que para movernos, para hablar, para respirar, habremos de pedir licencia á don Rodrigo Calderon! ¿qué demonio protege á ese hombre, que le hace invulnerable y le dá poder para atreverse á todo? ¿quién es el rey de España, mi augusto padre, el señor don Felipe III, ó ese advenedizo, ese mal nacido que llaman marqués de Siete Iglesias? ¡Oh! esto no puede continuar: si Uceda no se atreve con ese hombre, yo buscaré á otro que se atreva con él. Olivares, sí, Olivares; he hecho muy mal en no dar todo mi favor á don Gaspar de Guzman: es más inteligente, más audaz que Uceda, que al fin es hijo del duque de Lerma y se anda con miramientos que alcanzan á Calderon; porque Lerma y Calderon son una misma persona: ¡Ah! esto conciuirrá muy pronto; desgraciadamente el rey mi señor adolece más cada dia, puede decirse, casi, casi estoy ya sobre el trono. ¡Ay de don Rodrigo Calderon el dia en que yo sea rey! no tendré compasion de él, no; abajo la cabeza; los traidores deben acabar en las manos del verdugo para escarmiento de otros. ¿Con que es decir que soy engañado, que un vasallo se atreve á armarme emboscadas y zancadillas, que perturba la paz de mi familia, que me hace huir de mi esposa como un marido cualquiera?... ¡ah! ¡qué audacia, qué traicion tan inicua! ¿Pero cómo ese hombre se atreve

á tanto? ¿qué soberbia es la suya que á nada atiende, que nada considera?

—Calmaos, señor, dijo la marquesa; si yo hubiera sabido que vuestra alteza se iba á irritar hasta tal punto, nada le hubiera dicho.

—En lo cual hubiérais cometido una traicion; porque el que oculta una traicion es tan traidor como el que la comete.

—En cambio, señor, no tendria el grave sentimiento de veros irritado.

—Irritado, no; es poco, colérico, furioso, mortal: ¡ah! ¡y que no pueda yo prender á don Rodrigo!

—¿Y por qué no ha de poder prenderle vuestra alteza? Nada importa que esto no pueda ser en el momento, si desde el momento se empieza á buscar la posibilidad: pero para ello es necesario mucha prudencia, mucha; don Rodrigo es muy poderoso: se dice que tiene hechizado al rey, y que nada puede recabarse de su magestad contra él: don Rodrigo está muy bien servido, se lo cuentan todo; estoy seguro de que en este momento sabe que vuestra alteza está á mi lado hablando conmigo; por lo mismo es necesario procurar desorientarle, que vuestra alteza no salga hasta cerca del amanecer.

—¡Ah! ¿que no salga de vuestra casa hasta el amanecer?

—No por cierto, señor.

—Pero entonces creerá don Rodrigo que vos sois mi amante.

—Cabalmente conviene que lo crea.

—¡Ah! ¿y no os importa nada?

—Nada absolutamente, señor, porque el amor de vuestra alteza es una altísima honra que envidiarían todas las damas de la corte.

—Sed franca, doña Teresa, dijo don Felipe que adolecia de la ridícula vanidad, que fué su defecto más remarcado: ¿me amábais acaso, y habeis aprovechado toda esta intriga para acercaros á mí?

—No, no por cierto, señor; os respeto, os venero, mi vida y mi honra son vuestras; pero ni amo, ni puedo amar á vuestra alteza.

—¡Ah! vos decís eso por empeñarme, dijo mortificado en su vanidad el príncipe.

—No, no, señor, no os amo, ni puedo amaros, porque estoy desde hace mucho tiempo perdidamente enamorada.

—¿Y de quién, señora? ¿quién es el mortal dichoso que se ha apoderado de vuestro corazón?

—El único que tiene derecho para apoderarse de él: mi marido.

—Pero marquesa, eso debe ser de poco tiempo á esta parte,

porque segun cuentan, perdonad si os lo digo, porque yo no lo invento, vuestro marido os ha matado cuatro amantes.

—Calumnias de ociosos, dijo tranquilamente la marquesa; todo consiste en que mi marido es muy celoso, por lo mucho que me ama, y vé visiones: cierto es que han muerto en el trascurso de algunos años cuatro nécios que dieron en la flor de rondarme, escitando los furiosos celos de mi marido; pero que ellos fueron nécios y mi marido sea tan terriblemente celoso, no prueba que yo haya manchado mi virtud, faltando á mis deberes.

—¿Y por qué, señora, teneis tal ojeriza á don Rodrigo Calderon?

—Ahí es nada, contestó la marquesa; ¿no me ha tenido preso un mes en Montanches á mi esposo?

—¡Ah! es cierto.

—Sí, para decir luego que todo ha sido una broma.

—¿Sabeis, doña Teresa, que segun tomáis las bromas es muy expuesto dároselas?

—¿Que quereis, señor? yo soy muy buena pagadora: contra una broma, otra: él ha tenido preso á mi marido en Montanches, por broma: enhorabuena; yo procuraré que el verdugo, por broma tambien, degüelle á don Rodrigo.

—Pero ya veis, marquesa, que esa broma es un poco difícil.

—Hacemos un favor á don Rodrigo; le abrimos las puertas del cielo, porque dicen, señor, que todos los ajusticiados se salvan; ¿de otro modo cómo podria salvarse don Rodrigo?

—De modo doña Teresa, que si yo, y vos ayudándome, llevamos á Siete Iglesias al cadalso, hacemos una obra de caridad, porque salvamos su alma.

—Indudablemente, señor.

—Pues consagrémonos á esa obra de caridad con todas nuestras fuerzas, señora; y ya que decís que para llevarla á cabo es necesario engañar á don Rodrigo, que tiene espías en todas partes, desorientémosle acerca del motivo de nuestras entrevistas, engañémosle bien; procuremos que crea que vos me favoreceis con vuestro amor; pero para ello se necesitan grandes apariencias, porque si don Rodrigo está tan bien servido como decís, será muy posible que tenga espías dentro de vuestra misma casa.

—La mejor espia seria en ese caso mi marido, dijo en voz muy baja doña Teresa.

—¡Ah! ¿suponeis que vuestro marido nos está escuchando? dijo tambien en voz muy baja el principe.

—Indudablemente, señor.

—Por lo mismo, doña Teresa, dijo continuando en voz baja el príncipe, es necesario que nuestras entrevistas sean mucho más reservadas; pero temo que vuestro marido, no pudiendo saciar en mí la rabia de sus celos, la sacie en vos.

—¡Ah! no, no, señor, dijo doña Teresa en voz alta; mi marido comprende perfectamente á lo que yo estoy obligada respecto á vuestra alteza: pero la gran dificultad consiste, lo repito, en que yo no os amo, porque amo á mi marido.

—¿Sabeis que tengo sueño, señora? dijo el príncipe.

—Pues bien, señor, contestó doña Teresa; pasad aquella puerta, allí encontrareis un lecho; recogeos; voy á llamar á mi marido para que os sirva.

—¿Pero estais en vos, doña Teresa?

—Tan en mí que no puedo estarlo más: esperad, esperad un momento, señor.

Y la marquesa se levantó y se acercó tan rápidamente á una puerta, que al abrirla, por muy pronto que quiso apartarse de ella el marqués, que estaba escuchando, le sorprendió su mujer.

—Lo habeis oido todo: ¿no es esto? le preguntó la marquesa.

—Sí, si por cierto; todo lo he oido y estoy furioso.

—Dejaos, dejaos de eso y entrad conmigo: vais á servir de ayuda de cámara á su alteza.

—Pero valdria mucho más que le sirviera de acompañante para volver al alcázar.

—Venid, os digo; no se puede sin desacato hacer esperar á su alteza.

El marqués entró en la cámara detrás de su mujer, como llevando por los cabellos.

El príncipe estaba pálido y ceñudo.

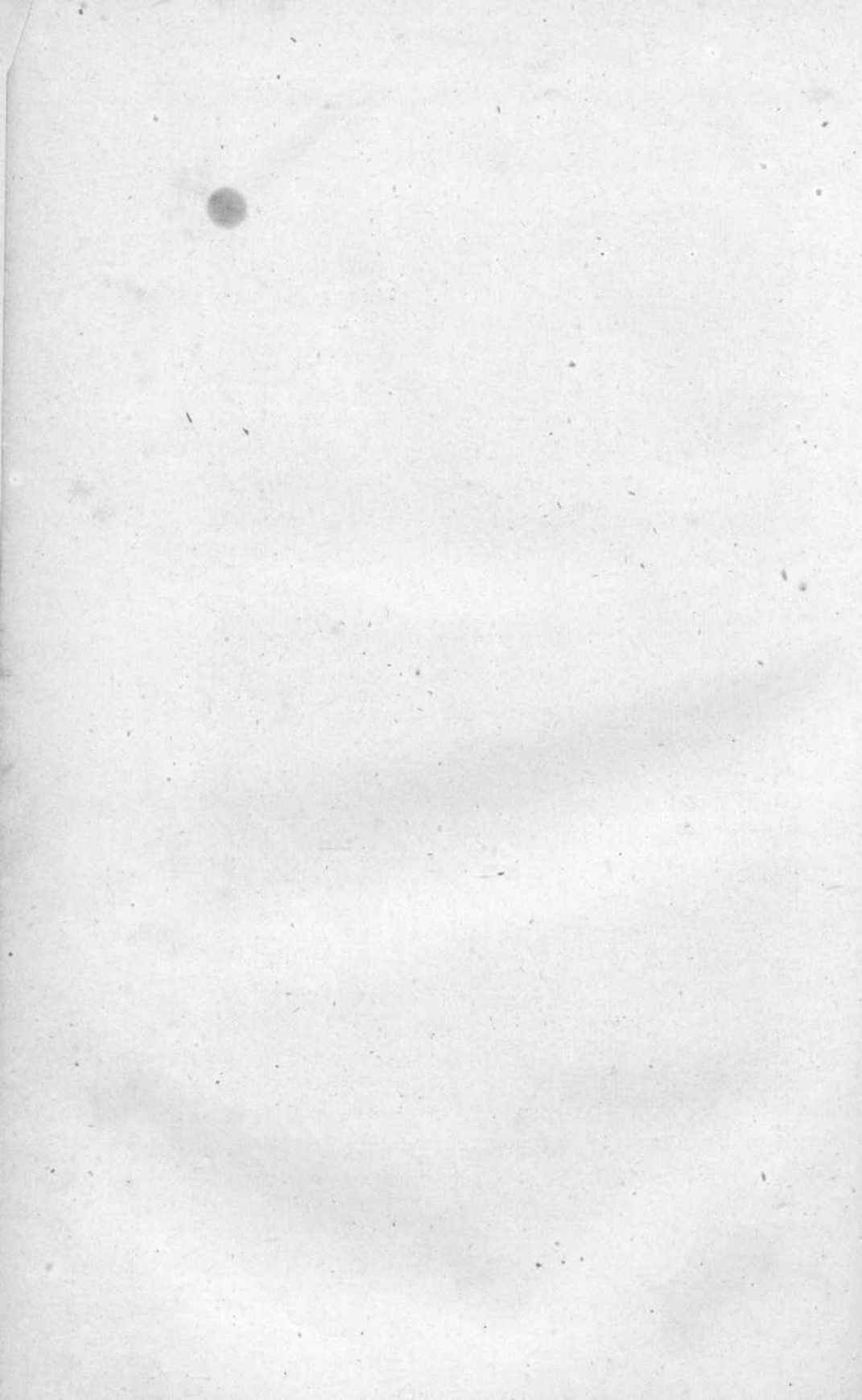
—Cuando vuestra alteza quiera recogerse, dijo la marquesa, mi marido tendrá la alta honra de servirlos.

—Pues bien, dijo el príncipe; esto es faltar á la etiqueta; el marqués es mi montero mayor, y ahora no vamos de caza: perdonad, mi buen marqués, si por necesidad os convierto en ayuda de cámara. Vamos, indicadme el lugar que ha de servirme de dormitorio esta noche. ¡Válgame Dios y cuánta fatiga nos hace pasar el maldito marqués de Siete Iglesias!

El marqués de la Fávara habia ido á una puerta y tenia levantado el portier.



Vamos, pues bien dijo el Príncipe:..



—Vamos, pues bien, dijo el príncipe; buenas noches, doña Teresa; hasta la vista.

El príncipe pasó bajo el portier que tenía levantado el marqués. Este siguió al príncipe.

La marquesa quedó sola.

—¡Ah, sí! dijo; tu pérdida es segura, don Rodrigo: he envenenado contra ti el corazón del príncipe, que no te perdonará.

Algunos minutos después salió de la cámara donde había estado con el príncipe, el marqués de la Fávara.

—¿Sabeis, señora, dijo, que esto es insoportable, inaudito? ¿por qué ha de quedarse aquí hasta el amanecer su alteza?

—Conviené se crea que se ha enamorado de mí.

—Los criados que están á la puerta con la carroza, y que verán que no sale su alteza, contarán mañana á todo el mundo...

—Pues mejor.

—Voy á mandar retirar la carroza.

—No, no, no me dejéis sola; acompañadme hasta que sea hora de despertar al príncipe.

—¿Pero ha de esperar la carroza á la puerta toda la noche?

—¿Y por qué no?

—Los vecinos son muy curiosos, observarán, y esto causará escándalo.

—Mejor, mucho mejor; el escándalo nos conviene.

—Además de eso, señora, hace mucho frío, y esos pobres criados...

—Por muy cuidadoso que seáis de ellos, lo que extraño, porque nunca os habeis cuidado de tales cosas, cuidarán ellos más de sí: se meterán en la portería.

—Pero... ¿y las mulas? si cojen un pasmo, esos pobres bichos, y se mueren... valen un mundo.

—Bastante ricos somos para que no nos importe la pérdida de cuatro animales.

—¿Con que decididamente os empeñais en que la carroza pase toda la noche delante de nuestra puerta?

—Decididamente; la carroza en la calle, su alteza en mi lecho, y vos aquí guardando vuestra honra, ó mejor dicho, siendo testigo de que esta casa no es para su alteza más que una posada.

—¿Sabeis, señora, que os ha escocido mucho lo que con vos ha hecho don Rodrigo?

—Pues no debe escoceros á vos ménos: dejadme obrar; ne-

cesitamos vengarnos, y yo busco nuestra venganza. Pero oid: es la una, tengo sueño, voy á echarme en el canapé, no os movais de mí lado; y no os encargo que no os durmais, porque estoy segura de que no dormireis.

Y la marquesa se echó vestida en el canapé.

—Es decir, que debo reducirme al silencio, exclamó el marqués.

—Si, de todo punto.

—Pues voy á pasar una noche muy divertida.

—Podeis pasarla: allí sobre la mesa está la *Historia del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*; entreteneos con ella.

—Vaya al diablo; prefiero fastidiarme.

—Vaya, pues fastidiaos en silencio. Buenas noches, amigo mio.

El marqués no se atrevió á desobedecer á su esposa, que se habia echado en el canapé.

Se sentó junto al brasero, removi6 el fuego, y permaneci6 inm6vil y en silencio.

CAPITULO. XLIII.

De cómo el marqués de la Fávora se arrepintió muy mucho de haber pretendido saber qué hora era.

Sucedió que por más extraña que fuese la situación, todos se durmieron.

El príncipe, porque no había nada que lo quitase el sueño.

Doña Teresa, porque no había dormido en tres noches.

El marqués, porque tenía la cabeza pesada.

Gracias casi á un milagro, el marqués despertó á buena hora.

Fué á mirar su reló, y se encontró sin él; como que se lo había dado la noche antes á Calixta.

Ocurriósele, pues, ir á preguntar á Calixta qué hora era.

La marquesa dormía profundamente.

Calixta tenía el dormitorio más allá del de la marquesa.

Había que pasar por él.

El marqués se levantó de puntillas, abrió la puerta, y se encontró con que la lámpara de noche se había apagado.

Un ronquido especial, ronquido de jóven, pero ronquido fuerte, salía de una manera insistente de un ángulo del dormitorio.

—¡Qué bien duerme su alteza! dijo el marqués; no hay cosa como ser príncipe para dormir sin cuidados. Los favoritos cargan con las amarguras del gobierno: de otro modo los reyes no durarian quince dias, no se podría ser rey: y luego dirán que nosotros los

cortesanos no servimos para nada: aunque no sea más que procurar un buen sueño á nuestros príncipes, ya es algo.

El marqués habia atravesado de puntillas el dormitorio, habia abierto una puerta de la manera más silenciosa del mundo, y habia entrado en otro aposento oscuro, donde no se oía absolutamente nada.

—Tambien aqui se ha apagado la lámpara, dijo el marqués; y esto es muy singular; que se hubiera apagado una, pase; pero las dos...

El marqués adelantó entre la oscuridad y tocó un lecho.

—Calixta, dijo en voz baja.

Pero nadie contestó.

El marqués tendió las manos.

El lecho estaba vacío.

—¡Ah! exclamó el marqués; ¿pues dónde se ha ido esta muchacha? ¡Ah!... y es el caso... sí, la desgracia me persigue; todo se me pone de través; ella no tenia ni habia tenido novio; hubiera yo sido su primer amor: y ¿quién sabe, quién sabe si Calixta tendrá amores? No partamos de ligero, busquémosla. Este dormitorio tiene una puerta de escape que sale á un corredor y á unas escaleras que dan al jardin: en el jardin hay una reja: puede ser, puede ser; no aventuremos suposiciones, seria demasiado fastidioso.

El marqués buscó á tientas la puerta de escape y salió á un corredor descubierto.

—¡Diablo, dijo, que hace un frio que corta! ¡y yo que salgo caliente! á ver si me dá una pulmonía. ¡Diablo de mujeres! si Dios se las hubiera dejado en el tintero hubiera hecho muy bien.

El marqués sacó su pañuelo y se lo puso en la boca.

Bajó las escaleras, y al pié de ellas, á la puerta del jardin, se detuvo:

—Pues, dijo, han roto la cerradura para abrir la puerta: esta puerta traidora que yo tenia cerrada, por cuya razon se veia obligado á entrar por el balcon ese maldito don Guillen; ¿quién ha roto esta puerta? ¿para qué? Ciertamente no ha sido la marquesa, porque no lo necesitaba; Calixta, sin duda, lo que quiere decir que Calixta tenia novio. ¡Las mujeres, las mujeres! ¡al diablo con ellas! ¡y parecia tan modesta esa bribona! ya se vé, el mal ejemplo; ¿qué ha de hacer una muchacha que vé lo que ella vé? esto es insoportable; y tengo que poner orden en mi casa; es necesario dominar la terrible influencia que ejerce mi mujer sobre mí. Y á buena hora, cuando me tiene completamente cogido.

El marqués sacó la cabeza fuera del postigo y miró al cielo.

—Pues señor, dijo; aun se puede dejar dormir á su alteza: está muy oscuro, y lo menos tardará una hora en amanecer: me parece que suena algo allá hácia la reja: sí, un ligero murmullo; allí hay alguien, veamos.

El marqués que vivia de acechar habia contraído tal costumbre de andar silenciosamente de puntillas, que pudo acercarse á la reja sin ser sentido, porque en la reja estaba Calixta; esto es, por la parte de adentro, que por la de afuera habia un hombre.

—Dejadme ir al fin, dijo Calixta; hace cuatro horas que me dais conversacion, y aunque la teneis muy buena, como ya viene el dia es necesario acabar, me voy á dormir luego; pero como la marquesa habrá pasado mala noche, se levantará muy tarde, y aunque sea vestida, podré dormir algo. Pero eso no le hace; es necesario que nos separemos.

—Y decidme, paloma, contestó una voz ya entrada en años del otro lado de la reja; ¿podré contar con que no os volvereis atrás?

—Os juro que no; siendo vos quien sois, y á pesar de lo que os asustan vuestros costurones, si venis con buena intencion me caso con vos.

—Pues no hay que hablar más de ello: en teniendo yo mis papeles de viudo y vos los vuestros de doncella, nos casamos, prenda mia.

—Pues hasta la noche si Dios quiere, dijo Calixta; pero solo para hablar una hora, porque estos trasnochos no sientan bien ni al cuerpo ni al alma.

—Pues adios, prenda mia, que yo tambien me duermo.

—Adios, señor mio.

Oyó el marqués el ruido de los pasos de un hombre que se alejaba hácia la parte de la calle del Arenal.

Calixta habia permanecido un momento en la reja.

Al volverse tropezó con el marqués.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¿qué es esto? dijo.

—Pues mira, contestó el marqués; para hablar con el de los costurones no has sido tan tímida.

—¡Ah! ¿es vucencia, señor? dijo Calixta; ¿cómo se encuentra vucencia aquí?

—He ido á tu cuarto á preguntarte qué hora era, porque te habia dado el reló que tenia sobre mí, y no habia tomado otro, y me he encontrado con que no estabas en tu cuarto.

—¡Ah, señor! dijo Calixta; me ha salido una buena fortuna.

—Sí, pero vamos hacia adentro donde no corra este aire helado de la mañana. ¡Qué frío, Señor, que frío! yo no sé por qué el señor rey don Felipe II fijó la corte en Madrid. Anda, Calixta, anda; no te me escurras, tengo que hacerte graves cargos. A todo esto; ¿qué hora es? porque tú habrás oído indudablemente algún reló.

—Pronto darán las cuatro, señor.

—Y ahora no amanece hasta las seis y media: tenemos tiempo sobrado, Calixta.

—Pero yo necesito dormir, señor.

—Anda, anda, que el camarín de la señora estará abrigado, y allí no nos pueden oír.

—Pero, señor, yo no entiendo á vucencia; ¿qué tiene vucencia que decirme?

—Dame la mano.

—¿Y para qué quiere vucencia mi mano?

—Para que no te me escapes entre lo oscuro.

—Vaya, pues tome vucencia, señor.

—¿Sabes que tienes una deliciosa mano, Calixta?

—Si señor, muy rica para mi marido.

—Hola, hola, te llenas mucho la boca de marido.

—Como que nos hemos dado palabra y mano, dijo Calixta.

—¿Y quién es él? dijo el marqués. Mira, Calixta, no tropieces, que estas escaleras son muy malas.

—Sí, sí, respondió vivamente Calixta; pero no hacia falta que vucencia me ayudase para no caer.

—¿Quién es él? dijo el marqués.

—Déjeme vucencia respirar, que con la sorpresa me he fatigado; respiro mal. ¡Válgame Dios!

Acabaron de subir las escaleras.

—Otra vez este maldito viento, dijo el marqués; si hubiéramos de andar mucho por aquí, seria necesario poner cristales á esta galería.

Y se dirigió á una puerta por el tacto, porque la noche era muy oscura.

—Vaya, suélteme vucencia que no me escapo, dijo la Calixta con acento de disgusto.

El marqués no la soltó: por el contrario, tiró de ella y la metió por la puerta, y atravesó un espacio á oscuras, buscó á tientas otra puerta y pasó por ella con Calixta.

—Creo, si no me engaño, que estamos en el camarín de la señora; á lo menos lo saco por el olor de los perfumes, porque hace un siglo que yo no ando por aquí.

En aquellos tiempos el camarín era lo que podia llamarse tocador, como se le llama ahora, y como se le llamaba en la Edad Media, porque tocador viene de tocar; es decir, de ponerse las tocas, de adornarse.

—Ya se vé, dijo el marqués, como yo tenia la llave de la puerta que dá al jardín, me importaba que por estas habitaciones se diese con facilidad en ella; no creia yo que habia quien se atreviese á romper la cerradura: mi casa está en desórden, y hay que poner remedio en esto y en otras muchas cosas.

—Pero entretanto, señor, estamos á oscuras, dijo Calixta.

—Yo creo que para hablar no se necesita luz.

—Pero, y bien ¿qué tiene que decirme vucencia?

—Muchas cosas: en primer lugar; ¿quién ha sido la mala hembra que ha roto la cerradura de la puerta?

—¡Ay señor! yo no lo he hecho á mal hacer, dijo Calixta.

—¡Conque has sido tú!

—Si señor; tenia necesidad de hablar con ese hombre.

—¿Y cuándo has roto la cerradura?

—Esta noche.

—¿Y con qué la has roto? mira que la cerradura era fuerte: como que la habia mandado hacer yo á propósito.

—La he soliviantado con un martillo, señor.

—¿Y quién te ha dado ese martillo?

—El palafrenero Cósme, á quien le dije que lo necesitaba para clavar unas tachuelas en mi arca.

—¿Y por qué has roto esta noche y no otra esa cerradura? ¿por dónde te entendias antes con tu novio, que tiene la mejor voz de grajo que he oido en toda mi vida? tú te desperdicias, muchacha; antójaseme á mí que soy yo mucho mejor que él: á lo menos no tengo costurones.

—Calle vucencia, que vucencia no se puede casar conmigo.

—¿Y no podias tú casarte con un buen mozo?

—¿Pues qué, cree vucencia que es mal mozo el alférez Mendavia?

—No te fies de los soldados, Calixta, que son muy malos.

—¡Ay señor, que ese hombre se ha enamorado de mí, y yo tambien me he enamorado de él! con su voz de grajo y sus costuro-

nes y todo, no sabe vucencia qué galan que es, y con qué halago habla y qué bien galantea.

—Algun tuno, cándida é inesperta paloma, que á pesar de que has servido de corre vé y dile á tu señora, no has aprendido nada.

—¡Ay señor! ¡si viera vucencia cuánto me ha enseñado el alferez Mendavia, en solas tres horas que he hablado con él!

—Vamos, será menester espantar de una paliza al tal alferez, y de manera que solo con acordarse del santo de tu nombre se eche á temblar.

—Vucencia no hará eso; y á más, vucencia no puede hacerlo.

—¡Cómo que no puedo yo mandar que den una paliza á un bribon!

—No señor, porque mi esposo es mucha persona.

—¡Eh! ¡mucha persona!

—Como que es nada ménos que padre de la esposa de don Guillen.

—¡Cómo! ¡con que el alferez Mendavia es padre de doña Inés!

—Si señor.

—¿Y cómo es que te ha buscado á tí?

—Oiga vucencia: cuando yo salia del Ciervo Azul, sofocada por lo que me habia sucedido, me encontré con que al ir á pasar la calle para entrar en casa, se me cruzó un soldado muy galanamente vestido que me dijo:—Necesito de todo punto hablar con vos.—¿Y qué teneis vos que hablar conmigo? le dije.—No sé por qué, porque yo no contesto nunca á lo que me hablan en la calle; pero estaba de Dios, y cuando Dios quiere... en fin, me dijo que era padre de la dama que se habia casado en la hostería, y que le interesaba mucho hablar conmigo. Yo le prometí que hablaríamos, y él me preguntó que por dónde. Yo le dije que por la reja del jardin; él me encargó que guardase mucho el secreto, y por eso no he dicho nada de este encuentro, ni á vucencia ni á la señora.

—¿Y cómo, siendo tú tan desdeñosa y tan altiva has consentido en hablar con un hombre que se valia sin duda de un pretesto? porque ¿cómo puedes creer que sea padre de una dama, cuyas bodas ha apadrinado el marqués de Siete Iglesias en nombre del rey, un hombre que quiere casarse contigo?

—Pues mire vucencia; cosas más raras se han visto en el mundo; y al fin y por último, yo soy hija de buena casa, aunque pobre, y tenemos ejecutoria; y la pobreza no deshonra; y si yo sirvo, sirvo á una grande de España, no á una doña Fulana cualquiera de esas

que salen de donde no se sabe, y me puedo casar con un hidalgo, y me casaré; ¡vaya si me casaré! ¡pues á fé, á fé que el alferez no se ha enamorado de mí! como que dice que huelo á rosas y á ámbar, y que parece que habla un ángel cuando hablo; y otras cosas que son largas para repetidas: y lo que es eso de que vucencia le mande dar una paliza, no puede ser; porque ya ve vucencia que no se le puede pegar una paliza á un hombre que es padre de una dama apadrinada por el rey, y esposa de un caballero del hábito de Santiago; y como si no dijéramos nada; alferez de la guardia tudisca de su magestad: ¡y que no es bravo, que se diga don Guillen! y no se muere, no señor, no se muere, porque si se muriera no hablaría tan entero; y con la alegría de verse casado con doña Inés, que es un ángel de Dios, ya vé vucencia.

—Es decir, Calixta, que de repente te me conviertes en doña Calixta; y no así como quiera, sino en un personaje.

—¿Y qué quiere vucencia? la suerte de las criaturas.

—Mira, mira, Calixta, mañana á la noche cuando venga á hablarte ese señor, le dices que se vea conmigo; porque mira que yo creo que te engaña, muchacha; porque si ese hombre fuera padre de esa dama, aunque tú vales un mundo, hija, y vienes de casa hidalga y con ejecutoria, ya sabes tú lo que dice Quevedo: *Dineros son calidad*.

—Es que yo no estoy tan desarrapada; que con lo que me ha dado doña Inés y vucencia y la señora marquesa, ya tengo bien largos, tres mil ducados.

—¿Y se lo has dicho tú eso al alferez?

—Pues preciso; porque cuando se trata de casamiento con una mujer, ya vé vucencia.

—Vamos, ¿y él qué tiene?

—¡Vaya! ¡medio mundo!

—Pues yo creo que tiene más, dijo el marqués; porque tiene para andarla cuando le dé la gana toda la tierra firme, de Oriente á Poniente y de Norte á Sur.

—¡Vaya! si no fuera rico no me hubiera regalado doce doblones de á ocho para ir comprando galas para la boda.

—Calixta, ese hombre viene con muy mala intencion: mira no busque que soliviantes la cerradura del postigo del jardin, como has soliviantado la otra.

—Eso sí que no; porque bien queria que yo me arrimase á la reja, y yo me estuve á una vara de ella: y cuando me dió el dinero,

me agarró la punta de los dedos, y yo me desasí y me puse seria, y él me pidió perdon, y de tan buena manera y con tales razones, que yo tuve que dárselo.

—Échame para acá á ese hombre, Calixta, y no seas boba; que cuanto más me dices más en cuidado me pones.

—Pero si me ha dicho que no diga nada á nadie; que esto tiene que ser secreto, y que cuando nos casemos nos casaremos por la reja.

—Mala, muy mala, malísima intencion, hija mia; tú eres lista, pero por lo que se vé, él más picaro: pero no importa; á picaro, picaro y medio: dile que me lo has dicho todo porque conmigo no hay cuidado, y que yo he dicho que si efectivamente él es quien dice, yo te doblaré el dote, y seré padrino de la boda; que así corresponde estando tú en mi casa y queriéndote tanto la marquesa y yo.

—Pues se lo diré; porque la verdad es que vucencia me ha puesto en cuidado; y no estoy yo aqui para que nadie se burle de mí: pero mire vucencia, que algo debe ser de la doña Inés ese señor, porque hablaba de ella con mucho empeño y con mucho cariño.

—Lo dicho, Calixta: que se vea conmigo ese hombre; y como ya no tenemos nada que hablar, vuélvete á tu cuarto y reposa, que yo voy á recogerme tambien.

Calixta buscó á tientas una puerta, y se la oyó pasar por ella.

El marqués salió por otra y entró en la cámara donde habia dejado á la marquesa durmiendo sin pasar por el dormitorio donde roncaba el príncipe: es decir, entró por otra puerta.

La marquesa no dormía: estaba de pié en medio de la cámara.

El marqués creyó ver algo extraño en el semblante de la marquesa.

—¿Qué es eso, señora? dijo el marqués lleno de recelo.

—He despertado, dijo la marquesa, no os he visto, é iba á buscaros.

—Yo he ido á ver qué hora era, contestó el marqués; porque me he dormido y no tenia reló: son las cinco, y es hora de despertar á su alteza.

Y se entró cejijunto y ceñudo en el dormitorio y escuchó.

El príncipe no roncaba ya; señal clara de que estaba despierto.

—¡Ah! murmuró el marqués; ¡y qué necesidad tenia yo de saber qué hora era!

Y luego añadió:

—¿Estais despierto, señor?

—Si, mi querido marqués, dijo el príncipe; desde hace una hora: y ¿sabéis que se pasa muy bien la noche en vuestra casa?

—Me alegro mucho de que vuestra alteza haya pasado buena noche, dijo con voz ronca el marqués: pero se ha apagado la luz.

—Eso no le hace, dijo el príncipe: ¿qué hora es?

—Las cinco, señor.

—Pues traed luz y vestidme: creo que ya es hora de que yo me vuelva al alcázar.

—Voy á servir á vuestra alteza, señor.

Y salió á la cámara, y se encontró con que doña Teresa estaba profundamente pensativa sentada junto al brasero.

El marqués la lanzó una mirada de tigre, que doña Teresa no vió, porque estaba profundamente abstraída.

—¡Qué necesidad tenia yo de saber qué hora era! murmuró con acento cavernoso el marqués.

Y tomó un candelero con una bujía y la encendió.

Le temblaba la mano.

Volvió á entrar en el dormitorio, y encontró al príncipe sentado sobre la cama.

—Vamos, dijo este; vestidme pronto, marqués; nada tengo que hacer aquí, y estoy en brasas mientras no me vea en el alcázar.

—¡Ah, señor, señor! exclamó el marqués con una expresion ininteligible dando al príncipe sus calzas.

—Sois un excelente hombre, marqués, dijo el príncipe encajándose: dadme los gregüescos; teneis una excelente casa; sí, por mi vida; se vive en ella muy bien, y se duerme mejor; bien se conoce la buena alcurnia de donde venis: pedidme una gracia, don Alvaro; os estoy muy obligado.

—Más, mucho más lo estoy yo á vuestra alteza, dijo el marqués, que despues de haber dado al príncipe los gregüescos le ponía los zapatos.

—Os declaro, dijo el príncipe, que tal es el recuerdo que de vuestra casa llevo, que difícilmente pretenderian haceros perder mi favor.

—El favor de vuestra alteza es la mayor felicidad que podia yo esperar, dijo el marqués ayudando al príncipe á ponerse la ropilla.

—Pues contad con él: quedamos en que yo vendré con frecuencia á conspirar con la marquesa y con vos.

—Cuanto más frecuenteis mi casa, más honrado seré.

—Pues os honraré todo lo que me sea posible, porque me com-

plazco en honraros. ¿Se ha recogido ya vuestra bella esposa?

—¡Cómo, señor, sin tener la honra de saludar á vuestra alteza!

—Dadme, dadme mi golilla, y buscad por ahí mi cinturón, mi capa y mi sombrero.

Tres minutos después el príncipe completamente vestido, entraba en la cámara.

—Espero, señora, dijo á la marquesa, que por mí no habreis pasado una mala noche.

—¡Ah, señor! el recuerdo de esta noche es para mí imperecedero.

—Gracias, gracias, señora: vamos, marqués, vamos; volvámonos al alcázar. Bella marquesa, adios; hasta la vista, que no tardará.

—La espero con impaciencia, señor: Dios guarde á vuestra alteza.

El príncipe, y tras él el marqués salieron.

Al llegar á lo alto de las escaleras, el príncipe se rebozó cuanto pudo para evitar ser conocido.

El marqués se adelantó, llegó al zaguan y dijo á unos criados que estaban dormidos sobre los poyos:

—¡Hola! los de la carroza; listos.

Se levantaron aquellos pobres diablos que eran tres, el cochero y dos lacayos, saltó el uno á la delantera y el otro á la zaga, y uno de ellos abrió la portezuela sombrero en mano.

El príncipe, completamente tapado, se escurrió dentro de la carroza.

Tras él entró el marqués murmurando:

—¡Qué necesidad tenía yo de saber qué hora era!

Luego añadió volviéndose al lacayo:

—Al alcázar, delante del postigo de los Infantes.

La carroza partió.

CAPITULO XLIV.

De muchas cosas que sucedieron aquella noche, que son muy importantes para la buena inteligencia de esta historia.

Don Rodrigo salió muy de mañana de casa de Anastasia Picazo, completamente aturdido.

Aquella mujer le habia dado miedo: habia hablado impiamente del desgraciado Francisco de Juara, que aun no habia sido sepultado, porque estaba honradamente entre blandones, y velado por los otros ayudas de cámara.

Anastasia habia recibido á don Rodrigo engalanada, no de una manera pretenciosa, sino cuanto era necesario para aparecer mejor.

Habia en ella esa exquisita coquetería que conocen y han conocido todas las mujeres, hasta nuestra comun madre Eva; porque la coquetería ha nacido con la mujer, ó por mejor decir, porque la gran mujer es la coqueta.

En vano don Rodrigo habia buscado en Anastasia algo de perturbacion, algo de violencia.

Anastasia hablaba de Juara sin temor y sin empacho, como una mujer que habiendo sido algunos años victima lamentable de un hombre, si no se alegraba, veia indiferente su muerte.

Don Rodrigo que era hombre de mundo y de talento, aunque de ese talento que estando muy lejos de ser el del hombre de Estado, hace que al que le posee le confunda el vulgo con los grandes hom-

bres de Estado, esto es, un talento de intriga, se encontró ciego ante Anastasia.

Ella sabia más que el intrigante, ó en efecto, le importaba muy poco de la muerte de Juara.

Encontró además don Rodrigo que Anastasia, si no le amaba, porque no era posible en tan poco tiempo y dadas sus condiciones, gustaba de él de una manera decidida: que habia en fin cierta relatividad entre su alma y el alma de aquella mujer: y hasta tal punto fué esto, que Anastasia entibió la pasión loca que don Rodrigo sentia por doña Ana de Contreras.

Cierto que Anastasia era bastante hermosa para impresionar á un hombre tan sensual, tan dado á la mujer como don Rodrigo.

Por todo esto, Anastasia, no solamente aturdió, sino que impresionó de una manera grave á Calderon.

—Esta mujer, se habia dicho, tiene un alma hermana de la mia: ¿qué importan los que mueren? ¿qué son los hombres? instrumentos necesarios ó estorbos: el instrumento se aprovecha mientras sirve; el estorbo se remueve. ¡El prójimo! ¿y qué es el prójimo? La persona que se nos parece, y que en vez de estorbarnos nos sirve, al par que nosotros la servimos á ella: esto es ser hermanos, esto es ser prójimos: por lo demás, es una extraña pretension de frailes bozales el que consideremos á nuestro enemigo como á nuestro prójimo, el que demos bien por mal, el que respondamos con un beso ó una puñalada: mentira, de todo punto mentira; al enemigo debe destruirsele para no ser destruido, esta es la verdad. El que busca ansioso nuestra cabeza para flotar sobre nuestra sangre, no es nuestro hermano, mentira; el Evangelio es simbólico y misterioso: no, yo he matado á mis enemigos, no á mi prójimo; he matado á los que me hubieran muerto á no haberlos matado yo.

De esta manera pretendia cohonestar con sus creencias sus crímenes, don Rodrigo Calderon.

Y esto han hecho y harán todos los fanáticos infames: pretender conciliar la sublime, la santa, la absoluta moral del Evangelio con sus pasiones.

Don Rodrigo, pues, consideraba á Anastasia como á su semejante; esto es, como á su prójimo.

Habia además en favor de Anastasia su protuberante y fresca hermosura y su grande experiencia de mujer galante.

Salía, pues, don Rodrigo despues de una noche de placer, de delirio, de olvido, con una mujer demonio semejante á él, es decir,

próxima suya, con la cabeza hinchada, ó como si dijéramos, ébria, delirante.

Habia absorbido cuantas embriagueces podian enervar, modificar, sublimar en el mal su malvado pensamiento.

Ocurriósele por una relatividad de ideas, que una embriaguez semejante por una de sus faces á la que él sentia, esto es, una embriaguez de voluptuosidad, debia haber tenido lugar en la hosteria del Ciervo Azul.

Pero cuánto se habia equivocado don Rodrigo: en el Ciervo Azul habia tenido lugar una gran voluptuosidad, una voluptuosidad inmensa, una voluptuosidad infinita, una voluptuosidad del alma.

Inés y Guillen habian tenido la mano del uno en la mano del otro, confundidas las miradas, adorándose en éstasis; se lo habian dicho todo, más de lo que puede espresar el lenguaje humano sin hablarse: sus almas se habian confundido, se habian identificado: los dos esposos se habian convertido en un solo sér; y sin embargo, ella era la esposa virgen é inmaculada, pura como una violeta que se abre bajo el tibio calor del sol de la mañana entre la yerba mojada por el rocío.

Don Rodrigo no podia comprender esto: temia que la intensidad de un amor delirante hubiese sido fatal á Guillen en el estado en que se encontraba. No sabia que esos amores castos, esos grandes amores que para nada necesitan de la materia, refrigerarán el alma en vez de irritarla, que son el cielo, no el infierno; la vida, no la muerte.

Don Rodrigo no sabia que el casamiento con Inés debia apresurar la curacion de Guillen.

Don Rodrigo sentia interés por este, no por él, sino por Inés, por su hermana.

Don Rodrigo, cuando el mal no le interesaba, no lo practicaba: cuando el bien no perjudicaba á sus intentos, lo practicaba con gusto: era caritativo y liberal; tenia en fin buenas prendas naturales empañadas por una soberbia sin límites, único origen, causa única de todas sus traiciones, de todas sus torpezas, de todos sus crímenes. Como que la soberbia es el más grave de los pecados mortales, el pecado de Satanás.

Fascinado, pues, aturdido, como hemos dicho, por la terrible viuda de Francisco de Juara, colocado en una situacion de todo punto fantástica, por el recuerdo candente de Anastasia y el cadáver de Francisco de Juara, tras el cual se veia el de Agustin de Avila, don

Rodrigo, en paso lento, rebozado en su ancha capa de paño de Segovia, calado el sombrero hasta las orejas á causa del frio, y con un pistolete amartillado en la mano por precaucion, se encaminó á la hosteria del Ciervo Azul.

Al llegar cerca de ella vió delante de la puerta del palacio del marqués de la Fávara una carroza, y á través del postigo de una de sus grandes hojas que estaba abierta, luz en el zaguan.

La carroza parecia abandonada. En su zaga no habia lacayos ni en su delantera cochera.

Sus cuatro grandes mulas tenian las cabezas bajas á causa del frio, que era intenso: el frio de Madrid en diciembre y por la madrugada, es decir, casi el frio de los Polos.

Don Rodrigo, como de nadie era visto, miró al zaguan por debajo de la carroza, viéndose obligado á tomar una posicion poco digna, poco noble.

Vió que al pié de la escalera, cuyo farol estaba encendido, se paseaba el portero, sin duda para combatir el sueño, y que en el largo poyo del zaguan dormian tres criados: el cochera y los lacayos.

Tal como estaban, don Rodrigo no podia distinguir bien sus libreas, pero sí que no eran de la casa real.

¿De quién, pues, era aquella carroza?

La oscuridad de la noche no permitia ver el blason que sin duda adornaba sus portezuelas; pero á falta de luz, esto es, de medios de ver, don Rodrigo apeló al tacto; porque en aquel tiempo, generalmente los blasones que se ponian en las carrozas, se ejecutaban en relieve; como que estas grandes y magnificas carrozas, estaban enriquecidas de adornos, matizadas, estofadas, doradas; no podia ser menos la carroza de un grande de España.

Don Rodrigo tentó un yelmo de frenté, cerrado, con corona de marqués y grandes lambrequines ó penachos; en el escudo una banda diagonal de derecha á izquierda; en el ángulo superior tres calderas; en el inferior un grifo rampante: en una palabra, reconvenció el blason del marqués de la Fávara.

—¿Por qué diablos, dijo don Rodrigo, tiene su carroza á estas horas á la puerta de su casa mi buen amigo don Alvaro? aquí hay un misterio que es necesario averiguar.

Y separándose de la carroza, llegó á la puerta de la hostería y llamó á ella.

Contestó desde adentro inmediatamente una voz enérgica, una voz militar, si se nos permite la frase.

El que esté muy acostumbrado á tratar con soldados, comprenderá esto de voz militar.

—¿Quién es? dijo con acento firme, impaciente, y hasta cierto punto amenazador.

—Vuestro capitan, hidalgo, contestó don Rodrigo.

Hay que advertir, que todos los soldados de la guardia española, flamenca, tudescas ó italianas, eran por necesidad hidalgos: porque de otra manera no se les admitía.

La puerta se abrió apenas hubo contestado don Rodrigo.

Este se encontró con un gigantesco soldado de su compañía que le saludó dando un fuerte golpe sobre el pavimento con la culata de su mosqueton.

—Buenas noches, ó mejor dicho, buenos dias, camarada, dijo don Rodrigo, que era muy afable con sus soldados. ¿Hay sueño?

—Yo no tengo sueño jamás, cuando estoy de faccion, mi capitan, aunque esté de faccion quince dias seguidos, contestó el tudesco, que no lo era más que por pertenecer á la compañía alemana; por lo demás, su acento revelaba á un andaluz.

Se habian conservado las denominaciones de las cuatro guardias; pero hacia ya mucho tiempo que escaseaban en ellas los naturales de la nacion que les daba el nombre, menos en la española.

Los italianos, tudescos y flamencos de la guardia del rey, eran españoles de nacion, y nobles, salvo alguno que otro aleman, flamenco ó italiano, que para ser admitido necesitaba ser soldado viejo, y á más noble de abolengo.

—Pues si no os habeis dormido, habreis observado, dijo don Rodrigo.

—Si señor; he observado, contestó el tudesco, andaluz, que delante de la casa de enfrente hay una carroza: he observado además, y esto hace muy poco, que ronda la hostería un hombre embozado que ha desaparecido al llegar vuestra señoría.

—Pues tened cuidado con él, y si vuelve salid y prendedle.

—¿Y si huye?

—Disparad sobre él.

—Muy bien, mi capitan.

—Cuidad además de ver cuántas personas salen de la casa de enfrente y entran en esa carroza.

—Muy bien, mi capitan.

—En cuanto suceda una de estas dos cosas ú otra novedad cualquiera, haced que me avisen.

—Muy bien, mi capitán.

Don Rodrigo subió.

En los corredores no había nadie más que dos soldados de la compañía de don Rodrigo y dos criados de éste, sentados juntos á un brasero y adormilados.

Tan vencidos estaban, que no notaron que se acercaba don Rodrigo.

Este llegó á la puerta del aposento donde estaban los esposos, y miró por el claro de la cerradura, que nadie había cubierto.

Inés, sentada en un sillón, junto á la cabecera del lecho, dormía.

Guillen dormía también.

La cabeza de Inés se apoyaba en el extremo de una almohada, separada un buen trecho de la de Guillen, que estaba en el centro de aquella misma almohada.

—¡Ah diablo! dijo don Rodrigo; pues cualquiera los creería más hermanos que esposos: deben amarse mucho estos muchachos; ya se cansarán; dejémoslos que reposen: herido que duerme vá bien.

Don Rodrigo se retiró de la puerta y murmuró mirando á los dos soldados y á los dos criados que estaban junto al brasero:

—Es una bendición lo bien que se nos sirve: de modo que si cualquier enemigo de Guillen ó de mi hermana hubiera entrado en la hostería por cualquier otra parte que por la puerta, lo cual debe ser muy fácil, hubiera podido sorprenderlos, matarlos, sin que nadie se lo impidiese.

Y don Rodrigo que tenía muy mal génio, desarmó el pistolete que tenía en la mano, lo enganchó en su cinturón, tiró de la espada y sacudió un cintarazo á cada uno de los cuatro dormidos, que dominados por el sueño enseñaban las espaldas.

Todos se pusieron de pie, aturdidos, y los soldados echaron mano á las espadas.

—¡Eh! fuera las manos de las empuñaduras ante vuestro capitán, dijo don Rodrigo.

—¡Ah! ¿ha sido vuestra señoría quien nos ha despertado? dijo uno de los tudescos.

—Sí, yo he sido, contestó don Rodrigo.

—Pues entonces, si ha sido vuestra señoría, bien, contestó el mismo que antes había hablado.

—Y si no hubiera sido yo, os hubiera estado bien empleado por haberos dormido.

—Ya vé vuestra señoría... la noche... el silencio... y como

nada se nos ha encargado sino que acudamos cuando nos llamen...

—¿Y no os han llamado?

—No señor.

—¿No ha habido novedad?

—No señor.

—¿Dónde duermen los médicos?

—Aquí á la vuelta, en el número 15, con el bachiller.

—Llevadme allá.

El soldado echó á andar, torció un corredor á cuyo fondo habia una luz agonizante en una candileja de lata, y se detuvo junto á una puerta.

Pero antes que llamase á ella se oyó un rápido ruido de espuelas, se vió relucir una coraza á la entrada del corredor, y una voz robusta dijo:

—Mi capitán, el centinela avisa á vuestra señoría de que ha habido novedad.

—Dejad, dejad, no llameis, dijo don Rodrigo al soldado que le habia llevado hasta la puerta del cuarto número 15.

Y se dirigió á donde estaba aun el tudesco que acababa de hablarle en incorrecto español.

—Y bien, sargento Alcotan, le dijo don Rodrigo llegando á él y reconociéndole: ¿qué novedad es la que ocurre?

—El centinela dice que en la carroza han entrado dos personas al parecer muy principales y muy rebozadas; que la última que entró dijo á un lacayo:—Al alcázar, al postigo de los Infantes.—Que la carroza se ha ido, y han cerrado la puerta de la casa.

—Bien, relevad á ese soldado y que no vuelva á hacer centinela hasta que le toque otra guardia.

—Hay todavía otra novedad, señor marqués, dijo Alcotan; Mercadillo que es el centinela, ha preso al hombre que vuestra señoría le habia encargado prendiese.

—¡Ah! ¿sí? pues relevad más pronto aun á Mercadillo; pero que retenga preso á ese hombre. Llamad á un mozo de la hostería: aquí espero; que se me presente cuanto antes, porque me impaciento de esperar.

—Muy bien, mi capitán.

Y el sargento saludó militarmente á don Rodrigo, se alejó y bajó por las escaleras.

Poco despues se presentó á don Rodrigo, no un mozo, sino el señor Gil Diaz en persona y á medio vestir, lo que demostraba

cuánto respetaba á don Rodrigo, por la prisa que se habia dado en acudir.

—¡Ah, señor! exclamó: ¿vuestra señoría por mi casa y á estas horas?

—Sí, necesito que me lleven al aposento donde estuve anoche y que enciendan la chimenea; hace frio.

—Sí, si señor, dijo Gil Díaz; tenemos el invierno muy crudo.

—Os anuncio que me encuentro con un magnífico apetito, y que me alegraría me diérais bien de almorzar.

—En verdad, señor, que ya pronto será de día.

—¿Pero qué haceis, vive Dios, que no me llevais á donde os he dicho?

—Perdone vuestra señoría, dijo el hostelero; pero yo no creia que vuestra señoría tuviese tanta prisa.

Y echó á andar.

—¿Os parece, vive Dios, dijo don Rodrigo, que estoy yo deceptemente en el corredor de una posada?

—De una hostería, señor, de una hostería, dijo Gil Díaz bajando las escaleras: no se disguste vuestra señoría porque yo haya hecho esta advertencia; pero todo el mundo sabe que la hostería del Ciervo Azul es infinitamente más que una posada, y un poco ménos que un palacio; esto, cuando vuestra señoría no esté en ella, que estando en ella vuestra señoría, mi hostería es un palacio tan bueno como el mejor.

—Aduladorcillo andais, dijo riendo don Rodrigo, porque le gustaba la adulacion; algo quereis de mí.

—Ya, ya diré á vuestra señoría, contestó el hostelero, que entra á la sazón en el patio y se detenía delante de una puerta. ¡Hola, pícaros! añadió; aquí luces en los candeleros de plata; aquí leña; y pronto, canalla. Perdone vuestra señoría si espera un poco, porque todos dormíamos: esto ha sido imprevisto, pero siempre para mí una gratisima sorpresa.

—Cosa debe ser de monta lo que pensais pedirme, dijo don Rodrigo, viendo que el hostelero acrecia en lo adulador.

—Sí, sí, ya diré á vuestra señoría, contestó el hostelero.

—Es que si os esperais para otra ocasion, no os escucho.

—Pues entonces, y contando con la bondad de vuestra señoría, allá va, señor. Pero hé aquí que llegan con las luces y con la leña: vá á entrar vuestra señoría, no en la habitacion de anoche, sino en otra, en la cual no se sirve sino á grandes personas: aunque á decir

verdad, nunca ha estado honrada esta sala como lo está ahora.

Habian entrado en una sala baja, alfombrada, entapizada, pintado el techo, con una gran mesa en que podian comer veinte personas en el centro, dos aparadores cargados de vajilla de porcelana y de cristalería, sillones dignos de una buena casa, y una gran chimenea en uno de los costados.

—Dejad esa leña ahí, dijo Gil Diaz: yo mismo voy á encender la chimenea; nadie enciende una chimenea como yo: encended el fogan cuanto antes; el horno debe estar todavía caldeado; pero no importa, metedle alguna leña; preparad las empanadas y las aves, y vivo, que es necesario servir cuanto antes al señor marqués.

Los mozos salieron.

—¿Teneis aun abierta al público la hostería? dijo severamente don Rodrigo.

—¡Oh! no señor, exclamó Gil Diaz: ayer por la mañana apareció quitada la muestra; ya sabe vuestra señoría, aquel hermoso ciervo azul con los cuernos de oro; una muestra que ha parecido muy bien á todo el mundo, y que me ha traído infinitos parroquianos: desde ayer, nadie ha comido en mi casa que haya pagado el gasto; porque vuestra señoría me habia dicho:—Cerrad vuestra casa á todo el mundo; cuidad de ese herido; cuidadle como si fuera un rey: los gastos corren de mi cuenta.—Y yo que sé lo que se debe al muy magnífico señor marqués de Siete Iglesias, y como aquí ha habido desde ayer tantos entrantes y salientes, alcaldes, escribanos, alguaciles, médicos, cirujanos, practicantes, criados, soldados, damas y caballeros, y todos han pedido de comer y de beber, y los que no han pedido han podido pedir, yo he provisto mi casa convenientemente, para que no quedase mal el nombre vuestra señoría que pagaba: por esta razon hay ahora mismo pasteles y empanadas, pescados, carnes, cuanto se encuentra en el mercado; todo bueno, todo magnífico, todo á punto para ser servido. Ya está encendida la chimenea, ardiendo por igual y sin gran llamarada: no todos, señor marqués, no todos saben encender una chimenea: creo que vuestra señoría estará contentísimo de mí.

—Sí, sí por cierto; estoy de vos muy satisfecho; salid y decid al sargento Alcotan que me envíe al soldado Mercadillo con el preso.

—¿Pero no quiere saber vuestra señoría mi pretension? dijo el hostelero.

—Hablar debisteis cuando os pregunté; ya ha pasado la ocasion, esperad á que vuelva.

—Pero señor, dijo el hostalero.

—¡Id, vive Dios! dijo don Rodrigo; haced lo que os he mandado y no me obligueis á que haga con vos un desacierto.

El hostalero salió confundido y acobardado.

—Este pillo se ha propuesto robarme, dijo don Rodrigo; y la cuestion no es aqui el dinero, sino la avilantez del engaño. Hola, sargento Alcotán, venid acá, poneos el capacete; un soldado de mi compañía con el capacete en la mano me parece medio soldado: ¿quién es aquel que asoma á la puerta? veo relucir allá entre lo oscuro una coraza.

—Es Mercadillo que espera la vènia de usia para entrar con el preso.

—Con un preso que se ha dejado prender, dijo una voz muy conocida de don Rodrigo.

—¡Ah, cuerpo de Baco! dijo don Rodrigo; ¿sois vos, alférez Mendavia? entrad, entrad; entrad vos tambien, Mercadillo; por lo bien que habeis cumplido mis órdenes, os concedo un mes de licencia; y para que os divertais ese mes, tomad esos dineros.

Y dió al soldado algunas monedas de oro.

—Desde ahora teneis la licencia, dijo don Rodrigo; idos.

Mercadillo saludó militarmente á don Rodrigo y salió.

—Sentaos, señor Mendavia, sentaos, dijo don Rodrigo; supongo que no habreis cenado, cenaremos juntos; decidme, sargento Alcotán, ¿qué gasto habeis hecho vos y los otros de la compañía en esta casa?

—Ni aun agua hemos tomado, señor.

—¿Habeis visto que alguien coma ó beba?

—Nadie, señor; ni aun ese estudiante que sirve al teniente Vargas Machuca; porque para este y para sus criados viene la comida de la casa del teniente.

—Bien, basta, dijo don Rodrigo; salid.

Alcotán saludó militarmente, y salió.

—¿Conque os habeis dejado prender, Mendavia? dijo don Rodrigo.

—Sí, sí señor; me he dejado prender, porque os habia visto entrar en la hosteria, y estaba seguro de que érais vos quien habíais mandado á ese soldado que me prendiese.

—¿Erais vos el que rondaba la hosteria?

—Sí, sí señor; y era natural que la rondase; está en ella mi hija recién casada.

—De modo que al ver lo que yo he hecho por ella, se os habrá quitado la enemiga contra mí.

—No sé, no sé lo que es esto, dijo Mendavia; puede ser demasiado.

—En efecto, el rey ha apadrinado á doña Inés; ha hecho alférez de la guardia alemana y ha dado el hábito de Santiago á su marido, y el duque de Lerma y la condesa de Lemos han sufragado los gastos.

—Y para nada se ha contado conmigo, dijo el alférez Mendavia.

—Vos no parecíais por el mundo, ni hacíais falta.

—Soy su padre, dijo Mendavia.

—¿Estais seguro de ello? observó profundamente don Rodrigo.

—Tengo la seguridad de su partida de bautismo y de mi partida de casamiento con su madre.

—¿Y no teneis la seguridad de alguna otra cosa? observó profundamente don Rodrigo.

—Si, tengo la seguridad de que quien ha matado á Agustín de Avila y á Francisco de Juara puede matarme; pero ¿qué más dá? un día ú otro hemos de morir, y á un soldado viejo no le espanta la muerte.

—Entremos en razón, señor Mendavia, dijo don Rodrigo; nadie os tocará á un pelo de la barba si vos no dais lugar á ello.

—Ayer me arrojásteis de vuestra casa como si hubiera sido un perro.

—Vos os habíais atrevido á mí como un mal nacido.

—No sabia yo lo que habíais hecho de mi hija.

—Ya habeis visto lo que he hecho hoy con ella.

—Es verdad: la habeis casado, la habeis honrado; pero no sé con qué condiciones: ¿la habeis obligado á que me niegue, á que diga en todas partes y á todo el mundo que no es mi hija?

—No, vive Dios, dijo don Rodrigo; eso no nos convenia.

—¿Y por qué no os convenia?

—He querido decir, esto no convenia al duque de Lerma.

—Pero y bien, ¿por qué no?

—Porque vale más que doña Inés aparezca hija legítima de un buen hidalgo, que hija bastarda del duque de Lerma.

—¿Quién os ha contado esa historia?

—El duque.

—Entonces habreis comprendido que yo soy más de lo que parezco, aunque parezco mucho, y capaz de grandes cosas.

—Sí, ya sé que antes de conocer á la madre de Inés, érais sobre poco más ó ménos el mismo mal hombre que ahora.

—¿Pero cómo habeis podido saber que Inés era ó no hija del duque de Lerma, ó cómo ha podido saberlo el duque?

—Bastaba con vuestro nombre.

—¡Ah, sí, es verdad! dijo Mendavia.

—Ciertamente: yo conté al duque la aventura que me aconteció antes de anoche con vos y con vuestra hija, y me maravillé, al ver que apenas oyó vuestro nombre y el de vuestra hija, me dijo:—Necesito de todo punto conocer á esa mujer, á ese hombre.—Pregunté la causa, y entonces me contó la historia de la madre de doña Inés.

—He debido cambiar de nombre, dijo Mendavia.

—¿Y por qué?

—¿Por qué? porque yo no quiero que mi hija sepa nunca que yo no soy su padre.

—¡Bah, bah! vos pretendéis hacer negocio, Mendavia.

—No, ciertamente, señor marqués; porque con vos mi negocio está hecho: pero amo tanto á Inés...

—Sí, es cierto: la amais tanto que me la vendísteis.

—La miseria... el hambre... pero eso no quiere decir que yo hubiera renegado de mi hija.

—¿Y por qué para salir de la miseria no recurrísteis al duque de Lerma?

—Porque no queria perder á mi hija.

—Ni la hubiérais perdido, ni la habeis perdido.

—¡Cómo! ¿Inés ignora?..

—De todo punto.

—¿Y cómo no ha extrañado que siendo hija mia, hija de un pobre inválido, la hayan casado tan bien casada?

—¿Sabeis ya que ha sido bien casada doña Inés?

—¡Oh! si señor; en cuanto dormí la borrachera que cogí antes de anoche, me despedí de cierto camarada y volví á la hosteria donde habia dejado á Inés. Pregunté por ella, y me dijeron que se habia escapado: ya sabeis de qué manera fui á vuestra casa á pedir mi hija, y lo que sucedió: me arrojásteis y tuve miedo; me puse á averiguar, invertí todo el dia de ayer, el de hoy, y digo hoy, porque aun no me he acostado, aunque ya es otro dia: por la noche me acerqué á la hosteria arrastrado por mi corazon; yo no tenia esperanzas de encontrar allí á Inés: ¿á que habia de haber vuelto Inés?

Pero ya lo he dicho; el corazon me arastraba: fui á entrar y un soldado de la guardia tudesca que estaba de centinela me dijo.

—Haceos atrás.

—Ved que soy alférez viejo.

—Aunque fuérais capitan general.

—¿Quién os ha mandado eso?

—¡Bah! el sargento Alcotan.

—¿Y por qué está aquí esta guardia?

—Porque está aquí herido un alférez de la compañía.

En esto llegó una carroza rodeada de lacayos con hachas encendidas: yo me hice á un lado y me rebocé: detrás venian otras dos carrozas y mucho acompañamiento de criados: se abrió la primera carroza, y vi salir á la condesa de Lemos, que luego me dijeron que así se llamaba, y luego á mi hija, pero convertida en una gran señora: cuando yo la vi de aquel modo me dió una cosa tal, que todo se me andaba al rededor; y cuando aquello se pasó, ya no vi á mi hija: estuve por decir al centinela: Llamad á vuestro sargento, y cuando el sargento hubiera venido, decirle: mandad que me dejen pasar, porque yo soy el padre de una de esas dos hermosas damas que han entrado. Pero no me atreví, porque no sabia á qué atenerme temeroso de cometer un desacierto. Yo decia para mí.

Esto debe de ser cosa de don Rodrigo, que esté locamente enamorado de mi hija.

Pero no sabia darme razon de por qué mi hija habia entrado en la hosteria con tanto acompañamiento y tanta grandeza.

Volví á acometer al centinela, y le dije:

—¿Sabeis vos á qué han venido esas dos damas tan hermosas y tan principales?

—¡Bah, bah! me respondió el centinela; ¿pues de dónde venis que no conoceis á la señora condesa de Lemos, cuando todo el mundo la conoce en Madrid?

—Pues ved ahí: hace mucho tiempo que estoy en Madrid, y no la conocia. ¿Y quién es la otra dama?

—No lo sé; es una señora que viene á casarse con nuestro alférez, el señor Vargas Machuca.

Esto me metió más en confusion. Pregunté; pero el centinela se cansó de contestarme, se puso de mal humor, y tuve que dejarlo, porque al fin, estaba de centinela. Anduve por allí orilla sin saber cómo ni por qué mi hija se casaba tan bien casada.

Al cabo de una hora, salió la condesa de Lemos, y salistéis vos, y otras personas, y las carrozas y el acompañamiento se fueron, y se quedó la calle á oscuras. Pero mi hija se habia quedado en la hostería, y yo dando vueltas junto á ella: en fin, así he estado toda la noche, hasta que un soldado de la guardia tudesca me ha preso, y yo me he dejado prender, porque así penetraría en la hostería. Ved ahí cómo he sabido que Inés ha casado bien.

—Mejor de lo que podeis creer, dijo don Rodrigo; porque don Guillen de Vargas Machuca, sobre ser muy rico, ha recibido la merced del hábito de Santiago y la bandera de la compañía alemana de la guardia del rey.

—¿Pues entonces no es el estudiante á quien malhirieron hace tres noches?

—Sí, él es, dijo contrarrestado don Rodrigo.

—¿Y cómo ha hecho el rey alferez de su vieja y brava guardia alemana, y ha dado hábito de Santiago á un estudiante, á un barbilindo, que no ha oido silbar una bala?

—Pues ahí vereis, y no es esto todo; el rey ha apadrinado á los novios, representando yo á su majestad.

—Pero y bien, ¿por qué todo eso á ese estudiante?

—Porque le amaba Inés.

—¿Y cómo, cómo se han amado?

—Eso es muy largo, Mendavia, y ved: aquí nos traen la cena, ó mejor dicho, el almuerzo: comamos y bebamos y quedemos entre tanto en lo que hayamos de quedar.

Dos mozos pusieron sobre la mesa algunas viandas, á las que se aplicaron con muy buen apetito don Rodrigo y Mendavia.

—Se necesita, dijo don Rodrigo, que vos aparezcáis como padre de doña Inés.

—¡Oh! ¿y cómo?

—Se os dará un buen empleo.

—¿Qué empleo?

—Teniente de mi compañía.

—Pero ser teniente de una compañía de la guardia del rey ó alferez de ella, es como ser coronel ó capitán de infantería.

—¡Qué quereis! alguna preeminencia ha de tener la guardia de su majestad.

—Digolo yo, porque habiéndoseme de hacer tanto como coronel, quisiera ir á Italia ó á Flandes á mandar un tercio.

—¿Y por qué eso?

—Francamente; no puedo, ni quiero estar en la corte.

—Tendreis alguna razon.

—Sí señor, una razon muy grave.

—¿Y qué razon es esa?

—Una mujer.

—¿Con mujeres andais todavía?

—¿Pues qué, yo me he muerto?

—No, pero debíais estar ya cansado de todo lo que no sea oro y grandeza.

—De todo se necesita, señor marqués.

—¿Y quién es esa mujer?

—Una mujer que me obliga á no poder permanecer en la corte habiendo subido tanto mi hija.

—No ha subido, dijo con soberbia don Rodrigo; ha bajado.

—Pues no lo veo.

—Es hija del duque de Lerma.

—Pero no lo sabe nadie, ni aun ella.

—Es verdad, ni aun ella lo sabe; pero no importa, ha bajado: una hija del duque de Lerma, por más que sea bastarda, puede y debe casarse con una muy alta persona; y si doña Inés no se hubiera enamorado mortalmente de mi alférez, os aseguro que no hubiera faltado un grande que se hubiera casado con ella.

—¿Sabeis, señor marqués, que os interesais demasiado por mi hija?

—Como que es hija del gran duque de Lerma.

—¿Y decis que ella no lo sabe?

—No, no conviene: si hubiera casado con un caballero de título y grandeza, sabría ella y todo el mundo, por reconocimiento del duque; pero habiéndose casado con un simple hidalgo á quien ha sido necesario dar el hábito de Santiago para que tenga *don*, es forzoso que siga apareciendo hija vuestra; y para que no se avergüence de vos don Guillen, es necesario que vos seais teniente de su compañía. Para ello será necesario pasar á Mazarredo á los tercios de Flandes, de Italia ó de Portugal; porque la compañía no puede sufrir más que dos tenientes.

—No, no, enviadme fuera de España, insistió Mendavia, porque me conviene.

—¿Habeis hecho algun desafuero?

—Pudiera ser; pero no lo he hecho. A más; ya sé que un desafuero importaria poco: los habeis hecho vos, y grandes, y en la corte vivís

—No hago muchos cuando os sufro, dijo don Rodrigo.

—Gracias á mi hija.

—Decis bien, gracias al duque de Lerma, que es lo mismo.

¿Pero por qué no quereis permanecer en la córte?

—Porque me cansa, señor marqués.

—¿Y tan ruin es la persona con quien os casais que no podeis permanecer en Madrid, viviendo con vuestra hija y con vuestro yerno?

—Es una doncella de casa hidalga y con ejecutoria.

—Entonces nada hay que oponer.

—Sí, pero es una doncella pobre.

—No importa, porque con vuestra soldada de teniente y lo que os dará vuestra hija, y lo que os dé vuestro yerno, y lo que os daremos el duque de Lerma y yo, bien podreis tener para galas para vuestra esposa.

—Si no fuera más que pobre, nada habia que decir.

—¡Ah! ¿tiene tacha?

—Ninguna, sino resultado de la pobreza; sirve.

—¿Y á quién sirve?

—A la marquesa de la Fávara.

—¡Ah! ¿sirve á doña Teresa?

—Sí, sí señor.

—¿Entrais vos casa de la marquesa de la Fávara?

—No señor, ni aun la conozco.

—Entonces saldrá esa doncella.

—No sale nunca sino con su señora.

—¿Y cómo diablos entonces la habeis tratado?

—Salió con su señora esta noche.....

—¿Y yendo con su señora la hablásteis? Audaz sois.

—No iba con su señora.

—Pues no entiendo.

—Su señora y ella se habian metido en el zaguan de la hostería, mientras sin duda se casaba mi hija.

—¡Ah! ¿con que ha estado aquí la señora marquesa de la Fávara?

—Pero no ha visto á mi hija.

—¿Cómo lo sabeis?

—Lo sé, porque cuando se acabó lo que medió aquí, y salieron la condesa de Lemos y todos los demás, la marquesa se metió en la carroza de uno de los caballeros que habian asistido al casamiento.

—¿Y conocísteis al tal caballero?

—Sí que le conocí.

—¿Quién era?

—Don Francisco de Contreras.

—¡Diablo! ¿y se entró sola la marquesa?

—Sí señor.

—¿Y se fué con él?

—Sí.

—¿Y cuándo volvió?

—Pasada una hora larga.

—¿Dónde estaría esa mujer? murmuró como para sí mismo don Rodrigo.

—¿Quién sabe ni de donde vá ni á dónde viene la marquesa? observó Mendavia.

—¿Si no la conoceis, cómo decís eso de ella?

—Me ha hablado de ella largamente la señora Calixta.

—¿Es esa Calixta la mujer de quien os habeis enamorado?

—Sí, pardiez.

—Pues teneis razon, Mendavia, es una hermosa criatura.

—¿La conoceis?

—Sí, y aun la he regalado.

—¿Que la habeis regalado?

—Sí, porque tambien me habia enamorado de ella; pero habiéndoo enamorado vos, os la dejo: casaos con esa muchacha, Mendavia, que ya la buscaremos una historia; y sobre todo, que por lo pronto os podeis casar en secreto.

—¿Y por qué de secreto?

—Porque hoy mismo al medio dia recibireis el nombramiento de teniente de la compañía alemana de la guardia del rey.

—¿Y na habrá para mí un hábito, señor don Rodrigo?

—Mucho pedis.

—¿Qué quereis? Me haceis teniente de vuestra compañía...

—¿Y por que os haga teniente de ella habremos de daros un hábito?

—Entre la gente que viene á la hostería venia un buen mozo, que por su colete y su banda parecia teniente de la guardia tudesca.

—Sí, Mazarredo.

—Pues llevaba sobre el colete un palmo de cruz de Santiago.

—Ha hecho sus pruebas.

—¿Y qué pruebas ha hecho mi yerno?

—Se le ha dado el hábito por merced.

—¿Y quereis qué yo sea teniente sin hábito en una compañía en que el capitán es comendador de Santiago, y caballeros de la orden el teniente y el alférez? Eso seria estar cojo ó manco en la compañía; eso no puede ser.

—¿Y en qué habíamos de fundarnos para la merced del hábito?

—He peleado día por día en tres campañas; tengo el rostro cruzado y recruzado.

—Pero por chirlos, que no por cuchilladas; no con cicatrices ganadas por el rey en campaña.

—Como si debajo de estas cicatrices estuviese su historia; como si no estuviesen hechas á hierro.

—Hay de las que están hechas á fuego, y otras que ni á fuego ni á hierro.

—Muy conocedor sois; pero estas que no son ni á fuego ni á hierro, cicatrices de bala parecen.

—¿Sabeis que sois más que medianamente feo?

—Pues mirad, hace doce años era yo todo un buen mozo.

—Mucho os han estropeado las campañas, y no sé cómo ha podido enamorarse de vos Calixta.

—No tengo cicatrices ni llagas en la lengua, entiendo á las mujeres, y la he movido el alma. ¿Pero en qué quedamos de cruz?

—¿Podeis presentar una buena relacion de servicios?

—Como pocos soldados viejos.

—¿No ha recaído sobre vos proceso por malas cosas?

—Mis malas cosas no las sabe nadie; he tenido suerte.

—Mirad que el capítulo de la orden es muy estirado; que sufre mal las mercedes de hábito, y que si encuentra á qué agarrarse, protesta con todas sus fuerzas, que no son pocas.

—No tiene á qué asirse contra mí; que en cuanto á noble, lo soy como el rey, que en cuanto á bravo, soy como un león; y que si se pesara la sangre que yo he derramado por su magestad, ya habria más de una arroba.

—Pues siendo así, contad con el hábito.

—Dádmele junto con mi nombramiento de teniente de la guardia tudésca.

—Es demasiado pronto, dijo don Rodrigo.

—Para vos nunca es pronto ni tarde; haceis lo que quereis del duque de Lerma, y del rey, y del reino.

—Seamos francos: ¿por qué os casais con Calixta?

—Solamente porque me ha llenado el ojo.

—¿Y nada más?

—Me lo ha llenado de veras.

—¿Tan de repente?

—Cuando una muger se nos queda con el alma, se nos queda de una vez; tiene un no sé qué esa muchacha...

—No me lo digais, que ya lo he visto yo.

—Pues os habeis de contentar con haberlo visto, como yo habré de contentarme si no me caso con ella.

—¡Bah, Mendavia! dádivas quebrantan peñas; ¿no sabeis el cuento de aquella reina?..

—Cuentos son cuentos: en dándole una manía á una muger no hay quien la saque de ella, y á Calixta le ha dado la manía de ser honrada.

—¿Estais seguro de ello?

—¡Bah! en reconociendo yo un terreno, no hay que tener duda, si yo digo que es duro, ó si digo que es blando; y lo que yo digo es que á Calixta hay que labrarla con el arado del matrimonio; ó si no, no se coje fruto.

—Pues casaos, Mendavia, casaos; seré vuestro padrino.

—¡No por Dios, que de pensarlo se me levantan los pelos! vuestro padrinazgo me daría mucho en que pensar.

—Pues bien, sea quien quiera: ¿cuándo os casareis?

—Tan pronto como sea posible.

—Tres dias bastan para llenar todas las formalidades; pero casaos de secreto.

—Por supuesto: yo la reduciré á ella poniéndola por delante el hábito de Santiago y la tenencia de la compañía tudesca.

—Quedamos convencidos.

—¿Y por qué consentis vos en que yo me case con una mujer que os enamora?

—Porque cuento con ella y con vos.

—No os entiendo.

—Como que esa mujer es la doncella de confianza de la marquesa de la Fávara, y la marquesa de la Fávara se ha ido esta noche con don Francisco de Contreras.

—Podeis contar, dijo Mendavia riendo, que se entraba en condiciones, con todo lo que yo pueda, que no será poco; y si os interesa tener cogido por los cabezones al marqués de la Fávara, yo os daré la prueba de que él, aun estando preso en Montanches, man-

dó matar al marido de mi hija, y pagó su muerte á cierto galeote amigo mio.

—Buenos amigos tienes, Benito.

—Bueno es tener amigos aunque sea en el infierno; y lo que yo os aseguro es que ese amigo mio os conviene: como que habeis matado ayer á Francisco de Juara.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Hémelo creído yo por lo repentino de la muerte y por haber sabido que ayer por la mañana encontraron muerto de una estocada en la calle del Sacramento al señor Agustín de Avila: por lo uno he entendido lo otro, y ya veis que faltando Juara necesitais otro tan bueno ó mejor que él: yo podría servirlos á las maravillas; pero un teniente de la guardia tudesca, como si dijéramos, un coronel de infantería, á más de eso, del hábito de Santiago, y padre de una hija del duque de Lerma, no puede andar buenamente en pasos oscuros por callejas y encrucijadas, ni tratarse con médicos y boticarios.

—¿Y es de confianza ese hombre que me proponeis?

—Como que le usa para todo el marqués de la Fávara.

—Enviádmelo esta noche, Mendavia; que vaya por el postigo del jardín á las diez, y que llame quedo con la mano.

—Quedareis contento de él, señor marqués.

—Ved, ya es de día claro, y creo que hemos hablado cuanto teníamos que hablar.

—Esperad, dijo Mendavia; tanto habeis cambiado para mí, y de tal manera me habeis pagado, que quiero servirlos tan bien como mereceis. El marqués de la Fávara ha estado esta noche en el alcázar.

—Ya lo sé, le he enviado yo.

—Pero lo que vos no sabeis es que no ha vuelto á su casa solo.

—¿Pues quién le acompañaba?

—El príncipe de Astúrias.

—¡Cómo! ¡el príncipe de Astúrias! dijo don Rodrigo poniéndose pálido, más que de temor de cólera; ¿pues qué tan descubiertamente ha venido el príncipe que hayais podido conocerle?

—Por el contrario: vino muy encubierto.

—¿Y cómo le habeis conocido vos?

—Me lo ha dicho Calixta, que siempre está husmeando y sabe todo lo que sucede en la cámara de su señora.

—Muy pronto la habeis hecho confiar, Mendavia.

—En cuanto ha oído matrimonio con un buen hidalgo que es padre de la dama que acaba de casarse esta noche con el señor Guillen.

—¡Con que su alteza el príncipe de Astúrias casa del marqués de la Fávara y de noche! me parece que tenemos enfrente á la bella doña Teresa; un enemigo nuevo: me alegro haberos encontrado, Mendavia; como sigais sirviéndome bien, no para lo que haré por vos en lo que ya os he prometido, sino que llegareis á señor de título, y tal vez á grandeza.

—Pues mandad todo lo que querais, sea lo que fuere.

—¿Habeis pasado toda la noche en la calle hasta que os han preso?

—Si señor; entre la calle y la callejuela; porque me he pasado bien dos largas horas enamorando á Calixta.

—Y decidme; ¿ha tardado mucho en salir el príncipe?

—¡Ya lo creo! cinco horas largas; como que ha salido poco antes de haber sido preso yo.

—¿Y el príncipe se ha ido solo?

—No señor; le ha ido acompañando el marqués de la Fávara.

—¡Ah! pues entonces ya debe de haber vuelto; esperad. ¡Hola! añadió don Rodrigo llamando.

Apareció un mozo.

—Decid al sargento Alcotan que venga, dijo don Rodrigo.

A poco se presentó el sargento.

—Preguntad al centinela, le dijo don Rodrigo, si ha sentido parar una carroza ó la ha visto delante de la casa de enfrente.

El sargento salió y volvió á poco.

—No señor, dijo.

—¿Desde cuándo está ese centinela?

—Desde las cinco.

—Sargento Alcotan, dijo don Rodrigo con énfasis; por vuestro empleo en la compañía tudesca de la guardia del rey, sois teniente de infantería.

—Y de caballería cuando conviene, mi capitán, quiero decir, mi general.

—Pues bien, desarrugaos la banda que parezca bien, aliñaos un poco, porque como teniente de infantería podeis prender y vais á prender de orden del rey á un grande de España.

—Será necesario que me releven, mi capitán.

—No, porque vais á prenderle delante de esta hostería.

—¡Ah! ¿y quién es, si vuestra señoría quiere decírmelo?

—El excelentísimo señor marqués de la Fávara, montero mayor de su alteza el príncipe de Astúrias.

—¿Y si se niega?

—Le asegurais á todo trance.

—¿Cuándo he de prenderle?

—Cuando llegue á su casa: estad vos mismo atento; no debe tardar, ni sé cómo ha tardado tanto: esta no es hora de que anden carrozas por la calle: cuando oigais una, esa debe de ser la del marqués de la Fávara: os salis á la calle en oyendo la carroza, y tomáis su portezuela antes de que la abran: prendéis como os he dicho al marqués, y le traéis á esta misma habitacion: si yo no estoy en ella, le guardais de vista.

—Muy bien, mi capitan.

—Id y cumplid bien.

—A la orden, mi capitan.

El sargento se fué.

—Idos vos, dijo don Rodrigo á Mendavia; no quiero que os encuentre aquí el marqués de la Fávara; al medio dia id á la secretaría de Estado y dad vuestro nombre.

—Adios, señor marqués; si veis á mi hija, habladla de mí: decidla que he velado en la calle la noche de sus bodas; que hasta que la he creído perdida, no sabia yo cuánto la amaba; que me perdona todo cuanto ha sufrido y temido por mi causa.

—Descuidad; pero id, id con Dios no os coja aquí el marqués.

—Hasta el mediodía, señor, dijo Mendavia.

Y salió.

—No puedo quejarme de mi fortuna, dijo don Rodrigo: se urde contra mí una trama infame, y los hilos de esa trama dan en mis manos.

—¡Pero, ah! se escucha el rodar de una carroza; ¿por qué no ver la cara que pone el marqués cuando le éche mano Alcotan?

Don Rodrigo salió rápidamente de la sala al patio y del patio al zaguan.

Ya no estaba allí el sargento.

Don Rodrigo se puso á mirar por el ventanillo de la puerta junto al centinela, que al verle le saludó dando un golpe con su mosqueton sobre el pavimento, permaneciendo inmóvil.

Aun no habia llegado la carroza cuando se puso á mirar por el ventanillo don Rodrigo.

Alcotan, sin capa, dejando ver su reluciente coraza cruzada por una banda de tafetan rojo, con la mano izquierda sobre la empuñadura de la espada, caido á plomo el brazo derecho, cuadrado é inmó-

vil como una estatua, estaba delante de la puerta de la casa del marqués.

Cuando paró la carroza y un lacayo abrió la portezuela, Alcotan adelantó hasta el estribo, saludó militarmente al marqués, que habia asomado la cabeza para salir y habia retrocedido al ver delante de sí á un oficial de la guardia tudesca, y le dijo:

—Dése preso vuestra excelencia al rey nuestro señor.

—¡Cómo! ¡cómo! ¿qué es eso? dijo el marqués poniéndose pálido de cólera y de miedo á un tiempo.

—Que se dé preso vuestra excelencia al rey nuestro señor, repitió impasible Alcotan.

—¿Sabeis que yo soy un grande de España del cuarto de su alteza el príncipe de Astúrias?

—Si señor.

—¿Y vos quién sois para que podais prenderme? dijo el marqués con irritacion.

—Yo soy teniente de infantería de los tercios viejos, sargento brigada de la guardia tudesca.

Nada habia que replicar: Alcotan era un oficial, y por ser de la guardia del rey, hidalgo.

—Mostrad la órden, dijo el marqués.

—La órden es verbal, contestó Alcotan, y ya la ha oido vuestra excelencia por primera y segunda vez, y la vá á oir la tercera, despues de lo cual pasará á vias de hecho si vuestra excelencia no obedece: dése vuestra excelencia á prision de órden del rey nuestro señor.

—Entrad y decid á mis criados á donde he de ir.

—No; salga vuestra excelencia.

—¡Cómo! ¿se me vá á conducir á pié? ¡esto es una indignidad!

—No se necesita carroza, porque vuestra excelencia vá á ser conducido á la próxima hostería del Ciervo Azul.

—¡Maldita amen, sea mil veces la hostería del Ciervo azul! ¡malditos sean todos los ciervos del mundo! dijo saliendo el marqués.

Don Rodrigo se retiró rápidamente y volvió á entrar en la sala, de donde habia salido.

Poco despues apareció Alcotan conduciendo al marqués de la Fávara.

—Dejadnos solos á su excelencia y á mí, dijo don Rodrigo.

Alcotan salió.

CAPITULO XLV.

En cuyo final se vé, despues de otras cosas interesantes, de qué manera impidió don Rodrigo le robase un hostalero.

—¡Con que el rey que me prende sois vos! dijo con irritacion el marqués de la Fávara.

—No diérais vos ocasion para ello... dijo don Rodrigo.

—Yo soy traído y llevado: yo soy un hombre del que usa y abusa todo el mundo: yo no me entiendo ya: me canso, y estoy casi, casi decidido á irme á mis estados de Astúrias, donde á lo menos me dejarán en paz.

—¡Cómo! ¿renegais de nosotros, marqués?

—De lo que yo reniego es de mi fortuna.

—¿Pero qué os sucede?

—Mi mujer...

—¡Ah! siempre vuestra mujer.

—Sí, siempre mi mujer, que cada día me ama menos, que creo que nunca me ha amado, y á quien yo amo más á medida que más me martiriza: ella, ella es la causa de todas mis desdichas, y ella acabará por perderme.

—¡Pobre marqués!

—Sí, pobre marqués; pero entretanto, vos, á quien tan bien he servido, me afrentais de nuevo haciéndome prender delante mis de criados por un sargenton de la guardia tudesca.

—Vos no estais preso, mi querido marqués; todo consiste en que no era prudente pronunciar mi nombre delante de nadie en esta situacion, y yo os necesitaba.

—¡Ah! esto es otra cosa, dijo el marqués arrojando su sombrero sobre un sillón, quitándose la capa y sentándose junto á la chimenea: hace frio, mucho frio; y yo le siento más, porque tengo fria el alma.

—Tomad, dijo don Rodrigo dándole una hermosa copa de cristal de Venecia llena de vino: este tunante de Gil Diaz es un ladron, pero tiene muy buenas cosas.

—Yo no bebo jamás sin comer, dijo el marqués.

—Pues mirad, ahí teneis calientes aun tres empanadas que parecen muy buenas.

—Yo no sé en qué consiste, dijo el marqués acercándose á la mesa, que siempre que me irrito se me abren desmesuradamente las ganas de comer.

Y partió una empanada.

—Eso consiste, marqués, dijo don Rodrigo, en que cuando os irritais necesitais devorar; y cuando no podeis devorar al que os irrita, como por ejemplo, á vuestra mujer, la pegais con las viandas.

—Creo que teneis razon, dijo el marqués; ¡famosa chocha!

—¡Ah! ¿ese pastel escondia una chocha?

—Sí, don Rodrigo; y una chocha exquisita.

—Pues comedla con la masa; que os aseguro que son muy delicadas y muy sabrosas las masas de este Gil Diaz: como que me le llevo de cocinero.

—Hareis muy bien; y si quereis, le partiremos; bien puede estar dos horas en vuestra casa y otras dos horas en la mia, y dejarlo todo preparado y dispuesto á los dos sota-cocineros.

—Parece, don Alvaro, dijo Siete Iglesias, que á pesar de lo buena que es, se os ataruga la masa de maese Gil Diaz, y que hablais tan de memoria, que no pensais en lo que hablais.

—Teneis razon; estoy pensando desde hace dos horas en una sola cosa.

—¿Y en qué, marqués, en qué?

—En que no tenia yo ninguna necesidad de saber qué hora era.

—Creo que os condoleis de la cabeza, marqués, dijo de buena fé don Rodrigo.

—¡Ah! ¡me conduelo de la cabeza! exclamó el marqués de la Fávara: ¡con que vos tambien sabeis que mi mujer se ha hecho amante del principe de Astúrias!

—¿Qué decis? exclamó seriamente don Rodrigo; ¿qué, doña Teresa ha aceptado los galanteos de su alteza?

—Sí, si señor, dijo el marqués de la Fávara: y esto me aturde, me desconsuela, me vuelve loco: porque yo no puedo matar á su alteza.

—¡Quién sabe, quién sabe si podeis ó no! dijo en voz baja y concentrada don Rodrigo.

—¡Cómo!

—Callad, callad y dejad venir el tiempo: tened paciencia: en la corte hay que tenerla, y mucha: ¡quién sabe, quién sabe!

—Dicen que vos matásteis á la reina, dijo con la audacia de la locura y de la desesperacion el marqués de la Fávara; pero en voz muy baja.

—Esa es una calumnia, dijo don Rodrigo: la reina era mi enemiga á muerte: nada habia que yo aborreciese como á ella, ni nada que ella aborreciese como á mí: pero murió de sobreparto.

—Dicen que si vivió tan poco tiempo aquel infante á quien llamaron don Alonso el Caro, fué porque salió envenenado de las entrañas de su madre.

—Calumnias, calumnias, dijo don Rodrigo; cosas de mis enemigos: sin embargo, pudo suceder, no fué necesario; y si un dia me acusan de ese supuesto crimen, nada podrán probarme.

—Han muerto todos los que anduvieron en él.

—Eso se dice porque no se puede decir otra cosa; en fin, ya que el príncipe os injuria sin consideracion alguna á vuestros antiguos y leales servicios, ni á que os conoce desde que tiene uso de razon, si algun dia os punza tanto lo que os suceda que querais vengaros, avisadme.

—¿Y cómo, señor, cómo atreverse á la vida del heredero de la monarquía?

—No nos faltaria reina; ahí está la reina de Hungria, ya que no la de Francia, que se alegrarian mucho de que muriese su hermano: yo creo que el reino ganaria tambien mucho; porque Uceda y Zúñiga han educado muy mal al príncipe, y harán de él un tirano; pero este es asunto demasiado grave para ser tratado en esta ocasion y en este sitio: yo os llamaba para otra cosa.

—¿Y para qué?

—Para saber por qué habias traído al príncipe á vuestra casa.

—Anda de por medio una doña Ana de Contreras que Dios confunda, dijo el marqués de la Fávara.

—¡Ah! ¿sí?

—El príncipe quería saber por qué ayer habia estado de servicio en el cuarto de la princesa doña Ana, y quería saber lo que habia hablado secretamente con mi mujer: yo no he podido negarme, y mi mujer y el príncipe se han entendido mucho mejor que lo que yo quisiera: ¡ah! si yo no me hubiera metido á averiguar qué hora era, tal vez, pasada la ocasion, su alteza no se hubiera vuelto á acordar de doña Teresa; pero esto es terrible, don Rodrigo, y si á vos os sucediese...

—Paso, paso, don Alvaro; que yo no doy ocasion á que suceda.

—Y por último caso, dijo el marqués de la Fávara; como vos estais aquí y vuestra esposa en Valladolid, *ojos que no ven, corazon no quiebran*.

—Cesemos de hablar de esto ó hareis que me enoje, dijo don Rodrigo: mi mujer es una santa; y si no lo fuera, estaria ya en el infierno.

—Vos teneis suerte para todo, dijo con despecho el marqués de la Fávara; hasta para ser casado.

—Qué quereis... pero hablemos de otra cosa: ¿por qué habeis tardado tanto en volver á vuestra casa desde que salisteis de ella?

—¡Oh! dejadme, dejadme, que me estremezco todo: no sabeis lo que pasa: la princesa está furiosa: cuando yo entraba con el príncipe por el postigo, uno de los ayudas de cámara que estaba esperando, me dijo:

—Decid á su alteza que la señora princesa está en su cuarto.

—Se lo dije al príncipe, y este se quedó helado; tiene miedo á la princesa.

—¿Y qué hacemos? me dijo.

—¿Qué hemos de hacer, señor? le respondí yo.

—¿No eres tú mi montero mayor?

—Cierto que sí.

—Pues bien; nos hemos ido de caza al Pardo.

—Pero señor, de noche...

—¿Y por qué no? hemos cazado con antorchas.

—Eso no lo va á creer la princesa.

—Que lo crea ó no, el caso es tener una disculpa por lo pronto: yo no entro ahora; todavia es de noche; la princesa se cansará cuando sea de dia, y se irá; se habrá evitado el primer golpe: luego será más fácil inventar una disculpa; vámonos en tu carroza.

—¿Y á donde, señor?

—Al Campo del Moro, á cualquier parte, á hacer tiempo á que sea bien de día.

—Pero señor, andará ya toda la gente menuda despierta por el alcázar.

—No le hace; yo no entro ahora.

—Pues entonces, señor, metámonos en la cámara del rey; yo-la haré abrir: su magestad estará durmiendo tranquilamente: entraremos por una puerta escusada, y en vez de decir á su alteza la princesa que habeis estado cazando de noche con antorcha jabalies en el Pardo, decidla que habeis pasado la noche hablando de altos asuntos de Estado con su magestad.

—Perfectamente; y ahora se me ocurre una cosa, me dijo el príncipe; vamos, vamos á la cámara de mi augusto padre; no por puerta escusada, sino por la gran puerta.

—¿Es decir, dijo Calderon, que el príncipe se ha ido á despertar al rey?

—Sí señor, dijo el marqués de la Fávara: algo habia que hacer.

—¡Válgame Dios, marqués, dijo don Rodrigo, y qué torpe os ha hecho su divina majestad! sois torpe aun cuando obrais á bulto.

—Y bien, ¿qué hay de malo en que el rey, el príncipe y la princesa hayan estado y estén todavia en consejo?

—¡Cómo! ¿en consejo el padre y el hijo y con ellos la princesa?

—Sí, sí señor.

—Y decidme; ¿cómo ha podido ser eso?

—Vais á saberlo: el príncipe se fué en derechura al cuarto del rey y entró. Yo me quedé en la primera antecámara.

Media hora despues vi salir á un camarero, que á poco volvió con la princesa de Astúrias.

Esta al pasar me miró de una manera que no me contentó mucho.

A poco y cuando ya era bien de día, salió el mismo camarero, que habia ido á avisar á la princesa, y me dijo:

—De órden de su majestad, el señor marqués de la Fávara puede retirarse.

Me di por muy contento, me apresuré á venir, y hé aquí que al llegar á mi casa me prendeis vos.

—Ya sabia yo, dijo don Rodrigo, que era prudente prenderos, como fué prudente llevaros preso á Montañches. Antes no érais tan torpe; pero vos os vais perdiendo por vuestra mujer: cada dia vues-

tra mujer es para vos lo único que existe: no importa; os aprovecharemos por el lado de vuestra mujer. Lo que sucede es muy grave, y sabe Dios, sabe Dios dónde nos habeis metido; pero en fin, id contando con que puede ser que podais deshaceros del nuevo amante de vuestra esposa. Ahora, marqués, volved á vuestra casa; no quiero deteneros más; ya ha salido el sol.

Estas últimas palabras de don Rodrigo, equivalian á una orden. El marqués salió.

Don Rodrigo llamó á Alcotan.

—Enviadme acá, le dijo cuando se hubo presentado, á uno de los médicos.

A poco se presentó un doctor, que con un cirujano estaba en la hostería sin salir un solo momento de ella.

Venia tan completamente vestido, que habia que suponer que cuando habia acudido tan pronto se encontraba ya vestido de antemano.

—Muy temprano os levantaiis, doctor, dijo don Rodrigo.

—Debemos levantarnos con el dia si queremos vivir sanos, contestó el médico. Conozco por el semblante que tiene vuestra excelencia que aun no se ha acostado: esto no es bueno: á más de eso, por lo que se vé, vuestra excelencia ha comido y bebido en gran cantidad, y hacer esto á estas horas, despues de haber pasado una mala noche, puede traer muy malas consecuencias.

—Gracias por el aviso, doctor, dijo don Rodrigo; pero mis obligaciones, tanto por el servicio del rey como por el afecto de mis amigos, me traen acarreado y sin hora segura de descanso.

—Grandes servicios hace vuestra señoría á su magestad, y gran generosidad es la de vuestra señoría para aquellos á quienes protege, dijo servilmente el médico.

—Bien, bien; pero no os he llamado por mí, sino por otro: ¿os parece buena hora de que visiteis á vuestro herido?

—Lo he hecho ya, señor, dijo el médico: al amanecer...

—¡Ah! ¿y cómo se encuentra?

—Maravillosamente mejorado, sin que yo sepa á qué atribuirlo: aseguro á vuestra señoría que ayer amenazaba una inflamacion, que á haber sobrevenido, hubiera puesto muy en peligro la vida del enfermo: pero hoy nos hemos encontrado con que la inflamacion no sobrevendrá, ó lo que es lo mismo, con que tenemos hombre, de una manera segura; porque la herida está en supuracion, y en una supuracion de muy buena ley: dentro de ocho dias, como si tal cosa:

no quedarán más que dos pequeñas señales sonrosadas que muy pronto se pondrán blancas, una en el pecho y otra en la cara; pero para apresurar la curacion, convendria que ese caballero fuese trasladado á su casa, que creo la tiene muy buena en la calle Mayor, y está aquí muy incómodo, porque dice que no hay en esta hostería comodidades para su esposa, á quien debe amar mucho. Esta señora se ha desvanecido, al empezarse la cura, y está además en tal estado de demacracion, que es necesario tener mucho cuidado con ella.

*—Os agradezco este aviso, doctor; y puesto que puede ser trasladado don Guillen, trasládesele.

—Pues cuanto antes voy á decírselo.

—¡Ah! ¿se le puede ver ahora?

—Si señor.

—¿Está levantada doña Inés?

—No se ha acostado.

—¡Pobre niña! vamos, vamos á verlos, doctor.

Don Rodrigo subió con el médico al aposento donde estaban Ines y Guillen.

Por un pequeño ventanillo que habia junto al techo, y á través de un vidrio opaco, entraba un alegre rayo del sol de la mañana que daba al aposento cierto tono dorado, dulce, bello.

Inés estaba muy pálida y muy triste.

Don Guillen, despierto, charlando á más y mejor con ella.

—¡Ah, señor marqués! dijo don Guillen: ¿cómo vos tan temprano por aquí?

—Decid más bien, cómo tan tarde: porque aun no he vuelto á mi casa desde ayer que salí de ella: vosotros, los negocios, la política, todo me trae á mal andar: y vos, doña Inés, ¿cómo os sentís?

—Bien, pero triste; feliz, pero asombrada por mi felicidad, inquieta; me parece un sueño lo que me sucede.

—Es una realidad, y una realidad dichosa, dijo don Rodrigo: ahora bien, amigo mio, añadió dirigiéndose á don Guillen: me ha dicho el doctor que estais inquieto, incómodo por el mal aposentamiento que teneis en esta hostería.

—Por doña Inés lo siento, dijo don Guillen.

—¡Ah, no! yo estoy muy bien estando á vuestro lado, cuidándoos, dijo doña Inés.

—El doctor afirma que podeis ser trasladado á vuestra casa sin peligro alguno, y que dentro de ocho dias estareis completamente curado.

—¿Y puede trasladárseme al momento?

—Sí, según el doctor, contestó don Rodrigo.

—Y esto cuanto antes mejor, dijo el médico: porque así dejareis de estar inquieto, y conviene mucho para vuestra salud que no lo esteis.

—Pues entonces perdonad el que dé órdenes al momento. Hacedme la merced, doctor, de decir que avisen á mi amigo el bachiller Algarroba, y que venga al momento.

Don Guillen llamaba su amigo al bachiller, á pesar de que realmente era su criado, su alto criado.

El médico salió.

—Dispénsame si me he tomado la licencia de llamar al bachiller Algarroba, señor marqués, dijo don Guillen; tengo en él una gran confianza, conoce mis gustos, y estoy impaciente por salir de aquí.

—¿Por qué me llamais señor marqués, dijo don Rodrigo, cuando sabéis que soy vuestro hermano?

—Por no perder la costumbre y no dar que sospechar si os trato con demasiada lisura.

—¡Oh! ¿y qué importaría eso? pero vengamos á lo que importa: ¿os sentís verdaderamente bien?

—Sí, aunque algo débil y completamente aturdido por la situación inmensamente feliz en que me encuentro.

—¿Para qué se me necesita? dijo entreabriendo la puerta el bachiller Algarroba con su estentórea voz de fagot: ¿cómo se ha pasado por acá la noche? pareceme á lo que veo, que pudiera haberse pasado mucho mejor: ¡diablo de cosas! perdone vuestra señoría, señor marqués, si no me he apresurado á saludarle y á ofrecerle mis respetos: lo primero para mí es él y ella, porque ella y él son una misma persona: ¡diablo, diablo de cosas, y cuán súbitamente se nos han echado encima!

—Sois un buen hombre, señor bachiller, dijo don Rodrigo, y me estais pareciendo el alcalde de casa y corte mejor plantado que he visto en todos los días de mi vida; porque me parece que huelo la facultad á que pertenecéis: vos habeis estudiado derecho.

—Vuestra señoría tiene buen olfato, contestó Algarroba; he estudiado, es decir, estoy concluyendo de estudiar derecho civil y canónico: cuando esto se arregle, nos volveremos á Alcalá, y allá por junio, Guillen se graduará y yo me licenciaré.

—Gradúese si quiere don Guillen de derecho y letras, aunque ya está bien graduado con la bandera de la brava é ilustre compa-

ña tudesca y con el hábito de Santiago; y vos contaos por licenciado, que yo escribiré al rector de Alcalá; pero pasad, pasad de la puerta y no os contenteis con asomar la cabeza á la abertura.

Entró el enorme bachiller.

—Daos por alcalde, dijo don Rodrigo.

—Si se me dá la vara en Madrid, y en Madrid se está Guillen, consiento, no digo yo en ser alcalde de casa y corte, sino en ser protonotario mayor de Indias, y Archipámpano si á vuestra señoría se le ocurre; que por eso no he de disgustar yo á vuestra señoría. Pero veamos para qué se me ha llamado, que yo creo que no debe de haber sido para esto.

—Me deleitais por lo desenfadado, dijo don Rodrigo: se trata de la traslacion inmediata de don Guillen y de su esposa á su casa.

—¡Ah! ya era tiempo; porque aquí se nos trata muy mal y muy caro.

—¿Cómo es eso? dijo don Rodrigo.

—¿Cómo ha de ser, sino siendo un ladron el hostalero! tan mal nos trató antes de ayer, que para que no nos matase, mandé yo á nuestro cocinero hiciese vianda para todos, y de casa viene, hasta para los soldados de la guardia tudesca.

—Ignorábalo yo, dijo don Rodrigo; pero en fin, ya que vos habeis puesto remedio, importa poco; id, entendeos con el doctor acerca de los medios de trasladar á don Guillen, y decid de paso á uno de mis criados que haga venir de mi casa dos carrozas para que sean trasladadas doña Inés y sus doncellas.

El bachiller salió.

—Ahora bien, dijo don Rodrigo yendo á cerrar por dentro la puerta: necesitamos ponernos de acuerdo acerca de un asunto muy importante: hoy despues del medio dia se os presentará un teniente de la guardia tudesca con la cruz de Santiago al pecho: recibid á este señor, hermana mia, como si fuera vuestro padre; porque ese señor será don Cristóbal de Mendavia.

—¡Ah! exclamó Inés.

—Sí, os quiere mucho, á pesar de que para vos ha sido muy mal padre. Estos bribones tienen cosas muy extrañas: son malos como Satanás, y buenos en parte como ángeles: le he dicho que os creéis y que don Guillen os cree hija suya: esto conviene: es noble, valiente, ha hecho buenos servicios, nadie en la corte conoce sus malos hechos, y por vos y solo por vos le doy una tenencia de mi compañía y el hábito de Santiago: no hay para qué sepa nadie la

verdad de nuestra historia, tan triste hasta ahora. Hija legítima apareceis de Mendavia, y no se debe deshacer esto: os aviso para que no cometais ningún descuido con Mendavia; tiene mucha experiencia y es demasiado sagaz: le sentaría muy mal el saber que vos sabíais que no sois su hija: quede pues esto convenido.

—¿Y esto es lo que conviene? dijo con disgusto don Guillen, á quien Inés habia dado largas noticias acerca de Mendavia.

—Creo, dijo don Rodrigo, que al verse levantado, con honores y con dinero, será otro hombre; y si no lo fuese, sobre él y solo sobre él caerá el decir de las gentes. Vengamos á otra cosa, don Guillen: ¿tendríais algún inconveniente en que mi hermana fuese nombrada dama de honor de la princesa de Astúrias? Nuestra otra hermana la condesa de Lemos es camarera mayor de su alteza.

—Pero también es dama de honor de la princesa la marquesa de la Fávara.

—Importa poco; además, que la marquesa puede dejar de ser dama de honor, y contentarse con que su marido siga siendo montero mayor del príncipe.

—Puesto que vos lo quereis, sea, dijo don Guillen.

—Esto es conveniente y necesario, contestó don Rodrigo; en el cuarto del príncipe se conspira contra mí, y uno de los más terribles conspiradores es la princesa: necesito rodearla de amigos míos, y ningún amigo mejor que mis hermanas que están gravemente interesadas en que no se dé conmigo al traste: la guerra que mis enemigos me hacen es cada día más terrible y más traidora; y si no es por vos, doña Inés, aunque vos no lo sepais, el duque de Uceda dá anoche conmigo y con el duque de Lerma al traste: ya visteis antes de anoche de qué mala manera nos trató al duque de Lerma y á mí, es decir, á su padre y á su hermano, el duque de Uceda. ¡Qué sería de vosotros el día en que cayéramos el duque de Lerma y yo! En tres días os habeis hecho terribles enemigos: por ahora el golpe está bien parado, y sujeto á su despecho el duque de Uceda; pero se conspira de una manera terrible, y es necesario que nos ayudeis; porque ayudándoos os ayudais á vosotros mismos.

—Contad con todo lo que yo puedo, tengo y valgo, dijo don Guillen: me habeis dado tanto dándome á vuestra hermana, que soy todo vuestro.

Sonaron entonces á la puerta dos golpes dados con la mano.

Don Rodrigo fué á la puerta y la abrió.

Entró el bachiller.

—Todo está corriente, dijo; se ha rehenchido de almohadones una hermosa silla de manos, y el doctor dice que está preparada muy á propósito para que en ella sea trasladado sin peligro alguno Guillen. Los criados han vuelto de casa y los lechos están prevenidos y todo corriente: para arreglar lo que falta, porque como nos hemos metido á cortesanos y nos hemos casado, hemos aumentado la servidumbre, dia queda para hacerlo, dinero tenemos, y buenas piernas yo para correr de ceca en meca en busca de lo que se necesita.

—¿Y dónde has encontrado tan pronto esa silla de manos y esos almohadones, Algarroba? dijo don Guillen: alguna cosa de las tuyas.

—Eso es, una cosa de las mias; porque yo no me paro en barras; ahí estaba la grande y rica casa de nuestro vecino el señor marqués de la Fávara, y á él he recurrido, contando con su ofrecimiento.

—Has hecho mal, muy mal, dijo con disgusto don Guillen.

—Lo que yo quiero es que, puesto que podemos salir, salgamos de aquí cuanto antes: porque tal me tiene de irritado ese bribon de hostelero, que de un momento á otro estoy temiendo se me acabe la paciencia y le tire desde lo alto de los corredores al patio; ¡bribon de envenenador público! ¡hereje relapso! vamos, vamos: he hecho entrar la silla de manos en una sala baja que está muy caldeada, porque se ha encendido en ella la chimenea: la silla de manos no puede subir aquí, porque la escalera es muy estrecha: el doctor dice que debeis ser bajado en un colchón; con que si me dais licencia, voy á mandar que entren los criados para trasladaros.

—Sí, dijo don Guillen; cuanto antes.

El bachiller salió y á poco volvió con seis criados, dos de don Guillen, y los otros cuatro de don Rodrigo.

El viejo mayordomo del jóven entró tambien.

—Entretanto os trasladan, dijo don Rodrigo, voy á dar algunas órdenes.

Y salió.

—Sargento Alcotan, dijo cuando estuvo en los corredores.

Del fondo de ellos adelantó el gigantesco soldado.

Venia soñoliento y con la coraza y el capacete un tanto empañados, como si se hubiesen resentido tambien de la mala noche.

—¿Cuántos hombres hay aquí de la compañía? le dijo don Rodrigo.

—Diez, sin contar conmigo: entre ellos los dos asistentes de don Guillen.

—Que los asistentes acompañen inmediatamente á su amo: que vayan además dos soldados con armas escoltando la silla de manos; vos, con otros cuatro soldados, os quedareis para escoltar la carroza en que iremos la señora y yo: los otros dos soldados será bien que deshebillen los talabartes y estén dispuestos para lo que yo les mande.

—Muy bien, mi capitán.

El sargento hizo seña á los soldados que estaban en el corredor para que le siguiesen, y bajó con ellos al zaguan, donde formó los seis hombres y los dos asistentes, y mando á otros dos deshebillasen los talabartes de las espadas y se pusiesen á un lado á esperar lo que les mandase el capitán.

Entretanto los criados habian sacado en un colchon á don Guillen, y le trasladaron á la sala baja, seguidos de Inés, de don Rodrigo, del médico, del cirujano, del bachiller Algarroba, de las cuatro doncellas y del resto de la servidumbre.

—¡Ah mal pecado! dijo Gil Diaz viendo pasar toda aquella gente desde lo alto de las escaleras: se mudan muy pronto; la ganancia era buena: ¡mal día!

—Vuestra señoría lo vé, dijo el bachiller al entrar en la sala baja señalando la gran mesa cubierta aun de botellas, de rico servicio, de resto de manjares y de platos intactos: ese hombre es un mal hechor: se le dijo que á nadie sirviese, y ved si ha servido: porque esta cena cuyas ruinas están diciendo por su grandeza que ha sido digna de Lúculo, está muy lejos de poder ser comparada con la perversa vianda que nos sirvió hace dos días: me parece que aquel es Oporto: honrémosle.

Y llenó una copa y se la embocó.

El bachiller era inconquistable.

Por de contado que don Rodrigo no le escuchaba: ocupábase en ver cómo colocaban en la silla de manos á don Guillen.

—Infame y cien veces infame: *terque cuaterque y vilis*, exclamó el bachiller llenando la segunda copa y saboreándola: este no amarga como aquel maldito pardillo que nos puso delante ese desalmado. ¡Y que teniendo esta sierpe tales vinos haya pretendido que bebiéramos veneno! Os mando una paliza de mi mano á la primera ocasion, maese Gil Diaz.

Estaba ya don Guillen acomodado en la silla, cuando vinieron á avisar que habian llegado las carrozas.

—En marcha, dijo don Rodrigo: señor bachiller, llevad á una

de esas dos carrozas á doña Inés: esperad un solo momento que tardaré, señora. Bachiller, colocad las doncellas en la otra carroza, y vos con los médicos y el resto de la servidumbre, idos á pié á casa de don Guillen.

Todos salieron.

Cuando se hubieron alejado, don Rodrigo salió á la puerta de la sala baja y dijo:

—¡Hola! aquí el hostelero.

Como por encanto se presentó Gil Diaz.

—La cuenta del gasto, le dijo don Rodrigo.

—Suponia que vucencia me llamaba para eso, y aquí está la cuenta.

Y dió á don Rodrigo un papel que traia en la mano.

—Se ha servido todo lo que han pedido, continuó Gil Diaz, mucho y bueno.

—Trescientos ducados, dijo don Rodrigo mirando la suma: ¿no os habeis equivocado?

—Ha habido aquí medio mundo, dijo algo cuidadoso Gil Diaz: vucencia dijo que corria con los gastos, lo han sabido, han tirado al degüello, y particularmente ese estudiante que se ha bebido la mitad de los generosos de mi bodega.

—¡Ah, ladron mal nacido! dijo don Rodrigo: bien me habeis clavado; y lo más grave, lo que me irrita, es la burla que os habeis atrevido á hacer de mí: no importa; presentad esta cuenta á mi mayordomo cuando querais, y se os pagará.

Respiró Gil Diaz.

—Pero yo soy muy buen pagador, continuó don Rodrigo.

—Vuestra excelencia señor, es un gran principe, respondió inclinandose cuanto pudo Gil Diaz.

—Y como los principes deben hacer justicia, voy á hacerla: cobrareis cuanto habeis puesto en la cuenta, porque yo no rebajo nunca una cuenta aunque sepa que me roban; pero no estimo lo que me habeis servido y lo que habeis perdido de ganar en el tiempo que habeis tenido cerrada la hostería, en más de ciento cincuenta ducados: ahora bien; por cada uno de los otros ciento cincuenta ducados que me robais, un azote: esto no por el dinero, sino porque os habeis atrevido á burlaros del marqués de Siete Iglesias.

—¡Ah, señor! ¡poderoso señor! exclamó Gil Diaz arrojándose á los piés de don Rodrigo: perdono la cuenta por los azotes.

—Cobrareis la cuenta y los azotes recibireis. ¡Hola, Alcotan!





Vamos á ver si empiezas á desnudarte.

—¡Pero, señor, por el amor de Dios ved que yo no tengo la culpa de que hayan gastado tanto! ¡ved, señor, que yo no he pretendido burlarme de vuestra excelencia! ¡tened compasión de mí! ¡me van á matar!

Apareció el sargento Alcotan.

—Este hombre, le dijo don Rodrigo, queda preso en poder de los dos soldados de los talabartes, que le desnudarán de cintura arriba, le atarán á una columna, le aplicarán ciento cincuenta buenos azotes, despues de lo cual le desatarán, le dejarán libre y se irán.

Y don Rodrigo salió.

El sargento dió brevemente las órdenes á los soldados, y marchó, escoltando con los restantes la carroza en que iban doña Inés y don Rodrigo.

Gil Diaz se quedó aterrado, medio muerto, en poder de los dos soldados que tenian en las manos los terribles talabartes y le miraban con aire fisgon.

Eran dos hombretones que metian miedo.

Un azote de ellos debia ser terrible.

Uno habia cerrado la puerta de la hostería y se habia metido la llave en el bolsillo de los gregüescos.

—Vamos á ver si empiezas á desnudarte, le dijo.

—¿Con el frio que hace?

—No pases por eso pena, dijo uno de los soldadotes, que ya te pondremos caliente.

—¿Y no seria mejor, dijo Gil Diaz, que os calentárais el estómago con buenos vinos que tengo yo, y tales que no los habeis bebido nunca?

—No queremos oler á vino, dijo el otro soldado.

—Hay una cosa que no huele, dijo desesperado Gil Diaz.

—Vamos á ver qué cosa es esa, dijo el otro.

—Lo que no huele es el unto de Méjico.

—¿Qué dices á esto, Mercadillo? dijo uno de los soldados.

—Lo que digo, Gil Perez, contestó el otro, es que este hombre va entrando en razon.

—¡Y vaya si entro! dijo animándose Gil Diaz.

—Vamos á ver, dijo Mercadillo; ¿cuánto nos vas á pagar por cada azote?

—Por cada diez, dijo Gil Diaz, un ducado.

—Vamos, desnúdate, dijo Gil Perez.

—Por cada quince dos ducados, dijo Gil Diaz empeñándose en aquella extraña subasta.

—Desnúdate, repitió Gil Perez, y pronto, que estamos de prisa.

—Tres ducados por cada veinte.

—Eso es lo mismo: no has subido más que algunos maravadises, dijo Saltillo.

—Por cada diez, dos, dijo ya descompuesto Gil Diaz.

—Acabemos de una vez, dijo Gil Perez: ó nos das dos ducados por azote, ó los llevas, sin faltar uno, y de firme.

—¡Misericordia de Dios! exclamó Gil Diaz; ¡trescientos ducados! ¿pues entonces, qué vá á quedarme á mí? no puedo, pierdo; lo más que yo puedo dar son cien ducados.

—Entonces te daremos cien azotes.

—Tomados los ciento, ¿qué importan ya los cincuenta?

—Arremetamos á él y desnudémosle, camarada, dijo Gil Perez.

—¡Favor! ¡auxilio! exclamó Gil Diaz: ¿no hay quien me socorra?

Todos los mozos de la hostería estaban escuchando, pero ninguno se dejaba ver.

Tenían miedo no les alcanzase algo de los azotes.

Los dos soldados arrancaron el jubon á Gil Diaz que se aterroró más y más.

Hacia un frio crudísimo; como que era una mañana de Diciembre en Madrid, y era cosa seria el quedarse en carnes y al aire libre.

—¡Doscientos ducados! exclamó:

—Ni uno menos de trescientos, dijo Gil Perez.

Y acometió á quitar la ropilla interior de franela á Gil Diaz. Este al fin capituló.

—Bien, dijo; os daré los trescientos ducados; pero dadme mi justillo; dejadme que vaya á la chimenea, estoy temblando de frio.

Le soltaron, y Gil Diaz se fué á la chimenea y se puso á calentarse como si se hubiese olvidado de los de la guardia tudesca.

—¡Eh! dijo Mercadillo; ¿creéis que tenemos tiempo de sobra?

—Dejadme, dejadme que me caliente, dijo Gil Diaz; entreteneos ahí con lo que está sobre la mesa.

Los soldados no se lo hicieron decir dos veces: acometieron á las viandas y á los vinos de la manera más gentil del mundo.

Gil Diaz tuvo por esta razon media hora de plazo.

Cuando los soldados acabaron de comer y de beber, le dijeron:

—Dadnos los trescientos ducados.

Gil Diaz les dió la cuenta que habia presentado á don Rodrigo.

—¿Y que es esto? dijo Mercadillo.

—Estos son trescientos ducados que abonará el mayordomo del marqués de Siete Iglesias.

—Nosotros no entendemos de eso.

—Este es dinero seguro.

—Le queremos contante y sonante.

Cayósele el alma á los piés al hostelero.

—Y al momento, dijo Mercadillo.

—¡Pues ya lo creo! añadió Gil Perez; y de lo contrario, vuelta al patio y á la columna.

—Y no tienes por qué quejarte, dijo Mercadillo; porque así azotaron á nuestro Señor Jesucristo.

—Pero le azotaron sayones soeces y groseros, dijo Gil Diaz, no hidalgos de la ilustre guardia tudesca: ¿qué se dirá de vosotros, señores, cuando sepan que habeis azotado?

—Por azotar hosteleros se ganan doscientos dias de indulgencia; y sobre todo, si nos acordamos del vino que nos habeis dado.

—La venganza no cabe en pechos nobles, dijo Gil Diaz.

—Al patio.

—A la columna, dijeron Gil Perez y Mercadillo asiendo cada uno de un brazo á Gil Diaz.

—¡Y habeis almorzado como buitres! exclamó el hostelero pensando en que el almuerzo debía haber aumentado las fuerzas de los guardias.

—Pues por supuesto, dijo Mercadillo; antes sangre que polvo.

—Para polvos está el dia.

—Vamos, pronto, pronto, que tenemos que hacer, dijo Gil Perez.

—Lo que es á mí no me azota nadie, exclamó enérgicamente Gil Diaz.

—¡Cómo que á tí no te azota nadie! dijo Mercadillo soltando una bofetada á Gil Diaz.

Este se echó á llorar.

—Esto no estaba mandado, dijo, y yo me quejaré y se me hará justicia.

—Quéjate á Poncio Pilatos, dijo Mercadillo arrastrándole.

—Me habeis pegado sin motivo.

—Te has insclementado con la guardia tudesca.

—Como los de la guardia tudesca sois tan vivos de genio, no me habeis dejado acabar: lo que yo quería decir era que por tres-

cientos ducados no me dejaba yo dar ni tres azotes de vuestra mano; aunque acostumbrado estoy á ello, que ya anduve embarcado algunos años en las galeras del rey nuestro señor.

Y Gil Diaz se tentaba compungido el ojo izquierdo á donde habia ido á dar de lleno la tremenda bofetada de Mercadillo.

—¡Ah! ¡conque has sido galeote! pues entonces no hay que tener cuidado; tienes la piel curtida.

Y sacudió un zurriagazo con el talabarte doble á Gil Diaz, cuyo zurriagazo le hizo encoger la parte posterior y adelantar el vientre.

—¡Doscientos noventa y ocho ducados! dijo Gil Diaz; y debia descontar diez por la bofetada que ha sido de padre y señor mio.

—Tú eres un bribon, dijo Gil Perez, y me parece que vamos á hacer contigo algo bueno: hermano Mercadillo, vamos al zaguan por las espadas y á darle á este un sobo de Toledo á ver si le ablandamos, que anda durillo.

—Venid, venid conmigo, hidalgos, dijo riéndose á discreccion Gil Diaz; que segun estais de fuertes, gracias á mis vinos de Oporto, de Jerez y de Chipre, si me volveis á poner la mano encima me descoyuntais.

Y echó á correr hácia las escaleras.

Pero por rápidamente que se separó, le alcanzó un talabartazo de Gil Perez que le paró en seco.

—No, no me escapo, dijo; agarradme, llevadme asido, y de este modo nada teneis que temer, exclamó, no ya compungido, sino lloroso, Gil Diaz.

—Pues ha echado un buen negocio el amo, dijo riendo un marmiton á los otros mozos que estaban oyéndolo todo en el corredor sin asomar la cabeza.

—Bien empleado le está, por ladron, dijo uno de los mozos.

—Y qué ha de hacer, dijo otro, si todavia no se le han olvidado las mañas por las que estuvo en galeras.

—Escurrámonos de aquí, dijo otro, que lo siento subir; y si el amo se apercibe de que hemos estado escuchando, nos vá á echar luego á la calle.

Y los criados se alejaron.

Cuando llegó al corredor Gil Diaz, asido por los dos tudescos, no vió á nadie.

Atravesó el corredor, se metió por un pasadizo, y se detuvo junto á una puerta.

—Esperadme aquí, dijo; voy á sacaros los trescientos ducados,

—No te soltamos ya, y en ello no pierdes nada; porque si te nos escaparas, te encontraríamos aunque te escondieras en el centro de la tierra, y te picaríamos para albóndigas, dijo Mercadillo.

—Soltadme á lo menos para que pueda abrir.

Le soltaron.

Gil Diaz abrió la puerta, entró en un mezquino aposento que no tenía otra salida, y en el que había algunos trastos y algunos utensilios viejos, entre ellos un arca de pino ennegrecida por el tiempo.

Los dos tudescos se metieron detrás de Gil Diaz.

—Pero esto es atroz, dijo el hostelero sudando y trasudando delante del arca; ya veis que no me puedo escapar; esperadme fuera.

—Acabemos de una vez, dijo Gil Perez, porque ya tenemos dos horas de pleito y estamos haciendo falta en otra parte.

—Me quejaré de este exceso, dijo Gil Diaz.

—Con nosotros nadie tiene que ver más que nuestro capitán; con que quéjate á él cuando quieras, pero acaba.

El hostelero sacó de un bolsillo de sus gregüescos las llaves del arca y la abrió.

Estaba llena de talegos.

—¡Ah, infame! exclamó Mercadillo; pues si nuestro capitán sabe esto, nos manda que te demos dos mil azotes.

—¡Ah! ¿con que es decir que el señor marqués de Siete Iglesias quiere que le salga de balde el gasto que aquí ha hecho tanta gente de su orden?

Mercadillo hizo dar un grito á Gil Diaz á causa de un puntapié.

—Mira cómo tomas en boca, bellaco, al señor marqués de Siete Iglesias.

El hostelero fué á dar contra el arca.

Entonces se echó á llorar; y ya completamente aterrado, sacó un talego y lo entregó á los guardias.

En este saco hay cabalmente, dijo, trescientos ducados.

—Con verlo basta, dijo Mercadillo saliéndose al corredor y sentándose en el suelo.

Vació el saco, y dijo á Gil Perez:

—No le dejes salir, no sea que falte ó haya alguna mala moneda.

—A la mala moneda la doy buen viento, dijo Gil Diaz; que la mala moneda no se guarda.

Mercadillo contó, y encontró cabalmente trescientos ducados en buena plata mejicana.

—Partamos el peso, dijo á Gil Perez; ciento cincuenta tú y ciento cincuenta yo: bien nos caben en los bolsillos; te dejamos el saco, galeote; no nos hace falta para nada. Ea, hasta la vista.

Y bajaron al zaguan, enhebillaron sus talabartes, se ciñeron las espadas y se fueron.

—¡Ah marqués de Siete Iglesias! ¡marqués de Siete Iglesias! exclamó Gil Diaz; ¡que malas manos de verdugo te maten!

Dos horas despues, Gil Diaz en persona fué á casa de don Rodrigo y presentó la cuenta á su mayordomo.

—Os esperaba, porque tenia orden de mi amo para pagaros, dijo el mayordomo: ahí teneis sobre la mesa los trescientos ducados.

Gil Diaz se acercó, y á primera vista reconoció la plata mejicana.

—¡Los míos! murmuró para sí; y hasta el talegó que traigo es el mismo en que estaban; pues señor, hemos hecho una buena ganancia.

Y echó sin contarlos los ducados en el talegó.

—¡Qué! ¿no contaís? dijo el mayordomo.

—Yo sé que están cabales, dijo Gil Diaz; guárdeos Dios.

—Esperad; me ha mandado mi señor os diga que por lo que habeis visto, aprendais cómo debe tratársele.

—Decid á su señoría que he aprendido más esta mañana, que si hubiera cursado diez años en Salamanca; y sobre todo, que mi casa está á disposicion de su señoría para cuando guste favorecerla, como la ha favorecido.

—Id, id con Dios, y curaos ese ojo que teneis muy hinchado.

—¡Qué quereis! ha corrido esta mañana muy mal viento.

—Pues para otra vez abrigaos.

Gil Diaz salió, y al verse fuera de la casa, volvió á exclamar:

—¡Ah marqués de Siete Iglesias, que mal verdugo te matel ¡y cuidado si es soberbio el tal señor! más vale hacérsela al diablo que á él: ¿pero cómo es que han venido á parar á manos de don Rodrigo los trescientos ducados? ¡ah! ¡qué cosas hace este hombre! y luego dicen que tira el dinero por la ventana; ¡que me lo cuenten á mí!

Y Gil Diaz se alejó en paso lento, cabizbajo, pensativo y triste.

El haberle pagado con su mismo dinero consistia en que el sargento Alcotan habia encargado á los tudescos de orden de don Rodrigo, que dejasen de dar á Gil Diaz tantos azotes cuantos ducados este les diese, y que llevasen el dinero á su casa.

Esto no habia sido otra cosa que un arranque humorístico de la soberbia de don Rodrigo.

CAPITULO XLVI.

En que continúan enredándose los sucesos de esta verídica historia.

A las doce, engalanado bizarramente, bruñidas las empuñaduras de la espada y de la daga, con rico colete de ambar, calzas de grana, zapatos con lazo y castoreño gris con plumas rojas y negras, y capa parda de rico paño de Bejar, á la usanza de la guardia tudésca, llevando en un bolsillo de los gregüescos rojos con cuchilladas amarillas una banda de tafetan rojo con flecos y rapacejos de oro, y en un estuche una roja cruz de Santiago de oro esmaltado, todo lo cual habia comprado aquella mañana, á más una caña de Indias con puño de oro y borlas, esto es, un baston de mando de coronel que llevaba oculto por detrás de la cintura, bajo la capa, sujeto en el cinturon, entróse Cristobal de Mendavia gentilmente en la porteria de la secretaría de Estado, en que despachaba don Rodrigo Calderon.

Al verle el portero, que estaba sentado en un escaño, se levantó y le dijo:

—Por las señas que me ha dado su señoría, saco que vuesa merced es don Cristobal de Mendavia.

—Sí, yo soy, dijo el alférez.

—Pues pase vuesa merced, dijo el portero abriendo con un lla-

vin la mampara de terciopelo que daba paso al despacho de don Rodrigo.

Encontró Mandavia á este papeleando.

Por algun tiempo, don Rodrigo siguió con su papeleo como si nadie hubiera entrado.

Mendavia se guardó muy bien de llamarle la atencion.

Habia comprendido demasiado los humos de don Rodrigo.

Al cabo de algunos minutos, este que le habia visto desde que habia entrado, dejó de papelear y le dijo:

—Me parece que veo á través de vuestros gregüescos lo que traeis en los bolsillos.

—Algo más podia ver vuestra señoría á través de mi cuerpo.

Y sacó de su cinturon el baston de mando, y de su bolsillo una banda y un estuche.

—Poneos al pecho lo que en esa caja traeis, dijo don Rodrigo: cruzaos esa banda, y para que nadie pueda deciros por qué llevais esas insignias, tomad esos dos papeles.

Y empujó con un dedo hácia Mendavia los dos papeles que separados de los otros estaban sobre la mesa.

Aquellos dos papeles eran, el uno, una real cédula de merced del hábito de Santiago, y el otro un nombramiento de Teniente de la guardia alemana, en reemplazo del de igual clase Juan de Mazarredo, que pasaba á Italia á servir la coronelia de un tercio, á las órdenes del virey de Nápoles.

—Obligado con mi corazon y con mi sangre, exclamó profundamente conmovido Mendavia, por todo lo que me resta de vida.

—Así lo espero, exclamó don Rodrigo: ha costado trabajo arrancar á su magestad la firma de esos dos papeles; su magestad no os conocia, ha sido necesario decirle que á más de ser vos un valiente soldado cubierto de cicatrices adquiridas en su servicio, sois padre de su ahijada doña Inés de Mendavia. Su magestad se ha levantado hoy de muy mal humor. Ahora bien; observo que traeis uniforme de la guardia alemana: ¿cuánto os ha costado todo eso?

—No hay que hablar de ello, señor, dijo Mendavia que con el dinero que me dió vuestra señoría la noche en que nos encontramos, lo he comprado, y aun me queda una buena cantidad.

—No importa: os quiero para mucho, y es necesario que os sobre dinero: ahí teneis lo que sin duda basta para cubrir los gastos que habeis hecho.

Y puso sobre la mesa un bolsillo de ámbar lleno de oro.

—Gracias, señor, dijo Mendavia guardando el bolsillo.

—Ahora, bien; es necesario que releveis á Juan de Mazarredo que está de servicio: presentaos en el almacén de la compañía, que está en su cuartel, en el alcázar, y os entregarán una coraza y un capacete y dos pedreñales bruñidos, listos y corrientes; porque ya se ha dado orden. Entrad en el cuartel como quien sois; ya se os ha dado á conocer. Antes de relevar á don Juan de Mazarredo, id á visitar á vuestra hija: vive en la casa de su marido, calle Mayor, número quince; y como quiero que los criados os vean como deben veros, meteos en mi carroza, que os está esperando en la puerta de las meninas.

—¡Diablo! dijo Mendavia; ¿y no puede estarse de guardia don Juan de Mazarredo hasta mañana?

—Os necesitamos en el alcázar. ¿Y por qué eso?

—Segun me ha dicho vuestra señoría, está interesado en que me case con Calixta, y estoy citado esta noche con ella.

—Adelantaos; id á pedirselas redondamente al marqués de la Fávara, en cuya servidumbre se encuentra; os doy dos horas para que hagais esto y visiteis á vuestra hija: relevad despues á don Juan de Mazarredo, y á seguida presentaos á mí. Idos.

Mendavia salió completamente feliz.

Al pasar por delante del portero, este murmuró:

—Juraría que este señor entró sin banda, sin cruz y sin baston. El marqués de Siete Iglesias saca como Dios grandes cosas de la nada; ¿quién será este caballero? ¡y vaya si es feo! más cara tiene de saltador de caminos reales, que de señor. Verdad es que de estas caras se ven aquí todos los días. ¡A buenas gentes conoce y honra el señor marqués de Siete Iglesias!

Mendavia entretanto se había salido al patio y había preguntado á un lacayo de la casa real por dónde se iba al cuartel de la guardia tudésca.

El lacayo al ver la cruz y la banda, guió servicialmente á Mendavia.

—Aquí es, dijo deteniéndose en una puerta, á la cual había un centinela, que al ver á Mendavia le saludó militarmente, dando un golpe sobre el pavimento con la culata de su mosqueton.

El lacayo saludó respetuosamente á Mendavia y se retiró.

Mendavia se entró bizarramente por el cuerpo de guardia, y dijo á un soldado:

—Llebadme al almacén.

El soldado se apresuró á obedecer.

—¡Calla! dijo uno de los que estaban en el cuerpo de guardia: pues este debe de ser el teniente que reemplaza á don Juan de Mazarredo, y que nos han dado á reconocer en la órden esta mañana.

—Parece muy soldado, dijo otro.

—Pero tiene mala cara, observó un tercero, y me parece que nos vá á poner las peras á cuarto; hemos perdido: ¡lástima de don Juan de Mazarredo, tan llano, tan francote y tan completo!

Los del cuerpo de guardia siguieron murmurando, y el que guiaba á Mendavia le llevó á una puerta al fondo del patio, delante de la cual habia otro centinela que saludó á Mendavia.

—Decid que de órden del teniente don Cristóbal de Mendavia se toque llamada; que forme la compañía. Idos.

Mendavia entró en el almacén.

Un hombre grueso que tenia el uniforme de la compañía le salió al encuentro quitándose cortesmente su gorra encarnada.

—Vuesa merced, le dijo, es sin duda el teniente nuevo; lo celebro: á la órden, mi teniente; yo soy el guarda del almacén de la compañía, Pedro Pico Pando, inválido de tres campañas, sargento, hidalgo, y aunque pobre, con solar en la montaña; tengo para vuesa merced una buena coraza y un buen capacete de Milan plateados, y tan buenos, que no los pasa un mosquetazo: se le han puesto plumas al capacete.

—Tomad por las plumas y por el cuidado, señor Pedro Paco, ¿qué?

—No, no señor, mi teniente, dijo sonriendo el sargento y tomando un doblon de á dos que le daba Mendavia: muchas gracias; yo no me llamo Pedro Paco, sino Pedro Pico Pando, vuestro cumplidísimo servidor. ¡Hola! ¡Cabezones! traed la coraza y el capacete con plumas que se ha aviado y se ha puesto esta mañana en el ringlero: ¡eh! andad vivo: es un poco pesada la coraza, continuó Pedro Pico, y no muy ligero el capacete; pero no hay remedio, si han de resistir bala; porque ello ha de ser de algun modo.

—Como no hay remedio para que vos no seais hablador, dijo Mendavia: no en balde os llamais Pico; y os advierto que á mí me gusta la gente callada.

—Perdone vuesa merced, dijo fuertemente contrariado el señor Pico Pando: yo no creía haber ofendido á vuesa merced.

—No me habeis ofendido, pero me habeis cansado.

—Lo siento mucho, mi teniente, dijo Pedro Pico; y añadió para sí: ¡pues vaya si entra de recio este señor!

Sonó entonces el estrepitoso toque de llamada de infantes de algunos tambores, de algunos pifanos y de algunas trompetas en el patio.

Al mismo tiempo apareció Cabezones trayendo una magnífica coraza y un hermoso y bruñido capacete con plumas rojas y negras.

Mendavia se quitó la capa y la banda, y las entregó sin consideración de ningún género al hidalgo solárriego Pedro Pico, convirtiéndole en ayuda de cámara, lo que no le hizo mucha gracia.

—Que lleven eso, dijo Mendavia, á la sala de guardias de la real persona: vos, dad acá el capacete y enhevilladme la coraza; no deis la banda á ese muchacho, señor Pico, que la necesito; no le deis más que la capa y el sombrero: dad acá la banda y buscadme al momento dos buenos pedreñales; cargadlos cada uno con dos balas: es inútil llevar sobre sí armas de que no se pueda hacer uso.

—¡Y vaya, vaya si entra de recio este teniente, y si es feo! dijo para sí alejándose Pedro Pico; la compañía se va á ofender; como que es una compañía de buenas caras: y si no que lo digan ¡las mozas de Madrid, ¡vive Dios y qué cosas tiene su magestad! ¿á qué nos habrá echado á la compañía este grajo?

A la verdad, Mendavia, á causa de las cicatrices de su rostro, verdinegras las unas, y violadas las otras, era más que medianamente feo; pero esto completaba su bravo aspecto militar.

La compañía tenía un teniente, fiero como un león, alto, corrido y excesivamente gentil, porque las heridas no le habían quitado su gentileza.

Pedro Pico volvió trayendo en cada mano un pedreñal asido de la culata, y encontró á Mendavia paseándose impaciente.

—Para prior de Gerónimos habeis nacido y no para soldado, según sois de espacioso: me habeis robado diez minutos.

Y arrancó de una manera nerviosa los pedreñales á Pico Pando, se los enganchó á la espalda en el cinturon, y salió.

—Como este hombre siga así, dijo Pedro Pico, no vá á acabar bien entre nosotros; ¡pues á buena parte ha venido á caer, que el que más y el que ménos, en picándole una pulga salta por encima del tejado! que fie en las ordenanzas y en las pragmáticas, y ya se lo contarán: si yo no estuviera tan gordo...

Entre tanto Mendavia habia salido al patio.

En el centro de él, á lo largo, habia formados con sus sargentos

y sus cabos á la cabeza de las escuadras, ciento sesenta buenos mozos con coraza, capacetes y mosquetones.

El resto, hasta doscientos, estaban de servicio en el cuarto del rey y del príncipe y en la guardia del cuartel.

Los tambores, los pífanos y los trompetas estaban vestidos con un lujo excesivo.

La compañía dejó oír un murmullo de aprobacion al ver el militarísimo aspecto de Mendavia, á pesar de la fealdad de su semblante.

Mendavia se fué al centro de la línea y dijo con voz breve, enérgica y acentuada, como quien está acostumbrado á mandar:

—Tudescos (hay que advertir que allí no habia un solo alemán), á derecha é izquierda, á formar circulo.

La compañía hizo el movimiento con una precision admirable.

—Esto no es darme á reconocer, dijo Mendavia: faltan para ello, su señoría el señor marqués de Siete Iglesias nuestro capitan y la bandera: se hara otro dia; hoy entro de servicio; por consecuencia, esto se reduce á darme á conocer á vosotros: soy un soldado viejo ahumado y agujereado por la pólvora y por las balas; no parto peras con nadie: al que se me desmante, yo le meteré por vereda; y al que murmure de mí, aunque sea el último pífano, le agarro por los cabezones, me le llevo detrás de una tapia y me doy con él de tajos; es cuanto tengo que decir: en línea, y á romper filas.

Y se fué, dejando á la compañía alborotada.

Mendavia habia hecho esto, porque más de cuatro de la compañía le conocian, cosa que don Rodrigo ignoraba, y les habia echado la tremenda, como suele decirse, por ganarles la vez.

El nombramiento de Mendavia indispuso á don Rodrigo con su compañía.

Ya se habia murmurado mucho de que se hubiese dado la bandera de una compañía tal y tan tremenda como la tudesca, compuesta toda de soldados viejos y de lo peor de cada casa, de gente *non sancta* en fin, aunque hidalga, y jactanciosa y temeraria, á un estudiante que nunca habia sido soldado y que solo contaba veinte años, cuando siempre habian llevado la bandera, esto es, el honor de la compañía, soldados viejos con los bigotes canos.

España era entonces verdaderamente una potencia militar, que aunque decaida, conservaba aun la tradicion y las costumbres de sus grandes ejércitos.

Don Rodrigo no reparaba en nada; estaba ébrio de soberbia, y cada paso que daba le producía un enemigo, cuando no ya muchos.

¡Deplorable consecuencia de corromper para mandar!

Mendavia se encaminó al que podía llamarse patio real del alcázar, y á la pórtica de las meninas.

Al entrar en ella vió una mujer, caído el manto, desgredada, pálida, enlutada, que llevaba dos niños enlutados de la mano.

Aquella mujer pasó como una leona herida junto á Mendavia.

—¡Quiero ver á su majestad! iba diciendo; ¡necesito justicia del cielo y de la tierra!

—¡Voto á tal! murmuró Mendavia pasando; pues á buena parte vienes á buscar justicia.

Y se acercó á una carroza dorada que estaba delante de la puerta de las meninas.

—¿Es esta carroza del señor marqués de Siete Iglesias? dijo Mendavia.

—Sí señor: ¿y vuestra señoría es el señor don Cristóbal de Mendavia?

—Sí, contestó este.

Lanzóse un lacayo á la portezuela y la abrió.

—¿A dónde, señor? dijo.

—A la calle Mayor, número quince.

Se cerró la portezuela y la carroza partió.

Un cuarto de hora despues, el bachiller Algarroba decia á don Guillen:

—Ahí ha venido en una reluciente carroza, un soldadote muy feo que dice que es padre de vuestra esposa.

—Pues no le hagas esperar, Algarroba, no le hagas esperar; que entre.

—¿Se avisa á doña Inés? dijo el bachiller.

—De ningun modo, dijo Guillen; está descansando; no ha dormido en toda la noche; me alegro, así nos entenderemos sin empacho su padre y yo: que entre, que entre al instante.

Pero no fué necesario que el bachiller fuese á avisar á Mendavia.

Este se presentó en la puerta de la habitacion.

—No sabia yo, dijo, que se me haria esperar en mi casa; porque realmente la casa del marido de mi hija es mi casa.

—¿Y quién lo duda? dijo Guillen: vete, Algarroba: y vos, padre, acercaos y sentaos.

Mendavia se acercó y dió la mano á Guillen, no sin haber arrojado antes una mirada investigadora á las tapicerías, á los muebles, á la alfombra que habia en la cámara.

—Me pareceis rico, dijo Mendavia.

—Rico y noble, dijo Guillen reprimiéndose para tratar con amabilidad á Mendavia.

—Mi hija ha hecho un mediano casamiento, dijo Mendavia; podia haber aspirado á más; pero qué quereis, las mujeres son el diablo.

—Creo, dijo siempre afable Guillen, que ni Inés ni yo hemos mirado el más ni el ménos.

—Sí, los enamorados nada miran; pero los padres deben mirarlo todo.

—Indudablemente, dijo Guillen: cuando la pasion no altera á la razon, puede mirarse todo con frialdad. Pero ni ella ni yo hemos mirado otra cosa sino que nos amábamos.

—Bien, sí, dijo Mendavia; sois, ó lo pareceis, un buen muchacho. Don Rodrigo Calderon me ha hablado muy bien de vos, como creo os ha hablado á vos muy bien de mí.

El objeto de Mendavia era descubrir terreno para ver cuál era su posicion respecto á Guillen.

Este se apresuró á decir:

—El señor marqués de Siete Iglesias me ha dicho que sois un buen caballero, que habeis sufrido grandes desgracias.

—Es verdad, dijo Mendavia; don Rodrigo no os ha engañado; pero Dios se ha acordado al fin de mí, y el rey de recompensarme: como veis, me han hecho teniente de la guardia tudesca, y me han dado el hábito de Santiago.

—Don Rodrigo es un buen ministro, dijo Guillen dominándose siempre, y aconseja al rey como debe.

—Creo que á vos os han hecho alférez de la compañía y que os han dado tambien el hábito.

—Gracias á los buenos oficios del marqués de Siete Iglesias.

—¿Y cómo habeis conocido á mi hija? preguntó Mendavia: ¿la habeis conocido en la hostería del Ciervo azul, ó la conociais antes?

—Me hirieron de una manera cobarde é infame, me encontró la justicia, y me metieron en la hostería del Ciervo azul: de improviso ví junto á mí un ángel; era vuestra hija: dos dias despues, aquel ángel habia unido su existencia á la mia.

Mendavia que aun no sabia bien á qué atenerse insistió:

—¿Y no se os ha ocurrido preguntar á mi hija quién era su padre?

—Sí, sí por cierto,

—¿Y qué os ha dicho ella?

—Me ha dicho que érais un honrado hidalgo.

—¿Y nada más?

—¿Y qué más?

—¿Qué más? Ha podido deciros mucho más, muchísimo más.

La verdad era que Inés había hablado muy poco de su padre, ó más bien de Mendavia, á Guillen.

—¿Y qué más ha podido decirme?

—Que ha tenido una madre muy hermosa y muy desgraciada.

—Sí, tambien me ha hablado de su madre.

La verdad era que Guillen solo había oído decir, aunque con frecuencia y con gran sentimiento, á Inés, refiriéndose á su madre, ¡madre mia!

Inés había respetado la situación en que se encontraba el jóven y había procurado no fatigarle.

Guillen por su parte en el egoismo de su amor, ó más bien de su deseo, no había preguntado gran cosa á Inés acerca de su familia; le bastaba con ella misma.

Así es, que Guillen estaba desarmado para hablar con Mendavia: lo que más sabía de él, lo debía á don Rodrigo; esto es, que era un mal hombre y que había servido de padre supuesto á Inés.

Mendavia conoció esto, pero no estaba en el caso de confesarlo: vió que el joven se violentaba, pero que le guardaba respeto, y dijo para sí:

—A este le conviene que yo pase por padre legítimo de Inés, pero lo sabe todo; es necesario que crea que yo no conozco que lo sabe.

Y con arreglo á este pensamiento, dijo:

—Y bien, amigo mio, todo lo que ha acontecido ha sido demasiado extraño; necesito una larga esplicacion y no estais en estado de largas conversaciones.

—Es verdad, me siento muy débil, dijo Guillen ayudando á Mendavia.

—Pues bien, hablemos lo menos posible; á más que tengo que ir al alcazar á relevar al teniente don Juan de Mazarredo: esta noche acabaré la guardia y vendré; porque supongo que viviré con vosotros: soy viudo, y solo, y se estrañaría que yo viviese en otra parte. Además, yo no podría tener una casa conveniente porque no tengo más que mi sueldo de teniente de la guardia alemana, lo que no basta más que para pasar.

—¡Oh, sí! vuestra casa es la nuestra, dijo Guillen.

—Gracias, hijo mío, gracias, contestó Mendavia; yo procuraré que no os arrepintais de haber hecho bien á vuestro padre. Voy á ver á mi hija.

—No por Dios, dijo Guillen; ha pasado toda la noche en vela y reposa.

—¡Ah! pues entonces la veré luego, cuando vuelva. Adios hijo mío, adios.

Y Mendavia, despues de estrechar la mano á Guillen y de besarle la megilla, como hubiera hecho el padre más cariñoso, salió.

Poco despues sintió don Guillen rodar una pesada carroza que se alejó.

—¡Eh! ¡Algarroba! dijo; entra.

El bachiller entró.

—¿Sabes, le dijo, que esta casa es estrecha?

—Bien lo veo; yo he tenido que irme al palomar con el mayordomo y los dos ayudas de cámara para que queden cuartos para las doncellas, porque las tales niñas decian que casa de la señora condesa de Lemos, no estaban las unas sobre las otras, sino cada cual en su aposento, y bien servidas: lo que yo creo que quieren es no tener estorbos ni testigos: y nos amenaza una dueña que querrá tambien otro cuarto.

—Y nos amenaza un padre.

—¡Cómo! ¿se viene á vivir ese señor que acaba de irse, con nosotros?

—Sí.

—¿Y es de la guardia tudesca?

—Sí.

—¿Y se traerá dos asistentes y algun ayuda de cámara?

—Es posible.

—Pues entonces no cabemos, Guillen.

—Alquila un convento.

—Sí, si señor, alquile usted, gaste usted, triunfe usted, y luego tendremos encima al abuelo de la montaña que se ofenderá, porque no se ha contado con él para estas cosas.

—¿No tenemos dinero? dijo con cuidado don Guillen.

—Sí, si que tenemos, más de quinientos doblones.

—Pues entonces no pases pena: toma una gran casa, amuéblala, y esto para de aquí á la noche.

—Mucho quieres tú en tan poco tiempo, dijo Algarroba.

Hay que advertir que cuando Guillen y Algarroba estaban solos se hablaban mutuamente de tú.

—Con el dinero se hace todo.

—Sí, pero llevan un ojo de la cara.

—Nada, es preciso que esta noche tenga donde acomodarse decentemente el padre de mi esposa: no hemos de enviarle á una posada.

—Bien, bien, hombre, se hará lo que quieras.

—Y dime: ¿qué te ha parecido el señor don Cristobal de Mendavia?

—Me ha parecido bien y mal: en fin, yo no puedo hablar, porque al fin es el padre de tu mujer; pero francamente, me parece un pícaro capaz de cualquier cosa: galán, gallardo, bravo, todo lo que quieras, pero mucho será que no tengamos que andar con él á pescozones.

—Descuida, que ya nos lo quitaremos de encima á la primera ocasion: y dime, ¿qué tal era la carroza en que ese hombre ha venido? ¿la has visto tú?

—Yo veo todo lo que es menester ver, y la carroza es magnífica: ya lo creo; como que es una carroza de corte del marqués de Siete Iglesias.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La librea de los lacayos.

—¿Por qué favorecerá tanto don Rodrigo á ese hombre?

—Eso digo yo, observó Algarroba; por qué favorece tanto don Rodrigo al padre de doña Inés.

Por lo que se vé, Algarroba no estaba en el secreto.

—Supongo, exclamó seriamente Guillen, que tú no pensarás mal de la proteccion de don Rodrigo.

—Hombre... no, por muchas razones: primero, porque ella es un ángel: segundo, porque tú para tales protecciones eres un demonio: tercero, que si don Rodrigo tuviera algun interés villano en esto, no la hubiera casado contigo, ni hubiera hecho que el rey y la condesa de Lemos apadrinasen la boda: y en fin, otras muchas cosas que ha hecho el marqués de Siete Iglesias.

—Por lo mismo, dijo don Guillen, debemos respetar mucho á un hombre que tanto respeta el marqués de Siete Iglesias, que no respeta nada; anda, anda, que para tomar una casa, alfombrar y entapizar una habitacion y arreglar algunas otras para criados, basta con algunas horas y con pagarlo bien.

—¿Y ha de ser casa grande?

—Sí, y apropósito para que quepamos todos y más que vengan.

—Pues la de al lado.

—¿Cuál, la de la derecha ó la de la izquierda?

—La de la derecha: donde vivió aquella indiana que vino á un pleito, y que te queria poner pleito sobre si te pasabas ó no te pasabas á su casa por sus balcones.

—Hazme el favor de guardar un profundo secreto acerca de esas cosas, dijo don Guillen; ya no soy mozo, y pueden desagradar á doña Inés mis locuras: ¿y está desalquilada la casa donde vivia la indiana doña Leonor?

—Sí, se ha ido á Valladolid tras de su pleito, cansada de que tú no la hicieses caso: ¡brava y hermosa mujer! yo quise consolarla; pero me envió con mil de á caballo: y fué lástima, porque á más de su hermosura, decian sus criados que tenia en un cuarto un monton de oro, como si hubiera sido trigo: además que como la indiana era mujer de galanteo y la gustaba divertirse, tenia magníficamente puesta su casa: esto me lo dijo Esperancilla su negrita, con la cual tuve yo conversaciones por la torre: se ha ido á Valladolid mientras tú has estado á causa de tu herida en la hostería del *Ciervo*: no me gusta mucho que te hayas casado en esa casa.

—¡Eh! vamos, paso.

—Pues mira, me parece buen agüero; porque hemos salido del *Ciervo* tan al principio, como que no puede decirse que doña Inés es tu mujer; y cuando se ha salido tan pronto, tengo para mí que no volveremos á entrar: á mas, que como tú, creo yo que doña Inés es una santa.

—No hablemos más de esto, y vamos á lo que importa: me has dicho que tu negrilla te habia dicho que su ama tenia ricamente puesta su casa: ¿la ha dejado tal como la tenia?

—Sí, hombre, sí; ayer me encontré en la puerta á un tal Lesmes, un viejo que era *vade mecum* y correo de la doña Leonor, y le dije:

—¿Cómo es eso? ¿vos aquí todavía, señor Lesmes? ¿por acaso vuestra señora no ha ido á Valladolid más que de temporada?

—Yo no sé, me respondió el señor Lesmes; porque doña Leonor piensa ahora una cosa y á los tres minutos piensa otra: como que es moza y hermosa y libre y no sabe el dinero que tiene; pero á mí me ha dicho:

—Quédate ahí y vende por lo que te den los muebles, que no

quiero andar con prenderos, y mejor será que esto lo compre quien lo estime; que ya sabes que yo tomo cariño á mis cosas y no quiero maltratarlas.

Manías de mi señora: y aquí teneis que he puesto un cartel anunciando la venta de una casa puesta como un palacio.

—¿Tambien vende la casa doña Leonor?

—Paréceme que sí, porque doña Leonor no vivia nunca de alquilado.

—Pues anda, hijo, anda y compra la casa por lo que te pidan; y si no alcanza lo que tenemos, vete al Genovés que nos tiene libranza abierta.

—Piénsalo un poco; mira que si antes podias comunicarte por el jardinillo de esta casa con el jardin del palacio del marqués de la Fávara, en comprando la casa de al lado, puedes comunicarte mucho mejor, por su jardin, que es más grande.

—¿Y qué me importa á mí la marquesa de la Fávara?

—Tienes cinco años menos que yo, y bien te se conoce: ahora estás loco, embobado con tu doña Inés, porque aun no la tienes á causa de esa maldita herida; pero curarás, la tendrás, te se bajará el amor por un lado, y te crecerá por otro: en una palabra, la querás como se quiere á la mujer propia: la marquesa es muy hermosa, se muere por tí y es muy intriganta; créeme, Guillen, yo pondria tierra de por medio.

—Por lo mismo, no, dijo don Guillen: esa casa me conviene: tómala: una escritura se hace en media hora.

—Concedido: y en cuanto á convenir por el momento, no veo nada más conveniente; en rompiendo una pared por el corredor, nos encontramos en comunicacion con la casa.

—¿Sí? pues mira, dentro de una hora quiero tener la escritura en mi poder; y en seguida llamas albañiles y rompes la pared.

—Pero hay una dificultad, Guillen, dijo el bachiller; tú eres menor de edad, y no puedes hacer accion alguna legal; y aunque te has casado, ha sido por autorizacion del rey y para este solo efecto.

—Pues bien, compra la casa en nombre de mi padre.

—Corriente: yo me lavo las manos como Poncio Pilatos, y si luego toma al cielo con las suyas el viejo, tú te entenderás con él.

—Pero anda, anda y no pierdas tiempo.

—Pues señor, dijo estirándose el bachiller y tomando la puerta; vamos á hacernos propietarios.

Entre tanto don Cristóbal de Mendavia, teniente de la compañía

tudesca de la guardia del rey, del hábito de Santiago, hacia parar la enorme y magnífica carroza de don Rodrigo Calderon, á la puerta del palacio del señor marqués de la Fávara.

Al ver el portero á Mendavia con sus bravos humos de soldado y de valiente, con su capacete penachudo, su reluciente coraza, y su abigarrado uniforme, y al oir que se anunciaba por el lacayo á un caballero del hábito de Santiago, espidió un lacayo con el mensaje, y dejó el paso franco á Mendavia.

Antes de llegar este á lo alto de la escalera, se abrió la mampara de la antecámara, y apareció un paje que dijo:

—Su excelencia mi señor, espera á usía.

Mendavia entró, atravesó la antecámara, y se encontró delante del marqués de la Fávara, que estaba pálido, trasnochado y de muy mal humor.

—Y bien, dijo volviéndose bruscamente á Mendavia; creo que se padece una equivocacion ó que vos sois extremadamente temerario.

—¿Por qué decis eso, marqués? contestó Mendavia quitándose de mala gana su capacete.

—¡Eh; eh! ¿qué es eso de *decis* y de *marqués*? ¿en qué figon hemos comido juntos? ¿no sabeis quién soy yo?

—Sé que os habeis aliviado del tratamiento que me corresponde, y por lo mismo me he aliviado yo del que os corresponde á vos; además que de caballero á caballero no se usa el tratamiento fuera de los casos de oficio.

—¿Será cierto que teneis el hábito de Santiago?

—Ciertísimo: tápame la coraza la insignia, porque aun no he tenido tiempo de que la pinten sobre ella.

—Vamos claros: ¿no sois vos el padre de esa muchacha que se casó anoche en la hostería de enfrente?

—Sí, si señor: el padre, no de una muchacha cualquiera, sino de doña Inés de Mendavia, noble como el rey y tan dama como la primera.

—¿Y quién os ha hecho á vos caballero de hábito y oficial de la guardia tudesca?

—Quien puede; el rey, como lo rezan estos papeles.

Y Mendavia sacó la real cédula y el nombramiento que le habia dado don Rodrigo, y los entregó al marqués.

—En efecto, dijo este despues de haber examinado los papeles: nada hay que decir, por más que parezca muy extraño.

—Cosas más extrañas se ven, dijo Mendavia, y sin embargo, nadie se asombra de ellas.

—¿Y á qué venis? dijo don Alvaro, que estaba á todas luces de muy mal humor.

—A una cosa que puede pareceros muy extraña.

—¿Acaso á prenderme? porque en estos dias se me prende y se me suelta á cada momento; y como sois á lo que se vé teniente de la guardia tudesca, y se me os venis con morrion, coraza y pedreñales, no hay que pensar en otra cosa sino en que os han mandado que vengais y me echeis mano.

—Hubiéraos dado entonces tratamiento, y hubiera empezado por mostraros la órden de prision.

—¿Pues entonces á qué venis?

—Empiezo por deciros que me canso de estar de pié.

—Por eso no quede: sentémonos y decid.

—Hay en este mundo una dama á quien la desgracia y la pobreza han traído á un estado indigno de ella, ya se considere el linaje de donde viene, ya la grande hermosura que Dios la ha concedido: yo amo á esa señora, y vengo á pedíros la por esposa, puesto que vos estais encargado de ella por sus padres.

—¿Y qué ilustre dama es esa de la que yo estoy encargado?

—Una camarera de vuestra noble esposa, marqués.

—¡Ah! una doncella, una criada: ¿cuál de ellas, caballero?

—Calixta.

—¡Calixta! pues teneis razon: es de buena casa que ha venido á menos, y más que criada de mi esposa, es hija adoptiva nuestra. Me alegro, me alegro mucho, señor mio: escusadme por haberos tratado con desabrimiento; porque al veros armado de todas armas, creí que se trataba de un nuevo prendimiento, y ya comprendereis que esto es desagradable, y que no puede mirarse bien al que viene á darnos tal tártago: repito que me alegro: ¿y habeis hablado ya de esto con Calixta?

—Si señor, y hemos convenido en ello; pero lo que no la he dicho, se lo diré delante de vos si teneis la bondad de llamarla.

—Con mil amores, dijo el marqués, levantándose, yendo á la mesa y agitando una campanilla, á cuyo sonido se presentó un paje, á quien el marqués dijo:

—Buscad á la señora Calixta, y decidla que venga aquí al momento.

El paje se fué.

El marqués volvió á sentarse en el sillón que habia dejado.

—Pues sí, sí, me alegro con toda mi alma, dijo: mi esposa y yo la estimamos sobre manera: es hidalga, hermosa, discreta, bien criada, y sobre todo virtuosa: os hará feliz. Y decidme: ¿no habeis pensado en el dote? Hay cosas de que debe hablarse: hasta ahora la hemos reunido mi esposa y yo unos tres mil ducados.

—¿Y quién piensa en eso, marqués? dijo Mendavia; ¿si yo no estuviera ciegamente enamorado, me casaria con ella? ¿y creéis que el amor repara en el dinero? el amor no repara en nada: si á la hacienda mirase yo, contando como cuento con el favor del señor marqués de Siete Iglesias, y por de contado con el favor del rey, podria hacer un enlace mucho más ventajoso; pero ya os lo he dicho; estoy enamorado, lo que no impide que yo me pare en ciertos miramientos.

—¿Ah, sí? pues veamos: Calixta se adornará un poco, porque de seguro la habrán dicho que vos estais aquí, y tardará: ¿qué miramientos son esos que decís?

—Ya comprendereis que Calixta es conocida por mucha gente como criada de vuestra esposa, y esto hace que yo pretenda ocultar mi casamiento con ella; porque si este casamiento no fuera secreto, se murmuraria; se dirian qué se yo cuántas cosas; es posible que ella ponga mala cara á esta pretension: pero espero de vos y de vuestra noble esposa, la convenzais de que tenga secreto por algun tiempo nuestro enlace.

—Paréceme muy razonable eso; pero ved, ahí teneis á Calixta turbada y encendida como una rosa.

Calixta estaba hermosísima, con un traje azul que contrastaba magníficamente con su blancura, y peinados en rizos sus cabellos rubios.

—Acércate, hija mia, dijo el marqués.

Calixta se acercó aturdida, porque no esperaba aquello.

—¿Conoces á este caballero? la dijo el marqués con afabilidad.

—Sí señor, contestó Calixta; pero yo no sabia fuese tan noble persona como ahora parece.

—Se ha hecho el pequeño por no asustarte; porque no desconfiases: este caballero es don Cristóbal de Mendavia, teniente de la compañía alemana, y del hábito de Santiago.

—¡Ay, Dios mio! dijo Calixta verdaderamente alarmada, porque le parecia mucho marido para ella Mendavia.

—Sin embargo de lo que, deseo con toda mi alma ser vuestro esposo, para cuyo efecto he venido á pedir vuestra mano al señor marqués de la Fávara: ¿consentís vos en ser mi esposa?

—¡Ay, si señor! contestó animándose Calixta; yo os lo habia prometido cuando solo os creia un alferez inválido: ¿cómo no he de querer ahora, que veo que sois mucho más que lo que me habíais dicho?

—Es, pues, asunto concluido, dijo Mendavia, y nos casaremos cuanto antes.

—La marquesa y yo nos ofrecemos á apadrinar la boda; pero hay de por medio una condicion.

—¿Y qué condicion es esa? dijo Calixta inquietándose de nuevo.

—Don Cristóbal, por razones que debes comprender, dijo el marqués, exige que el casamiento sea secreto.

—Pues por mí, dijo Calixta con resolucion, aunque no lo sepa nadie, no importa.

—Perfectamente, dijo el marqués: pues entonces dentro de tres dias. Anda, hija, anda, y dá esta buena noticia á tu señora, que se alegrará mucho.

—Adios, señora mia, dijo Mendavia.

Y añadió bajo:

—Hasta esta noche por la reja.

—Que Dios os guarde, señores, dijo Calixta; hasta más ver.

Y añadió tambien en voz baja:

—A las doce.

Y salió.

—Cita, ¿eh? dijo el marqués.

—Entre enamorados es muy natural, amigo mio.

El marqués frunció ligeramente el gesto por esta impertinente confianza de Mendavia.

—Y como se me necesita en el alcázar, continuó este, me permitireis que me retire.

—Como gustéis, dijo el marqués: espero que nos veamos pronto para acabar de arreglar este asunto.

—Esta noche estaré libre de servicio, y despues de haber pasado un rato al lado de mis hijos, tendré el honor de venir á ponerme á vuestras órdenes, sino es ya que vos no podeis disponer de esta noche.

—¡Ah sí, sí! os esperaré.

—Pues hasta las ánimas, marqués.

Y continuando Mendavia en su audacia, tendió la mano á don Alvaro, que la aceptó haciendo un esfuerzo, y llevó á Mendavia hasta la puerta de la cámara, donde le despidió como hubiera despedido á un igual suyo.

El marqués permaneció en la puerta hasta que Mendavia desapareció por la puerta de la antecámara.

—Bien, muy bien, exclamó; no puede ser mejor: ¡mi mujer! ¡siempre mi mujer! ella tiene la culpa: soy débil, muy débil: yo he debido sobreponerme á todo; esto pasa de castaño oscuro: mi mujer con sus insensateces me ha metido en estos atolladeros de los cuales no sé cómo voy á salir: ¡pícaro de siete suelas! se burlaba de mí, se reía de mí tratándome de igual á igual: ¡galeote! ¡atreverse á decirme amigo mío! y con qué truhanería me dijo: «cuento con el favor de don Rodrigo Calderon, y por lo tanto con el del rey.» ¡En qué tiempos vivimos! Pero el engrandecimiento repentino de este hombre, haber apadrinado el rey el casamiento de su hija, pretender casarse este otro con Calixta la confidente de mi mujer... despacio, despacio; esto es más grave de lo que parece: ¿quién sabe lo que puede ser esto? es necesario que yo inspire confianza á ese hombre, que me apodere de él.

Y el marqués quedó profundamente caviloso y pensativo.

CAPITULO XLVII.

Por qué el rey se había levantado de muy mal humor, y por qué la princesa de Asturias que estaba de muy mal humor se había puesto alegre.

Retrocedamos algunas horas, á la madrugada de aquel mismo dia, al momento en que el principe de Astúrias, sabiendo que su mujer le esperaba irritada y celosa en su mismo cuarto, se habia metido en el del rey con la intencion de encontrar una disculpa.

Felipe III era muy madrugador; pero no tanto que dejase el lecho una hora antes del amanecer.

—¿No ha llamado aun su magestad? dijo el principe á uno de los camareros de servicio.

—No señor, es muy temprano: su magestad tiene prevenido que no se despierte ni se entre en su cámara hasta la salida del sol.

—¿Y qué se dice cuando se entra? dijo el principe.

—El camarero de servicio llega hasta el centro de la cámara, y dice en voz alta: «señor, ya es la hora:» y se repite esto hasta que su magestad contesta: «buenos dias». Entonces entran los ayudas de cámara, y se retira el montero de Espinosa.

—Abrid la puerta de la cámara, dijo el principe.

—Ved, señor, contestó respetuosamente el camarero, pero con firmeza, que su magestad tiene mandado que no se entre en su cámara hasta la salida del sol.

—Yo os lo mando en nombre de su magestad, dijo el principe.

El camarero fué á la puerta de la cámara, y la abrió con un llavín dorado.

El príncipe entró.

Sentado en la cámara, junto al lecho del rey, teniendo el arcabuz en la mano, velaba el montero de Espinosa.

El príncipe se detuvo en el centro de la cámara, y dijo en voz alta:

—Señor, ya es la hora.

—No es la hora, dijo levantándose el montero de Espinosa y preparando su mosquete; salid.

—Soy el príncipe de Astúrias.

—Pues por eso no ha sido muerto vuestra alteza en el momento en que entró: pero salga vuestra alteza, señor.

—¡Cómo! ¿os atreveis!...

—Cumpro con mi obligacion, dijo el montero de Espinosa.

—Ved que soy el príncipe.

—Demasiado lo miro.

—Salid.

—No puedo.

A esta disputa despertó el rey azorado, y se incorporó en el lecho.

Tenia puesto un gorro de dormir de seda negro, calado hasta sobre las orejas, y una almilla de franela encarnada.

—¿Qué es esto? dijo, ¿qué sucede?

—Soy yo, señor, dijo el príncipe, que sirviendo á vuestra magestad y por el bien de la monarquía, vengo contra mi deseo á turbar el reposo de vuestra magestad.

—Salid, montero, dijo el rey, y retiraos; que entren mis ayudas de cámara.

El montero salió y el rey dijo al príncipe:

—Esperad á que esos me vistan y á que yo rece mis oraciones de la mañana, si no es tan urgente el caso que no consienta espera.

—No tanto, señor.

—Sentaos, dijo el rey.

El príncipe se sentó junto á la mesa de despacho.

Entraron los ayudas de cámara.

—Suplico á vuestra magestad, dijo el príncipe, mande retirarse al marqués de la Fávora, mi montero mayor.

Con arreglo á la etiqueta, nadie más que el rey podía dar una orden en su cámara.

El rey dió aquella orden.

—¿Habeis estado de caza? dijo el rey mientras uno de los ayudados de cámara le vestía.

—Si señor, contestó el príncipe, y hemos hecho algunas buenas piezas.

—La caza es un buen ejercicio que mantiene la salud del cuerpo, dijo el rey, y al mismo tiempo una diversion que no perjudica al alma.

Felipe III era muy buen cazador.

—¿Y ha sido caza de fieras mayores? continuó el rey.

—Si señor, dijo el príncipe.

El rey no siguió el diálogo.

Por el movimiento de sus labios se comprendía que rezaba.

Felipe III era muy devoto: sus dos afecciones culminantes, tal vez sus dos únicas afecciones, eran la devocion y la caza: la gran funcion de Iglesia y la gran montería.

Era un hombre de bien; pero no tenia cualidad alguna de rey.

Acabaron de vestirle los ayudados de cámara, pidió luces, se quedó solo con el príncipe, y le preguntó bostezando:

—¿Qué hora es?

El príncipe consultó su reló.

—Las cinco, señor, dijo.

—Me habeis quitado dos horas y media de sueño: dormía muy bien, y soñaba mejor: figuraos que soñaba que santa Teresa de Jesús y san Vicente Ferrer, bienaventurados, á quienes tengo una especialísima devocion, descendian hasta mí, trayéndome asida de las manos á la reina vuestra madre.

—Ese es un augurio, señor, dijo el príncipe: la reina mi madre y mi señora, asesinada por un traidor, desciende á vos para preveniros contra ese traidor, en el momento en que con el mismo objeto entra su hijo á romper vuestro sueño en la cámara de vuestra majestad.

Un largo estremecimiento agitó el cuerpo del rey al oír la palabra asesinada por un traidor.

—La reina mi muy amada esposa, dijo el rey, murió del sobreparto de vuestro hermano don Alonso el Caro.

—Que murió antes del año, porque habia salido envenenado de las entrañas de la desventurada madre mia.

Volvió á estremecerse el rey.

—Cruelísimo venís esta mañana, príncipe, dijo el rey.

—Contra toda mi voluntad, señor; pero si yo callase, incurriría en el doble y horrendo delito de lesa majestad y de alta traicion.

—¡Cómo, cómo! ¿qué decís de alta traicion y de lesa majestad?

—El marqués de Siete Iglesias...

El rey interrumpió vivamente á su hijo.

—¡Siempre el marqués de Siete Iglesias! exclamó: ¡siempre la acusacion de traicion contra el más leal de mis vasallos, contra el hombre que con su gran ingenio me ayuda á soportar el peso de esta gran monarquía!

—El marqués de Siete Iglesias engaña á vuestra majestad y le hace ver de color de oro lo que es de color de sangre y muerte: las quejas de los súbditos no llegan hasta vuestra majestad, ni aquellos á quienes se vende la honra y la dignidad del trono avisan á vuestra majestad del dinero que han dado á los traidores.

—Lerma es un grande hombre de Estado; es mi secretario desde que soy rey; ha mantenido el esplendor y la fuerza de mi corona, y Lerma confía ciegamente en Siete Iglesias.

—Es su hijo bastardo.

—Calumnias de los enemigos de Lerma, que sufren muy mal el favor que yo le otorgo, porque así lo piden sus merecimientos.

—Entonces, señor, todos los vasallos de vuestra magestad incluso yo, que soy vuestro primer vasallo, calumniamos á Lerma y á Calderon.

—Decididamente habeis venido á darme un mal rato, don Felipe.

—Lo deploro, señor; pero la traicion amenaza de cerca.

—¿Y no temeis que os engañen los que tales cosas os cuentan? dijo el rey.

—Es necesario, señor, deponer á Calderon y á Lerma, y abrirles proceso en averiguacion de sus delitos, dijo el principe; esa es mi opinion y la de todos los leales vasallos de vuestra magestad.

—Sí, mis leales vasallos, que se llaman Uceda, Zúñiga, Olivares y otros.

—Que son verdaderamente leales vasallos de vuestra magestad.

—¿Pero por qué os venís á mí con tales cosas y tan de mañana? dijo el rey, que empezaba á impacientarse porque le obligaban á hablar mucho de un asunto que le disgustaba: ¿por qué no habeis dejado eso para el consejo?

—Porque al consejo asisten nuestros enemigos; y digo nuestros

enemigos, porque los enemigos de vuestra magestad son mis enemigos.

—¿Pero de qué acusais á Lerma y á Calderon?

—Conspiran: he pasado esta noche en vela, señor.

—Eso sucede cuando nos entregamos á inútiles cavilaciones; no habeis podido conciliar el sueño, y os habeis venido á entretener el tiempo conmigo, robándome mi descanso: os lo perdono porque os amo mucho; pero dejadme en paz: os lo ruego; bien puedo dormir todavia un par de horas.

—No he podido dejar el lecho, señor, porque no me he recogido á él esta noche.

—¿Pues qué habeis hecho?

—Ya lo dije á vuestra majestad; ir de caza.

—¿De caza y de noche, don Felipe?

—Si señor, de caza de traidores.

—¡Ah! ¿y quién os ha acompañado?

—Mi montero mayor.

—Cierto: yendo vos de montería, vuestro montero mayor debía acompañaros, ese es su oficio; ¿y habeis cazado algo?

—Si señor, he sabido que han matado á un tal Agustin de Avila, teniente alguacil mayor del Santo Oficio.

—¿Qué tenemos nosotros que ver con eso?

—Señor, que le han matado de orden de don Rodrigo Calderon.

—¿Y quién sabe eso?

—Creo que de eso y de otras muchas cosas debe tener noticias mi muy amada esposa doña Isabel.

—¿Cómo! ¿tambien mi querida hija anda en conspiraciones?

—Mi esposa, señor, se interesa como debe por vuestra magestad, y creo que debe estar mucho más informada que yo, porque tiene una gran servidora.

—¿Y qué servidora es esa, don Felipe?

—La marquesa de la Fávara.

—¡Ah! me han dicho que esa mujer es una intriganta, y que su marido es un hombre de muy mala reputacion, que ha tenido que recurrir á reales cédulas de perdon por ciertos delitos.

—¡Oh! ha matado á algun temerario que se habia atrevido al honor de su mujer, lo que prueba que es un buen caballero.

—Ó que es muy mala mujer su esposa: mirad, don Felipe, me disgusta que ciertas gentes estén al servicio de mi muy querida hija, y es necesario ver cómo se arregla su cuarto; esto no puede seguir

así, me voy cansando, estoy muy enfermo, acabarán de matarme: todos son enredos, calumnias, acusaciones vagas: vos sois muy niño aun, teneis poca experiencia, y creéis á cualquiera que os halaga: tambien me han hablado contra vos, dijo con acento grave y sério el rey, de la manera que se me puede hablar á mí del príncipe mi hijo; con mucha prudencia, es cierto, con indicaciones embozadas; pero por las que se comprendia claro que querian hacerme creer que vos esperarabais con impaciencia el momento de ser rey.

—¿Y quién es el traidor que se ha atrevido á tanto? dijo el príncipe poniéndose densamente pálido.

—No, no se puede formar de esto una acusacion, ni quiero, ni debo inquietarme; he reinado muchos años, me han traído mucho de acá para allá, y ya no me dejo seducir, he adquirido experiencia: vos la adquirireis cuando hayais reinado tanto como yo: creedme, don Felipe, á los príncipes no se nos dice nunca la verdad, porque á nadie les conviene decírnosla; nuestros cortesanos, aquellos á quiénes más favorecemos, aquellos son nuestros enemigos más traidores, porque nos conocen mejor y saben en qué lugar pueden clavarlos con ménos riesgo y más sobre seguro el puñal envenenado: creedme, don Felipe; no deis oídos á nada de lo que os digan: idos y dejadme dormir.

—Aseguro á vuestra magestad que no se me engaña, que hay conspiracion; y para prueba de ello, mandad venir á mi esposa, que estoy seguro sabe mucho más que yo acerca de estas traiciones.

Lo que el príncipe deseaba era que su mujer le viese en consejo con su padre, para hacerla creer que graves negocios, y no locas aventuras le habian tenido fuera del alcázar: y como nada exacto podia decir á su padre, se perdía en generalidades.

La verdad era, que el rey, que al parecer no hacia caso de lo que el príncipe le decia, estaba vivamente inquieto.

El duque de Lerma le habia ido aquel día con una extraña pretension: le habia pedido una carta autógrafa para el papa, pidiéndole un capelo; y cuando el rey le preguntó que para qué queria ser cardenal, el duque le respondió:

—Para guardar mi vida, señor, que como la de vuestra magestad está amenazada por traidores.

El rey quiso la explicacion de estas palabras, pero Lerma salió del paso con generalidades.

Por último, el rey escribió la carta que Lerma le pedia, y Lerma la envió con un correo expreso á Roma, con una carta para el legado

ad latere, suplicándole activase cuanto pudiese la concesion del capelo, porque urgía.

El rey encontraba una gran relacion entre lo que le habia dicho Lerma, y lo que le decia el príncipe: se alarmaba, pero cerraba los ojos de su inteligencia para no ver, por miedo de ver demasiado.

—Que me dejen morir en paz, dijo al fin como respondiendo á su mismo pensamiento.

—Los leales vasallos de vuestra magestad, dijo el príncipe, no podemos consentirlo. ¿Por qué se ha de dejar impune á los traidores?

—¿Pero quiénes son esos traidores? dijo el rey.

—El primero de ellos es don Rodrigo Calderon.

—Eso os lo ha dicho el duque de Uceda; estoy seguro de ello.

—Don Rodrigo Calderon ha matado á Agustin de Avila, porque poseia secretos suyos, y temia que los vendiese: por último, señor, estoy seguro de que mi esposa podria informar mucho mejor que yo á vuestra magestad; pero era necesario ganar por la mano á los traidores, sorprenderlos: ahora que sus espías no están en palacio, seria la mejor hora para que se celebrase un consejo entre vuestra magestad, mi esposa y yo.

El rey cedió: tenia tambien deseos de saber algo exacto. Podia suceder que la princesa estuviese mejor informada.

—Pues bien, dijo el rey; yo puedo hacer de modo que nadie sepa que vuestra esposa, vos y yo hemos hablado secretamente: vuestra esposa ocupa la misma cámara que fué de vuestra madre, y entre esa cámara y la mia, hay una comunicacion secreta, una de cuyas puertas está en esta cámara.

—Pues no la veo, señor, dijo el príncipe.

—¿Cómo habeis de verla, dijo el rey, si está perfectamente disimulada en la tapicería? venid acá, ved.

Y el rey fué á uno de los lados de la cámara, oprimió un resorte y se abrió una estrecha entrada.

—¡Ah! dijo el príncipe; pues yo ignoraba esto.

—Bueno es que lo sepais para cuando seais rey. Pero habeis de saber que esta puerta no es solamente de comunicacion con la cámara de vuestra esposa, sino tambien con muchas estancias del alcázar; como que dá á un estrecho pasaje abierto en el espesor de los muros, cuyo pasaje se retuerce y sube hasta los desvanes y baja hasta los sótanos: por aqui puede salir el rey del alcázar sin ser sentido, puede entrar cuando quiera sin ser visto.

—Y decidme, señor, preguntó el príncipe: ¿hay en mi cámara alguna puerta que corresponda á ese pasadizo?

—Creo que sí, respondió con recelo el rey; pero ¿por qué queréis vos tener una puerta para ese pasadizo?

—No, no señor, no quiero tenerla, observó el príncipe; lo que quiero es no tenerla, porque sería terrible que mientras durmiésemos tranquilos, penetrase un traidor en nuestra cámara, y nos hiciese pasar del sueño á la muerte.

—Descuidad, don Felipe; estas comunicaciones secretas no las conocen más que dos hombres: el uno murió, y creo, Dios me perdone, que á manos del otro, que está muy lejos de la corte, y que aunque me causa cierta ojeriza, porque no se entiende lo que quiere decir cuando habla, es incapaz de una traición.

—¿Y quiénes son esos dos hombres, señor?

—El muerto era mi bufon, un loco, el tío Manolillo: el que le mató, don Francisco de Quevedo y Villegas.

—¡Ah! ¡gran poeta! exclamó el príncipe.

—Sí, gran poeta, muy gran poeta; pero irreverente, desvergonzado, y sobre todo incomprensible cuando no quiere que se le entienda. ¿Y sabeis, don Felipe, añadió el rey cambiando de tono, que se me ha quitado absolutamente el sueño, y que me alegro de haberme levantado tan temprano? porque así tendré tiempo de hacer unos ejercicios que tengo prometidos á nuestra señora de Atocha, que he empezado muchas veces y que nunca he podido concluir, porque me lo han impedido los negocios, ó Lerma, ó Calderon, que son una misma cosa.

—Pero, señor, es necesario que oigamos á mi esposa.

—Teneis razon, decidme: ¿vuestra esposa se levanta muy temprano?

—No señor, nunca, hasta las nueve.

—Pues la vamos á dar un mal rato, don Felipe.

—¿Y qué quiere vuestra magestad? lo primero es lo primero: á más de que doña Isabel tendrá una gran complacencia al ver á vuestra magestad en su cuarto.

—Pues vamos allá, don Felipe, vamos allá: tomad uno de esos candeleros, porque este pasadizo es muy oscuro, aun de día, mucho más ahora que aun no ha amanecido: seguidme.

Y el rey se entró por la mina.

El príncipe le siguió con un candelero.

Anduvieron un largo trecho y al fin el rey se detuvo.

—Aquí es, dijo en voz baja; pero esperad, no teneis necesidad de despertar á doña Isabel, porque está despierta: y lo que es más, fuera del lecho y vestida: ¿no deciais que doña Isabel no se levantaba tan temprano?

—Tendrá que hacer algunos ejercicios, señor.

—Callad, que puede oirnos; aplicad el oído á la puerta, y escuchad como yo: veamos, veamos si conspira ó si la engañan: está hablando con la Nestosa, su azafata mayor, que me parece la mujer más chismosa del mundo.

—Escuchemos, señor.

Y rey y príncipe se pusieron á escuchar.

—Retiraos, señora, dijo la princesa: no quiero escuchar ya más, bastante he hecho con estar dos largas horas en el cuarto del príncipe; su alteza estará donde mejor le convenga; estoy cansada ya de suposiciones; os suplico que os retireis.

—Me aterra, señora, el conocimiento de que he disgustado á vuestra alteza, dijo la azafata mayor.

—No me habeis disgustado, dijo la princesa; sé que me sois muy leal, pero leal en demasia. A más de eso, conocen vuestra buena intencion muchas gentes que la tienen muy mala, y abusan de vos, que creyendo servirme, abusais á vuestra vez de mí.

—¡Ah, señora! dijo la azafata mayor; ¿pretende acaso vuestra alteza indicarme que deje de pertenecer á su servidumbre?

—No tal, no tal, dijo la princesa; lo único que quiero es quedarme sola.

La azafata mayor salió.

La princesa fué á la puerta de la cámara, y la cerró.

Luego se sentó junto á una mesa, inclinó la cabeza, y rompió á llorar silenciosamente: sentia celos, despecho: ¿dónde podia estar el príncipe que aun no habia vuelto al alcázar?

En aquel momento el rey abrió silenciosamente la puerta secreta.

Vió que doña Isabel lloraba, se apartó á un lado sin hacer ruido, indicó la princesa al príncipe, que ya de frente al claro de la puerta estaba aun en el pasadizo.

Así permanecieron observando algunos minutos.

La princesa continuaba llorando como una mortal cualquiera: como que estaba sola, y podia ser mujer sin ofensa alguna á la magestad real.

Al fin el rey adelantó de puntillas, se acercó á doña Isabel,

y besó sus rubios cabellos en la parte superior de su cabeza.

—Sí, dijo la princesa sin cambiar de posición, besadme los cabellos, fingió el esposo amante después de haber pasado toda la noche fuera del alcazar en galanteos escandalosos.

El rey permaneció en silencio dominado por la sorpresa, mirando profundamente al príncipe que se había turbado.

La princesa se volvió con intención de mirar al príncipe, á quien suponía detrás de su sillón, y se lo encontró á su derecha, á alguna distancia, con una bugía encendida en un candelero, en la mano, delante de una estrecha puerta, que ella no conocía.

—¿Qué es esto? dijo la princesa; yo os creía junto á mí, don Felipe: ¿quién me ha besado en la cabeza?

—Yo, hija mía, yo, contestó el buen Felipe III: ¿quién si no vuestro padre podía besaros delante de vuestro esposo?

—¿Cómo, señor, aquí vuestra magestad? dijo doña Isabel asiendo las manos al rey, y besándoselas con afecto, porque amaba verdaderamente á Felipe III.

—Sí, mi querida hija, sí, contestó el rey; vengo á traerlos vuestro esposo: á responderos de que no en galanteos indignos de su altísimo linaje, sino en mi cámara conmigo, y ocupado en muy graves asuntos ha pasado la noche.

—¡Ah, señor! y me habían dicho que don Felipe había salido del alcázar, contestó la princesa fijando una mirada intencionada en el príncipe, que llevaba capa y espada, y tenía el sombrero en la mano izquierda, y no ya el candelero en la derecha porque le había dejado sobre la mesa.

—Sí, dijo el rey; el príncipe, como vos, dá oídos á gentes malévolas que pretenden dañar á sus enemigos prevaleiéndose del favor que con sobrada imprudencia les concedemos.

—Sí, dijo la princesa; estamos rodeados de traidores, y estos traidores son los que más deben á vuestra magestad.

—Pero explicaos, doña Isabel, explicaos.

—Don Rodrigo Calderón, dijo la princesa.

—El duque de Lerma, exclamó el príncipe.

—¡Lerma! ¡Calderón! dijo el rey; pero la prueba, la prueba de la traición de esos hombres.

—Están vendidos á los ingleses, á los franceses, á los holandeses, á los portugueses rebeldes, á todos los enemigos en fin de vuestra magestad, exclamó con energía la princesa.

—Pero la prueba, la prueba, repitió el rey.

—La tendremos, señor, y muy pronto, porque yo estoy conspirando.

—¿Que conspirais?

—Sí, si señor, conspiro en servicio de vuestra magestad, en favor de mi esposo.

—Pues bien, procuraos la prueba de la acusacion que fulminais contra el duque de Lerma y el marqués de Siete Iglesias, y os juro que el verdugo cortará sus cabezas; pero si no os la procurais, decidme el nombre de los calumniadores, á fin de que sufran la pena que merecen.

—Tendrá vuestra magestad la prueba y muy pronto, dijo la princesa.

—Pues bien, ya que teneis á vuestro lado á vuestro esposo con la seguridad de que ha pasado la noche á mi lado, y no en reprobados galanteos, indignos de un príncipe cristiano, quedad con Dios, hijos míos; yo me vuelvo á mi cámara. Dejad, dejad, don Felipe, no necesito que me acompañeis: nadie puede ver que el rey se alumbra á sí mismo; y en verdad, en verdad que todos los reyes debian llevar una luz en la mano; porque los reyes vivimos á oscuras.

Y la expresion y el acento de Felipe III eran sombríos: brillaba en él como por milagro una chispa de lo que fueron su padre Felipe II y su abuelo Carlos V.

Y el rey sin decir ni una palabra más, tomó de sobre la mesa el candelero, y salió lento y grave, dejando dominados á los dos esposos, y cerrando tras si la puerta.

—¡Lerma! ¡Calderon! ¡mi hijo! exclamó atravesando cavizbajo, triste y conmovido el estrecho pasadizo, de cuya bóveda pendian negras telas de araña: ¡envenenada mi buena y querida Margarita! ¡yo cada dia más débil y más triste! ¡mi hijo impaciente entreteniéndome su impaciencia con galanteos vergonzosos! ¡Lerma y Calderon abusando del poder real que les he confiado por afecto! ¡pero señor, Dios mio, si conozco desde mi infancia á Lerma, si le amo, quiero cerrar los ojos para no ver, y veo á mi despecho y callo y sufro, porque mi justicia de rey lucha con mis afectos de hombres!.. y ese marqués de Siete Iglesias, ¿de dónde saca su fausto escandaloso? dicen que en su casa hay cámaras infinitamente superiores á las de mi palacio, que en su casa hay grandes riquezas, que gasta y dá más que yo: es verdad, yo se lo he entregado todo á Lerma, y Lerma se lo ha entregado todo á Siete Iglesias. ¿Será cierto que ha elegido ese título porque cuando Lerma me lo pidió para él, tenia sobre su conciencia

Calderon siete asesinatos? ¿se habrán atrevido á tal desvergüenza? ¡Oh, Señor Dios mio, ilumíname, haz que la verdad aparezca á mis ojos, y si las acusaciones que contra ellos se fulminan no son calumnias, yo te prometo, Señor, hacer resplandecer tu justicia!

El rey llegaba en esto á la puerta secreta que correspondia á su cámara.

Entró, la cerró, dejó el candelero sobre la mesa, se fué á su oratorio, y se puso á cumplir los ejercicios que tenia prometidos á Nuestra Señora de Atocha.

Pero aunque entonces no le apartó de ellos Lerma, no pudo continuarlos: estaba gravemente distraído por las cavilaciones en que le habian metido el príncipe y la princesa.

Por esto, cuando entrado el día Lerma y Calderon despacharon con el rey, le encontraron sério, reservado, distraído: en una palabra, de mal humor.

En cuanto al príncipe y á la princesa, tuvieron una terrible reyer-ta, porque don Felipe no pudo convencer á doña Isabel de que habia pasado la noche en el cuarto del rey.

CAPITULO XLVIII.

De cómo por ante el rey se agravaba la situación del marqués de Siete Iglesias.

Felipe III, que con grave disgusto habia concedido el día anterior la bandera de la compañía tudesca de su guardia y la merced de hábito de Santiago para un estudiante de veinte años, á título de servicios prestados á la corona por su padre, vió con un creciente disgusto que al siguiente día Lerma apoyaba enérgicamente las pretensiones de teniente de la misma compañía y de merced del hábito de Santiago de un alferez viejo de infantería, y á más inválido, sin relacion de servicios bastantes para hacerle saltar desde simple alferez de tercio á teniente de la guardia, lo que era lo mismo que ascenderle á coronel de tercio con mando, que tal era la categoría de los tenientes de áquel que podia llamarse cuerpo de guardias de la persona del rey, con el aditamento del hábito de Santiago.

Sin embargo, tan acostumbrado estaba el rey á pasar por mayores cosas, y á firmar cuanto Lerma le presentaba, por más que le contrariase, tan encariñado por Lerma por un afecto que podia llamarse de costumbre, que firmó lo que concedia á Cristóbal de Mendavia, como habia firmado el día anterior lo que habia concedido á Guillen de Vargas Machuca.

Solamente dijo á Lerma:

—Me parece que este alferez tiene el apellido de una dama que se casó anoche *in artículo mortis* con el alferez de la guardia alemana, y á quien apadrinamos.

—Sí señor, contestó Lerma; don Cristóbal de Mendavia es padre de doña Inés.

—Me parece tambien que me habeis pedido nombre dama de honor de su alteza la princesa de Astúrias á esa doña Inés de Mendavia; y como las viudas no pueden ser damas de honor, á no ser que vuelvan á casarse, al pedirme vos que demos la almohada á esa doña Inés, suponeis sin duda que no se muere su marido, por más que se haya casado *in articulo mortis*.

—Desde ayer acá se ha mejorado mucho el enfermo.

—Pues me alegro, duque, me alegro, dijo el rey, porque os estimo mucho y veo que os interesais grandemente por esa familia.

—En efecto, señor; don Guillen de Vargas Machuca es hijo de un grande amigo mio, lealísimo vasallo de vuestra majestad.

A pesar de su dicho, el duque de Lerma ni aun conocia el nombre del padre de don Guillen, ni le habia visto nunca, ni habia podido verle; porque el buen montañés jamás habia ido á la corte, ni el duque de Lerma habia ido jamás á la montaña.

Felipe III, á pesar de que habia hablado afablemente como de costumbre con Lerma, no habia podido disimular la expresion de sombrío disgusto y de profundo recelo que asomaba á su semblante.

Cuando despachó don Rodrigo con el rey, notó lo mismo que el duque de Lerma, y salió vivamente alarmado de la real cámara.

El duque de Lerma le llamó.

—¿Habeis notado, le dijo, la novedad que se encuentra en el rey?

—Sí, si señor, contestó don Rodrigo: el rey recela: nuestros enemigos ganan terreno; pero afortunadamente los tenemos cogidos.

—¿Teneis en vuestra compañía algun buen ginete, un ginete incansable que llegue en poco tiempo á Barcelona sin detenerse más que para cambiar de caballo, y que sea al mismo tiempo hombre de confianza?

—¿Para qué le quereis? dijo don Rodrigo.

—Para enviarle con una carta á Roma.

—Cabalmente don Juan de Mazarredo deja su tenencia de la guardia alemana para ir como coronel de un tercio á las órdenes del virrey de Nápoles: es gran ginete y hombre de honor.

—Pues enviádmelo, don Rodrigo.

—Está de guardia, y hasta dentro de dos horas no podrá ser relevado.

—Pues bien, enviadle á mi casa montado y dispuesto para mar-

char al momento. Yo voy á abrir la audiencia de su magestad. Ya sabeis que hoy es dia de audiencia, y en ella se invertirán más de dos horas, porque son muchos los que vienen á pedir: hay gran miseria y todos quieren empleos. Adios.

El duque de Lerma, que estaba visiblemente aturdido, se metió por una escalerilla de servicio que desde la secretaria de Estado conducia al cuarto del rey.

Lerma entró en la cámara, y encontró á Felipe III completamente vestido de negro, ceñida la espada, puesto el sombrero, y pendiente sobre el pecho de un cordon de seda el Toison de Oro: preparado, en una palabra para dar audiencia.

En cuanto llegó el duque, los ugieres abrieron la cámara, y fueron entrando y exponiendo sus peticiones y sus quejas aquellos á quienes se les habia concedido audiencia y cuyos memoriales entregaba el rey á Lerma, que los metia en una cartera, de donde generalmente salian para ir á aumentar los papeles de desecho.

De improviso se oyó un gran tumulto en la antecámara, los gritos de una mujer y el llanto desesperado de dos niños.

—Id á ver qué es eso, dijo á Lerma Felipe III fuertemente contrariado, porque era muy grave, y esclavo de la etiqueta como todos los príncipes de la casa de Austria.

Pero antes de que pudiese salir Lerma, entró un niño como de diez años, vestido de luto, que gritó estendiendo sus brazos hácia el rey:

—¡Van á matar á mi madre, señor; que no la maten!

Y el niño cayó de rodillas.

Felipe III que era un buen hombre, se conmovió, adelantó hácia el niño y lo levantó.

—No, no matarán á tu madre, hijo mio, dijo: en la casa del rey no se mata á nadie. Duque, haced que entre la madre de esta criatura.

A poco volvió el duque de Lerma.

Volvia pálido, convulso.

—Señor, dijo; la madre de este niño ha cometido desacato: no ha pedido audiencia, no ha podido concedérsele, y sin embargo, pronunciando palabras calumniosas, ha sorprendido á los servidores de vuestra magestad y ha llegado hasta aquí.

No podia haberse dado un informe más adverso.

Sin embargo, el rey, á cuyas rodillas se asia el niño con los fueros de la inocencia, era entonces más hombre que rey, y dijo á Lerma:

—Que entre esa mujer.

Lerma repitió la orden, y á poco entró violentamente en la cámara, enlutada, pálida, desgredada, convulsa, terrible, la viuda de Agustin de Avila, llevando de la mano á un niño de seis años.

La viuda no se arrodilló: se encorvó hacia el rey, extendió los brazos temblorosos con las manos crispadas, y exclamó:

—¡Si no me haceis justicia, señor, digo que no hay Dios en los cielos!

—Tranquilizaos, tranquilizaos, mujer, dijo el rey, que justicia os haremos.

—¡Pues mandad que maten al marqués de Siete Iglesias, porque ha matado á mi marido, porque ha dejado huérfanos á estos pequeños á quienes no queda más amparo que el de Dios y el de vuestra magestad, y desconsolada y triste para toda su vida á una pobre mujer!

—Duque, dijo el rey; mandad proceder de nuestra real orden en la averiguacion de lo que sobre esto hubiere. Vos, señora, id á buscar mañana á mi confesor; él hará en nombre mio por vos y por vuestros hijos todo lo que fuere necesario hacer.

—Reciba vuestra magestad, señor, dijo la viuda algo más tranquila, y arrodillándose á los piés del rey, mi acusacion en forma contra el asesino de mi esposo el teniente alguacil mayor del Santo Oficio, Agustin de Avila.

El rey tomó el papel que la viuda le entregaba, y lo dió al duque.

—Salid, salid, mujer, é id tranquila, que justicia os haremos, y castigo caerá y terrible sobre el asesino de vuestro esposo, probado que fuere su delito.

—Dios prospere la vida de vuestra magestad muchos años.

La viuda salió con sus hijos, despidió el rey á Lerma sin hablarle una sola palabra acerca de lo que acababa de acontecer, lo cual aterró al ministro, y mandó cerrar su cámara, dando por terminada la audiencia.

Lerma llamó á don Rodrigo.

—Estais acusado, dijo, de asesinato en la persona de Agustin de Avila.

—¿Quién me acusa? dijo don Rodrigo con una tranquilidad que asombró al duque; ¿es acaso mi noble hermano el señor duque de Uceda?

—No, afortunadamente, dijo Lerma; Dios no ha querido que su-